

La doctrina del bautismo

SERIE DOCTRINAL



La doctrina del bautismo

SERIE DOCTRINAL



**ASAMBLEA INTERNACIONAL DE
LA VERDADERA IGLESIA DE JESÚS**

21217 Bloomfield Avenue
Lakewood, CA 90715, USA

CORREO ELECTRÓNICO

ia@tjc.org

TELÉFONO

+1 (714) 533-8889

SITIO WEB

www.tjc.org

© 2018 La Verdadera Iglesia de Jesús.

Si deseas saber cuál es la congregación más cercana o deseas obtener el catálogo de nuestras publicaciones, por favor, escríbenos a la dirección especificada arriba o visita nuestro sitio web.

Las citas bíblicas contenidas en el presente libro son de la versión Reina-Valera 95® © Sociedades Bíblicas Unidas, 1995, a menos que se indique lo contrario

ISBN: 978-1-930264-31-1

La doctrina del bautismo

Índice

Introducción	6
Capítulo 1: Las prefiguraciones del bautismo en el antiguo testamento	8
A. Lavar con agua	8
B. Expiación	13
C. Circuncisión	23
Capítulo 2: Juan el Bautista	28
A. El nacimiento y la misión de Juan	28
B. El ministerio de Juan	30
Capítulo 3: El bautismo de Jesús	42
A. Cumplir toda justicia	42
B. Manifestado a Israel	43
Capítulo 4: La administración del bautismo de Jesús	47
Capítulo 5: El bautismo del Nuevo Testamento	50
A. El establecimiento del nuevo pacto	50
B. La comisión del Señor resucitado	54
C. La práctica universal del bautismo en la iglesia primitiva	57
Capítulo 6: Los bautismos registrados en Hechos	60
A. El día de Pentecostés (Hechos 2:1-40)	61
B. La misión a Samaria (Hechos 8:4-17)	62
C. La conversión del eunuco etíope (Hechos 8:26-40)	62
D. La conversión de Saulo (Hechos 9:17-19; 22:12-26)	63
E. La conversión de Cornelio (Hechos 10:1-48)	64
F. La conversión de Lidia (Hechos 16:13-15)	64

G. La conversión del carcelero (Hechos 16:16–40)	65
H. El bautismo de los discípulos de Éfeso (Hechos 19:1–7)	65
Capítulo 7: Las enseñanzas acerca del bautismo en el Nuevo Testamento.	67
A. El significado de βαπτίζω	67
B. Las características espirituales del bautismo	69
C. El nuevo estatus que adquieren los bautizados a través del perdón de pecados	83
D. El bautismo y la salvación.	91
E. La administración del bautismo	96
Capítulo 8: El bautismo, la gracia y la fe.	107
Capítulo 9: El bautismo familiar	110
A. El fundamento bíblico del bautismo familiar	110
B. La práctica del bautismo familiar en el Nuevo Testamento.	119
C. Criar hijos bajo el pacto de Dios	123
Estudios exegéticos	127
Mateo 3:1–17	128
Mateo 28:16–20	136
Marcos 1:1–11	140
Marcos 16:14–18	145
Lucas 3:1–22	148
Lucas 7:24–30	153
Juan 1:19–34	156
Juan 3:1–15	159
Juan 3:22–30	169
Juan 19:31–37	173
Hechos 2:37–41	177
Hechos 8:4–17	182

Hechos 8:26-40	184
Hechos 10:44-48.	187
Hechos 16:13-15; 29-34	190
Hechos 18:24-28; 19:1-7	192
Hechos 9:17-19; 22:12-16.	196
Romans 6:1-11	200
1 Corintios 1:10-17.	206
1 Corintios 6:9-11	211
1 Corintios 10:1-13.	215
1 Corintios 12:12-13	217
1 Corintios 15:29.	219
Gálatas 3:26-29	223
Efesios 4:4-6	228
Efesios 5:25-27.	231
Colosenses 2:11-13.	234
Tito 3:4-7	237
Hebreos 6:1-3.	240
Hebreos 10:19-23.	242
1 Pedro 3:18-22	247
1 Juan 5:5-13	251
Testimonios	261
Testimonios sobre el bautismo en La Verdadera Iglesia de Jesús	262
La sangre del Señor Jesús.	262
Echar fuera demonios	264
La gloria de Dios	265
Sanaciones	266
Otros	268

Introducción

Bautizar a discípulos de todas las naciones es la orden que el Señor Jesús les dio a los apóstoles luego de su resurrección y antes de su ascenso al cielo (Mt 28:18–20). El bautismo es el llamado de nuestro Señor a todos aquellos que creen en Él y en el evangelio que ofrece la promesa de la salvación (Mc 16:15–16). Dondequiera que se predique el evangelio de Jesucristo, éste debe ir acompañado del bautismo. Quienquiera que invoque el nombre del Señor Jesús debe ser bautizado. El bautismo es tan esencial en la proclamación del reino de Dios y en la fe en Cristo, que no puede ser subestimado en el proceso de conversión de una persona.

El bautismo de Juan el Bautista preparó el terreno para el bautismo del Nuevo Testamento. Fue una institución que vino del cielo (Mt 21:23–25), fue predicado junto con el llamado al arrepentimiento y fue recibido con la confesión de los pecados. Aceptar el bautismo de Juan era equivalente a aceptar y someterse a la voluntad de Dios (Lc 7:28–30).

Antes de que el Señor Jesús comenzara su ministerio también fue bautizado (Mt 3:13–17; Mc 1:9–11; Lc 3:21–22; Jn 1:32–34). Su bautismo tiene una importancia profunda en los Evangelios y para los creyentes. El bautismo de Jesús fue un acto de obediencia mediante el cual Dios lo manifestó como el Hijo amado a todo Israel. La obediencia de Jesús, que cumplió toda justicia en nombre de la humanidad, nos dejó el ejemplo de someternos a la voluntad de Dios a través del bautismo.

Al haberlos comisionado a bautizar, el Señor les dio a los discípulos la autoridad de perdonar y retener pecados a través del Espíritu Santo prometido (Jn 20:21–23). Luego de la ascensión de Jesús, el Espíritu Santo fue derramado, y la iglesia salió al mundo a predicar el evangelio y a bautizar a la gente conforme a lo establecido por Jesús. A través del bautismo, los creyentes fueron añadidos a la iglesia. En el libro de los Hechos de los Apóstoles se registran de manera consistente casos de bautismos individuales o familiares.

En los escritos apostólicos, podemos ver que los apóstoles daban por sentado que todos los creyentes en Cristo habían sido bautizados (Ro 6:3–4; 1 Co 6:11; 12:13; Gl 3:27; Col 2:11–13; Tit 3:5; 1 P 3:21). También es importante notar que en sus predicaciones y epístolas, los apóstoles enseñaron y expusieron el propósito, el efecto y el significado del bautismo. A través del bautismo, la sangre de Cristo lava los pecados del creyente (Hch 2:38; 22:16), despojándolo así de su naturaleza pecaminosa (Ro 6:1–7; Col 2:11–12). Por medio del bautismo, el creyente recibe el perdón de los pecados y otras bendiciones espirituales tales como el renacimiento (Jn 3:3–5; Tit 3:5; Ro 6:1–11; Col 2:11–12), la justificación y la santificación (1 Co 6:11), el estar revestidos de Cristo (Gl 3:27), la filiación (Gl 3:26–29) y la salvación (Mc 16,16; Tit 3:5; 1 P 3:21). El bautismo tiene un papel tan vital en el plan de salvación de Dios y en la fe de los cristianos, que las Escrituras siempre nos hablan de la salvación en relación a él. Nosotros somos bautizados por gracia mediante la fe, no por obras.

Hoy en día, la iglesia hereda la misión de la iglesia primitiva. Por medio de la autoridad que concede el Espíritu Santo, la iglesia bautiza a los que obedecen el mandato del Señor. La promesa de salvar a los que creen y se bautizan en el Señor sigue en pie aún hoy. Dondequiera que se predique el evangelio, los creyentes son llamados a ser bautizados en Cristo y en su cuerpo, con el fin de recibir la vida eterna y los demás dones de gracia que Dios ha prometido a los herederos de su reino.

Este libro ofrece una presentación sistemática de la doctrina del bautismo. El objetivo es ayudar al lector a entender el papel del bautismo en la Biblia, así como la importancia que tiene el bautismo para los creyentes. Además, un análisis exhaustivo de cómo el bautismo fue administrado en la era del Nuevo Testamento tiene como objetivo aclarar el tema de cómo la iglesia debe ejecutar el bautismo hoy. Por último, sería provechoso para el lector referirse a los comentarios de los estudios exegéticos cuando así lo indiquen las notas al pie.

Capítulo 1

LAS PREFIGURACIONES DEL BAUTISMO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Si bien la institución del bautismo cristiano es una ordenanza divina exclusiva para la iglesia del Nuevo Testamento, ésta no deja de tener precedencia en el Antiguo Testamento. Conceptos esenciales del bautismo tales como el perdón de pecados, el lavar con agua y la expiación por la sangre tienen raíz en el Antiguo Testamento.

A. LAVAR CON AGUA

1. Lo que Dios exige con respecto a la limpieza

Dios escogió al pueblo de Israel para que fuera gente santa (Ex 19:6). Según lo que observamos en las leyes que Dios les dio a los israelitas, una de las mayores preocupaciones de Dios era que su pueblo fuera limpio. El tema de la limpieza ocupa claramente un lugar dominante en el libro de Levítico.

Los requisitos de limpieza comienzan con el servicio en el tabernáculo de reunión. Se debía tener mucho cuidado para asegurarse de que ninguna cosa santa fuera contaminada por cosas inmundas. Sólo aquellos que eran limpios podían comer la carne del sacrificio (Lv 7:19–21; 22:4–7; Nm 18:13). Cualquier sacerdote que se acercaba a las ofrendas del pueblo estando impuro, profanaba el nombre de Dios y sería eliminado de su presencia (Lv 22:1–3). Los restos de los sacrificios debían ser desechados en un lugar limpio (Lv 4:11–12; 6:10–11). La carne del sacrificio que hubiera estado en contacto con alguna cosa inmunda no debía ser consumida (Lv 7:19).

No sólo se exigía la limpieza en el santuario, sino que se demandaba la misma pulcritud en la vida cotidiana de los israelitas. Dios promulgó leyes específicas en cuanto a la distinción de animales limpios e inmundos, ya sean animales terrestres, aves, peces o insectos (Lv 11). Solamente los animales que eran considerados limpios podían ser consumidos como alimento. Tocar los cadáveres de los animales, sean limpios o inmundos,

hacía que uno se volviera impuro. Otras fuentes de impureza eran: el parto (Lv 12), las enfermedades de la piel (Lv 13-14), el moho (Lv 14) y las secreciones corporales (Lv 15). En caso de contaminación, la ley también establecía de manera meticulosa los pasos que se debían seguir para la purificación.

Junto con las numerosas regulaciones sobre la limpieza, el Señor les confió a Aarón y a sus hijos el deber de discernir y enseñar:

Ni tú ni tus hijos debéis beber vino ni sidra cuando entréis en el Tabernáculo de reunión, para que no muráis. Estatuto perpetuo será para vuestras generaciones, para poder discernir entre lo santo y lo profano, y entre lo inmundo y lo limpio, y enseñar a los hijos de Israel todos los estatutos que Jehová les ha dado por medio de Moisés (Lv 10:9-11).

Había dos objetivos en mantener la limpieza de los israelitas. Primero, preservar su limpieza aseguraba la santidad de la morada de Dios y la seguridad de su pueblo. Podemos ver esto en el mandato que el Señor les dio a Moisés y Aarón:

Apartaréis de sus impurezas a los hijos de Israel, a fin de que no mueran a causa de sus impurezas, por haber contaminado mi Tabernáculo, que está en medio de ellos (Lv 15:31).

Segundo, las leyes de limpieza, así como las exigencias éticas que Dios también mandó cumplir a los israelitas, apartaban al pueblo escogido de las otras naciones, manteniéndolo santo al Señor:

Por tanto, vosotros haréis distinción entre animal limpio e inmundo, y entre ave inmunda y limpia. No contaminéis vuestras personas con los animales, ni con las aves, ni con nada que se arrastra sobre la tierra, los cuales os he apartado por inmundos. Habéis, pues, de serme santos, porque yo, Jehová, soy santo, y os he apartado de entre los pueblos para que seáis míos (Lv 20:25-26).

a. Ritos de purificación

Además de estipular lo que es inmundo, la ley también prescribe en gran detalle los métodos de purificación. Lavar con agua, a veces acompañado de un sacrificio, es una característica dominante de estos ritos de purificación.

i. Limpiar la impureza

En la mayoría de los casos de impureza, la limpieza consistía en lavar el cuerpo con agua y lavar la ropa. Una persona era considerada impura cuando tocaba la carcasa de un animal (Lv 11:25-28, 39-40; 17:15-16), cuando contraía una enfermedad de la piel (Lv 13:6), cuando contraía lepra (Lv 14:8-9, 47), cuando producía secreciones

corporales (Lv 15:1-13, 16-22, 25-27; Dt 23:10-11) y cuando tocaba o estaba cerca del cadáver de una persona (Nm 19:19). Los objetos que entraban en contacto con estos cadáveres, enfermedades o secreciones también eran considerados impuros y debían ser lavados con agua (Lv 11:32; 13:53-54, 58; 15:17).

Los hombres que volvían de la batalla debían lavar sus vestidos al séptimo día, a fin de estar limpios y volver al campamento. Todos los artículos del botín que resistían el fuego debían ser pasados por fuego y lavados con agua. Los artículos que no resistían el fuego podían pasar por agua solamente (Nm 31:21-24).

Si un sacerdote se acercaba a las cosas sagradas estando impuro profanaba el nombre del Señor y estaba sujeto a la muerte (Lv 22:1-9). El sacerdote que tocaba algo contaminado no debía comer de las ofrendas sagradas a menos que lavara su cuerpo con agua. Aun así, quedaba impuro hasta que se pusiera el sol, y sólo después de la puesta del sol podía comer de las cosas sagradas (Lv 22:4-7).

En general, la ley no especifica qué tipo de agua se debía usar para la limpieza, excepto en el caso de Levítico 15:13, donde prescribe explícitamente que se debía lavar el cuerpo con agua corriente. Además, existían dos ritos particulares de purificación que exigían el uso de un agua especialmente preparada. En la purificación de la lepra, se requería agua corriente mezclada con la sangre de una avecilla (Lv 14:1-8; 48-53). En la purificación de los artículos o las personas que habían tocado o habían estado cerca de un cadáver, se requería agua corriente mezclada con las cenizas de la vaca de la expiación, que debía ser rociada sobre las personas o los objetos contaminados (Nm 19:17-18).

ii. Lavado preparatorio

Además de limpiar la impureza, lavar con agua también era una forma de prepararse para acercarse a la presencia de Dios. Aun cuando las personas que se acercaban a Dios no estaban contaminadas, lavarse con agua era necesario en tales ocasiones.

El Señor mandó a Moisés a erigir el tabernáculo de reunión y a consagrar a Aarón y a sus hijos para que sirvieran como sacerdotes. El Señor le dijo a Moisés: “Llevarás a Aarón y a sus hijos a la puerta del Tabernáculo de reunión, donde los lavarás con agua” (Ex 29:4; 40:12). Después de lavarlos, Moisés tenía que vestirlos con las vestiduras de los sacerdotes, hacer ofrendas por ellos y practicar en ellos

ciertos rituales que involucraban la aplicación de la sangre. Moisés hizo todo lo que Dios le había mandado (Lv 8:6–30).

De la misma manera, lavar con agua también fue el primer paso del proceso de purificación y consagración de los levitas. El Señor le dijo a Moisés que rociara sobre los levitas el agua de la expiación y que les hiciera afeitarse a sí mismos y lavar su ropa para quedar limpios (Nm 8:5–7). De esta manera los levitas se purificaron a sí mismos (v. 20–21).

También era necesario que los sacerdotes se lavaran antes de que se acercaran a Dios para ministrar delante de Él:

Continuó hablando Jehová a Moisés, y le dijo: «Harás también una fuente de bronce, con su base de bronce, para lavarse. La colocarás entre el Tabernáculo de reunión y el altar, y pondrás en ella agua. En ella se lavarán Aarón y sus hijos las manos y los pies. Cuando entren en el Tabernáculo de reunión, se lavarán con agua, para que no mueran, y cuando se acerquen al altar para ministrar y presentar la ofrenda quemada para Jehová, se lavarán las manos y los pies, para que no mueran. Y lo tendrán por estatuto perpetuo él y su descendencia a través de las generaciones» (Ex 30:17–21; cf. 40:30–32).

Luego de la muerte de los dos hijos de Aarón, Dios instruyó a Aarón por medio de Moisés diciendo que no debía entrar al santuario e ir delante del propiciatorio cuando quisiera para que no muriera. Sino que en el día de la expiación, antes de ponerse las vestiduras sagradas y de ofrecer los sacrificios, debía primero lavar su cuerpo con agua (Lv 16:4).

Además del lavado preparatorio de los sacerdotes, notamos un caso en el que el lavado fue requerido a toda la congregación de Israel. Cuando los israelitas llegaron al desierto de Sinaí, el Señor le dijo a Moisés que en tres días descendería sobre el monte Sinaí a la vista de todo el pueblo. En preparación para este acontecimiento, el pueblo debió santificarse a sí mismo y lavar sus vestidos (Ex 19:10, 14). En este caso en particular, lavar con agua sirvió para santificar al pueblo.

iii. Lavar con agua después de un rito

El Señor también estipuló lavados en ciertas ocasiones de los ritos sacerdotales, aunque en estos casos tampoco se mencionan explícitamente la presencia de impurezas.

El sacerdote que degollaba la vaca rojiza que se utilizaba para la purificación debía lavar sus vestidos y su cuerpo con agua después

de haber quemado la vaca (Nm 19:7). El que quemaba la vaca debía lavar sus vestidos en agua y bañarse en agua (v. 8). El que recogía las cenizas de la vaca y el que rociaba el agua de la purificación sobre los inmundos también debían lavar sus vestidos (v. 10, 21).

En el día de la expiación, acabada la expiación en el santuario, Aarón debía lavar su cuerpo con agua en el santuario y ponerse sus vestidos (Lv 16:24). Tanto el que había librado al macho cabrío como el que había quemado la piel, la carne y el estiércol de los animales del sacrificio tenían que lavar sus vestidos y sus cuerpos en agua (v. 26, 28).

En el proceso del sacrificio expiatorio, si la sangre del animal salpicaba sobre alguna prenda, ésta debía ser lavada en un lugar santo (Lv 6:27).

2. Metáforas de lavar con agua

El lavado que se practicaba en el templo como parte de la adoración y de los servicios sirvió como base para el concepto del lavado interno y espiritual que encontramos en los libros de sabiduría y en los libros proféticos. En estos casos, las referencias que se hacen al lavado son metáforas, aunque todas tienen raíz en los lavados físicos prescritos por la ley.

El Señor clamó a su pueblo a través de Isaías diciendo:

*Lavaos y limpios,
quidad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos,
dejad de hacer lo malo (Is 1:16).*

Un mensaje similar puede ser encontrado en Jeremías:

*Lava tu corazón de maldad, Jerusalén,
para que seas salva.
¿Hasta cuándo permitirás en medio de ti los pensamientos de iniquidad?
(Jer 4:14)*

Proverbios 30:12 habla de los que permanecen en la maldad como si no hubieran sido lavados:

*Hay generación limpia en su propia opinión,
si bien no se ha limpiado de su inmundicia.*

En su salmo de contrición David escribe:

*Tú amas la verdad en lo íntimo
y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría.
Purifícame con hisopo y seré limpio;
lávame y seré más blanco que la nieve (Sal 51:6-7).*

El lenguaje de David está inspirado en el rito de purificación del leproso, el cual consistía en el rociamiento de la sangre usando madera de cedro, grana e hisopo, así como el lavado del cuerpo en agua (Lv 14:1-9).

El Señor promete que en los días postreros reunirá a su pueblo esparcido. Cuando llegue el momento, Él también limpiará a su pueblo esparciendo agua limpia: “Esparciré sobre vosotros agua limpia y seréis purificados de todas vuestras impurezas, y de todos vuestros ídolos os limpiaré” (Ez 36:25). El Señor también promete una limpieza escatológica en Zacarías: “En aquel tiempo habrá un manantial abierto para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la purificación del pecado y de la inmundicia” (Zac 13:1). En Isaías 4, el profeta visualiza el día en que el Señor santificará a los remanentes de Jerusalén: “Cuando el Señor lave la inmundicia de las hijas de Sión y limpie a Jerusalén de la sangre derramada en medio de ella, con espíritu de juicio y con espíritu de devastación” (Is 4:4).

El cambio de enfoque que hicimos de los lavados externos exigidos por la ley al lavado interno aludido por los profetas nos hace percatar que la limpieza de la iniquidad es, en realidad, un acto divino. Es algo que Dios hará por su pueblo. Todo aquel que anhele ser lavado de toda impureza debe volverse a Dios en espera del lavado divino. También cabe destacar que el Espíritu Santo obrará en la limpieza que Dios llevará a cabo en el futuro, tal como dice en Isaías 4:4. El acto de lavar las inmundicias será, ciertamente, un acto del Espíritu de Dios.

B. EXPIACIÓN

1. El significado de la expiación

La raíz hebrea de la palabra “expiación”, כִּפֹּר, significa “cubrir” (cf. Gn 6:14 NVI), pero no denota simplemente la idea de ocultar algo de la vista, sino que también tiene el sentido de “anular” o “hacer impotente” (cf. Is 28:18)¹. Esta definición es consistente con el significado de las palabras de otras lenguas semíticas que comparten la misma raíz, como “lavar” (arameo) y “purificar” (asirio)².

La forma verbal Pi'el de כִּפֹּר, כִּפְּרָה (traducida como “expiar”) es usada generalmente en un sentido religioso y connota la idea de “quitar la culpa” (Lv 10:17 NVI). La necesidad de la expiación es ocasionada por el pecado,

1 J. H. Kurtz, *Offerings, Sacrifices and Worship in the Old Testament* (Peabody, Mass.: Hendrickson, 1998), pág. 69.

2 Francis Brown, Samuel Rolles Driver and Charles Augustus Briggs, *Enhanced Brown-Driver-Briggs Hebrew and English Lexicon*, ed. electrónica, (Oak Harbor, WA: Logos Research Systems, 2000), pág. 497.

ya sea que éste sea cometido de manera intencional o por ignorancia (Ex 32:30; Lv 4:35; 5:6, 13, 18; 10:17; 16:16, 30; Nm 15:28; 16:46–47; Sal 78:38; Ez 45:20). La purificación de la impureza también requiere expiación, incluso cuando no se ha cometido ninguna transgresión ética. Este es el caso de las impurezas a causa del parto (Lv 12:7–8), la lepra (Lv 14:18–21, 29, 31, 53) y las secreciones corporales (Lv 15:15, 30). El resultado de la expiación es el perdón de los pecados y la purificación (Lv 4:20, 26, 31, 35; 5:10, 13, 16, 18; 6:7; 12:7, 8; 16:30; 19:22; Nm 15:25, 28).

El Señor también requirió expiación para el altar y el santuario. Luego de consagrar a Aarón y a sus hijos, Moisés tuvo que limpiar y santificar el altar durante siete días, haciendo expiación por él, de modo que se convirtiera en un altar santísimo (Ex 29:36–37). En el día de la expiación, Aarón tenía que llevar detrás del velo la sangre del macho cabrío de la ofrenda por el pecado, y tenía que hacer expiación por el santuario (Lv 16:15–16). La razón, tal como lo había declarado el Señor, era por “causa de las impurezas de los hijos de Israel, de sus rebeliones y de todos sus pecados” y porque el tabernáculo “est[aba] entre ellos en medio de sus impurezas” (Lv 16:16). Después de hacer expiación en el santuario, Aarón tenía que salir hacia el altar y hacer expiación por él, santificándolo de las impurezas de los hijos de Israel (Lv 16:18–19). Este estatuto de hacer expiación por el santuario, el tabernáculo de reunión y el altar se debía llevar a cabo una vez al año (Lv 16:29–34). En la visión del templo que tuvo Ezequiel también vemos disposiciones similares para hacer expiación por el altar y el templo (Ez 43:20, 26; 45:18–20).

2. Los medios de la expiación

Hacer expiación es un deber sacerdotal, y el que lleva a cabo esta tarea asume el papel de intercesor o mediador. Moisés fue la primera persona registrada en las Escrituras que hizo expiación. Cuando la ira del Señor se encendió contra los hijos de Israel a causa de la creación y adoración del becerro de oro, Moisés intercedió por ellos delante del Señor. Subió a donde estaba el Señor e hizo expiación por los pecados del pueblo (Ex 32:30).

Luego de la erección del tabernáculo de reunión y de la institución de la adoración en el templo, la expiación se hizo por medio de ofrendas³. Esto

3 La Biblia, especialmente el libro de Números, registra casos de expiación al margen de las ofrendas sacrificiales. Por ejemplo, el pago del dinero de rescate o botín de guerra (Ex 30:11–16; Nm 31:50), la intercesión de Aarón usando el incienso (Nm 16:46–47), la ocasión en que Finees puso fin a la plaga (Nm 25:13) y el derramamiento de la sangre del homicida (Nm 35:33). No obstante, la expiación en el contexto de la adoración en el templo siempre se hizo por medio de ofrendas.

se ve claramente en los casos del holocausto (Lv 1:4; 9:7; Nm 15:22–25; 28:30), la ofrenda por el pecado (Ex 30:10; Lv 4:20, 26, 31, 35; 9:7; 10:17; Nm 15:27–28; 28:22; 29:5, 11; 2 Cr 29:24; Neh 10:33) y la ofrenda por la culpa (Lv 5:6, 10, 13, 16, 18; 6:7; 19:22)⁴. Además, el carnero que se ofrecía por restitución también era para expiación (Nm 5:8).

Según las Escrituras, las ofrendas hechas en las siguientes ocasiones dan como resultado la expiación:

- a. Las ofrendas para la limpieza y los ritos asociados a ellas (Lv 12:6–8; 14:18–21, 29, 31, 53; 15:15, 30). En estos ritos de purificación, los sacrificios de expiación seguían al lavado con agua.
 - b. Las ofrendas por el pecado y los holocaustos que se hacían en el día de la expiación para el sumo sacerdote, su familia, el pueblo de Israel, el altar, el tabernáculo de reunión y el santuario (Ex 30:10; Lv 16:6, 10–11, 16–18, 24, 27, 30, 32–34).
 - c. La purificación de un nazareo contaminado (Nm 6:9–11).
 - d. La limpieza consagratoria de los levitas (Nm 8:12, 21).
 - e. La purificación del sacerdote y el altar (Ex 29:31–37; Ez 43:20–26).
3. La sangre y la expiación
- a. Rituales de sangre

La sangre tiene una importancia central en el culto del Antiguo Testamento. Dios reserva la sangre de los animales para sí mismo por algo en especial. Dios había prohibido estrictamente el consumo de la sangre desde el principio. Luego del diluvio, Dios bendijo a Noé y a sus hijos para que fueran fructíferos y se multiplicaran. Dios prometió que todos los seres vivos temerían a la raza humana y autorizó a los hombres a consumir carne como alimento. Sin embargo, había una condición: el hombre no debía comer la sangre de los seres vivos. “Pero carne con su vida, que es su sangre, no comeréis” (Gn 9:4). La sangre es la vida de un ser vivo, por lo que no es para consumo humano.

También vemos la prohibición del consumo de la sangre en Deuteronomio (Dt 12:13–16, 23–25). Dios mandó a los israelitas hacer ofrendas sacrificiales sólo en el lugar que Él escogía, pero si el objetivo de matar ganados domésticos era para alimento, lo podían hacer dentro de sus ciudades. Aun en este caso, el consumo de la sangre estaba prohibido para los israelitas. Luego de matar a un animal para

⁴ En la visión de Ezequiel, la ofrenda de cereales y la ofrenda de paz son mencionadas junto con la ofrenda por el pecado y el holocausto como parte de la expiación (Ez 45:15, 17).

alimento, los israelitas debían derramar la sangre en la tierra como si fuera agua. La razón era la siguiente: “Solamente que te mantengas firme en no comer sangre, porque la sangre es la vida, y no comerás la vida junto con la carne” (Dt 12:23). Al igual que en Génesis 9:4, la sangre se identifica aquí con la vida de la criatura.

En Levítico, el mandato de abstenerse de la sangre es dado en el marco de las disposiciones sobre las ofrendas. Según Levítico 3, la grasa de los animales sacrificiales es del Señor, por lo que no debe ser consumida sino que debe ser quemada en el altar sobre el holocausto como aroma agradable al Señor. Del mismo modo, el consumo de la sangre también era prohibido (v. 17). Como parte de los rituales del sacrificio, los sacerdotes debían manipular la sangre de acuerdo a las instrucciones del Señor. De manera similar, en Levítico 7:22–27, el Señor también prohíbe el consumo de la sangre en el contexto de reservar la grasa de la ofrenda para el Señor. De aquí podemos ver, entonces, que la sangre cumple un rol importante en las ofrendas, y esta función especial es la base de la prohibición de consumir sangre.

Levítico 17:10–12 registra una razón aún más explícita de la abstención de la sangre. La advertencia contra la violación de esta orden era grave: “Si cualquier hombre de la casa de Israel, o de los extranjeros que habitan entre ellos, come alguna sangre, yo pondré mi rostro contra la persona que coma sangre, y la eliminaré de su pueblo” (Lv 17:10). Esto es así “porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas, pues la misma sangre es la que hace expiación por la persona” (Lv 17:11).

Una vez más, aquí vemos la estrecha conexión que hay entre la sangre y la vida. Además, Dios aclara que Él ha dado la sangre de los animales a su pueblo sobre el altar. O sea, la sangre debía ser puesta sobre el altar. El Señor le asignó este lugar especial a la sangre para beneficio de su pueblo.

El objetivo de poner la sangre sobre el altar es “para hacer expiación [...] por vuestras almas” (לְכַפֵּר עַל־נַפְשׁוֹתֵיכֶם). Dado que la vida del animal es identificada con su sangre, colocar la sangre del animal en el altar equivale a poner la vida del animal en el altar, y el resultado final es la expiación por el pueblo de Dios. Por último, el Señor explica que es la sangre la que hace expiación por el alma. Aquí tenemos un enunciado explícito que traza un vínculo claro entre la sangre y la expiación.

b. El lugar de la sangre en los ritos de expiación

En la descripción de los procedimientos de las ofrendas podemos observar que la sangre y su manipulación son fundamentales en el rito sacrificial⁵.

Incluso antes de la institución del culto en el templo, Dios ya había prescrito ritos especiales que se realizaban en ocasiones específicas y que implicaban el uso de la sangre. Antes de enviar la última plaga sobre la tierra de Egipto, el Señor ordenó a los israelitas, por medio de Moisés y Aarón, guardar la Pascua. Los israelitas debían untar el dintel y los postes de la puerta de sus casas con la sangre del cordero pascual, para que cuando el Señor pasara a herir a los egipcios pudiera evitar aquellas puertas, impidiendo así que el heridor entrara en la casa de los israelitas (Ex 12:1–28). Así que, la sangre del cordero sacrificado untada en la entrada de la casa sirvió como una señal para proteger la vida de los israelitas.

Cuando los israelitas llegaron al desierto de Siná, el Señor estableció un pacto con ellos mediante la promulgación de leyes y decretos a través de Moisés. En la ceremonia de pacto que siguió a dicha promulgación, Moisés levantó un altar y doce columnas, y envió a unos jóvenes para que ofrecieran holocaustos y ofrendas de paz al Señor. Luego, tomó la mitad de la sangre y la puso en unos tazones, y esparció la otra mitad de la sangre sobre el altar. Después leyó el libro de pacto ante el pueblo, y la gente se comprometió a obedecer todo lo que el Señor había ordenado. Entonces, Moisés tomó la sangre y la roció sobre el pueblo, y llamó esta sangre “sangre del pacto” (Ex 24:1–11). La sangre del pacto tuvo una importancia fundamental en los sacrificios y las ceremonias.

En Deuteronomio 12, observamos que la sangre del animal se manipulaba de manera distinta según si el animal había sido matado en relación a una ofrenda o no. Cuando se mataba al animal para consumirlo como alimento, los israelitas debían derramar su sangre en la tierra como si fuera agua (Dt 12:15–16; 21–24). Pero si se mataba al animal para un holocausto, la sangre debía ser ofrecida en el altar (Dt 12:27). El hincapié que se hace sobre la manera correcta de manipular la sangre demuestra su importancia en el proceso de las ofrendas.

⁵ Véase el análisis meticuloso sobre la manipulación de la sangre en la Biblia de Gilders en *Blood Ritual in the Hebrew Bible: Meaning and power*, (Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 2004).

Un análisis detallado sobre las disposiciones de los distintos tipos de ofrendas registradas en Levítico nos dota de un mejor entendimiento sobre la importancia de la sangre en las ofrendas.

En primer lugar, observamos que la manipulación de la sangre es un deber sacerdotal. En segundo lugar, la manera de manipular la sangre siempre está incluida en las disposiciones que detallan el procedimiento de las ofrendas.

i. Presentar, derramar y exprimir la sangre

La persona que trae la ofrenda pone su mano sobre la cabeza del animal y lo degüella. El sacerdote lleva la sangre hacia el altar y la derrama ⁶ alrededor del altar (Lv 1:5, 11; 3:1-2, 8, 12-13; 7:2; 8:19; 9:12, 18). En el caso de la ofrenda de aves, el procedimiento es un poco diferente, pero también es el sacerdote el que exprime la sangre a un lado o al pie del altar (Lv 1:14-15). El énfasis en la manipulación de la sangre y el hecho de que es el sacerdote el que presenta, derrama, rocía y exprime la sangre en el altar indican que la sangre es fundamental en el ritual del sacrificio.

ii. Rociar, untar y echar la sangre

En el caso de la ofrenda por el pecado, el Señor especificó un modo diferente de manipular la sangre. Si quien peca es toda la congregación de Israel, el sacerdote ungido llevará parte de la sangre del becerro al tabernáculo de reunión.

Después el sacerdote ungido tomará parte de la sangre del becerro y la traerá al Tabernáculo de reunión. Mojará el sacerdote su dedo en la sangre, y rociará con aquella sangre siete veces delante de Jehová frente al velo del santuario. El sacerdote pondrá de esa sangre sobre los cuernos del altar del incienso aromático, que está en el Tabernáculo de reunión delante de Jehová, y echará el resto de la sangre del becerro al pie del altar del holocausto, que está a la puerta del Tabernáculo de reunión (Lv 4:5-7; cf. 16-19)⁷.

Si quien peca es un jefe o una persona común del pueblo, “[e]l sacerdote tomará con su dedo de la sangre de la expiación, la pondrá sobre los cuernos del altar del holocausto y derramará el resto de la sangre al pie del altar del holocausto” (Lv 4:25, 30)⁸. En este caso, la sangre no es llevada al santuario.

6 El verbo “rociar” en la versión RVR1995 (זָרַק) puede ser traducido como “derramar”, el cual denota una acción diferente que el verbo “rociar” (נָזַף) del ritual de la ofrenda por el pecado (p. ej.: Lv 4:6). Véase William K. Gilders, *Blood ritual in the Hebrew Bible: Meaning and power*, (Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 2004), págs. 25-26.

7 El verbo “poner” (נָתַן) de RVR1995 puede ser traducido como “untar”. Véase Gilders, págs. 27-28.

8 Íbid.

En la ceremonia de ordenación de Aarón y sus hijos, Moisés degolló al animal de la ofrenda por el pecado y tomó parte de la sangre y la untó sobre los cuernos del altar para purificarlo. Luego, derramó el resto de la sangre al pie del altar y lo santificó para reconciliar sobre él (Lv 8:14–15; cf. Ex 29:12). Después de ofrecer el carnero del holocausto, Moisés ofreció el carnero de consagración. Degolló al carnero, tomó un poco de sangre y se la untó a Aarón en el lóbulo de la oreja derecha, en el pulgar de la mano derecha y en el dedo gordo del pie derecho. Lo mismo hizo con los hijos de Aarón (Lv 8:22–24; cf. Ex 29:19–20). La unción de la sangre en las extremidades puede ser para consagrar, ya que el mismo verbo es usado en la consagración del altar. Después de untar la sangre, Moisés derramó la sangre alrededor del altar (Lv 8:24)⁹. Finalizadas las ofrendas de consagración, Moisés tomó un poco de aceite de la unción y de la sangre que estaba sobre el altar, y roció a Aarón, a sus hijos y sus respectivas vestiduras. El rociamiento de la sangre consagró a Aarón, a sus hijos y sus vestiduras (Lv 8:30; cf. Ex 29:21).

En la inauguración del culto, Aarón siguió el mismo procedimiento de manipulación de sangre descrita arriba (el caso en que peca un jefe o una persona común del pueblo) cuando ofreció, por primera vez, la ofrenda por el pecado. “Los hijos de Aarón le trajeron la sangre, y él, mojando su dedo en la sangre, untó con ella los cuernos del altar y derramó el resto de la sangre al pie del altar” (Lv 9:9).

iii. Día de la expiación

El lugar de la sangre es particularmente prominente en los preceptos de los deberes sacerdotales en el día de la expiación (Lv 16:1–28). El Señor requería un becerro y un macho cabrío para la expiación y un carnero para el holocausto. Aarón debía degollar primero al becerro destinado a su propia expiación. Después de poner el incienso sobre el fuego delante del Señor para que la nube del incienso cubriera el propiciatorio, “[t]omará luego de la sangre del becerro y la rociará con su dedo en el lado oriental del propiciatorio, y delante del propiciatorio esparcirá con su dedo siete veces de aquella sangre” (Lv 16:14). Después debía llevar la sangre del macho cabrío, el que era para la congregación de Israel, dentro del velo y “hará con su sangre como hizo con la sangre del becerro: la esparcirá sobre el propiciatorio y delante del propiciatorio” (v. 15). Después de hacer la expiación en el santuario, Aarón “saldrá hacia

⁹ En la purificación de los leprosos también vemos un caso similar de unción de sangre en las extremidades (Lv 14:14, 25).

el altar que está delante de Jehová, y lo exiará: tomará de la sangre del becerro y de la sangre del macho cabrío, y la pondrá sobre los cuernos alrededor del altar. Esparcirá sobre él de la sangre con su dedo siete veces. Así lo limpiará y lo santificará de las impurezas de los hijos de Israel” (vv. 18–19).

c. El efecto de la sangre

Vimos que desde el establecimiento del culto en el templo, las ofrendas se han convertido en el medio de la expiación. También notamos que la sangre de los animales de las ofrendas y su manipulación son fundamentales en los rituales de sacrificio. Además, algunas referencias mencionan explícitamente que los rituales de sangre tienen el efecto de hacer expiación.

Con respecto a la ley de la ofrenda por el pecado, el Señor le dijo a Moisés: “Pero no se comerá ninguna ofrenda cuya sangre se haya llevado al Tabernáculo de reunión para hacer la expiación en el santuario: deberá consumirse en el fuego” (Lv 6:30). El propósito de llevar la sangre dentro del tabernáculo es para hacer expiación.

Se dice que en la ceremonia de ordenación sacerdotal, dos acciones específicas que implicaron el uso de la sangre fueron las que lograron la expiación: “... Tomó entonces la sangre y la untó con sus dedos sobre los cuernos y alrededor del altar, para purificarlo, y derramó el resto de la sangre al pie del altar. Así lo santificó para reconciliar sobre él” (Lv 8:15). Cabe notar también la conexión que vemos aquí entre la sangre, la purificación, la consagración y la expiación.

En el día de la expiación, Aarón hace expiación por sí mismo, por su familia y por la congregación de Israel rociando la sangre del becerro y del macho cabrío sobre y delante del propiciatorio que está en el santuario (Lev 16:14–18). Después de hacer la expiación en el santuario, debía salir hacia el altar del incienso para exiarlo, untando parte de la sangre sobre los cuernos alrededor del altar (v. 18; Ex 30:10). Es claro aquí que el rociamiento y la unción de la sangre tienen el efecto de hacer expiación.

En la visión del templo, el Señor le instruyó a Ezequiel las normas que debía seguir cuando se construyera el altar. Ezequiel debía tomar la sangre del animal de la ofrenda por el pecado y ponerla en los cuatro cuernos del altar, en las cuatro esquinas del zócalo y en el borde alrededor para purificarlo y hacer expiación por él (Ez 43:18–20). Aquí vemos otra conexión directa entre la sangre del animal y la expiación.

Dentro de los efectos de la expiación existen aspectos específicos de la expiación como la limpieza, la purificación y la consagración. También encontramos referencias, algunas de las cuales ya hemos visto, en donde estos efectos son atribuidos a los rituales de sangre. Por ejemplo, la purificación y santificación del altar (Lv 8:15; 16:18–19; Ez 43:18–20), la consagración de Aarón, sus hijos y sus vestiduras (Lv 8:30), y la purificación de los leprosos y las casas enmohecidas (Lv 14:14, 25, 49–52).

En Levítico 17, capítulo clave sobre la cuestión de la sangre y la expiación, vimos que Dios le asignó a la sangre un significado, una función y un efecto especiales. Luego de establecer todas las leyes correspondientes a las ofrendas y la purificación, el Señor les ordenó a Aarón, a sus hijos y a todos los hijos de Israel por medio de Moisés, que prestaran atención al uso exclusivo de la sangre.

Los versículos 3–9 estipulan que las ofrendas que eran para el Señor debían ser llevadas al sacerdote al tabernáculo de reunión. Éstas no debían ser sacrificadas en el campamento. El que degüelle un buey, un cordero o una cabra para una ofrenda fuera del tabernáculo comete asesinato y sacrifica a los demonios. El que derrame ilegítimamente la sangre de los animales para las ofrendas será eliminado de su pueblo.

Los versículos 10–12 determinan la prohibición de consumir sangre y el castigo de su violación. El Señor prohibió el consumo de la sangre porque ésta, que es la vida de la carne, ha sido dada al pueblo sobre el altar para hacer expiación por sus almas. El Señor aclara: “[P]ues la misma sangre es la que hace expiación por la persona” (v. 11). La sangre es reservada para hacer expiación sobre el altar, y el poder de la expiación está en la sangre. El Señor se basa en esta premisa para prohibir el consumo de la sangre y la práctica de cualquier ritual de sangre fuera del templo de culto.

Consecuentemente, es por el designio de Dios que la sangre de los animales sacrificiales sirva como el medio de la expiación. Aunque los otros aspectos de la ofrenda, como la imposición de las manos sobre la cabeza del animal, la quema de la ofrenda en el altar, así como todo lo que la ley prescribe sobre el rito sacrificial o de purificación, son esenciales para lograr el efecto de la expiación, en realidad, todos ellos giran en torno al derramamiento de la sangre del animal. Por esta razón, el libro de Hebreos resume la importancia de la sangre en cuanto a la eliminación de la culpa e inmundicia diciendo: “Y según la Ley, casi todo es purificado con sangre; y sin derramamiento de sangre no hay remisión” (Heb 9:22).

4. Dios es la fuente de la expiación

Como señalamos antes, hacer expiación es un deber sacerdotal. El que hace expiación actúa como un intercesor o mediador entre Dios y el hombre. Sin embargo, las Escrituras también señalan a Dios como la fuente última de la expiación.

Al meditar sobre las maravillas que Dios hizo en el viaje por el desierto de los israelitas, el salmista escribe:

*Pero él, misericordioso,
perdonaba la maldad y no los destruía;
apartó muchas veces su ira
y no despertó todo su enojo (Sal 78:38).*

La palabra hebrea para “perdonar” (כָּפַר) es traducida como “hacer expiación” en otros pasajes de la Biblia. El Señor fue el que perdonó la maldad de los israelitas.

En otros pasajes de la Biblia también vemos que la gente apela a Dios como la fuente de la expiación:

Perdona, Jehová, a tu pueblo Israel, al cual redimiste, y no culpes de sangre inocente a tu pueblo Israel.” Así les será perdonada esa sangre (Dt 21:8).

Porque una gran multitud del pueblo de Efraín y Manasés, y de Isacar y Zabulón, no actuaron conforme a lo que está escrito, pues comieron la Pascua sin haberse purificado. Pero Ezequías oró por ellos diciendo: «Jehová, que es bueno, sea propicio a todo aquel que ha preparado su corazón para buscar a Dios” (2 Cr 30:18).

*Las iniquidades prevalecen contra mí,
pero tú perdonas nuestras rebeliones (Sal 65:3).*

*¡Ayúdanos, Dios de nuestra salvación,
por la gloria de tu nombre!
¡Libranos y perdona nuestros pecados
por amor de tu nombre! (Sal 79:9).*

*Pero tú, Jehová, conoces todo su consejo
contra mí para darme muerte.
No perdones su maldad
ni borres su pecado de delante de tu rostro.
¡Tropiecen ellos delante de ti,
y haz así con ellos en el tiempo de tu enojo! (Jer 18:23).*

La base de estas apelaciones es la confianza de que Dios proveerá expiación a su pueblo. También observamos esta confianza en el cántico de Moisés:

*»¡Alabad, naciones, a su pueblo,
porque él vengará la sangre de sus siervos,*

*tomará venganza de sus enemigos,
y hará expiación por la tierra de su pueblo!» (Dt 32:43)*

De la misma manera, el profeta Miqueas también profetizó que Dios perdonaría los pecados de su pueblo:

*Él volverá a tener misericordia de nosotros;
sepultará nuestras iniquidades
y echará a lo profundo del mar
todos nuestros pecados (Miq 7:19).*

De hecho, recurrir a Dios para el perdón de los pecados es fundamentado en la propia promesa del Señor. El Señor les habló a los hijos de Israel con respecto al pacto que establecería con ellos por medio de Ezequiel diciendo:

*... sino por mi pacto que confirmaré contigo. Y sabrás que yo soy Jehová;
para que te acuerdes y te avergüences, y nunca más abras la boca, a causa
de tu vergüenza, cuando yo perdone todo lo que hiciste, dice Jehová, el Señor
(Ez 16:62-63).*

También podemos encontrar una promesa similar en la profecía de Jeremías:

*Los limpiaré de toda su maldad con que pecaron contra mí, y perdonaré todas
sus iniquidades con que contra mí pecaron y contra mí se rebelaron (Jer 33:8).*

Por lo tanto, a pesar de las disposiciones de la ley acerca de la expiación por medio de ofrendas y rituales de sangre, podemos ver que la gente era consciente de que Dios era la fuente y el medio últimos de la expiación. Fiel a su promesa, Dios finalmente expiará los pecados de su pueblo ofreciéndose a sí mismo.

C. CIRCUNCISIÓN

1. Origen

Según consta en Génesis 17, Dios estableció la circuncisión cuando hizo un pacto con Abraham. El Señor se le apareció a Abraham y le dijo que Él era el Dios Todopoderoso. Le ordenó a Abraham que anduviera delante de Él y que fuera perfecto, y le dijo que haría un pacto con él. Dios estableció el pacto con una serie de promesas, a saber, que de Abraham saldrían reyes y naciones, que Dios sería Dios suyo y de sus descendientes, y que la tierra de Canaán les pertenecería a él y a sus descendientes (Gn 17:4-8).

Como beneficiarios de este pacto, Abraham y sus descendientes debían guardar este pacto. A tal fin, Abraham y todo varón de su familia debían

ser circuncidados. Cada niño varón, nacido en casa o comprado por dinero, debía ser circuncidado al octavo día (Gn 17:9–13). La circuncisión era una señal del pacto entre Dios y Abraham (Gn 17:11). No ser circuncidado equivalía a violar el pacto de Dios y el castigo era ser eliminado del pueblo de Dios (Gn 17:14).

Aunque las promesas de Dios parecían irrealizables, Abraham obedeció a Dios y guardó el pacto que había recibido. Ese mismo día, Abraham tomó a Ismael y a todos los hombres de su casa, nacidos en su casa o comprados por dinero, y los circuncidó. Abraham mismo también fue circuncidado (Gn 17:23–24). Cuando se cumplió el tiempo, Sara dio a luz a Isaac, tal como el Señor había prometido, y Abraham también circuncidó a Isaac (Gn 21:4).

2. Observancia e importancia

La circuncisión era una señal del pacto de Dios con Abraham. Se trataba de una marca externa en la carne que recordaba el pacto de Dios. Por eso el Señor dijo: “[...] de modo que mi pacto esté en vuestra carne por pacto perpetuo” (Gn 17:13). Los descendientes de Abraham debían guardar este mandato de generación en generación (Gn 17:9). Así que la circuncisión era un prerrequisito para participar del pacto abrahámico, el cual separaba al pueblo de Dios de todas las demás naciones. Los incircuncisos eran excluidos del pueblo elegido, siendo “alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa” (Ef 2:11–12).

Cuando Siquem, el heveo, pidió la mano de Dina (hija de Jacob), los hijos de Jacob le explicaron que casar a su hermana con un hombre incircunciso era una abominación para ellos (Gn 34:14). Para que los hijos de Jacob consintieran en entregarle la mano de Dina a Siquem, éste tenía que cumplir con una condición: “... que os hagáis como nosotros, y se circuncide entre vosotros todo varón” (v. 15). Aunque los hijos de Jacob dijeron esto para engañar a Siquem, a través de lo que dijeron podemos ver cómo era vista la circuncisión en aquella época. La circuncisión identificaba a los descendientes de Abraham como un pueblo especial, y los matrimonios mixtos con los incircuncisos era una abominación.

En los años que Moisés vivió bajo la protección de su suegro en Madián, no circuncidó a su hijo. Luego de la experiencia con la zarza ardiente, el Señor mandó a Moisés regresar a Egipto para advertirle al faraón que mataría a su hijo primogénito si se negara a dejar ir a Israel, el primogénito del Señor, para servir a Dios. En el camino de regreso a Egipto, el Señor salió al encuentro de Moisés y quiso matarlo a causa de su hijo

incircunciso (Ex 4:19–26). Esto fue porque al salir de la casa de su suegro, Moisés ahora era el jefe de su familia, y habría sido culpable de violar el pacto de Dios si dejara que su hijo permaneciera incircunciso. Así que Séfora, la mujer de Moisés, cortó el prepucio de su hijo y lo echó a los pies de Moisés, y el Señor lo dejó ir.

Los israelitas guardaron el pacto de la circuncisión hasta el éxodo. Esto puede ser inferido de la ordenanza que Dios declaró con respecto a la Pascua:

Jehová dijo a Moisés y a Aarón: «Ésta es la ley para la Pascua: ningún extranjero comerá de ella. Pero todo siervo humano comprado por dinero comerá de ella, después que lo hayas circuncidado. El extranjero y el jornalero no comerán de ella. Se comerá en una casa, y no llevarás de aquella carne fuera de ella ni le quebraréis ningún hueso. Toda la congregación de Israel lo hará. Si algún extranjero habita contigo y quiere celebrar la Pascua para Jehová, que le sea circuncidado todo varón, y entonces la celebrará, pues será como uno de vuestra nación; pero ningún incircunciso comerá de ella» (Ex 12:43–48).

Los incircuncisos no podían participar de la Pascua. Cualquier extranjero o jornalero que quisiera participar de la Pascua debía ser circuncidado y hacer que todos los varones de su casa se circuncidaran primero. Por lo tanto, la circuncisión separaba al pueblo de Dios de los forasteros.

En la ley de la purificación, Dios estableció formalmente que los niños varones debían ser circuncidados al octavo día de su nacimiento (Lv 12:1–3). Sin embargo, los israelitas que nacieron en el viaje por el desierto no recibieron la circuncisión (Jos 5:5–7). Por lo tanto, después de cruzar el Jordán, Josué volvió a “circuncidar por segunda vez a los hijos de Israel” (vv. 2–3). El lugar donde se realizó la circuncisión fue llamado Gilgal, porque el Señor dijo a Josué: “Hoy he quitado de encima de vosotros el oprobio de Egipto” (v. 9). Luego de la circuncisión, los hijos de Israel también celebraron la Pascua (v. 10).

Debido a su importancia vital en el pacto de Dios con su pueblo, la circuncisión se había convertido en la marca del pueblo elegido. Los incircuncisos eran excluidos del pueblo de Dios y de la participación en la alianza divina. Entre los hijos de Israel, el término “incircuncisos” era utilizado a menudo en un modo despectivo para designar a las naciones extranjeras (Jue 14:3; 15:18; 1 S 14:6; 17:26, 36; 31:4; 2 S 1:20; Ez 28:10; 31:18; 32:19, 21, 24–30, 32; 44:7, 9). En Isaías 52:1, el incircunciso se menciona junto con el inmundo. También hemos visto que ser incircuncisos era una abominación para Dios y para su pueblo.

De hecho, la señal de la circuncisión tiene una relación estrecha con la fe. Cuando Pablo estaba escribiendo sobre Abraham, dijo:

Y recibió la circuncisión como señal, como sello de la justicia de la fe que tuvo cuando aún no había sido circuncidado, para que fuera padre de todos los creyentes no circuncidados, a fin de que también a ellos la fe les sea contada por justicia; y padre de la circuncisión, para los que no solamente son de la circuncisión, sino que también siguen las pisadas de la fe que tuvo nuestro padre Abraham antes de ser circuncidado (Ro 4:11–12).

Abraham creyó en el Señor cuando éste le prometió que tendría un heredero propio y numerosos descendientes. Y esto le fue contado por justicia (Gn 15:4–6). Según Pablo, la circuncisión que recibió Abraham fue un sello de la justicia de la fe que Dios le había atribuido a Abraham. Al conservar esta marca en la carne, Abraham y sus descendientes demostraron que eran un pueblo que creían y tenían fe en el pacto de Dios.

3. Metáfora de la circuncisión

A menudo, la Biblia usa el término “circuncisión” en sentido figurado para referirse a algo fuera de la señal en la carne que Abraham había recibido. Usada como metáfora, “circuncidar” tiene el sentido de eliminar algo indeseable.

Cuando el Señor envió a Moisés a comparecer ante el faraón, Moisés le respondió que era “incircunciso de labios” (Ex 6:12 RVA), lo que significa que él era tardo en el habla y torpe de lengua (cf. Ex 4:10). Una de las leyes que Dios estableció para los israelitas hacía referencia a la santidad de los árboles frutales recién plantados en la tierra prometida: “Cuando entréis en la tierra y plantéis toda clase de árboles frutales, consideraréis como incircunciso lo primero de su fruto. Tres años os será como incircunciso: su fruto no se comerá” (Lv 19:23).

La metáfora de la circuncisión también se usa para indicar la actitud de una persona hacia Dios. Oídos incircuncisos son aquellos que dan la espalda a la palabra del Señor (Jer 6:10). Un corazón incircunciso es aquel que se rebela contra Dios (cf. Lv 26:41; Jer 9:26; Ez 44:7, 9). Moisés apeló a la congregación de Israel para que ame al Señor y guarde sus mandamientos, diciendo: “Circuncidad, pues, el prepucio de vuestro corazón, y no endurezcáis más vuestra cerviz” (Dt 10:16). Asimismo, el Señor llamó a su pueblo al arrepentimiento, diciendo: “Circuncidaos para Jehová, quitad el prepucio de vuestro corazón, hombres de Judá y moradores de Jerusalén, no sea que mi ira salga como fuego, que se encienda y no haya quien la apague a causa de la maldad de vuestras obras” (Jer 4:4). Pablo hace referencia a esta circuncisión interior del corazón cuando habla de la esencia de la circuncisión (Ro 2:25–29; Flp 3:3).

Así como el Señor prometió limpiar y hacer expiación por su pueblo, también prometió circuncidarlo. Cuando Moisés anunció el contenido del pacto a los israelitas, les advirtió de la maldición que caería sobre ellos si sus corazones se apartaban del Señor. Pero luego de advertirles sobre la maldición, les aseguró que el Señor los traería de regreso de su cautiverio cuando se volvieran a Él y obedecieran su voz. Además, Moisés profetizó: “Y circuncidará Jehová, tu Dios, tu corazón, y el corazón de tu descendencia, para que ames a Jehová, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma, a fin de que vivas” (Dt 30:6). Esta promesa va más allá de la señal externa de la circuncisión, refiriéndose así al sello de justicia interna que sólo puede venir de Dios. En la nueva era de la redención, Dios llevará a cabo esta circuncisión espiritual, lo que dará como resultado la justicia y la santidad de su pueblo.

Capítulo 2

JUAN EL BAUTISTA

Una de las primeras cosas que leemos en los Evangelios son la aparición y las obras de Juan el Bautista. Juan fue conocido como “el Bautista” porque lo que caracterizó su ministerio fue precisamente el bautismo. De ahí podemos concluir que el bautismo ya había ocupado un lugar prominente en los albores de la era del Nuevo Testamento. Pero ¿cuáles fueron la importancia y el propósito de este bautismo? Para que podamos apreciar plenamente la importancia y el significado del bautismo de Juan, es necesario saber primero quién era Juan y qué había sido llamado a hacer. Mediante el examen de la persona de Juan, su ministerio y el mensaje que predicó, podremos entender la naturaleza del bautismo que predicó y administró.

A. EL NACIMIENTO Y LA MISIÓN DE JUAN

Juan nació en una familia de sacerdotes. El sacerdote Zacarías y su esposa Elisabet “eran justos delante de Dios y andaban irreprochables en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor” (Lc 1:6). El nacimiento de Juan fue un milagro porque Elisabet era estéril, y tanto ella como su marido eran ya de edad avanzada (Lc 1:7). Cuando Zacarías estaba sirviendo en el templo de Dios, el ángel Gabriel se le apareció y le anunció la llegada de un hijo.

El nombre de Juan fue determinado por ordenanza divina. Su identidad y su vida también fueron predeterminadas por Dios. El ángel le anunció todo esto a Zacarías, diciendo:

Tendrás gozo y alegría, y muchos se regocijarán por su nacimiento, porque será grande delante de Dios. No beberá vino ni sidra, y será lleno del Espíritu Santo aun desde el vientre de su madre. Hará que muchos de los hijos de Israel se conviertan al Señor, su Dios. E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos y de los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto (Lc 1:14–17).

Juan estaría lleno del Espíritu Santo incluso desde su concepción. Esto indica que Dios lo había llamado para cumplir su voluntad. Aún en el vientre de su madre, Juan saltó de alegría cuando escuchó el saludo de María, a quien ya

se le había revelado el nacimiento de Cristo. Esta extraordinaria reacción de un niño aún no nacido prueba que el Espíritu Santo obraba en esta vasija que Dios escogió. De acuerdo a lo que dijo el Señor por medio de Gabriel, Juan sería grande delante del Señor, y su nacimiento sería una ocasión de gozo para su padre y muchos otros. La razón de este gozo radicaba en la misión por la cual había nacido. Y es a causa de esta misión que Juan fue separado especialmente por Dios desde el comienzo de su vida.

De acuerdo a la profecía de su padre Zacarías, pronunciada bajo la guía del Espíritu Santo, Juan sería el “profeta del Altísimo” (Lc 1:76). El Espíritu Santo que estaba sobre Zacarías en ese momento atestiguaba este nombramiento. Como profeta del Señor, Juan tenía que recibir primero la palabra del Señor. Es por eso que Lucas nos dice que cuando Juan comenzó su ministerio, “vino palabra de Dios a Juan hijo de Zacarías, en el desierto” (Lc 3:2).

La misión de Juan era: “Hará que muchos de los hijos de Israel se conviertan al Señor, su Dios. E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos y de los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto” (Lc 1:16–17). Esto cumple la profecía de Malaquías:

*»Yo os envío al profeta Elías
antes que venga el día de Jehová,
grande y terrible.
Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos,
y el corazón de los hijos hacia los padres,
no sea que yo venga y castigue la tierra con maldición» (Mal 4:5–6).*

Como profeta del fin de los tiempos, Juan fue enviado a despertar los corazones de los hombres y traerlos de vuelta a Dios. Al hacer esto, Juan restauraría una unidad familiar basada en la obediencia a Dios.

Tal misión requería una vida rigurosa que prepararía al profeta para el trabajo que era enviado a hacer. Al igual que el sacerdote de turno o el nazareo que se había consagrado al Señor, Juan debía abstenerse de vino o sidra (Lc 1:15; cf. Lv 10:9; Nm 6:2–4). Como señaló Lucas, Juan pasó los años de preparación para su ministerio en el desierto: “El niño crecía y se fortalecía en espíritu, y estuvo en lugares desiertos hasta el día de su manifestación a Israel” (Lc 1:80). A través de este tipo de entrenamiento y consagración, Juan fue investido del espíritu y poder de Elías cuando comenzó su ministerio.

La prenda de pelo de camello, el cinturón de cuero y la dieta de langostas y miel silvestre reflejan la vida de Juan en el desierto y nos recuerdan al profeta Elías (Mt 3:4; Mc 1:6; cf. 2 R 1:8). Juan y sus discípulos también se dedicaron frecuentemente al ayuno y a la oración (Mt 9:14; 11:18; Mc 2:18; Lc 5:33; 7:33). El Señor Jesús comparó al profeta del desierto con los que llevaban vestiduras

delicadas y vivían en palacios. De esta y otras descripciones de Juan podemos inferir que él llevaba una vida extremadamente simple y dura—una vida que era coherente con su misión.

B. EL MINISTERIO DE JUAN

Fiel a su llamamiento, Juan el Bautista surgió como el profeta que haría volver a la gente a Dios. Comenzó su ministerio en el desierto de Judea (Mt 3:1; cf. Mc 1:4), donde pasó un tiempo considerable y donde la palabra del Señor vino a él por primera vez (Lc 1:80; 3:2). Luego “fue por toda la región contigua al Jordán predicando el bautismo del arrepentimiento para perdón de pecados” (Lc 3:3).

El impacto del ministerio bautismal de Juan fue extenso. Mateo registra que los habitantes de “Jerusalén, toda Judea y toda la provincia de alrededor del Jordán” acudían a él para ser bautizados (Mt 3:5; cf. Mc 1:5; Jn 10:40–42). Sus poderosas obras tuvieron tal repercusión, que la gente estaba a la expectativa y se preguntaban en sus corazones si acaso él era el Cristo (Lc 3:15; Jn 1:19). Su influencia llegó incluso hasta Herodes, el tetrarca de Galilea, quien finalmente lo encarceló y lo mató (Mt 14:3–11; Mc 6:17–29; Lc 3:19–20).

Lucas presenta a Juan el Bautista de una manera que nos recuerda a cómo Dios llamaba a los profetas del Antiguo Testamento, o sea, presenta el ministerio de Juan en un contexto histórico:

En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, Herodes tetrarca de Galilea, su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite, y Lisania tetrarca de Abilinia, y siendo sumos sacerdotes Anás y Caifás, vino palabra de Dios a Juan hijo de Zacarías, en el desierto (Lc 3:1–2).

Mateo usa la frase “en aquellos días” para conectar el comienzo del ministerio de Juan con la narración previa de la infancia de Cristo. Esto implica que la aparición de Juan y su obra sucedieron conforme al tiempo establecido por Dios. El Evangelio de Marcos es aún más explícito al respecto. Marcos comienza su libro con esta observación: “Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios”, e inmediatamente menciona a Juan el Bautista (Mc 1:1–8). El hecho de que el ministerio de Juan esté al comienzo del evangelio de Jesucristo revela que Juan marcó el comienzo de la nueva era del reino de Dios. Hechos 1:21–22 confirma que el ministerio de Juan marcó el inicio de la era cristiana, porque el criterio de selección del nuevo apóstol para sustituir a Judas era que esa persona debía haber acompañado a los otros apóstoles “comenzando desde el bautismo de Juan” hasta el día de la ascensión del Señor.

El nacimiento extraordinario de Juan, su llamamiento y el tiempo oportuno de su ministerio nos dan a entender por lo menos dos cosas. En primer lugar, Juan no se nombró profeta a sí mismo, sino que fue Dios el que lo estableció como el profeta que haría volver los corazones de su pueblo hacia Dios, y fue Dios el que lo envió a predicar y a bautizar con este fin. En segundo lugar, el ministerio de Juan el Bautista tenía el propósito de preparar el camino para la venida del Señor Jesucristo. Juan debía guiar a la gente a creer en Jesús, el que vendría después de él.

El Evangelio de Juan expone claramente los dos puntos anteriores:

Hubo un hombre enviado por Dios, el cual se llamaba Juan. Éste vino como testigo, para dar testimonio de la luz, a fin de que todos creyeran por medio de él. Él no era la luz, sino un testigo de la luz. La luz verdadera que alumbra a todo hombre venía a este mundo (Jn 1:6-9).

Un análisis más detenido de las distintas descripciones sobre Juan el Bautista nos ayuda a comprender su rol en un marco mayor. Los cuatro evangelios presentan a Juan el Bautista como el cumplimiento de la profecía de Isaías (Mt 3:3; Mc 1:2-3; Lc 3:4-6; Jn 1:23):

*Voz que clama en el desierto:
«¡Preparad un camino a Jehová;
nivelad una calzada
en la estepa a nuestro Dios!
¡Todo valle sea alzado
y bájese todo monte y collado!
¡Que lo torcido se enderece
y lo áspero se allane!
Entonces se manifestará la gloria de Jehová
y toda carne juntamente la verá,
porque la boca de Jehová ha hablado» (Is 40:3-5).*

Marcos también conecta la profecía de Isaías con la profecía de Malaquías: “Yo envío mi mensajero para que prepare el camino delante de mí” (Mal 3:1). Juan el Bautista fue el mensajero que Dios había enviado para preparar el camino del Señor. Vino a nivelar todo monte y collado, a enderezar lo torcido y a allanar lo áspero en los corazones de los hombres. Su trabajo de precursor sirvió para preparar el camino de la salvación que Dios estaba por revelar a toda carne (cf. Lc 3:6).

Aunque Juan negó ser el Elías o el Profeta que los judíos habían estado esperando (Jn 1:19-22), el Señor Jesús confirmó que Juan el Bautista era ciertamente el Elías profetizado en las Escrituras (Mt 11:14; 17:10-13; Mc 9:11-13). Según Jesús, Juan era más que un profeta (Mt 11:9; Lc 7:26) porque él había sido enviado a cumplir una misión única y sin precedentes. El Señor dijo:

De cierto os digo que entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista; y, sin embargo, el más pequeño en el reino de los cielos es mayor que él. Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan. Todos los profetas y la Ley profetizaron hasta Juan (Mt 11:11–13; cf. Lc 16:16).

“Entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan” quiere decir que ningún profeta antes que Juan tuvo la misión de abrir paso a la era más grande en la historia de la redención. Juan marcó la transición de la época de los profetas y la ley a la era del reino de los cielos que Jesús inauguró y cumplió. El rol que Dios le asignó a Juan fue decisivo en esta época de transición, ya que él fue llamado a estimular una transformación total en los corazones y en las vidas de los escogidos de Dios para prepararlos a recibir la venida del Salvador.

El ministerio de Juan consistía principalmente en predicar y bautizar, los cuales están íntimamente relacionados. Juan predicó un bautismo de arrepentimiento, y los que venían a ser bautizados por él debían hacer caso al mensaje que predicaba.

1. La predicación de Juan

Juan fue un testigo de la verdad (Jn 5:33). A través de sus predicaciones, amonestaciones y exhortaciones, hizo que muchos volvieran sus corazones al Señor y preparó el camino para la venida de Cristo.

Durante su ministerio, Juan proclamó el mismo mensaje que Jesús y sus discípulos predicarían más tarde: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mt 3:1–2; cf. Mt 4:17; 10:7). Este llamado al arrepentimiento fue también un llamado al bautismo, lo que discutiremos con más detalle más adelante.

Juan se refirió a las multitudes que salían para ser bautizadas por él, incluidos los fariseos y saduceos, como “generación de víboras” (Mt 3:7; Lc 3:7). Sus palabras para nada reservadas pusieron al desnudo la pecaminosidad de la gente, pero también proporcionaron la esperanza de escapar de la ira venidera de Dios.

Arrepentirse no es solamente sentir contrición por las transgresiones pasadas, sino que también implica un cambio de actitud hacia Dios. Esto da como resultado la transformación de la vida de una persona (véase el comentario sobre Mateo 3). En su predicación, Juan el Bautista hizo hincapié en el cambio concreto del comportamiento externo de una persona, lo que refleja la transformación interna del corazón.

Juan mandó a la gente a “produci[r] frutos dignos de arrepentimiento” (Mt 3:8; Lc 3:8). También les dijo que no debían confiarse del hecho de

que eran hijos de Abraham y presumir que serían miembros imprescindibles del reino de Dios, porque Dios era capaz de levantar hijos a Abraham aun de las piedras. El juicio sobre los que no se arrepienten era inminente. Y continuando con la analogía de los árboles frutales, Juan les advirtió: “Además, el hacha ya está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado al fuego” (Mt 3:10; Lc 3:9). El juicio de Dios no es algo que sucederá en un futuro lejano, sino que es una realidad inmediata. Cambiar de actitud y llevar una vida piadosa es la única manera de escapar de la ira de Dios.

Juan ayudó a las personas a llevar a cabo este cambio en sus vidas cotidianas. Cuando la gente le preguntó: “Entonces, ¿qué haremos?”, él respondió: “El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene qué comer, haga lo mismo” (Lc 3:11). A los publicanos que vinieron a ser bautizados y quisieron saber qué hacer, les dijo: “No exijáis más de lo que os está ordenado” (Lc 3:12–13). A los soldados les dijo: “No hagáis extorsión a nadie, ni calumniéis; y contentaos con vuestro salario” (Lc 3:14). A través de estas instrucciones prácticas, Juan guió al pueblo de vuelta a las exigencias éticas de la ley de Dios, y le indicó que esta era la forma de producir frutos dignos de arrepentimiento.

El segundo aspecto de la predicación de Juan tiene que ver con la venida de Cristo. La urgencia del llamado al arrepentimiento estaba basada en esta predicción. Aunque el ministerio de Juan fue muy poderoso, Juan no se desvió ni por un instante de su objetivo principal: preparar el camino del Señor. Aunque la gente pensaba que Juan podría ser el Cristo, Juan fue inequívoco al respecto: “Él confesó y no negó. Confesó: —Yo no soy el Cristo” (Jn 1:20). Al ser el testigo de la Luz, Juan proclamó al pueblo diciendo:

Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento, pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo. Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego. Su aventador está en su mano para limpiar su era. Recogerá su trigo en el granero y quemará la paja en fuego que nunca se apagará (Mt 3:11–12; cf. Mc 1:7–8; Lc 3:16–17; Jn 1:15, 26–27).

Juan estableció claramente el estatus de Cristo. A pesar de que Jesús vino después de Juan, Jesús fue más grande y más poderoso que Juan. Juan se consideró a sí mismo tan insignificante, que ni siquiera pensó que era digno de hacer algo tan humilde como llevarle las sandalias a Jesús.

Mientras que Juan bautizaba en agua para arrepentimiento, Cristo bautizaría en Espíritu Santo y fuego. El Señor mismo derramaría el Espíritu Santo sobre su pueblo (Hch 1:4–8; 2:32–33; cf. 11:15–16). Esto cumpliría la promesa escatológica registrada en las Escrituras (cf. Is 32:15; 44:3;

Ez 36:26–27; 37:14; Jl 2:28–29; Hch 2:16–21). El Señor purificaría a su pueblo con el espíritu de ardimiento (cf. Is 4:2–5 RVA; 2 Ts 2:13; Tit 3:4–7). Pero los que no den frutos digno de arrepentimiento serían consumidos por el fuego del juicio (Mt 3:10, 12).

Juan describió a Cristo como un agricultor que limpia su era. Así como el agricultor separa el trigo de la paja, el Señor también separará a los justos de los impíos. Reunirá a los justos en su reino, pero echará a los impíos en la condenación eterna. Aunque el mensaje de Juan era severo, él también le dio esperanzas al pueblo. El Mesías que vendría pronto, traería consigo el don del Espíritu Santo para purificar al pueblo. Para escapar de la ira de Dios y entrar al reino de los cielos, el pueblo debía volver a Dios, llevar una vida fructífera y poner su fe en el Salvador.

El papel de Juan como testigo fue fundamental cuando Jesús vino y estuvo listo para embarcarse en su ministerio. El acontecimiento más significativo registrado en los Evangelios que sirvió como apertura del ministerio público de Jesús fue su bautismo por Juan. Analizaremos este importante momento con mayor profundidad más adelante, pero basta decir por ahora que Juan el Bautista desempeñó un papel crucial en la introducción de Cristo a las masas.

En el Evangelio de Juan leemos lo siguiente: “... vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: « ¡Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo! Éste es de quien yo dije: “Después de mí viene un hombre que es antes de mí, porque era primero que yo.” (Jn 1:29–30). Luego, Juan el Bautista continuó dando testimonio, y dijo que el descenso del Espíritu Santo sobre Jesús testificaba que Él era el Hijo de Dios. En esta proclamación, Juan anunció al mundo que Jesús era aquella persona más poderosa acerca de la cual él había estado predicando. Juan también se refirió a la divinidad de Jesús y al sacrificio expiatorio que haría por la humanidad. Al día siguiente, al ver que Jesús andaba por allí, Juan les dijo a los dos discípulos que estaban con él: “¡Éste es el Cordero de Dios!”. Los dos discípulos oyeron el testimonio de Juan y siguieron a Jesús (Jn 1:35–37).

La devoción de Juan por su misión como testigo de Cristo era incondicional. Cuando el bautismo de Jesús comenzó a ganar popularidad, los discípulos de Juan le informaron que todo el mundo estaba yendo a Jesús. Juan reconoció alegremente su estatus inferior y se comparó a sí mismo con el amigo del esposo que se alegra grandemente al escuchar la voz del esposo (Jn 3:25–29). Juan sabía que la creciente prominencia de Jesús y su propia disminución eran la voluntad de Dios. Su fidelidad, humildad y sincera devoción por Cristo contribuyeron al testimonio que dio por el Señor.

Una vez durante su ministerio, Jesús fue al otro lado del Jordán y se quedó en el lugar donde Juan había estado bautizando antes. Muchos vinieron a Él y dijeron: “Juan, a la verdad, ninguna señal hizo; pero todo lo que Juan dijo de éste era verdad”. La presencia de Jesús le recordó a la gente de esa región lo que Juan había dicho de Jesús. Ciertamente, tal como lo había proclamado Juan, Jesús era el Hijo de Dios. Y como consecuencia, muchos creyeron en Jesús en aquel lugar (Jn 10:40–42). La voz de Juan siguió resonando y dando testimonio de Cristo incluso después de que su popularidad había pasado. A pesar de que durante su ministerio Juan no hizo ningún milagro, su predicación verídica y poderosa sobre el arrepentimiento y sobre el Señor Jesús realmente pavimentaron el camino del Señor.

2. El bautismo de Juan

Juan comenzó a predicar en el desierto de Judea y en la región del Jordán (Mt 3:1; Mc 1:4; Lc 3:2–3), y bautizó a los que venían a él en el río Jordán (Mt 3:5–6, 13; Mc 1:5, 9). El Evangelio de Juan registra que Juan bautizó primero en Betábara, al otro lado del Jordán (Jn 1:28; 10:40). Más tarde, también bautizó en Enón, cerca de Salim (Jn 3:23).

Juan era conocido como “el Bautista” (ὁ βαπτιστής or ὁ βαπτίζων). porque el rasgo principal de su ministerio fue precisamente el bautismo. El hecho de que este título fue utilizado solamente para referirse a Juan quiere decir que su bautismo se distinguía de las otras formas de purificación que existían en ese momento. Juan 3:25 registra una disputa que surgió entre los discípulos de Juan y los judíos acerca de la purificación. No sabemos cuál fue la naturaleza de la disputa, pero como el bautismo de Juan tenía que ver, en cierta medida, con la purificación, podemos inferir que el motivo de la disputa pudo haber sido sobre la distinción entre el bautismo de Juan y los ritos de purificación que prescribía la ley. El lavamiento religioso no era un concepto extraño para los judíos, especialmente en vista de los ritos de purificación y el bautismo de los prosélitos. Pero, sin lugar a dudas, el bautismo de Juan introdujo algo nuevo que les era extraño a los judíos.

Cuando los delegados de los sacerdotes y los levitas vinieron de Jerusalén a inquirir sobre la identidad de Juan, Juan confesó que él no era ni el Mesías, ni Elías, ni el Profeta. Al escuchar esto, los delegados y los levitas le preguntaron: “¿Por qué, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el Profeta?” (Jn 1:25). De aquí podemos inferir que los judíos esperaban que el Mesías o el Profeta que Dios enviaría antes del día final bautizaran a la gente. Tal expectativa puede tener sus raíces en el lavamiento escatológico prometido en los escritos proféticos, como Ezequiel 36:25 y

Zacarías 13:1, y explica por qué el bautismo de Juan hizo que la gente debatiera en sus corazones si él era el Cristo. El interés que provocó el bautismo de Juan también muestra que su bautismo fue diferente a cualquier otro lavamiento religioso de su tiempo.

A diferencia de los rituales de purificación, en los cuales una persona se lava a sí misma, el bautismo de Juan era administrado por el Bautista. Las personas fueron “bautizadas por” Juan (Mt 3:6; Mc 1:5; Lc 3:7). El verbo en voz pasiva “bautizada” (ἐβαπτίσθη) y la preposición “por” (ὑπὸ con el genitivo) indican que Juan no sólo presencié el bautismo sino que lo administró. La persona que viene al bautismo es el que recibe el lavamiento, no el que lo administra. Recibir el bautismo es un gesto de sometimiento a la voluntad de Dios. Cuando Jesús vino para ser bautizado por Juan, Juan quiso disuadirlo y le dijo: “Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú acudes a mí?”. Para Juan, ser bautizado significaba someterse a alguien de mayor autoridad enviado por Dios. Por consiguiente, el bautismo de Juan llamaba a la gente que era bautizada a someterse a la obra de Dios.

El bautismo de Juan también era diferente al bautismo de los prosélitos del judaísmo. (Si el bautismo de los prosélitos ya era practicado en ese momento, era predicado a todas las personas, no sólo a los que se convertían al judaísmo¹⁰.) Los que venían a ser bautizados por Juan eran los hijos de Abraham por descendencia (cf. Mt 3:9; Lc 3:8). En vista de la venida del Salvador y del juicio inminente, toda la nación de Israel fue llamada a volver a Dios, a confesar sus pecados y a producir frutos dignos de arrepentimiento. Lo que caracterizó al bautismo de Juan fue, entonces, esta transformación total y esta relación renovada con Dios. Estos dos aspectos también son los que lo distinguen del bautismo de los prosélitos. Juan no sólo predicó sobre la necesidad del arrepentimiento, sino también sobre la necesidad del bautismo. Juan predicó un “bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados” (Mc 1:4; Lc 3:3). El bautismo de Juan y el arrepentimiento estaban íntimamente relacionados. Aquellos que respondieron a su llamado de arrepentimiento vinieron a él para ser bautizados en el Jordán.

¿Qué relación hay entre el bautismo y el arrepentimiento? ¿El bautismo de Juan era simplemente una expresión de arrepentimiento o conllevaba también un efecto espiritual? Está claro que los que venían a ser bautizados tenían que arrepentirse, porque la gente confesaba sus pecados para

¹⁰ No se sabe con certeza si el bautismo de los prosélitos fue practicado en la época de Juan. Véase Joan E. Taylor, *The Immerser: John the Baptist within Second Temple Judaism*, (Grand Rapids, Mich., W.B. Eerdmans Publishing Co., 1997), págs. 64–69.

recibir el bautismo (Mt 3:6; Mc 1:4). No obstante, el bautismo de Juan era más que una expresión externa de arrepentimiento.

Es importante tener en cuenta cuál era la fuente del bautismo de Juan. Cuando los principales sacerdotes y los ancianos le preguntaron a Jesús cuál era la fuente de su autoridad, Jesús les dijo: “Yo también os haré una pregunta, y si me la contestáis, también yo os diré con qué autoridad hago estas cosas. El bautismo de Juan, ¿de dónde era? ¿Del cielo o de los hombres?” (Mt 21:24–25). Jesús hizo esta pregunta para frustrar la conspiración de los que lo habían confrontado, pero lo que quiso comunicar fue claro. El bautismo de Juan era del cielo, así como la autoridad de Jesús también era del cielo. Como profeta del Altísimo y mensajero de Dios, Juan bautizó a la gente para cumplir con su misión divina. Su bautismo vino del cielo y él fue enviado por Dios a bautizar. Al dar testimonio de Cristo, Juan dijo: “Yo no lo conocía; pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: ‘Sobre quien veas descender el Espíritu y permanecer sobre él, éste es el que bautiza con Espíritu Santo’” (Jn 1:33). Dios, el Padre, fue el que mandó a Juan a bautizar. Por lo tanto, el bautismo de Juan no era simplemente una expresión humana de arrepentimiento, sino que implicaba el envío y la obra de Dios. Someterse al bautismo de Juan era someterse a Dios y a su voluntad (Lc 7:28–30).

En Mateo 3:11, Juan el Bautista declaró que él bautizaba a la gente en agua “para arrepentimiento” (εἰς μετάνοιαν). La preposición “para” (εἰς) connota propósito o resultado. El arrepentimiento no sólo es el prerrequisito sino también el resultado del bautismo. Luego de recibir el bautismo de arrepentimiento, el pecador comienza una vida transformada.

Además, tanto Marcos como Lucas registran que Juan predicaba “el bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados” (Mc 1:4; Lc 3:3). Una vez más, la preposición “para” (εἰς) indica propósito o resultado. El propósito del bautismo de arrepentimiento que Juan predicaba era el perdón de pecados. El bautismo acompañado de arrepentimiento da como resultado el perdón de pecados. Si sólo se necesitaba el arrepentimiento para el perdón de pecados, y si el bautismo sólo era una expresión de arrepentimiento, entonces la frase “el bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados” no tendría sentido porque en esta frase el bautismo está incluido en el proceso de conseguir el perdón de pecados.

¿Cuál de los dos, entonces, es el que tiene la eficacia de perdonar pecados? ¿El bautismo, el arrepentimiento, o ambos? Sin el sacrificio expiatorio de Cristo, ninguno. Si el bautismo de arrepentimiento de Juan fuera por sí solo suficiente para el perdón de pecados, entonces el sacrificio de Cristo hubiera sido innecesario. Sin embargo, hemos visto que la misión última

de Juan el Bautista era dar testimonio del Señor Jesús y guiar al pueblo hacia Él. El perdón de pecados habría de ser recibido por la fe en el Señor Jesús (Hch 10:43). Es para este fin que Juan predicó el arrepentimiento y administró el bautismo. Por lo tanto, podemos decir que el efecto de perdón de pecados del bautismo de Juan fue un efecto prometido, el cual se hizo posible gracias a la venida de Jesús, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Históricamente, el sacrificio de Jesús todavía no se había dado en la época de Juan. Pero desde la perspectiva eterna, el Cordero ya había sido inmolado desde el principio del mundo (Ap 13:8). Por ende, el efecto de perdón de pecados del bautismo de Juan estaba basado en el sacrificio expiatorio de Cristo—un acontecimiento que desde la perspectiva histórica ocurrió en el futuro, pero que desde la perspectiva eterna de Dios es atemporal. Antes de la venida de Cristo, aquellos que se arrepintieron y fueron bautizados por Juan recibieron la promesa del perdón de pecados. Luego de la venida de Cristo, esta promesa se cumpliría por medio de la fe en el Señor Jesús.

El efecto de perdón de pecados del bautismo de Juan es análogo al efecto de los sacrificios en el Antiguo Testamento. Dios estableció y mandó ofrecer los sacrificios por medio de los cuales los pecados de la gente podían ser expiados. Sin embargo, si Cristo, la ofrenda última, no hubiera venido, las ofrendas en sí no tendrían efecto porque no eran más que un recordatorio de los pecados (Heb 10:1–4). Sin embargo, el Señor mismo prometió que expiaría los pecados a través de las ofrendas. El efecto de las ofrendas era un efecto prometido que se recibía primero por fe y que luego se cumpliría con la venida de Cristo. Por esta razón, Hebreos nos dice que de los hombres y las mujeres de fe del Antiguo Testamento, “ninguno de ellos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, recibió lo prometido, porque Dios tenía reservado algo mejor para nosotros, para que no fueran ellos perfeccionados aparte de nosotros” (Heb 11:39–40). Los santos que vivieron antes del tiempo de Cristo son perfeccionados junto con los creyentes que vivieron después de la venida de Cristo. Todos fueron perfeccionados por el sacrificio que Cristo ofreció una vez y para siempre. De esta manera, Cristo cumplió la promesa que les fue hecha a los israelitas del Antiguo Testamento.

Aunque el bautismo de Juan fue predicado y practicado en preparación a la venida de Cristo, sigue perteneciendo al Antiguo Testamento. Cristo fue enviado por Dios para ser nacido bajo la ley con el fin de redimir a los que estaban bajo la ley (Gl 4:4–5). En otras palabras, Cristo fue el que sacó a su pueblo del Antiguo Testamento para entrar al Nuevo. Como tal, el efecto del bautismo de Juan, al igual que el de las ofrendas del Antiguo

Testamento, era un efecto prometido. La promesa es buena y necesaria hasta que viene lo prometido. Cuando viene lo prometido, la promesa debe cederle el paso. Los que vinieron a Juan fueron bautizados por la fe que tenían en la venida del Cordero de Dios. Después de la muerte y resurrección de Jesús, y después del derramamiento del Espíritu Santo, los que recibieron el bautismo de Juan debían ser bautizados de nuevo en el nombre del Señor Jesús para el perdón de los pecados. Si los que recibieron el bautismo de Juan fallecieron antes de que tuvieran la oportunidad de ser bautizados en el nombre del Señor Jesús, entonces pertenecen a la misma categoría que los que murieron en fe en el Antiguo Testamento. Éstos alcanzaron buen testimonio mediante la fe y serían perfeccionados con los santos del Nuevo Testamento. Con el tiempo, el bautismo de Juan fue reemplazado debido a la gracia salvadora que Cristo consumó en la cruz. A partir de entonces, el bautismo debía ser administrado y recibido en el nombre del Señor Jesucristo para el perdón de los pecados. Incluso aquellos que una vez fueron bautizados por Juan debían ser bautizados de nuevo en Cristo.

Con esto en mente, ahora podemos analizar los casos de Apolos y los discípulos que Pablo conoció en Éfeso¹¹. Apolos era un hombre elocuente y poderoso en las Escrituras. Había sido instruido en el camino del Señor y era de espíritu fervoroso, pero sólo conocía el bautismo de Juan (Hch 18:24–25). Aunque la Biblia no lo dice explícitamente, las frases “el camino del Señor” y “lo concerniente al Señor” dan a entender que Apolos ya creía en el Señor Jesús, solamente que sólo conocía el bautismo de Juan. Por lo tanto, Aquila y Priscila sintieron la necesidad de explicarle con más exactitud el camino de Dios. Del pasaje podemos deducir que Apolos aún necesitaba ser educado sobre la importancia del bautismo en el nombre del Señor Jesús y del bautismo del Espíritu Santo, lo cual había sido posible gracias a la resurrección de Cristo. La obra de salvación que el Señor Jesús había consumado requería de un entendimiento más completo sobre el lavado de regeneración y la renovación del Espíritu Santo. El conocimiento del bautismo de Juan por sí solo habría sido insuficiente en la misión cristiana.

Los discípulos de Éfeso no habían recibido ni oído hablar del Espíritu Santo. Cuando Pablo se enteró de que habían sido bautizados en el bautismo de Juan, les explicó: “Juan bautizó con bautismo de arrepentimiento, diciendo al pueblo que creyeran en aquel que vendría después de él, esto es, en Jesús el Cristo”. Al escuchar esto, los discípulos fueron bautizados

11 Véase el comentario sobre Hechos 18:24–19:7

en el nombre del Señor Jesús (Hch 19:1-7)¹². El objetivo final del bautismo de arrepentimiento de Juan era guiar a la gente a creer en Cristo. Después de la consumación de la obra salvadora en la cruz, después de la exaltación de Cristo y después del derramamiento del Espíritu Santo, fue necesario creer en el Señor Jesucristo y ser bautizado en su nombre para que los pecados fueran perdonados y para recibir el Espíritu Santo. Como Cristo ya había resucitado, el bautismo de Juan ya no era válido. El bautismo de Juan no tenía efecto en sí mismo, sino que dependía de aquella persona más poderosa que vendría luego y que bautizaría con el Espíritu Santo y fuego.

Juan el Bautista declaró claramente el propósito de su bautismo:

¡Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo! Éste es de quien yo dije: “Después de mí viene un hombre que es antes de mí, porque era primero que yo.” Y yo no lo conocía; pero por esto vine bautizando con agua (Jn 1:29-31).

Juan fue enviado a bautizar para que el Cordero de Dios fuera manifestado a Israel. Su bautismo no hubiera tenido sentido si Cristo no se hubiera manifestado y no hubiera derramado su sangre expiatoria.

Juan el Bautista hizo explícito a la gente el carácter transitorio de su bautismo: “Yo a la verdad os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo” (Mc 1:8; cf. Mt 3:11-12; Lc 3:16-17). Después de su resurrección, cuando les prometía la venida del Espíritu Santo, el Señor les recordó a sus discípulos lo que dijo Juan: “[P]orque Juan ciertamente bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días” (Hch 1:5). Unos días después, en el día de Pentecostés, el Señor derramó el Espíritu Santo tal como lo había prometido. A partir de este momento, el perdón de pecados sería recibido a través del bautismo en el nombre del Señor Jesús exaltado, y el don del Espíritu Santo prometido sería derramado sobre todos aquellos que eran bautizados en su nombre (Hch 2:38). Lo que el Señor dijo sobre el bautismo de Juan y el bautismo del Espíritu Santo resonó en la mente de Pedro una vez más cuando vio al Espíritu Santo descender sobre Cornelio y los que estaban con él (Hch 11:15-16). La transición del bautismo de Juan al bautismo del Espíritu Santo ya había ocurrido. Los creyentes, ya fueran judíos o gentiles, debían ser bautizados por el Espíritu Santo para entrar al reino de Dios. El extraordinario derramamiento del Espíritu Santo sobre los gentiles obligó a Pedro a bautizarlos inmediatamente en el

¹² Véase el comentario sobre Hechos 19:1-7

nombre del Señor Jesús (Hch 10:46-48). La promesa del perdón de pecados a través del bautismo de arrepentimiento de Juan había sido cumplida en Cristo Jesús. Todo aquel que se había arrepentido de sus pecados y recibido el bautismo de Juan ahora debía venir al Señor Jesús, creer en Él y ser bautizado en su nombre para que sus pecados fueran perdonados y para recibir el Espíritu Santo prometido.

Capítulo 3

EL BAUTISMO DE JESÚS

Jesús fue a Juan para ser bautizado en el río Jordán inmediatamente antes de aparecerse al público para predicar el evangelio del reino de los cielos (Mt 3:13–17; Mc 1:9–11; Lc 3:21–22; cf. Jn 1:29–34)¹³. En medio de la proclamación de la venida del “más poderoso”, el Mesías vino y se entregó al bautismo de Juan, su precursor. Este hecho es notable en muchos sentidos y fue significativo tanto para el Señor como para los creyentes. Lo que hizo Jesús sorprendió a Juan el Bautista. ¿Cómo puede el Mesías ser bautizado por alguien, un mensajero, mucho menos importante que Él? Los lectores de los Evangelios también pueden preguntarse por qué Jesús necesitó recibir el bautismo de arrepentimiento. El hecho de que Jesús ciertamente fue bautizado y la revelación que resultó de esto hacen que sea necesario que estudiemos este tema con más detalle para entender su importancia.

A. CUMPLIR TODA JUSTICIA

Un estudio minucioso de los Evangelios revela que Jesús fue bautizado para cumplir un propósito divino. Según Mateo, Jesús vino de Nazaret de Galilea a donde estaba Juan, el Jordán, “para ser bautizado por él” (Mt 3:13; Mc 1:9). En otras palabras, Jesús viajó una gran distancia con el único propósito de recibir el bautismo de Juan. Mientras que las multitudes que vinieron a Juan eran de la región de Judea y Jerusalén, Jesús vino especialmente de un lugar que estaba ubicado más al norte. Por lo tanto, Jesús no vino a recibir el bautismo de Juan simplemente porque estaba de paso, sino porque lo consideró un acto necesario y una misión importante.

Cuando Jesús vino a Juan para ser bautizado, Juan trató de disuadirlo (Mt 3:14). Según Juan 1:33, Juan el Bautista testificó lo siguiente acerca de Jesús cuando lo vio acercarse: “Yo no lo conocía; pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: ‘Sobre quien veas descender el Espíritu y permanecer sobre él, ése es el que bautiza con Espíritu Santo’” (Jn 1:32–34). Cuando Juan dijo “Yo no lo conocía”, no quiso decir que ignoraba completamente la existencia de Jesús, sino que se refirió a que no poseía un conocimiento

¹³ Véase los comentarios sobre estos pasajes

completo de la identidad de Jesús al principio. No sabemos exactamente qué sabía Juan de Jesús cuando éste vino a ser bautizado por él, pero por lo que dijo, podemos inferir que debió de haber reconocido a Jesús y que al menos sabía que Jesús era más grande que él. Es por eso que a Juan le pareció inapropiado bautizar a Jesús. El que bautiza asume una mayor autoridad porque es Dios el que lo envía a bautizar. Pero para Juan, Jesús tenía una autoridad superior a él, por lo que le pareció que él era el que debía ser bautizado por Jesús y no al revés.

Ante esta duda, Jesús le respondió a Juan: “Permítelo ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia” (Mt 3:15). Sin desmentir la razón del recelo de Juan, Jesús le pidió que permitiera por ahora lo que hubiera sido inadecuado en otro momento. Jesús le recordó a Juan que era conveniente que ambos cumplieran toda justicia, lo que significa que tanto Jesús como Juan debían atenerse en todo a la voluntad de Dios. El bautismo de Juan fue hecho “en camino de justicia” (Mt 21:32), o sea, que él había sido enviado por Dios para llevar a cabo el propósito divino. Al someterse al bautismo de Juan, Jesús también estaba andando en el camino de justicia y cumpliendo el requisito justo de Dios. Más tarde vemos que Jesús dedicaría toda su vida para cumplir toda justa voluntad divina. Por estas razones, Jesús invitó a Juan a unirse a Él en el cumplimiento de toda justicia; y al comprender esto, Juan consintió.

B. MANIFESTADO A ISRAEL

Que Jesús fuera bautizado fue voluntad de Dios. Pero ¿para qué quiso Dios que Jesús fuera bautizado? La respuesta la podemos encontrar en lo que dijo el mismo Juan el Bautista:

Al siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: «¿Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo! Éste es de quien yo dije: “Después de mí viene un hombre que es antes de mí, porque era primero que yo.” Y yo no lo conocía; pero por esto vine bautizando con agua: para que él fuera manifestado a Israel.» Además, Juan testificó, diciendo: «Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y que permaneció sobre él. Yo no lo conocía; pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: “Sobre quien veas descender el Espíritu y permanecer sobre él, ése es el que bautiza con Espíritu Santo.” Y yo lo he visto y testifico que éste es el Hijo de Dios.» (Jn 1:29-34).

Juan declaró que la razón por la cual él había sido enviado a bautizar con agua era para que Jesús fuera manifestado a Israel. El bautismo de arrepentimiento de Juan y la proclamación acerca del “más poderoso” sirvieron para preparar la venida de Jesús. Y la soberana voluntad de Dios dispuso que Jesús fuera manifestado a Israel cuando fue enviado a ser bautizado por Juan.

Antes que nada, debemos entender que la manifestación de Jesús a Israel estaba vinculada a Juan el Bautista. Jesús no comenzó su ministerio en completa independencia de su precursor. La similitud en el lenguaje y la sintaxis usados en los Evangelios para describir la venida de Juan y la venida de Jesús (“vino Juan el Bautista” y “Jesús vino” en Mt 3:1, 13 RVA) alude a la relación estrecha que existe entre estos dos personajes.

El momento en que vino Jesús también pone de relieve su relación con el Bautista. Marcos señala: “Aconteció en aquellos días que Jesús vino... y fue bautizado por Juan en el Jordán” (Mc 1:9). Justo cuando Juan estaba predicando y bautizando según lo que Dios le había mandado, Jesús entró en escena y fue bautizado.

Lucas registra: “Aconteció que cuando todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado” (Lc 3:21). En realidad, Juan siguió bautizando incluso después del bautismo de Jesús (cf. Jn 3:22–23), pero en la perspectiva de Lucas era como si Jesús hubiera sido el último en recibir el bautismo de Juan. De todas maneras, a partir de los diferentes recuentos de los autores de los Evangelios, vemos que el bautismo de Jesús fue el clímax de la predicación y el bautismo de Juan. El bautismo de Jesús le proclamó al mundo entero de que Él era aquella persona más poderosa que Juan había estado predicando y que Él era el que vendría a bautizar con Espíritu Santo y fuego.

Los cuatro Evangelios hacen referencia al acontecimiento único que sucedió luego del bautismo de Jesús (Mt 3:16–17; Mc 1:10–11; Lc 3:21–22; Jn 1:32–34). Después de haber sido bautizado, Jesús subió inmediatamente del agua, y mientras oraba, se abrió el cielo. El Espíritu Santo de Dios descendió como una paloma sobre Él y permaneció en Él. De repente, se oyó una voz del cielo que decía: “Tú eres mi Hijo amado, en ti tengo complacencia”¹⁴.

En la Biblia, la apertura del cielo es una señal de acción divina. O bien indica una revelación especial de Dios, o bien simboliza la concesión del favor divino¹⁵. En el caso que nos concierne, la apertura del cielo después del bautismo de Jesús indica ambos.

El Espíritu Santo, es decir, el Espíritu de Dios, descendió sobre Jesús en una forma visible. Su forma o su movimiento eran semejantes al de una paloma. Según Juan, el Espíritu Santo no sólo descendió sino que también permaneció sobre Jesús (Jn 1:33). Esto cumple las profecías que dicen que el Espíritu del Señor reposará sobre el Siervo y Rey escogido por Dios (Is 11:2; 42:1; 61:1). A través del Espíritu Santo, Dios ungió a Jesús y lo embarcó en

14 En el relato de Mateo, la voz del cielo habló en tercera persona: “Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”.

15 Cf. Dt 28:12; Sal 78:23–25; Ez 1:1; Is 64:1; Mal 3:10;

su ministerio. En las narraciones posteriores de Lucas, también observamos alusiones de Jesús y el Espíritu Santo: “Jesús, lleno del Espíritu Santo” (Lc 4:1), “Jesús volvió en el poder del Espíritu a Galilea” (Lc 4:14), y refiriéndose a sí mismo, Jesús citó la profecía de Isaías que dice que el Espíritu del Señor está sobre el ungido de Dios (Lc 4:18–19). Juan el Bautista testificó que el descenso y la permanencia del Espíritu Santo sobre Jesús era la señal que Dios le había dado para identificar al que bautizaría con Espíritu Santo y fuego. Es por eso que luego de ver esta señal, Juan dio testimonio de que Jesús era el Hijo de Dios (Jn 1:32–34).

La voz del cielo, que en las visiones proféticas se refiere a la voz de Dios¹⁶, confirmó el testimonio de Juan y le declaró al mundo quién era Jesús. Jesús es el Hijo amado¹⁷ de Dios, en quien Dios tiene complacencia. Este pronunciamiento del cielo es el clímax de la narración y establece claramente la naturaleza divina de Jesús. La designación de “Hijo amado de Dios” puede ser encontrado en el himno de coronación en Salmos 2 y en la profecía sobre el siervo sufriente en Isaías 42:1¹⁸. Estos dos pasajes hacen alusión a los papeles de Jesús como Rey poderoso y Siervo humilde. Además, como Jesús es el Hijo de Dios, todas las personas deben escucharlo y respetarlo (cf. Lc 9:35; 20:13).

En resumen, Jesús fue bautizado por Juan para ser manifestado a Israel y para dar comienzo a su ministerio público. Al ser ungido por el Espíritu Santo (cf. Hch 10:38), Jesús comenzó a cumplir su papel como el Mesías por medio de su ministerio y sacrificio final.

¿Pero por qué la manifestación de la identidad Jesús y la inauguración de su ministerio tuvieron que hacerse a través de su bautismo? Sin lugar a dudas, Dios quiso que Jesús se sometiera al bautismo de arrepentimiento de Juan.

En Lucas vemos que Jesús fue bautizado cuando todo el pueblo se bautizaba (Lc 3:21). Esto pone a Jesús codo a codo con todos los pecadores que vinieron a ser bautizados por Juan. Aunque Jesús era sin pecado, Él se puso a la altura de todos los que necesitaban que sus pecados fueran perdonados. Cuando Juan testificó que Jesús era el Hijo de Dios, también declaró que Él era el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Jn 1:29–31). No es extraño que el que mediaría por los hombres y llevaría sus iniquidades se identificara primero con ellos. Esto sucedió en perfecta conformidad con lo que las Escrituras describen del Mesías. Por otra parte, el bautismo de

16 Cf. Ez 1:25, 28; Ap 4:1; 10:4, 8; 11:12; 14:13.

17 “Amado” (ἀγαπητός) también puede ser entendido como “único”, ya que en la Septuaginta, la misma palabra griega se usa para referirse a Isaac como traducción de la expresión hebrea בְּיָדְיָהּ, “tu hijo único” (Gn 22:2).

18 En Isaías 42, la expresión hebrea para “mi amado” es en realidad בְּיָדְיָהּ, que significa “mi escogido”. Pero cuando Mateo cita Isaías 42, tradujo la expresión en griego como ὁ ἀγαπητός, que significa “mi amado” (Mt 12:18).

Jesús enseña a los creyentes sobre la necesidad del bautismo. Si hasta Jesús se sometió al bautismo según la voluntad del Padre celestial y lo hizo para estar a la par nuestra, ¿cómo podemos considerar que el bautismo sea algo innecesario?

Aunque el bautismo de Jesús mostró su solidaridad con los pecadores, también lo diferenció de ellos. Su bautismo fue diferente a cualquier otro. Su bautismo fue el clímax del ministerio bautismal de Juan. Mientras que los pecadores confesaron sus pecados y fueron bautizados para que sus pecados fueran perdonados, Jesús fue bautizado para cumplir el propósito de Dios y para darse a conocer a Israel. Sólo Jesús recibió la unción del Espíritu Santo y la declaración del cielo. Mediante la humildad y la obediencia de Jesús, Dios lo manifestó a todo el mundo como su Hijo y como el Cordero.

Capítulo 4

LA ADMINISTRACIÓN DEL BAUTISMO DE JESÚS

En Juan 3 vemos que Jesús y sus discípulos fueron a la región de Judea. Jesús pasó un tiempo allí con ellos y bautizaba (Jn 3:22–4:3)¹⁹. Pero luego en el capítulo 4, el autor aclara que en realidad no era Jesús quien bautizaba sino sus discípulos. Teniendo en cuenta ambos pasajes, podemos concluir entonces que los que bautizaban eran los discípulos, y lo hacían con la autorización y supervisión de Jesús.

Mientras sucedía esto, Juan el Bautista también bautizaba en Enón, cerca de Salim. De acuerdo a lo que reportaron los discípulos de Juan, sabemos que el bautismo de Jesús convocaba a mucha gente. Al respecto, Juan dijo que Jesús era como el novio y él como el amigo del novio. Tal como que el amigo del novio se alegra cuando oye la voz del novio, Juan también se alegra grandemente por la creciente grandeza de Jesús, y testificó una vez más que Jesús era el Hijo de Dios.

De este pasaje surgen varias preguntas sobre el bautismo. Primero, ¿por qué bautizaba Jesús? ¿Cuál era la naturaleza de su bautismo? Segundo, ¿por qué Juan seguía bautizando si el “más poderoso” ya había venido? El pasaje en sí no ofrece ninguna respuesta directa a estas preguntas, pero para saber un poco más sobre el bautismo que Jesús administraba, podemos considerarlo en el contexto de su ministerio en la Tierra.

Cuando Jesús comenzó su ministerio, predicó lo siguiente: “¡Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado!” (Mt 4:17; cf. Mc 1:15). Este fue el mismo mensaje que predicó Juan (Mt 3:1–2). Por lo tanto, en la etapa inicial del ministerio de Jesús, su predicación era similar a la de Juan. El acercamiento del reino de los cielos exigía una transformación total del corazón y de la conducta. Los que respondieron al mensaje de Juan vinieron a él para ser bautizados, confesando sus pecados. Es por eso que el bautismo de Juan era conocido como el bautismo de arrepentimiento para el perdón de pecados. Además de exigir el arrepentimiento, el bautismo de Juan también ofrecía la promesa del perdón de pecados que se cumpliría mediante la obra redentora de Cristo. Aunque los Evangelios no registran si Jesús o sus discípulos siguieron o no bautizando a lo

¹⁹ Para un análisis detallado, véase el comentario sobre Juan 3:22–30

largo de su ministerio, basándonos en el Evangelio de Juan sabemos que Jesús bautizó al principio de su ministerio mientras estuvo en Judea. Como la predicación inicial de Jesús también hacía hincapié en el arrepentimiento, deducimos que el bautismo que administró en ese momento también tuvo que haber sido un bautismo de arrepentimiento.

Este bautismo ha de distinguirse del bautismo que la iglesia administraría más tarde, después de la ascensión de Jesús. En la gran comisión, el Señor Jesús mandó a sus discípulos a hacer discípulos y a bautizar a base de la potestad universal que le había sido concedida (Mt 28:18–19). A diferencia del bautismo que Jesús y sus discípulos realizaron en Judea, donde la gente iba a un lugar específico para recibir el bautismo, el bautismo que Jesús mandó a practicar luego de su resurrección debía ser predicado y realizado por los discípulos en todas las naciones. Antes de salir a predicar este bautismo y a testificar por el Señor, los discípulos tuvieron que esperar en Jerusalén el derramamiento del Espíritu Santo prometido. Luego de haber recibido el Espíritu Santo, ellos comenzaron a bautizar a los creyentes en el nombre del Señor Jesús con la autoridad que el Espíritu Santo les otorgó para perdonar o retener pecados (cf. Jn 20:21–23). Este bautismo es el bautismo de la era eclesiástica, que hace efectivo el perdón de pecados mediante el nombre omnipotente del Cristo resucitado y el testimonio del Espíritu Santo. A través de este bautismo, los creyentes fueron añadidos a la iglesia. Teniendo en cuenta esta nueva era inaugurada por la muerte y resurrección del Señor Jesús, podemos deducir que el bautismo que Jesús realizó en los comienzos de su ministerio terrenal fue un bautismo de arrepentimiento como el de Juan. El bautismo de Jesús puede ser considerado como una transición del bautismo de Juan al bautismo del Nuevo Testamento. El bautismo que se hizo en el nombre de Jesús que debía ser predicado en todas las naciones, surgiría sólo después de la exaltación de Jesús y el derramamiento del Espíritu Santo como requisito necesario para formar parte del cuerpo de Cristo.

Comprender la naturaleza del bautismo de Jesús en los momentos iniciales de su ministerio nos ayuda a entender por qué Juan continuó bautizando aun luego de la venida de Jesús. Como el bautismo de Jesús también hacía hincapié en el arrepentimiento, no reemplazó al bautismo de Juan. Ambos bautismos tenían el mismo objetivo de llamar al pueblo al arrepentimiento y prepararlo para la venida del reino de los cielos. La misión de Juan no había terminado, y su predicación y bautismo en realidad estaban apoyando la obra de Jesús. El ministerio público de Juan llegaría a su fin sólo cuando Juan fue detenido y encarcelado.

Cuando los discípulos de Juan vinieron a él para contarle que todos iban a Jesús²⁰, Juan usó la analogía del amigo del esposo para explicar su relación con

20 Si recordamos cómo Jerusalén, toda Judea y toda la región del Jordán habían acudido a Juan (Mt 3:5), podemos apreciar aún más la vasta extensión del bautismo de Jesús.

Jesús. El amigo del esposo, “el que está a su lado y lo oye, se goza grandemente de la voz del esposo” (Jn 3:29). De la misma manera, Juan, que se había puesto al lado de Jesús para bautizar a la gente y guiarlos a Él, se alegró de que las obras de Jesús sobrepasaran las suyas y apoyó completamente el desarrollo del ministerio de Jesús diciendo: “Es necesario que él crezca, y que yo disminuya” (Jn 3:30). Jesús es el Hijo de Dios que vino de arriba. Él está por encima de todos y da testimonio de lo que ha visto y oído (Jn 3:31–35). El que cree en Él tiene vida eterna. Y es a Él a quien la gente debía escuchar. Así que era justo que las obras de Juan, aunque continuando por un tiempo más, se retiraran poco a poco a un segundo plano.

A pesar de que el bautismo que Jesús y sus discípulos administraron al comienzo de su ministerio no es discutido con profundidad en el cristianismo, tal vez porque aparece registrado una sola vez, no debemos subestimar su importancia. El bautismo en agua no fue abolido o reemplazado luego de la venida de Jesús. Al contrario, Jesús expandió el ministerio bautismal de Juan. En ese momento, el bautismo en agua debió haber sido tan generalizado, al menos en Judea y la región del Jordán, que pocos eran los que no habían oído hablar de él. Es precisamente en este contexto que Jesús le dijo a Nicodemo que debía nacer del agua (o sea, debía bautizarse) y el Espíritu. Cabe notar que la conversación entre Jesús y Nicodemo aparece inmediatamente antes de la referencia sobre el bautismo de Jesús.

El bautismo de arrepentimiento predicado y practicado por Juan sentó las bases para el bautismo que practicó Jesús, el que a su vez fue la base para el bautismo del Nuevo Testamento. Jesús continuó el ministerio bautismal que Juan empezó e instruyó a sus discípulos a bautizar incluso cuando aún estaba con ellos. En Juan 4 vemos una anotación entre paréntesis que dice que Jesús no bautizaba, sino sus discípulos (Jn 4:2), aunque el capítulo anterior dice que ambos bautizaban (Jn 3:22; 4:1). A partir de esto podemos ver que bajo la dirección y supervisión de Jesús, los discípulos estaban llevando a cabo el ministerio bautismal a gran escala, incluso más extensamente que lo que fue el de Juan. Por lo tanto, en el día de Pentecostés, cuando Pedro ordenó a los que lo escuchaban a bautizarse en el nombre de Jesucristo, el bautismo ya era una práctica familiar para los apóstoles y la gente en general, sólo que ahora había adquirido un nuevo nivel de significado y efecto. Desde el principio del ministerio de Jesús hasta el establecimiento de la iglesia y la posterior propagación del evangelio a todas las naciones, el bautismo nunca dejó de ser un aspecto fundamental en la conversión y la creencia de los cristianos.

Capítulo 5

EL BAUTISMO DEL NUEVO TESTAMENTO

A. EL ESTABLECIMIENTO DEL NUEVO PACTO

Antes de adentrarnos en el estudio del bautismo del Nuevo Testamento, es importante saber primero qué constituye el Nuevo Testamento. La palabra “testamento” aparece dos veces en la RVR 1995 (Heb 9:16–17). Traduce la palabra griega διαθήκη que aparece en otras partes como “pacto”. Por lo tanto, podemos decir que el Nuevo Testamento es el nuevo pacto.

En términos simples, un pacto es un acuerdo entre dos partes. En la Biblia, la relación de Dios con su pueblo está definida por pactos. Mediante estos pactos, Dios declara lo que tiene planeado para su pueblo y establece lo que espera de ellos.

En las Escrituras encontramos dos pactos: el antiguo y el nuevo (Gl 4:21–24). El antiguo pacto es el que fue establecido en el Monte Sinaí. Dios quería que los hijos de Israel fueran un tesoro especial para Él por encima de todas las naciones, y que fueran un reino de sacerdotes y una nación santa. Para obtener las bendiciones de este pacto, el pueblo debía obedecer la voz de Dios y hacer todo lo que Él mandaba. Este pacto fue sellado con una ceremonia de sangre (Ex 19:5–6; 24:3–11). Por desgracia, el pueblo de Israel fue incapaz de cumplir con las condiciones establecidas en el pacto, y su fracaso resultó en una maldición:

Todos los que dependen de las obras de la Ley están bajo maldición, pues escrito está: «Maldito sea el que no permanezca en todas las cosas escritas en el libro de la Ley, para cumplirlas.» (Gl 3:10).

El pueblo de Israel sabía lo que era bueno y correcto hacer pero no pudo ponerlo en práctica. Los sacrificios que se ofrecían bajo el antiguo pacto sólo servían como un recordatorio de sus pecados (Heb 10:3). Por lo tanto, este pacto se convirtió en uno que daba hijos para esclavitud (Gl 4:24). Todo el que desee ser justificado ante Dios mediante la observación de la ley está sujeto por la ley que no puede guardar (cf. Gl 3:22).

A pesar de la infidelidad de Israel con respecto al pacto de Dios, la voluntad de Dios sigue siendo la misma: Él quiere ser su Dios y que ellos sean su pueblo. Por esta razón, Dios prometió que un día establecerá un nuevo pacto:

Vienen días, dice Jehová, en los cuales haré un nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día en que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque fui yo un marido para ellos, dice Jehová. Pero éste es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Pondré mi ley en su mente y la escribiré en su corazón; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Y no enseñaré más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: "Conoce a Jehová", porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová. Porque perdonaré la maldad de ellos y no me acordaré más de su pecado (Jer 31:31-34).

Este nuevo pacto es un "mejor pacto", establecido sobre mejores promesas (Heb 8:6-13). A diferencia del antiguo pacto que estaba supeditado a las obras del hombre, el nuevo pacto está basado en la gracia de Dios. Mientras que el antiguo pacto hacía hincapié en la observancia pasiva y externa de la ley, el nuevo pacto es cumplido a través de la obra de Dios en los corazones de cada individuo.

1. A través del Espíritu de Dios que mora en nosotros

El nuevo pacto establece que Dios será el Dios de su pueblo y que su pueblo lo conocerá a Él, porque Él pondrá su ley en la mente de su pueblo y la escribirá en sus corazones. Esta interiorización de la ley y esta dotación del conocimiento de Dios son posibles gracias a la obra del Espíritu de Dios. A través del profeta Ezequiel, Dios dijo que promete poner su Espíritu dentro de su pueblo, lo que resultaría en su obediencia:

Os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros. Quitaré de vosotros el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Pondré dentro de vosotros mi espíritu, y haré que andéis en mis estatutos y que guardéis mis preceptos y los pongáis por obra (Ez 36:26-27).

Y les daré otro corazón y pondré en ellos un nuevo espíritu; quitaré el corazón de piedra de en medio de su carne y les daré un corazón de carne, para que anden en mis ordenanzas y guarden mis decretos y los cumplan, y sean mi pueblo y yo sea su Dios (Ez 11:19-20).

El Señor Jesús también prometió que el Espíritu Santo moraría dentro de los creyentes para enseñarles todas las cosas (Jn 14:26; 16:13). El nuevo pacto es del Espíritu, no de la letra, escrito en el corazón, no en tablas de piedra (2 Co 3:1-17). En otras palabras, guardar la ley de Dios ya no consiste simplemente en el cumplimiento externo de un código legal. Más bien, el Espíritu Santo obra en cada creyente para transformarlo en la gloriosa semejanza de Dios.

Además, el Espíritu de Dios también sella a los que le pertenecen y hace que reconozcan a Dios como su Padre:

Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: «¡Abba, Padre!» Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo (Gl 4:6-7).

Y al guiar a los creyentes a llevar una vida conforme a los estándares de Dios, el Espíritu Santo capacita a los creyentes a vivir completamente de acuerdo al estatus que adquieren como hijos de Dios:

Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios, pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: «¡Abba, Padre!» El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios (Ro 8:14-16).

Así es como se cumple la promesa del nuevo pacto: “Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo”.

Esta es la promesa que yace detrás de las numerosas profecías acerca del derramamiento escatológico del Espíritu de Dios. Esta promesa, predicha en el Antiguo Testamento (Jl 2:28-29), fue cumplida en el día de Pentecostés, cuando luego de su exaltación, el Señor Jesús derramó su Espíritu sobre los creyentes (Hch 2:1-36). A partir de entonces, el Espíritu Santo es algo que Dios promete dar a todos los que son llamados por Él (Hch 2:38-39).

2. A través de la sangre del nuevo pacto

En Jeremías 31:31-34 dice que el hecho de que Dios promete poner su ley en las mentes de su pueblo y escribirla en sus corazones es por la siguiente razón: “Porque perdonaré la maldad de ellos y no me acordaré más de su pecado” (v. 34). El primer pacto no logró el fin deseado debido a los pecados del pueblo. A menos que sus pecados sean quitados y perdonados, el pueblo no sería capaz de restaurar su comunión con Dios. Por lo tanto, las profecías concernientes a la restauración de Israel dependían de la promesa divina del perdón de pecados (cf. Is 40:1-2; Jer 33:6-8; Ez 36:33; 37:23; Dn 9:24; Miq 7:19; Zac 3:9).

Cuando estudiamos las prefiguraciones del bautismo en el Antiguo Testamento, vimos que bajo el antiguo pacto, la ley prescribió el ofrecimiento de sacrificios como el medio de la expiación. La sangre de los animales sacrificiales y su manipulación fueron fundamentales en los ritos de expiación. A través de la expiación o la eliminación de la culpa, los pecados de los israelitas podían ser perdonados.

El derramamiento de la sangre también estuvo presente en el establecimiento del primer pacto en Sinaí. Moisés, actuando como mediador del pacto, tomó la mitad de la sangre de los sacrificios y la esparció sobre el altar. Luego, leyó el libro del pacto al pueblo, quien prometió obedecerlo. Entonces Moisés tomó la otra mitad de la sangre y la roció sobre el pueblo, llamándola “sangre del pacto” (Ex 24:3–8). La sangre puso en efecto al pacto y purificó al pueblo y al tabernáculo (Heb 9:18–22).

La relación que había entre Dios y su pueblo escogido era una relación de pacto, y la sangre era esencial en esta relación. El pueblo sólo podía acercarse y adorar a Dios a través de la expiación de la sangre. Es por eso que el escritor de Hebreos concluye diciendo: “Y según la Ley, casi todo es purificado con sangre; y sin derramamiento de sangre no hay remisión” (Heb 9:22).

En realidad, la sangre de los toros y machos cabríos no puede quitar los pecados. La ley sirvió como una sombra de los bienes venideros. El hecho de que bajo el antiguo pacto los sacrificios debían ser ofrecidos continuamente demuestra que éstos no podían quitar los pecados. Al contrario, le recordaban a la gente de sus pecados año tras año. Por lo tanto, en el establecimiento del nuevo pacto, en vez de sacrificios y ofrendas, Dios preparó a Jesucristo como el máximo sacrificio para venir a hacer la voluntad de Dios y a ofrecer su cuerpo por los pecados de los hombres de una vez y para siempre (Heb 10:1–14). Jesús es el Cordero que fue inmolado para quitar los pecados del mundo (Jn 1:29, 36; 1 Co 5:7; 1 P 1:19).

Como hemos visto en el estudio de las prefiguraciones del bautismo en el Antiguo Testamento, Dios había prometido limpiar y expiar a su pueblo. Él cumplió esta promesa cuando vino a este mundo hecho carne y derramó su propia sangre para efectuar el nuevo pacto. Es por eso que en la última cena, cuando el Señor instituyó la santa comunión, se refirió a su sangre como la “sangre del nuevo pacto”. Esta sangre del nuevo pacto fue derramada para el perdón de los pecados (Mt 26:28; Mc 14:24; Lc 22:20; 1 Co 11:25).

Al haber examinado en qué consiste el nuevo pacto, ahora podemos definir qué es “el bautismo del Nuevo Testamento”. El bautismo del Nuevo Testamento es el bautismo instituido bajo el nuevo pacto, el cual fue establecido por la sangre de Jesús. Más específicamente, es el bautismo que, después de haber derramado su sangre en la cruz y después de haber resucitado de entre los muertos, el Señor encomendó a los apóstoles y que éstos administraron luego del derramamiento del Espíritu Santo prometido en el día de Pentecostés. A través de la autoridad conferida por el Espíritu Santo y el poder limpiador de la sangre preciosa de Jesús,

la iglesia se puso en marcha y bautizó a todas las naciones haciéndolas discípulos de Jesús. Aquellos que reciben el bautismo y el perdón de pecados recibirán el Espíritu de Dios que morará en ellos, tal como lo promete el nuevo pacto.

B. LA COMISIÓN DEL SEÑOR RESUCITADO

La comisión que el Señor les dio a los discípulos luego de su resurrección es de suma importancia en cuanto al establecimiento y la misión de la iglesia. Al haber conseguido la redención y al haber recibido toda potestad, el Señor Jesús envió a sus discípulos a predicar la buena nueva de la salvación al mundo entero.

En el Evangelio de Mateo, la comisión es el clímax de la narrativa de la resurrección. Los once discípulos se habían reunido en el monte de Galilea, tal como Jesús les había indicado. Y allí, el Señor les dijo:

*Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado. Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo (Mt 28:18-20)*²¹.

El mandato de ir y hacer discípulos a todas las naciones se basa en la autoridad cósmica que le fue dada a Jesús. Hacer discípulos consiste en bautizar y enseñar. La iglesia ha de bautizar a todos los creyentes en el nombre exaltado de Jesús, el cual es el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; y ha de enseñarle a la gente todos los mandamientos de Cristo. Al final de esta comisión, el Señor Jesús prometió estar con los discípulos hasta el fin del mundo.

La comisión de bautizar habla de la importancia que el bautismo tiene en la conversión de una persona y del rol que el mismo tiene en el plan de redención de Dios. Instituido por el mismo Señor resucitado, el bautismo es el medio por el cual un creyente se convierte en el seguidor de Cristo. La eficacia del bautismo en cuanto a la conversión es dotada por el Cristo resucitado y se fundamenta en la potestad que le ha sido dada a Jesús. Por lo tanto, el bautismo no es una mera ceremonia, sino que es una institución divina que lleva a cabo la obra salvadora de Cristo en el mundo.

Como parte de la comisión, el bautismo que la iglesia administraría debía distinguirse de todos los bautismos anteriores. El bautismo de Juan el Bautista y el bautismo de los discípulos de Jesús cuando Jesús ministraba en el mundo hicieron que la gente se volviera a Dios y se prepararan para la venida del reino de los cielos. A diferencia de estos dos tipos de bautismo, el bautismo que

21 Véase el comentario sobre Mateo 28:16-20

comisionó Jesús luego de su resurrección haría que los bautizados pasaran a pertenecer, a ser propiedad del Señor resucitado. Mientras que los bautismos anteriores a la exaltación del Señor se dirigían a la nación de Israel y hacían que los conversos vinieran a los bautistas para ser bautizados, el bautismo que Jesús comisionó luego de su resurrección exigía que los discípulos fueran por todo el mundo a hacer discípulos a todas las naciones y a bautizarlos en el nombre de Jesús donde quiera que se encuentren.

El relato de Marcos, así como el de Mateo, registra el mandato del Señor de llevar el evangelio a todo el mundo: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado” (Mc 16:15–16)²². La promesa de salvación acompaña a la comisión y es dada a los que creen y son bautizados. De aquí podemos ver que el bautismo está íntimamente relacionado con la creencia y la salvación. El bautismo acompaña y expresa la fe de uno en el Señor. La salvación, por su parte, es el fruto de los que reciben el bautismo con fe.

Lucas no registra la comisión per se, pero la menciona indirectamente con un enfoque distinto cuando habla del cumplimiento de la profecía y el propósito divino, seguido de instrucciones de esperar la venida del Espíritu Santo:

Y les dijo: —Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciera y resucitara de los muertos al tercer día; y que se predicara en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Vosotros sois testigos de estas cosas. Ciertamente, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén hasta que seáis investidos de poder desde lo alto (Lc 24:46–49).

Ahora que Cristo había cumplido su obra redentora, los discípulos debían ser sus testigos y predicar a todas las naciones el arrepentimiento y el perdón de los pecados en el nombre de Jesús. Pero antes de embarcarse en esta misión, tuvieron que quedarse en Jerusalén hasta ser revestidos del poder de lo alto. Lucas no menciona ni el bautismo, ni el Espíritu Santo, pero se sobreen-tiende. El bautismo le sigue al arrepentimiento y es el medio para recibir el perdón de pecados. El Espíritu Santo es el poder de lo alto que el Padre había prometido enviar. Cabe notar también que la misión de predicar y bautizar para el perdón de los pecados comenzaría sólo con la venida del Espíritu Santo. Esto pone en relieve el hecho de que el derramamiento del Espíritu Santo marca el comienzo de la administración del bautismo del Nuevo Testamento.

22 Véase el comentario sobre Marcos 16:14–18

El relato en el Evangelio de Juan enfatiza aun otro aspecto de la comisión del Señor:

Entonces Jesús les dijo otra vez: — ¡Paz a vosotros! Como me envió el Padre, así también yo os envío. Y al decir esto, sopló y les dijo: —Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados, y a quienes se los retengáis, les serán retenidos (Jn 20:21–23).

Aquí, Cristo envía a sus discípulos y les promete dar la autoridad de perdonar y retener pecados. Esta autoridad viene del Espíritu Santo. “Recibid”, λάβετε, es imperativo, lo que indica que el Señor les estaba ordenando a los discípulos a recibir el Espíritu Santo. Según consta en Lucas y Hechos, la recepción del Espíritu Santo ocurriría más tarde en Jerusalén en el día de Pentecostés.

El relato del Evangelio de Juan es significativo en cuanto revela la conexión que existe entre la recepción del Espíritu Santo y el perdón de los pecados. Esto es consistente con el relato de Lucas. En el pasaje de Juan, los discípulos fueron enviados por el Señor a llevar a cabo la comisión, la cual consistía en bautizar a la gente para el perdón de los pecados. Pero para ello, los discípulos necesitaban la autoridad del Espíritu Santo. Es por eso que tuvieron que permanecer en Jerusalén hasta que fueran investidos de poder desde lo alto. Esta es la razón por la cual decimos que la venida del Espíritu Santo fue crucial para la administración del bautismo del Nuevo Testamento.

Comparando los relatos de la comisión de Jesús en los cuatro evangelios tenemos un cuadro completo de la gran comisión. Esto nos ayuda a apreciar aún más la importancia y el propósito del bautismo, así como su relación con el Espíritu Santo prometido. Aunque Lucas y Juan no mencionan el bautismo en forma explícita debido a la diferencia de enfoque, en todos los relatos de la comisión podemos ver que el Señor instituyó y ordenó el bautismo como una condición necesaria para el perdón de los pecados. Denney, citado por Beasley-Murray, pone en claro este punto: “Cualquiera sea la versión del relato de la comisión, podemos ver que tiene que ver con el bautismo (como en Mateo y Marcos), o tiene que ver con el perdón de los pecados (como en Lucas y Juan). El bautismo y el perdón de pecados son simplemente dos caras de una misma moneda, porque en el mundo de las ideas del Nuevo Testamento, el bautismo y el perdón de los pecados son intrínsecamente inseparables”²³. Cabe añadir que la comisión del Señor también deja en claro que el bautismo puede perdonar pecados gracias a la obra redentora de Cristo y el poder del Espíritu Santo.

²³ Denney, J. (1903), *The Death of Christ: Its place and interpretation in the New Testament* (4th ed.), London: H & S, pág. 73; Beasley-Murray, G. R. (1973), *Baptism in the New Testament*, Grand Rapids: Eerdmans, pág. 80.

El mandato de bautizar, como el mensaje central de la comisión del Señor, debe ser obedecido por la iglesia mientras cumple su misión de evangelizar hasta el fin del mundo. Sobre la base de la obra redentora de Cristo, la autoridad cósmica que le fue dada a su nombre y el derramamiento del Espíritu Santo, el bautismo es eficaz para el perdón de pecados y para la salvación. El Señor mismo instituyó el bautismo, mandó a que lo practiquen y prometió conceder su gracia salvadora a través de él. Por lo tanto, la importancia del bautismo en la conversión cristiana no debe ser desestimada o desdeñada.

C. LA PRÁCTICA UNIVERSAL DEL BAUTISMO EN LA IGLESIA PRIMITIVA

A partir de la lectura del Nuevo Testamento, podemos ver que en la era apostólica la iglesia bautizaba a sus creyentes. En Hechos podemos encontrar relatos en los que el bautismo iba acompañado de la conversión. Esto sirve como evidencia de que los apóstoles llevaron a cabo fielmente la orden de bautizar del Señor como parte de la comisión de hacer discípulos. Volveremos sobre este tema en la sección siguiente.

Además de lo que está documentado en el libro de Hechos, también encontramos testimonios indirectos de la práctica del bautismo en las diferentes epístolas. Cuando se dirigían a los miembros del cuerpo de Cristo, los autores de las epístolas daban por sentado de que todos los creyentes habían recibido el bautismo. Las referencias que siguen ilustran este punto:

¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? (Ro 6:3)

¿Acaso está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo? (1 Co 1:13)

Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, tanto judíos como griegos, tanto esclavos como libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu (1 Co 12:13).

Pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos (Gl 3:27).

En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha por mano de hombre, sino por la circuncisión de Cristo, en la cual sois despojados de vuestra naturaleza pecaminosa. Con él fuisteis sepultados en el bautismo, y en él fuisteis también resucitados por la fe en el poder de Dios que lo levantó de los muertos (Col 2:11-12).

El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva (no quitando las inmundicias del cuerpo, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) mediante la resurrección de Jesucristo (1 P 3:21).

Si el bautismo no fuera una práctica universal en la iglesia del Nuevo Testamento, y si el bautismo no era algo que se exigía a todos los creyentes, entonces sería difícil explicar la suposición hecha por los autores de estos pasajes: que todos los creyentes fueron bautizados. Para los autores del Nuevo Testamento, no existía ningún creyente que no haya sido bautizado.

Vale la pena citar el argumento de Barth que explica que el Nuevo Testamento da testimonio de la prevalencia del bautismo en la iglesia primitiva:

Sin embargo, el hecho de que desde el principio todos los cristianos parecen haber solicitado y recibido el bautismo no puede, de ninguna manera, explicarse por sí solo. ¿Por qué la comunidad primitiva tuvo que ser una comunidad de bautizados y una comunidad que bautiza? ¿Era esto necesario? ¿Acaso no podía contentarse con el bautismo del Espíritu Santo que o bien ya había recibido, o bien aún estaba esperando? ¿Acaso no era suficiente su fe en Jesucristo y todo lo que esto implicaba, como por ejemplo, los dones y las obligaciones que tenían como creyentes? ¿Acaso no podía proclamar el mensaje sobre Jesucristo sin hacer que tanto ella como los que aceptaron el mensaje de Jesucristo cayeran bajo la norma proclamada en Hechos 2:38: “Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros”, o en Marcos 16:16: “El que crea y sea bautizado, será salvo”? Cualquiera sea la manera que explicamos Juan 3:5, ¿cuál es la necesidad de la conexión evidente que vemos en el versículo: uno entra al reino de los cielos cuando nace ἐξ ὕδατος καὶ πνεύματος [del agua y del Espíritu], o sea que no puede entrar sin el uno u el otro? ¿Cuántos exégetas hubieran deseado suprimir estos versículos del Nuevo Testamento, ya que así todo sería, o parecería ser, mucho más simple! Pero allí están, y como tal tienen que ser tenidos en cuenta y ser honrados. Uno puede hablar largo y tendido sobre estos versículos y explicar la actitud sorprendentemente indudable de la comunidad primitiva y sus miembros ante ellos, sólo si uno acepta el hecho de que la comunidad y sus miembros estaban bajo la presión de una imperiosa (por autoritaria) orden sobre el asunto. Esta orden era tan imperiosa que ellos sólo pudieron decidir aceptarla, lo cual era requerido, y considerarla prácticamente como algo indiscutible, de la manera que haría toda persona que recibiera una orden semejante y que no le queda otra que seguirla, aunque hubieran preferido que las cosas fueran diferentes y el bautismo prescindible. ¿Puede este asunto ser explicado únicamente por la existencia de la orden de bautizar de Mateo 28:19, la cual desde un punto de vista literario está muy aislada y tal vez no fue conocida por todos desde el principio? ¿Es esto algo más que el agente y la formulación de una orden muy diferente y verdadera, la cual fue publicada directamente en y con la manifestación de la historia de Jesucristo?

No discutiremos esta pregunta aquí. Simplemente nos limitaremos a afirmar el hecho cierto e incuestionable de que la iglesia primitiva actuó al respecto como si hubiera recibido una orden absolutamente normativa que no podía eludir guardar y que por lo tanto aceptó sin disputa²⁴.

El peso de la evidencia en las Escrituras habla por sí mismo de la fidelidad de la iglesia primitiva con respecto a la comisión de bautizar del Señor. También demuestra que la iglesia consideraba al bautismo como algo necesario para todos los creyentes.

24 Karl Barth, *Church Dogmatics* (Edinburgh: T. & T. Clark, 1956–75), págs. 46–47.

Capítulo 6

LOS BAUTISMOS REGISTRADOS EN HECHOS

Como hemos visto en Lucas, el Señor designó a sus discípulos para que fueran sus testigos. Pero antes de predicar el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, los discípulos tenían que esperar la venida del Espíritu Santo en Jerusalén (Lc 24:46–49). El libro de Hechos, que es la continuación del Evangelio de Lucas, comienza recapitulando lo que Jesús hizo y dijo después de su resurrección. Con el fin de preparar a los apóstoles para su misión, el Señor resucitado se presentó vivo ante ellos con muchas pruebas indubitables y habló acerca del reino de Dios (Hch 1:1–3). Por último, antes de ascender al cielo, habló sobre la promesa del Espíritu Santo:

Y estando juntos, les ordenó: —No salgáis de Jerusalén, sino esperad la promesa del Padre, la cual oísteis de mí, porque Juan ciertamente bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días. Entonces los que se habían reunido le preguntaron, diciendo: —Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo? Les dijo: —No os toca a vosotros saber los tiempos o las ocasiones que el Padre puso en su sola potestad; pero recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra (Hch 1:4–8).

Estas palabras del Señor establecieron la base y la dirección de la misión cristiana. Jesús les prometió a los apóstoles que recibirán poder a través del Espíritu Santo, el cual los facultará a llevar a cabo la gran comisión desde Jerusalén hasta lo último de la tierra.

Como ya se ha señalado, el derramamiento del Espíritu Santo fue imprescindible para la misión cristiana, especialmente porque el poder de perdonar y retener los pecados es concedido por el Espíritu Santo. Es así que el descenso del Espíritu Santo también representa el principio del bautismo del Nuevo Testamento, el cual era un aspecto crucial en la misión de los apóstoles.

A. EL DÍA DE PENTECOSTÉS (HECHOS 2:1-40)²⁵

El poderoso derramamiento del Espíritu Santo en Pentecostés puso en marcha la gran obra que Cristo comisionó a los apóstoles. Al oír el gran estruendo que acompañó el descenso del Espíritu Santo, la multitud de Jerusalén se juntó asombrada por este acontecimiento milagroso y sin precedentes. Pedro, viendo que este público estaba listo para recibir a Cristo, aprovechó la oportunidad y les predicó acerca de Jesús. Explicó que la venida del Espíritu Santo cumplió las profecías de las Escrituras y declaró que Jesús había resucitado y había sido exaltado como Señor y Salvador.

Profundamente conmovidos por el mensaje de Pedro, los hombres piadosos de Jerusalén les preguntaron a los apóstoles qué debían hacer. La respuesta de Pedro consistió en una orden así como una promesa:

Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo, porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llame (Hch 2:38-39).

Como vemos en este pasaje, el arrepentimiento y el bautismo en el nombre de Jesucristo dan como resultado el perdón de los pecados y la recepción del Espíritu Santo prometido.

El fin del bautismo es el perdón de los pecados. El arrepentimiento sólo no puede perdonar pecados. Para que nuestros pecados sean perdonados, el arrepentimiento debe estar acompañado del bautismo, porque sólo el bautismo tiene el efecto de perdonar pecados. El bautismo debe ser recibido en el nombre de Jesucristo porque el bautismo es administrado a cuenta de la autoridad de Cristo y es recibido por la fe que tenemos en Cristo.

Sobre la base de la muerte, resurrección y exaltación de Cristo, el lavamiento de los pecados que prometió el nuevo pacto ahora se hace realidad a través del bautismo. Aquellos que se arrepienten y son bautizados también recibirán el don del Espíritu Santo, que también es una promesa del nuevo pacto.

El llamado a la acción de Pedro muestra que el bautismo está estrechamente vinculado con el arrepentimiento, la fe en Jesucristo, el perdón de los pecados y el Espíritu Santo prometido. Lo que dijo Pedro sintetiza el lugar central que ocupa el bautismo en la conversión de una persona.

Los que recibieron la palabra de Pedro con gusto fueron bautizados “y se añadieron aquel día como tres mil personas” (Hch 2:41). La reacción de estas personas ante el evangelio culminó con su bautismo, el cual marcó su entrada

25 Véase el comentario sobre Hechos 2:37-41

a la comunidad cristiana. A través del bautismo, Dios mismo añadió y sigue añadiendo miembros a su iglesia.

B. LA MISIÓN A SAMARIA (HECHOS 8:4-17)²⁶

La muerte de Esteban dio lugar a una gran persecución que impulsó a la iglesia a expandirse más allá de Jerusalén. Los creyentes que fueron esparcidos predicaban el evangelio por todas partes. Esto dio comienzo a una nueva fase de la misión cristiana.

En medio del fervor de la evangelización, Felipe descendió a la ciudad de Samaria y les predicó sobre Cristo. La predicación de Felipe estuvo acompañada de señales y milagros, como la expulsión de demonios y la curación de enfermedades, lo que contribuyó a la aceptación del evangelio de la gente de Samaria. Lucas señala: “Pero cuando creyeron a Felipe, que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres” (Hch 8:12). Luego de creer en Cristo y en su evangelio, la gente respondió con el bautismo. Aquí vemos una vez más la importancia del bautismo en la conversión de una persona.

En este pasaje podemos observar la progresión de la conversión de la gente de Samaria. Al oír a Felipe y ver los milagros que hacía, la gente prestó atención a las cosas que decía. Escuchar el evangelio dio lugar a la creencia; creer, a su vez, dio lugar a la aceptación del bautismo en el nombre del Señor Jesús (cf. v.16). Una vez más, el llamamiento del evangelio culminó en el bautismo.

C. LA CONVERSIÓN DEL EUNUCO ETÍOPE (HECHOS 8:26-40)²⁷

Después de haber evangelizado en Samaria, un ángel del Señor le instruyó a Felipe dirigirse hacia el sur por el camino del desierto. En el camino se encontró con un eunuco etíope. Como podemos ver en el ministerio en Samaria, la difusión del evangelio había comenzado a cruzar fronteras raciales. La historia del eunuco es otro caso de conversión de una persona no judía.

Guiado por el Espíritu Santo, Felipe se acercó al carro del eunuco y, al oír que el hombre leía el libro de Isaías, le preguntó si entendía lo que estaba leyendo. El eunuco expresó la necesidad de que alguien le explicara el pasaje e invitó a Felipe a subirse al carro. Entonces Felipe, comenzando con ese mismo pasaje de las Escrituras, le predicó sobre Jesús.

Cuando llegaron a un lugar donde había agua, el eunuco pidió ser bautizado. Así que Felipe y el eunuco bajaron al agua, y Felipe lo bautizó. Lucas no

²⁶ Véase el comentario sobre Hechos 8:4-17

²⁷ Véase el comentario sobre Hechos 8:26-40

menciona los detalles de la predicación de Felipe, pero el hecho de que el eunuco pidió ser bautizado nos dice que seguramente Felipe le había explicado sobre la necesidad del bautismo. Esto también nos enseña que cuando predicamos, debemos incluir la explicación de la doctrina del bautismo, porque creer en Jesús lleva a uno a bautizarse para el perdón de los pecados. La conversión del eunuco comenzó con la predicación del evangelio y terminó con el bautismo. Por lo tanto, el bautismo es una parte necesaria y fundamental en la predicación del evangelio y en la conversión de una persona. El ministerio de Felipe terminó con el bautismo del eunuco, por lo que cuando subieron del agua, el Espíritu del Señor se llevó a Felipe.

D. LA CONVERSIÓN DE SAULO (HECHOS 9:17-19; 22:12-26)²⁸

El llamamiento y la conversión de Saulo fue un hecho milagroso y presenta otro de los puntos centrales del libro de Hechos. Saulo, un líder en la persecución de la iglesia, se encontró personalmente con el Señor Jesús cuando estaba yendo a Damasco para arrestar a los cristianos de ese lugar. Tembloroso y atónito ante la voz de Jesús y cegado por la luz del cielo, Saulo entró a la ciudad de Damasco según lo que le había instruido el Señor. Una vez allí, el Señor envió a Ananías, un discípulo en Damasco, a encontrarse con Saulo. Ananías le impuso las manos sobre Saulo, quien recobró la vista y fue lleno del Espíritu Santo.

El Señor restauró la vista de Saulo a través de Ananías, y Ananías le transmitió a Saulo la voluntad del Señor: el Señor quería que Saulo fuera su testigo. Entonces Ananías instó a Saulo diciendo: “Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate, bautízate y lava tus pecados invocando su nombre” (Hch 22:16). Saulo había sido llamado personalmente por el Señor de los cielos, había experimentado la pérdida y la recuperación de su vista, había recibido la imposición de manos, y el Señor le había revelado su voluntad. Pero ninguna de estas experiencias limpió sus pecados. Él debió ser bautizado para que sus pecados fueran lavados. Los encuentros milagrosos con Dios y las experiencias de su gracia, si bien cruciales en la conversión de una persona, no pueden quitar los pecados.

Hechos 22:16 es una de las declaraciones más directas en la Biblia que conecta al bautismo con el lavamiento de los pecados. Los dos verbos en imperativo, “bautízate” y “lava”, indican que el bautismo es para el propósito del lavamiento de los pecados y que el lavamiento de los pecados es la consecuencia directa del bautismo. Esta relación habla de la necesidad del bautismo en la conversión de una persona.

28 Véase el comentario sobre Hechos 22:12-16

E. LA CONVERSIÓN DE CORNELIO (HECHOS 10:1-48)²⁹

En un capítulo bastante largo, Hechos relata cómo Dios eligió a Cornelio, cómo Cornelio se convirtió al cristianismo y cómo Pedro explicó sus actos a los de la circuncisión. Este hecho fue un gran avance en el desarrollo de la iglesia porque a través de él Dios abrió milagrosamente la puerta del evangelio a los gentiles.

Cornelio era un hombre piadoso y temeroso de Dios. Fue instruido por un ángel a invitar a Pedro para hablarle a él y a su familia sobre la verdad de la salvación. Mientras tanto, el Señor preparó a Pedro al respecto a través de una visión. Pero no fue hasta que llegó a la casa de Cornelio que Pedro supo para qué Dios lo había enviado. Una vez en la casa de Cornelio, Pedro le predicó a él, a sus parientes y a sus amigos más íntimos acerca de Jesucristo y el perdón de pecados.

Mientras Pedro aún estaba hablando, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso. Los creyentes de la circuncisión que habían ido con Pedro se quedaron atónitos de que también sobre los gentiles se derramara el don del Espíritu Santo. Muchos judíos no podían creer que Dios utilizaría una señal tan clara para escoger a los gentiles.

Pero el trabajo de Pedro no se detuvo aquí. Cuando vio que también los gentiles habían recibido el Espíritu Santo, dijo: “¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo lo mismo que nosotros?”. Así que los mandó a ser bautizados en el nombre del Señor (Hch 10:47-48). Que los gentiles hayan sido sellados por el Espíritu Santo prometido no descarta la necesidad del bautismo. Los gentiles aún tenían que ser bautizados en el nombre del Señor Jesús para el perdón de los pecados.

A través del bautismo, estos gentiles pasaron a ser parte del cuerpo de Cristo de la manera que los judíos piadosos fueron añadidos a la iglesia en el día de Pentecostés. El bautismo une a los judíos y a los gentiles como uno en Cristo y elimina la diferencia étnica que hay entre ellos (Gl 3:27-29).

F. LA CONVERSIÓN DE LIDIA (HECHOS 16:13-15)³⁰

Por medio de una visión, el Señor guió a Pablo y a Silas a Filipos en el segundo viaje misionero de Pablo. Lidia, una vendedora de púrpura que temía de Dios, fue la primera en responder al evangelio en ese lugar. Lucas registra que el Señor abrió su corazón para que estuviera atenta a lo que Pablo decía. En la siguiente oración, leemos: “Y cuando fue bautizada, junto con su familia,

²⁹ Véase el comentario sobre Hechos 10:44-48

³⁰ Véase el comentario sobre Hechos 16:13-15

nos rogó diciendo: —Si habéis juzgado que yo sea fiel al Señor, hospedaos en mi casa” (Hch 16:15). La frase “cuando fue bautizada, junto con su familia” captura la conversión de Lidia y la de su familia de manera corta y concisa. Como hemos señalado antes, el bautismo marca la entrada de un creyente a la comunidad espiritual cristiana. Aunque la mención del bautismo de Lidia y el de su familia fue breve, se espera que los lectores entiendan que el bautismo es la consecuencia lógica de haber creído en el Señor Jesús.

G. LA CONVERSIÓN DEL CARCELERO (HECHOS 16:16–40)³¹

Aún en Filipos, Pablo y Silas fueron encarcelados por haber expulsado a un espíritu maligno de una joven y por el disturbio que los amos de aquella joven instigaron. A la medianoche, un gran terremoto sacudió los cimientos de la cárcel abriendo todas las puertas y aflojando las cadenas de los prisioneros. El carcelero pensó que los presos se habían escapado, así que sacó una espada y quiso matarse. Pero justo en ese momento, Pablo intervino y le salvó la vida.

El carcelero se postró a los pies de Pablo y Silas temblando y les preguntó qué debía hacer para ser salvo. Ellos le respondieron: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú y tu casa”. Luego de escuchar a Pablo y a Silas predicar sobre la palabra del Señor a él y a su familia, el carcelero tomó a los apóstoles, lavó sus heridas, “y en seguida se bautizó con todos los suyos” (Hch 16:29–33). De aquí podemos ver que el carcelero y su familia respondieron al llamado de “cree en el Señor Jesucristo” con el bautismo. La inmediatez con la que los apóstoles bautizaron al carcelero y a su familia no sólo muestra el afán del carcelero de creer en el Señor y ser salvo, sino que también muestra la necesidad del bautismo en la fe y en la salvación de uno.

H. EL BAUTISMO DE LOS DISCÍPULOS DE ÉFESO (HECHOS 19:1–7)³²

Durante su tercer viaje misionero, Pablo se encontró con ciertos discípulos en Éfeso. Cuando les preguntó si habían recibido el Espíritu Santo, se dio cuenta de que estos discípulos no habían recibido ni oído hablar del Espíritu Santo. La respuesta de los discípulos hizo que Pablo les preguntara sobre su bautismo: “¿En qué, pues, fuisteis bautizados?” (Hch 19:3). Ellos respondieron que habían sido bautizados en el bautismo de Juan. Pablo les explicó que el bautismo de Juan era un bautismo de arrepentimiento y que su propósito era para guiar a las personas a creer en Cristo Jesús. Después de escuchar lo que dijo Pablo, estos discípulos fueron bautizados en el nombre del Señor

31 Véase el comentario sobre Hechos 16:29–34

32 Véase el comentario sobre Hechos 19:1–7

Jesús. Entonces Pablo impuso las manos sobre ellos, y ellos recibieron el Espíritu Santo.

Al parecer, algunas de las personas que habían sido bautizadas por Juan y aceptado su predicación sobre Jesús no habían oído hablar del mensaje que los apóstoles predicaron luego de Pentecostés. Es por eso que estos discípulos de Éfeso no estaban conscientes de la venida del Espíritu Santo o de la necesidad de ser bautizados en el nombre del Señor Jesús. El bautismo de Juan tenía el fin de preparar a la gente para la venida de Cristo, guiándola al arrepentimiento y a poner su fe en Jesús. Pero después de la exaltación de Cristo y del derramamiento del Espíritu Santo, el bautismo de Juan ya no era suficiente. Un creyente necesitaba ser bautizado en el nombre del Señor Jesús para el perdón de sus pecados, a fin de recibir la promesa del Espíritu Santo.

Esta narrativa nos ayuda a entender que el bautismo no es sólo un rito externo. El bautismo en el nombre del Señor Jesús determina si un creyente puede tener parte en el don del Espíritu Santo. Por otra parte, también es crucial recibir el bautismo correcto. Ahora que Cristo había sido exaltado y el Espíritu Santo había venido, el bautismo tenía que ser llevado a cabo y recibido en el nombre del Señor Jesús. Aquellos que son bautizados en el nombre del Señor Jesucristo recibirán el don del Espíritu Santo (Hch 2:38). Recibir el Espíritu Santo, por lo tanto, es una experiencia distinta a la del bautismo, pero íntimamente relacionado a ella.

Capítulo 7

LAS ENSEÑANZAS ACERCA DEL BAUTISMO EN EL NUEVO TESTAMENTO

A. EL SIGNIFICADO DE βαπτίζω

La palabra “bautizar” es una transliteración de la palabra griega βαπτίζω. Βάπτω, una palabra relacionada, significa “sumergir en o sumergir bajo”. Esta palabra se usaba en los contextos de templar el acero, teñir el cabello, barnizar vasijas de arcilla o llenar algo sumergiéndolo. También se usaba para referirse a un barco hundido³³. En el Nuevo Testamento, βάπτω tiene el mismo significado (cf. Lc 16:24; Jn 13:26; Ap 19:13).

En la literatura griega, βαπτίζω significa “sumergir”, “hundirse”, “naufragar”, “ahogar” o “perecer”. En un sentido figurado, la palabra se usaba para comunicar la idea de “dejar una ciudad al borde de la destrucción”, “caer en un sueño profundo” o “sentirse abrumado”³⁴.

En la Septuaginta, la palabra βαπτίζω aparece dos veces en las escrituras canónicas. En Isaías 21:4, el profeta dice: “el horror me ha intimidado” (ἡ ἀνομία με βαπτίζει). La palabra βαπτίζει, que traduce la palabra hebrea בעת, es usada figurativamente para referirse a la sensación de estar abrumado³⁵. El otro pasaje es 2 Reyes 5:14. El profeta Eliseo le había instruido a Naamán a lavarse siete veces en el Jordán. Al final, Naamán obedeció y “se zambulló” (ἐβαπτίσατο) siete veces en el Jordán. La palabra hebrea que la Septuaginta traduce como ἐβαπτίσατο es טבַּל. Esta palabra hebrea aparece en otras partes de la Biblia hebrea y siempre significa “zambullirse o sumergirse” (Gn 37:31; Ex 12:22; Lv 4:6, 17; 9:9; 14:6, 16, 51; Nm 19:18; Dt 33:24; Jos 3:15; Rt 2:14; 1 S 14:27; 2 R 8:15; Job 9:31).

33 Kenneth Samuel Wuest, *Wuest's word studies from the Greek New Testament: For the English Reader* (Grand Rapids: Eerdmans, 1975), págs. 70–71.

34 *Theological Dictionary of the New Testament*, ed. Gerhard Kittel, Geoffrey W. Bromiley y Gerhard Friedrich, ed. electrónica (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1964-), 1:530.

35 Robert Baker Girdlestone, *Synonyms of the Old Testament: Their Bearing on Christian Doctrine* (Oak Harbor, WA: Logos Research Systems, Inc., 1998), pág. 154.

La palabra βαπτίζω aparece 77 veces en el Nuevo Testamento. Esta palabra es usada principalmente en referencia al rito de la inmersión en el agua, incluyendo el bautismo de Juan el Bautista, el bautismo administrado por los discípulos de Jesús y el bautismo realizado por la iglesia después del derramamiento del Espíritu Santo. Además, esta palabra también es usada en referencia al bautismo del Espíritu Santo y fuego (Mt 3:11; Mc 1:8; Lc 3:16; Jn 1:33; Hch 1:5; 11:16). En Marcos 7:4, donde se habla de la tradición de los ancianos, la palabra βαπτίζω alude a un lavado de purificación. En algunas ocasiones, la palabra conlleva un sentido metafórico. Por ejemplo, en Marcos 10:38–39 y Lucas 12:50, el Señor Jesús habla de un bautismo con que él tiene que ser bautizado, refiriéndose a los sufrimientos agobiantes que Él experimentaría. En 1 Corintios 10:2, Pablo usa la palabra “bautizar” para referirse a la liberación de los israelitas a través de Moisés. El viaje que hicieron bajo la nube y a través del mar era como una especie de bautismo.

Los sustantivos que derivan del verbo βαπτίζω son βαπτισμός y βάπτισμα. βαπτισμός es la acción de βαπτίζω, y puede referirse a los varios lavados ceremoniales, así como también al bautismo (Mc 7:4; Heb 6:2; 9:10). Βάπτισμα es una palabra que no puede ser encontrada fuera del contexto del Nuevo Testamento y es usada siempre en singular. Es un término especial que se usa para referirse a la institución que conocemos hoy como bautismo (a excepción de Mc 10:38–39; Lc 12:50)³⁶.

Algunos comentaristas sostienen que en pasajes como Romanos 6:1–4 y 1 Corintios 12:13, el verbo βαπτίζω es usada simplemente como una metáfora, por lo que no tiene que ver con el rito de la inmersión en agua. A modo de ejemplo, Wuest cree que Romanos 6:1–4 debería traducirse como: “Todos los que hemos sido introducidos (colocados) en Cristo Jesús, hemos sido introducidos en su muerte. Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por la introducción mencionada anteriormente”. Asimismo, según Wuest, 1 Corintios 12:13 debería traducirse como: “Porque por el instrumento de un solo Espíritu fuimos todos colocados en un solo cuerpo”³⁷.

Esta interpretación es discutible en varios niveles. Primero, palabras tales como “introducido” o “colocado” están lejos de significar “zambullir” o “sumergir”; ningún otro pasaje traduce βαπτίζω de esta manera. Además, si bien el contexto puede permitir o sugerir un uso metafórico de la palabra βαπτίζω, esto no quiere decir que la palabra no pueda referirse también al rito del bautismo. La opinión de excluir al bautismo de la interpretación de estos

36 *Theological Dictionary of the New Testament*, ed. Gerhard Kittel, Geoffrey W. Bromiley y Gerhard Friedrich, ed. electrónica (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1964-), 1:545.

37 Kenneth Samuel Wuest, *Wuest's word studies from the Greek New Testament: For the English Reader* (Grand Rapids: Eerdmans, 1975), pág. 73.

pasajes está basada exclusivamente en la visión teológica del comentarista, no en los principios de la exégesis.

Sin duda, la palabra βαπτίζω tiene su uso metafórico y no siempre alude a la inmersión física. Cuando Juan el Bautista proclamó que el que había de venir bautizaría con el Espíritu Santo y el fuego, no estaba hablando de la inmersión literal en el fuego (cf. Mt 3:11; Lc 3:16). Pero como Dun dice correctamente: “Decir que algo sea una ‘metáfora’ no excluye que ese algo también sea un ‘sacramento’”³⁸. Ni Romanos 6:1-4, ni 1 Corintios 12:13, por ejemplo, demandan la exclusión del sacramento del bautismo, aun si βαπτίζω sea interpretado metafóricamente. Sustituir “bautizar” por “introducir” a fin de eliminar el sacramento del bautismo de la interpretación del pasaje hace que nos preguntemos qué es esa “introducción” y cuándo ocurrió esa “introducción”. Pero si aceptamos que βαπτίζω se refiere al sacramento del bautismo así como a la inmersión metafórica en la muerte de Cristo, entonces el punto es claro: nosotros fuimos inmersos en la muerte de Cristo por medio del bautismo. Asimismo, traducir la palabra βαπτίζω como “colocar” (“colocados en un solo cuerpo” vs “bautizados en un cuerpo”) en 1 Corintios 12:13 a fin de desalentar que βαπτίζω sea entendido como el sacramento del bautismo es, en realidad, innecesario, porque un creyente es colocado en el cuerpo de Cristo sólo cuando es bautizado (cf. Hch 2:41). Por lo tanto, la frase “bautizados en un cuerpo” puede aludir tanto al resultado (es decir, ser añadido al cuerpo de Cristo) como al medio (es decir, a través del sacramento del bautismo).

B. LAS CARACTERÍSTICAS ESPIRITUALES DEL BAUTISMO

1. El bautismo como sacramento

La palabra “sacramento”, del latín *sacramentum*, traduce la palabra griega μυστήριον, que significa “misterio”. Este término se usa luego para referirse a los rituales cristianos como el bautismo.

En el Nuevo Testamento, el Señor Jesús instituyó tres rituales y ordenó su observancia por la relación que tienen con el Señor y la salvación. Estos tres rituales son el bautismo, el lavado de pies y la santa comunión. Debido a las características comunes que tienen estos tres rituales, podemos emplear la palabra “sacramento” para referirnos a estas instituciones en forma colectiva.

Externamente, los sacramentos constan de acciones simbólicas por medio del uso de elementos físicos. Existen numerosos ejemplos de acciones

³⁸ James D.G. Dun, “‘Baptized’ as Metaphor,” en *Baptism, the New Testament and the church*, vol. 171 de *Journal for the study of the New Testament Supplement Series*, ed. Stanley Porter y Anthony R. Cross, (London: Sheffield Academic Press, 1999), pág. 310.

simbólicas en la Biblia, especialmente en los escritos proféticos (Gn 15:5; Is 8:1-4; Is 20; Jer 13:1-7; 16:1-6; 27:1-2; Ez 4:1-3, 9-15; 24:15-18; Hch 21:10-11; etc.). Dios usó acciones u objetos para transmitir su mensaje o predecir acontecimientos futuros. Al igual que estas acciones simbólicas, las simbolizaciones externas de los sacramentos también acarrearán cierto significado espiritual y enseñan verdades espirituales.

Los sacramentos también tienen características internas. Los sacramentos son peculiares en el sentido de que quienes los reciben por medio de la fe pueden experimentar los efectos espirituales que el Señor ha prometido. Por ejemplo, el bautismo no es meramente una simbolización que apunta a una realidad fuera del ritual en sí. Aquellos que reciben el bautismo por medio de la fe entran en una relación de salvación con Cristo. El efecto de perdón de pecados también tiene lugar a través del acto de bautizar. Esta realidad espiritual es obra de Dios.

Por lo tanto, los sacramentos constan de una forma externa y de efectos internos. Dios actúa a través de las simbolizaciones establecidas por el Señor Jesús para salvar a los individuos que las aceptan.

2. Características espirituales externas

Por definición, el sacramento del bautismo consta de una forma externa específica. Más adelante analizaremos, según la información que nos provee la Biblia, cómo debe llevarse a cabo el bautismo. En esta sección, veremos primero lo que simboliza cada uno de los elementos externos o formas externas del bautismo.

a. Agua viva

El uso del agua en el bautismo simboliza el hecho de que el bautismo es un lavamiento espiritual (cf. Hch 22:16; 1 P 3:21). En los casos de profanación o contaminación, las leyes de purificación del Antiguo Testamento requieren el lavamiento con agua. Este lavamiento prefigura la limpieza que recibimos a través de Cristo, la cual es concretada por medio del bautismo del nuevo pacto.

En ciertos ritos de purificación, el Señor requiere el uso de aguas corrientes (Lv 14:1-8; 48-53; 15:13; Nm 19:17). Literalmente, “aguas corrientes” (מַיִם חַיִּים) significa “agua viva”. En las Escrituras, el agua viva simboliza una fuente de vida continua.

En los escritos proféticos, el Señor usa esta expresión para describirse a sí mismo:

*Porque dos males ha hecho mi pueblo:
me dejaron a mí,*

*fuentes de agua viva,
y cavaron para sí cisternas,
cisternas rotas que no retienen el agua (Jer 2:13).*

El Señor se lamenta de que su pueblo lo haya abandonado y que haya hecho otros dioses para sí. El Señor es la fuente de agua viva. Todos los demás dioses son cisternas rotas que no retienen el agua. La fuente de agua viva es natural, abundante y continua. Las cisternas rotas son productos del hombre, deficientes y temporales. Dios es la fuente perpetua de vida. Los ídolos, al contrario, son completamente inútiles.

El profeta Jeremías hace eco de las palabras del Señor en su oración:

*¡Jehová, esperanza de Israel!,
todos los que te dejan serán avergonzados,
y los que se apartan de ti serán inscritos en el polvo,
porque dejaron a Jehová, manantial de aguas vivas (Jer 17:13).*

En una profecía escatológica, Zacarías también habla de la apertura de un manantial:

*En aquel tiempo habrá un manantial abierto para la casa de David y
para los habitantes de Jerusalén, para la purificación del pecado y
de la inmundicia (Zac 13:1).*

Aquí vemos claramente que este manantial es el instrumento que se usa para la purificación del pecado y de la inmundicia. Dios no sólo es la fuente de la vida, sino que también es la fuente de la limpieza. Él proveerá limpieza a su pueblo. Aunque este pasaje no hace mención de las “aguas vivas”, la palabra “manantial”, como también aparece en Jeremías 17:13, sugiere que se está hablando del agua viva, por lo que “manantial” también puede ser un símbolo de la limpieza. Esta era la función de las aguas corrientes en las leyes de purificación.

Zacarías también profetizó que las aguas vivas saldrían de Jerusalén, la ciudad de Dios:

*En aquel día saldrán de Jerusalén aguas vivas,
la mitad de ellas hacia el mar oriental
y la otra mitad hacia el mar occidental,
en verano y en invierno (Zac 14:8).*

Del mismo modo, en Apocalipsis Dios promete una fuente de agua de vida a los que tienen sed:

*Y me dijo: «Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin.
Al que tiene sed, le daré gratuitamente de la fuente del agua de vida
(Ap 21:6; cf. 22:17).*

Esta fuente del agua de vida fluye del trono de Dios y del Cordero (Ap 22:1). Por consiguiente, tanto en la profecía de Zacarías como en la visión de Apocalipsis, el origen de esta fuente de agua viva, símbolo de la vida eterna, es Dios.

Jesús también habla de la fuente de agua viva:

Respondió Jesús y le dijo: —Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: “Dame de beber”, tú le pedirías, y él te daría agua viva... Cualquiera que beba de esta agua volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna (Jn 4:10–14).

El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior brotarán ríos de agua viva (Jn 7:38).

El agua viva al que se refiere Jesús es el Espíritu Santo que se convertirá en una fuente que brota para vida eterna dentro del creyente.

De las referencias citadas hasta el momento, vemos que el agua viva es un símbolo de la vida y de la limpieza que provienen directamente de Dios. Dios mismo nos limpia del pecado y nos da vida eterna en abundancia. Por lo tanto, el agua corriente en la que se administra el bautismo también simboliza la limpieza espiritual y la vida eterna que provienen de Dios.

b. Inclinar la cabeza

Durante el bautismo, el pecador muere y es sepultado con Cristo Jesús (Ro 6:3–8). Por fuera, inclinar la cabeza simboliza que el pecador se une en la semejanza de la muerte de Cristo (Jn 19:30), pero por dentro esta acción simboliza la destrucción del cuerpo del pecado (Ro 6:6; Col 2:11).

i. Humildad, vergüenza y deshonra

Inclinar la cabeza simboliza estar agobiado por el peso y la vergüenza del pecado. Los siguientes versículos ilustran este punto:

*Porque mis maldades se acumulan sobre mi cabeza;
como carga pesada me abruma (Sal 38:4).*

*Porque me han rodeado males sin número;
me han alcanzado mis maldades y no puedo levantar la vista.
Se han aumentado más que los cabellos de mi cabeza
y mi corazón me falla (Sal 40:12).*

Pero el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: “Dios, sé propicio a mí, pecador” (Lc 18:13).

Y dije: «Dios mío, confuso y avergonzado estoy para levantar, oh Dios mío, mi rostro hacia ti, porque nuestras iniquidades se han multiplicado sobre nuestras cabezas y nuestros delitos han crecido hasta el cielo» (Esd 9:6).

En estos pasajes podemos ver que el pecador siente vergüenza de levantar su rostro delante de Dios porque las iniquidades son muy grandes y pesadas.

Job habla de su impotencia ante Dios cuando éste va en busca del pecado:

*Si soy malo, ¡ay de mí!,
y si soy justo, no levantaré la cabeza,
hastiado cual estoy de deshonra y de verme afligido.
Si alzo la cabeza, como un león, me das caza
y haces contra mí maravillas (Job 10:15-16).*

Aquí, Job se vio incapaz de levantar la cabeza para defender su caso ante el Dios todopoderoso. Estaba afligido y en deshonra.

Inclinar la cabeza también es un gesto de humillarse ante Dios, tal como vemos en la descripción que Dios hizo sobre el ayuno de los israelitas:

*¿Es éste el ayuno que yo escogí:
que de día aflija el hombre su alma,
que incline su cabeza como un junco
y haga cama de telas ásperas y de ceniza?
¿Llamaréis a esto ayuno y día agradable a Jehová? (Is 58:5).*

El profeta Jeremías habla de la inclinación de la cabeza en un sentido figurado para representar la humillación y el dolor de Jerusalén:

*Se sientan en tierra y callan los ancianos de la hija de Sión;
echan polvo sobre sus cabezas y se ciñen ropas ásperas.
Las vírgenes de Jerusalén bajan la cabeza hasta la tierra (Lm 2:10).*

ii. Devoción y entrega

El acto de inclinar la cabeza representa la humildad de una persona ante otra de mayor estatus (cf. Gn 43:28; Nm 22:31). En el Antiguo Testamento, inclinar la cabeza también era un gesto que se usaba para adorar al Señor (Gn 24:26, 48; Ex 4:31; 12:27; 34:8; 1 Cr 29:20; 2 Cr 20:18; 29:30; Neh 8:6).

Jesús, en su momento final en la cruz, también inclinó su cabeza:

Cuando Jesús tomó el vinagre, dijo: — ¡Consumado es! E inclinando la cabeza, entregó el espíritu (Jn 19:30).

Aquí, inclinar la cabeza era una señal de entrega. Luego de haber completado todo lo que había sido enviado a hacer, el Señor Jesús encomendó su espíritu en las manos del Padre (cf. Lc 23:46). La inclinación de la cabeza de Jesús fue un acto deliberado, no fue el resultado natural de su muerte; y el autor del Evangelio de Juan registra este detalle por una razón. En la versión griega de la Biblia podemos ver claramente que Jesús inclinó su cabeza antes de entregar su espíritu (Jn 19:30)³⁹. Este acto deliberado simboliza que Jesús se había entregado totalmente al Padre celestial. Fue después de esto que Jesús le encomendó su espíritu al Padre. Por medio de este acto deliberado, Jesús nos dejó el prototipo de la semejanza externa de su muerte para que lo imitemos cuando seamos bautizados hoy (Ro 6:5). Inclinar la cabeza también nos enseña que bautizarse implica llevar una vida de obediencia y dedicación al Señor.

Inclinar la cabeza en el bautismo es unirse con Cristo en la semejanza de su muerte. En base a lo que hemos estudiado sobre el significado simbólico de esta acción, podemos concluir que ella también simboliza la muerte del hombre pecador y su total entrega a Dios para comenzar una vida nueva (Ro 6:5-11).

c. Inmersión

i. Cubrir el pecado

Hemos dicho previamente que la palabra “bautizar” conlleva el significado de zambullir o sumergir. Pablo describe el viaje de los israelitas bajo la nube y a través del mar como ser bautizados en Moisés (1 Co 10:1-2). Por lo tanto, la acción de bautizar o sumergir hace que un objeto pase a través de y por debajo de algo, de modo que el objeto sea cubierto por ese algo. En este sentido, la inmersión en el bautismo es un símbolo que representa el cubrimiento de nuestros pecados.

La Escritura habla del perdón de pecados metafóricamente como el cubrimiento del pecado. David dijo: “Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada y cubierto su pecado” (Sal 32:1). Como hemos estudiado en la sección de las prefiguraciones del bautismo en el Antiguo Testamento, el significado de “expiar” (כִּפֹּר) es cubrir. Cubrir no es simplemente ocultar, sino también anular. La expiación que se hacía por la sangre en el antiguo pacto ahora es cumplida en el nuevo pacto. Dios ha prometido expiar los

³⁹ Véase el comentario sobre Romanos 6:1-10

pecados de su pueblo. Miqueas exalta la gracia del perdón de Dios de esta manera:

*¿Qué Dios hay como tú,
que perdona la maldad
y olvida el pecado
del remanente de su heredad?
No retuvo para siempre su enojo,
porque se deleita en la misericordia.
Él volverá a tener misericordia de nosotros;
sepultará nuestras iniquidades
y echará a lo profundo del mar
todos nuestros pecados (Miq 7:18–19).*

Tal como lo prometió, Dios mismo proveyó la expiación por medio de la sangre preciosa de Cristo. Dios usa la sangre de Cristo para cubrir y quitar nuestros pecados. La maravillosa gracia del perdón es representada simbólicamente en el acto de la inmersión durante el bautismo.

ii. Sepultar para muerte

Pablo les dijo a los creyentes de Roma que fueron bautizados en la muerte de Cristo (Ro 6:3). Esta muerte ocurre por medio de un entierro. Pablo afirma que los que fuimos bautizados, fuimos sepultados con Cristo para muerte por medio del bautismo (Ro 6:4; Col 2:12). Para describir este proceso, él usa el término especial *συνθάπτω*, que literalmente significa “sepultados juntos”. Es decir, que por medio del bautismo, nosotros somos sepultados juntamente con Cristo para muerte.

Generalmente, una persona debe morir primero para ser sepultada. Pero un cristiano muere al ser sepultado. Esta sepultura es el proceso a través del cual entra en la muerte. Esta sepultura, por supuesto, no es una sepultura física. En la dimensión espiritual, el cuerpo pecaminoso de un cristiano es destruido cuando sus pecados son cubiertos completamente. Pero en la dimensión física, esta sepultura espiritual corresponde al acto externo de la inmersión. El ser pecaminoso de la persona es sepultado cuando su cuerpo es “sepultado” [es decir, sumergido] en el agua. Aquí vemos otra vez que la forma externa del bautismo simboliza el efecto interno del bautismo.

3. Características espirituales internas

Hemos visto que las características externas del bautismo, es decir, los elementos y las acciones externas, simbolizan la purificación de los pecados

y la sepultura del hombre pecador. El hecho de que estas características externas sean simbolizaciones a menudo presta a la interpretación de que el bautismo en sí no tiene ningún efecto espiritual real en el alma de la persona que está siendo bautizada; o sea, que el bautismo es “sólo simbólico” de una realidad espiritual que ya ha ocurrido, y que el bautismo en sí no produce los efectos que simboliza. Sin embargo, esta es una interpretación errónea de los símbolos. Vorgrimler explica:

Un ser se realiza a sí mismo mediante la expresión de sí mismo. Dicho de otra manera: un símbolo es eficaz porque trae a un ser a la realidad. Esto es lo que se entiende por “símbolo real”: un símbolo genuino hace lo que simboliza... Cualquier persona que haya comprendido el carácter esencial del simbolismo no puede poner lo “meramente simbólico” en contra de lo real.⁴⁰

Esto quiere decir que el símbolo y la realidad no son dos entes opuestos. Decir que algo es simbólico no significa que ese algo esté desprovisto de la realidad que simboliza. Aunque una acción simbólica puede simbolizar otra realidad al margen de sí misma, este no siempre es el caso. Una acción simbólica puede ser eficaz y personificar la realidad que simboliza. Según lo que nos enseña la Biblia, el bautismo pertenece a este segundo tipo de símbolos. El bautismo es simbólico y eficaz.

Mientras que es comúnmente aceptado que las acciones y los elementos del bautismo tienen su significado simbólico, la cuestión clave aquí es si el efecto espiritual que el acto del bautismo simboliza sucede antes o durante el bautismo. En otras palabras, ¿una persona es limpiada de sus pecados y sepultada con Cristo para muerte durante o antes del bautismo? Basándonos en las Escrituras demostraremos que las características espirituales externas del bautismo en realidad simbolizan sus características espirituales internas. El bautismo no sólo es simbólico sino que también es eficaz para el perdón de los pecados y la sepultura del hombre pecador.

En el día de Pentecostés, aquellos que escucharon el mensaje de los apóstoles se compungieron de corazón cuando se dieron cuenta de que Jesús era el Señor y el Cristo. Por lo tanto, preguntaron: “Hermanos, ¿qué haremos?”. Pedro les dijo: “Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hch 2:37-38). “Para perdón de los pecados” (εἰς ἄφεσιν τῶν ἁμαρτιῶν ὑμῶν) es el propósito del bautismo. Algunos exégetas traducen εἰς como “en vista de” o “debido a” y sostienen que Pedro le estaba pidiendo a la multitud que se bautizara en vista del perdón de los pecados que ya habían recibido. Este argumento surgió con la intención

40 Herbert Vorgrimler, *Sacramental theology* (Collegeville, MN, Liturgical Press, 1992), pág. 10.

de eliminar del bautismo el efecto del perdón de los pecados. Sin embargo, este punto de vista no es sostenible ni gramatical ni contextualmente⁴¹.

La orden de Pedro fue directa y simple: “Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados”. A pesar de que el Espíritu Santo ya había estado obrando en los corazones de estos hombres devotos, como es evidente en el hecho de que el mensaje de Pedro había compungido sus corazones y ellos habían expresado el deseo de aceptar a Jesús como Señor y Cristo, Pedro no les dijo que por ello habían sido salvos. Para ser salvos, ellos tenían que arrepentirse y ser bautizados para el perdón de los pecados.

De la misma manera, Ananías también ordenó a Saulo ser bautizado diciendo: “Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate, bautízate y lava tus pecados invocando su nombre” (Hch 22:16)⁴². Una vez más vemos que el efecto y el propósito del bautismo es el lavamiento de los pecados. El bautismo, por lo tanto, es un lavado espiritual a través del cual Dios limpia al pecador de todos sus pecados.

El llamamiento de Saulo fue muy evidente. Mientras iba de camino a Damasco para perseguir a los cristianos, Dios lo alumbró con una gran luz y lo cegó. El Señor le habló a través de una voz y le reveló que Él era Jesús, a quien él perseguía. Saulo reconoció que Jesús era el Señor y le preguntó qué debía hacer. El Señor le dijo que fuera a la ciudad para obtener más instrucciones. A través de Ananías, el Señor restauró la vista de Saulo y le predijo que su misión era testificar por el Señor. A pesar de que Saulo reconoció al Señor y tuvo estas experiencias milagrosas, ninguno de ellos le había quitado los pecados. Siendo todavía un hombre pecador delante de Dios, Saulo necesitaba ser limpiado. Es por eso que Ananías lo instó a levantarse y ser bautizado.

Las diferentes experiencias de conversión, como la revelación directa, la curación o el cambio completo de actitud son todas maneras importantes a través de las cuales Dios guía a una persona a creer en Cristo. Pero estas experiencias no lavan los pecados. Aunque la obra del Espíritu Santo y la predicación de la palabra de Dios pueden conmover a una persona a confesar que Jesús es el Señor y a arrepentirse de sus pecados, el efecto del lavamiento de los pecados se encuentra en el bautismo.

Cuando Pablo les escribió a los colosenses, les dijo que ellos fueron circuncidados en Cristo con una circuncisión no hecha por mano de hombre, sino por la circuncisión de Cristo, en la cual son despojados de su

41 Véase una explicación más detallada sobre lo expuesto en el comentario sobre Hechos 2:37-41

42 Véase el comentario sobre Hechos 9:17-19 y Hechos 22:12-16

naturaleza pecaminosa (Col 2:11). A través de esta circuncisión espiritual, el hombre pecador es destruido. Según Romanos 6:6, el viejo hombre fue crucificado y muerto con Cristo. Con esto, Pablo está describiendo el perdón de los pecados que hay en Cristo Jesús. Dando muerte al hombre pecador que está dentro de nosotros, Cristo elimina nuestros pecados de forma efectiva. Nuestro hombre viejo muere al pecado junto a Cristo (cf. Col 2:20; 3:3; 1 P 2:24).

Pero, ¿cuándo se produce esta muerte del hombre viejo? Pablo dice:

¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?, porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva (Ro 6:3-4).

Nuestro hombre viejo muere con Cristo cuando somos bautizados, cuando somos sepultados con Cristo para muerte por medio del bautismo. En Colosenses 2:11-12, Pablo también señala que Cristo nos circuncidó y nos despojó de nuestro cuerpo pecaminoso al sepultarnos en el bautismo⁴³. Por ende, el bautismo es el medio por el cual Dios da muerte y entierra al hombre viejo para así limpiar y perdonar nuestros pecados. Por esta razón, después de decir que fuimos sepultados y resucitados con Cristo en el bautismo, Pablo continúa diciendo: “Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados” (Col 2:13). El perdón de los pecados es el requisito previo para que el pecador pueda tener vida en Cristo. La gracia del perdón de pecados y la de la resurrección espiritual nos son dadas a través del bautismo.

a. La fuente del perdón de los pecados

i. La sangre de Jesucristo

La Biblia nos dice que el perdón de pecados viene de la redención por medio de la sangre de Jesús: “En él tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados” (Ef 1:7; Col 1:14). El Señor Jesús derramó su sangre para este propósito. Es por eso que durante la primera santa comunión dijo: “[P]orque esto es mi sangre del nuevo pacto que por muchos es derramada para perdón de los pecados” (Mt 26:28). Jesús no sólo derramó su sangre para pagar la pena de nuestros pecados, sino que también lavó nuestros pecados con su sangre (Ap 1:5).

43 Véase una explicación más detallada en los comentarios sobre Romanos 6:1-10 y Colosenses 2:11-13

Hebreos discute ampliamente la tipología del sacrificio de Cristo. Una vez al año, el sumo sacerdote debía entrar al lugar santísimo con la sangre de la ofrenda por el pecado. Allí, rociaba la sangre sobre el propiciatorio para hacer expiación por sí mismo, por su casa y por toda la congregación de Israel (Lv 16:11–17; Heb 9:7). Esto prefiguraba la expiación que traería Jesucristo, el sumo sacerdote de los bienes venideros, quien habiendo obtenido eterna redención, entró al cielo con su propia sangre una vez para siempre (Heb 9:11–12, 23–26). La sangre de Cristo, por lo tanto, estableció el nuevo pacto y lava nuestros pecados.

La sangre de los toros no podía quitar los pecados. El sacrificio de los animales sólo hacía memoria de los pecados año tras año (Heb 10:1–4). Los sacrificios del antiguo pacto tenían que ser ofrecidos continuamente cada año porque no podían quitar la “conciencia de pecado”. En otras palabras, los sacrificios proporcionaban purificación externa pero no podían purificar la conciencia contaminada por el pecado (cf. Heb 9:9). Por el contrario, la sangre de Cristo limpia nuestras conciencias de obras muertas para que podamos servir al Dios vivo (Heb 9:14). A través de la sangre de Jesús podemos acercarnos a Dios por un camino nuevo y vivo (Heb 10:19–20). Usando el lenguaje de los ritos de purificación del Antiguo Testamento, Hebreos se refiere al estado de los creyentes como “purificados los corazones de mala conciencia y lavados los cuerpos con agua pura” (Heb 10:22)⁴⁴.

La limpieza de la conciencia que se hace con la sangre de Cristo sucede en el bautismo. Pedro escribe: “El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva (no quitando las inmundicias del cuerpo, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) mediante la resurrección de Jesucristo” (1 P 3:21)⁴⁵. El bautismo nos salva porque a través de él obtenemos la aspiración de una buena conciencia hacia Dios. Esto quiere decir que Dios nos concede una buena conciencia a través del bautismo gracias a la resurrección de Cristo y al lavamiento de nuestra conciencia pecaminosa por medio de su sangre. Por lo tanto, el bautismo es el momento crucial de nuestra conversión porque cuando nos bautizamos, la sangre de Cristo limpia nuestra alma.

En el Evangelio de Juan, el autor hace mención de un hecho extraordinario que ocurrió en la cruz después de la muerte de Jesús:

44 Véase el comentario sobre Hebreos 10:19–23

45 Véase el comentario sobre 1 Pedro 3:18–22

Fueron, pues, los soldados y quebraron las piernas al primero y asimismo al otro que había sido crucificado con él. Pero cuando llegaron a Jesús, como lo vieron ya muerto, no le quebraron las piernas. Pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua. Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis (Jn 19:32-35)⁴⁶.

Esto sucedió para cumplir lo que el Señor dijo sobre el cordero de la Pascua: que ninguno de sus huesos será quebrado (Ex 12:46). Esto también sucedió para cumplir la profecía de Zacarías que dice que la casa de David y los habitantes de Jerusalén pondrían los ojos en el Señor, a quien habían traspasado (Zac 12:10). La perforación del costado de Jesús y el flujo de sangre y agua que salió inmediatamente proclaman que Jesús es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, y que Él es el Señor y Salvador.

El Cordero de Dios fue traspasado en la cruz y de su costado salió sangre y agua. Esta es la fuente de limpieza que lava nuestros pecados. Cuando la Biblia menciona al agua en conexión con el lavamiento de los pecados, está haciendo referencia al bautismo (Hch 2:38; 22:16). El bautismo no sólo consiste en la inmersión en el agua sino, más importante aún, en el lavamiento por la sangre del Cordero de Dios.

Juan dice que el costado (πλευρά) de Jesús fue traspasado. En Génesis 2:22, la Septuaginta también usa la misma palabra griega para referirse a la costilla de Adán, de la cual Dios hizo a Eva. La iglesia fue creada del costado del Señor Jesús así como Eva fue creada del costado de Adán. A través del derramamiento de su sangre en la cruz, el Señor redimió a su iglesia (Hch 20:28), y la santifica y la limpia “en el lavamiento del agua por la palabra” (Ef 5:26)⁴⁷. El agua que se menciona aquí, tal como en el caso de Hechos 2:38 y 22:16, está relacionada con el efecto de la limpieza, por lo que está hablando del bautismo. Cristo lava a la iglesia con el lavamiento del agua por la palabra, y la fuente de este lavamiento es su propio sacrificio expiatorio en la cruz. Durante el bautismo, la sangre que fluyó del costado de Cristo lava nuestros pecados.

ii. El Espíritu Santo

Cuando el Señor resucitado comisionó a sus discípulos, también les prometió el poder de perdonar y retener pecados.

46 Véase una explicación más detallada en el comentario sobre Juan 19:31-37

47 Véase una explicación más detallada en el comentario sobre Efesios 5:25-27

Entonces Jesús les dijo otra vez: — ¡Paz a vosotros! Como me envió el Padre, así también yo os envío. Y al decir esto, sopló y les dijo: —Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados, y a quienes se los retengáis, les serán retenidos (Jn 20:21-23).

Aquí, el Señor Jesús les estaba hablando a todos los discípulos, no a alguien en particular. En otras palabras, la misión de perdonar y retener pecados fue dada a la iglesia. Esto es congruente con lo que el Señor dijo a Pedro:

Y yo también te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia, y las puertas del Hades no la dominarán. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos: todo lo que ates en la tierra será atado en los cielos, y todo lo que desates en la tierra será desatado en los cielos (Mt 16:18-19).

La roca a la que Jesús se refirió es Cristo mismo. Sobre esta roca Jesús edificará una iglesia, a la que se le entregará las llaves del reino de los cielos para atar y desatar. Este poder de atar y desatar, según el pasaje de Juan arriba citado, viene del Espíritu Santo. La iglesia cumpliría esta misión con la venida del Espíritu Santo. Es a través del Espíritu Santo que el Señor envía a la iglesia al mundo a cumplir este trabajo.

El Señor derramó su Espíritu Santo sobre los discípulos en el día de Pentecostés. Ese mismo día, los apóstoles proclamaron la salvación a través de Jesús y bautizaron a los nuevos creyentes en el nombre de Jesucristo para el perdón de los pecados. Como hemos dicho cuando estudiamos la comisión del Señor, la comisión de perdonar y retener pecados es paralela a la comisión de bautizar. El que cree y es bautizado será salvo porque sus pecados son perdonados, pero el que no cree será condenado porque sus pecados permanecen. Luego de recibir el Espíritu Santo, la iglesia llevó a cabo el trabajo de perdonar pecados bautizando nuevos conversos.

De aquí vemos que la presencia del Espíritu Santo en el bautismo que administra la iglesia es necesaria porque sólo así el bautismo puede tener el efecto de perdonar pecados. Nuestro renacimiento espiritual es “de agua y del Espíritu” (ἐξ ὕδατος καὶ πνεύματος; Jn 3:5). El agua del bautismo no puede separarse de la presencia del Espíritu Santo. De hecho, el Espíritu Santo participa activamente en el bautismo. “[P]orque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo” (1 Co 12:13). Nosotros somos lavados, santificados y justificados “en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu

de nuestro Dios” (1 Co 6:11)⁴⁸. “Por el Espíritu” (ἐν ἐνὶ πνεύματι) también podría ser traducido como “en un Espíritu”. O sea, cuando recibimos el bautismo, somos bautizados por o en el Espíritu⁴⁹.

El Espíritu Santo está íntimamente relacionado con la sangre de Cristo. Con respecto a la sangre de Cristo y su efecto purificador, el autor de Hebreos dice: “¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?” (Heb 9:14). Cristo se ofreció a sí mismo por medio del Espíritu eterno. A causa de la presencia y el poder del Espíritu eterno, la sangre ofrecida por Cristo puede limpiar nuestra conciencia hoy.

El apóstol Juan escribe sobre la estrecha relación que hay entre el agua, la sangre y el Espíritu:

Éste es el que vino mediante agua y sangre, Jesucristo; no sólo mediante agua, sino mediante agua y sangre. El Espíritu es quien da testimonio de esto, porque el Espíritu es la verdad. Tres son los que dan testimonio, y los tres están de acuerdo: el Espíritu, el agua y la sangre (1 Jn 5:6–8; NVI).

Jesucristo vino mediante agua y sangre, y el Espíritu es quien da testimonio de esto. Esto no hace referencia simplemente al nacimiento histórico de Jesús hace miles de años atrás, sino que también alude a la realidad siempre presente de las obras salvadoras de Cristo. La venida de Jesús no fue sólo mediante agua, sino mediante agua y sangre, y el Espíritu da testimonio de esto. Cuando nos bautizamos, nuestro ojo externo sólo ve el agua del bautismo, pero en el Espíritu, somos lavados en la sangre de Cristo. Esto fue lo que testificó el autor del Evangelio cuando presencié el flujo milagroso de sangre y agua en la cruz (Jn 19:34–35). No sólo así, el Espíritu eterno también da testimonio de esto cuando la iglesia administra el bautismo. A través de la obra del Espíritu Santo, la sangre que Jesucristo derramó hace dos mil años en la cruz puede lavar nuestros pecados cuando somos bautizados hoy. Por lo tanto, cuando nos bautizamos, tres son los que dan testimonio y estos tres están de acuerdo: el Espíritu, el agua y la sangre. Este es el testimonio de Dios, a través del cual podemos tener vida eterna en su Hijo (1 Jn 5:9–12)⁵⁰.

48 Véase el comentario sobre 1 Corintios 6:9–11

49 Véase el comentario sobre 1 Corintios 12:12–13

50 Véase una explicación más detallada en el comentario sobre 1 Juan 5:5–13

En conclusión, es mediante el testimonio del Espíritu Santo que el poder limpiador de la sangre de Cristo surte efecto en el bautismo del pecador. Con esto en mente, podemos decir que el bautismo no puede ser realizado por cualquier individuo u organización fuera de la iglesia establecida por el Espíritu Santo. Sin el acatamiento y el envío del Espíritu Santo prometido, el bautismo se convertiría en un mero acto humano. Esta es la razón por la cual la iglesia primitiva comenzó a dar testimonio de Cristo y a bautizar sólo después de la venida del Espíritu Santo. Del mismo modo, hoy en día, sólo la iglesia establecida y enviada por el Espíritu Santo puede completar eficazmente la misión de perdonar pecados a través del bautismo.

C. EL NUEVO ESTATUS QUE ADQUIEREN LOS BAUTIZADOS A TRAVÉS DEL PERDÓN DE PECADOS

Durante el bautismo, la sangre de Cristo lava nuestros pecados y somos sepultados con Cristo en su muerte. Este es el efecto y propósito fundamental del bautismo. Sin el perdón de pecados, nosotros seguiríamos siendo extranjeros al pacto de Dios. Una vez que nuestros pecados son lavados, entramos en una nueva relación con Dios. Por lo tanto, la Escritura también dice que el bautismo le trae un nuevo estatus al creyente. El creyente puede adquirir este estatus sólo porque sus pecados han sido perdonados. Este nuevo estatus también abre paso a una nueva forma de vida en la que todo creyente debe andar por fe.

1. Renacimiento

Antes de ser lavados por la sangre de Cristo, nosotros estábamos muertos en las transgresiones y en los pecados. Andábamos en los deseos de nuestra carne, siguiendo la corriente de este mundo y conforme al espíritu que opera en los hijos de desobediencia (Ef 2:1-3; Col 2:13; 3:5-7; cf. Tit 3:3). Cuando el pecado entró en el mundo a través de Adán, la muerte también pasó a todos los hombres, porque la paga del pecado es la muerte (Ro 5:12-14; 6:23). La muerte que resulta del pecado es peor que la muerte física de una persona porque significa estar separados de Dios y estar bajo el dominio del pecado (cf. Ro 8:6). Una persona que todavía está viva físicamente puede estar muerta espiritualmente (cf. Mt 8:22; Lc 9:60). El pecado reina a través de la muerte (Ro 5:21). Por lo tanto, cualquier persona que esté sujeta al gobierno del pecado está muerta espiritualmente, y esta es una realidad válida para todos los hombres. El hecho de que todos hemos pecado muestra que todos estamos bajo el poder del pecado y de la muerte (Ro 5:12; cf. 1 Jn 5:19).

Dios demostró su amor por nosotros en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros (Ro 5:8). Muchos murieron a causa de la ofensa de Adán, pero el don que vino por la gracia de Jesucristo abundó para muchos (Ro 5:15). En Cristo podemos recibir el don de la vida eterna (Jn 3:16, 36; 6:40; Ro 6:23; 1 Jn 5:11-13). Cuando somos bautizados en Cristo, nuestro viejo hombre es crucificado juntamente con Cristo (Ro 6:6). Y a través del bautismo, somos sepultados con Cristo para muerte (Ro 6:3-4). El hombre que solía ser esclavo del pecado y de la muerte muere. A través del poder limpiador de la sangre de Cristo, recibimos una vida nueva en el bautismo. Con respecto a esta resurrección espiritual, Pablo escribió lo siguiente:

Con él fuisteis sepultados en el bautismo, y en él fuisteis también resucitados por la fe en el poder de Dios que lo levantó de los muertos. Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados (Col 2:12-13).

Dios nos resucitó con Cristo en el bautismo luego de haber perdonado todos nuestros pecados. El perdón de pecados es el requisito previo para llevar una nueva vida junto a Cristo. La consecuencia del pecado es la muerte, por lo que nuestros pecados deben ser perdonados primero para que podamos ser resucitados a la vida junto a Cristo. En el bautismo, nuestros pecados son lavados y el hombre pecador muere. Al haber perdonado nuestros pecados conforme a la abundante gracia de Cristo, Dios también nos otorga una nueva vida cuando nos resucita con Cristo. Por esta razón, el bautismo es también considerado un “lavamiento de la regeneración”, tal como lo afirma Pablo:

... nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo (Tit 3:5)⁵¹.

“Regeneración” significa volver a la vida o nacer de nuevo. Esta nueva vida espiritual que viene de Dios sucede por medio del lavamiento. Como ya hemos visto, el lavamiento de los pecados tiene lugar en el bautismo (Hch 2:38; 22:16). A través de este lavamiento, somos traídos de vuelta a la vida. Nuestro Señor Jesús habló de este renacimiento en su conversación con Nicodemo:

Le respondió Jesús: —De cierto, de cierto te digo que el que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios. Nicodemo le preguntó: —¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre y nacer? Respondió Jesús: —De cierto, de cierto te digo que el que no nace de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios. Lo

51 Véase una explicación más detallada en el comentario sobre Tito 3:4-7

que nace de la carne, carne es; y lo que nace del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: "Os es necesario nacer de nuevo." El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo aquel que nace del Espíritu (Jn 3:3-8)⁵².

Una persona que está espiritualmente muerta no puede entrar al reino de Dios. Necesitamos nacer de nuevo espiritualmente, es decir, nacer de lo alto para entrar al cielo, y este renacimiento es obra de Dios. Sin embargo, este renacimiento espiritual no es algo que está completamente separado del reino tangible, porque Jesús le hablaba a Nicodemo de "cosas terrenales" (Jn 3:12). Así como Dios envió a su Hijo al mundo para que pudiéramos creer en Él y tener vida eterna, el renacimiento espiritual también es algo que podemos recibir y experimentar. Este renacimiento espiritual sucede por medio "del agua y del Espíritu" (ἐξ ὕδατος καὶ πνεύματος). O sea, a través de la obra del Espíritu Santo, una persona nace de nuevo cuando es bautizada en agua.

Una vida nueva exige una actitud y una forma de vida nuevas. Pablo señala cuán irreconciliable es que un creyente bautizado siga viviendo en el pecado:

¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? ¿De ninguna manera! Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?, porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva (Ro 6:1-4).

Después de ser sepultados con Cristo en su muerte y después de ser resucitados a una nueva vida, ya hemos muerto al pecado y ya no estamos obligados a vivir bajo su dominio. Es por eso que Pablo añade: "Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro" (Ro 6:11).

Cuando estábamos muertos en nuestras transgresiones y en nuestros pecados, éramos esclavos del pecado. Pero ahora que hemos sido liberados del pecado por medio del bautismo, nos convertimos en esclavos de la justicia y de Dios. No debemos dejar que el pecado reine en nuestro cuerpo mortal; tampoco debemos obedecer a nuestros deseos pecaminosos. Al contrario, debemos presentarnos a Dios como vivos de entre los muertos y ofrecer los miembros de nuestro cuerpo como instrumentos de justicia. Cristo nos ha comprado con su sangre preciosa. Como tal, ya

52 Véase una explicación más detallada en el comentario sobre Juan 3:1-15

no pertenecemos a nosotros mismos sino a Dios. Es por eso que debemos glorificar a Dios con nuestro cuerpo y vivir no para nosotros mismos, sino para aquel que murió y resucitó por nosotros (Ro 6:12–13; 1 Co 6:20; 2 Co 5:14–15). Pablo declara: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gl 2:20). Esta es la actitud que debe tener todo aquel cuyo hombre pecador ha muerto y ha sido resucitado a la vida.

Hebreos también nos insta a llevar una vida teocéntrica después de haber sido limpiados:

Así que, hermanos, tenemos libertad para entrar en el Lugar santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne. También tenemos un gran sacerdote sobre la casa de Dios. Acerquémonos, pues, con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia y lavados los cuerpos con agua pura. Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió. Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras, no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca (Heb 10:19–25).

Si alguna vez estuvimos lejos de Dios, ahora podemos acercarnos a Él porque hemos sido purificados por la sangre de Cristo. La vida nueva que vivimos ahora la pasamos en la presencia de Dios. Por lo tanto, debemos orientarla firmemente hacia la voluntad de Dios y estimularla en el amor y en las buenas obras.

2. Santificación y justificación

En su carta, Pablo amonestó a los creyentes de Corinto sobre las obras injustas:

¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No os engañéis: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los homosexuales, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios. Y esto erais algunos de vosotros, pero ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios (1 Co 6:9–11)⁵³.

Aunque algunos creyentes de Corinto solían llevar una vida injusta, Pablo les recuerda que ahora ellos habían adquirido un nuevo estatus. Pablo repite la expresión “ya habéis sido” tres veces para enfatizar el contraste

53 Véase una explicación más detallada en el comentario sobre 1 Corintios 6:9–11.

que hay entre la forma de vida antigua y la nueva: “pero ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados”.

Lavar sirve para quitar las impurezas. Desde el punto de vista espiritual, lavar es limpiar del pecado (Pr 30:12; Sal 51:7; Is 1:16; Jer 4:14). Como hemos visto en las prefiguraciones del bautismo en el Antiguo Testamento, Dios había prometido limpiar a su pueblo y lavar sus pecados (Is 4:4; Ez 36:25; Zac 13:1). Esta promesa fue cumplida a través de Cristo, quien lava nuestros pecados con su propia sangre (Ap 1:5).

Santificar es, literalmente, “hacer santo”. La santificación es un acto divino que separa lo sagrado de lo común o profano. La congregación de Israel, los sacerdotes, así como el santuario fueron santificados al Señor (Ex 19:14; 28:41; 29:43; 31:13; Lv 20:8; 21:8, 15, 23; 22:9, 16, 32). Bajo el nuevo pacto, Cristo santifica al pueblo de Dios por medio de su sangre expiatoria (Jn 17:19; Hch 20:32; 26:18; Ef 5:26; Heb 2:11; 10:10, 14, 29; 13:12).

Justificar significa estimar por justo o absolver. Ser justificado por Dios, entonces, significa ser considerado justo por Dios. Los que creen en Cristo son justificados por la fe a causa de la sangre de Cristo (Hch 13:39; Ro 3:24–26, 30; 5:1, 9; Gl 2:16; 3:11, 24). Los que son justificados son liberados de sus pecados (Hch 13:38–39; Ro 6:7) y de la condena (Ro 8:33).

Podemos ver que estos tres actos de Dios tienen algo en común. El creyente es lavado, santificado y justificado por la sangre de Cristo. Hemos visto que el lavado espiritual de los pecados está relacionado con el bautismo (Hch 22:16). La santificación también se efectúa por medio del bautismo, tal como lo afirma Pablo: “Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra” (Ef 5:25–26)⁵⁴. En Romanos 6:3–7 también aprendimos que el viejo hombre es crucificado en el bautismo, y de esta manera nosotros somos liberados (justificados) del pecado. A luz de estas enseñanzas, entendemos que en 1 Corintios 6:11, Pablo está aludiendo a la obra que Dios hace en los creyentes durante su bautismo. Como nuestros pecados son lavados en el bautismo, podemos presentarnos delante de Dios santificados y justificados.

Tal como Pablo exhortó a los corintios, los creyentes que fueron lavados, santificados y justificados no tienen parte en la injusticia. Aquellos que creen en Cristo y han sido santificados necesitan vivir continuamente en la santidad y mantenerse santos (Ef 4:24; 1 Ts 4:3–7; 1 P 1:15–16). Mantenerse santos es un empeño de toda la vida y debe llevarse a cabo

54 Véase el comentario sobre Efesios 5:25–27

con la benévola ayuda de Dios, porque sólo Él puede santificarnos por completo (1 Ts 5:23; Heb 10:14). De la misma manera, también debemos poner en práctica nuestra fe en nuestra vida cotidiana, porque sólo así podemos ser completamente justificados ante Dios. Es verdad que nosotros ya hemos sido justificados gratuitamente por la fe a través de la sangre de Cristo en el bautismo, pero la fe que tuvimos en el principio debe actuar juntamente con nuestras obras para que nuestra fe sea perfeccionada por nuestras obras (Stg 2:20-26). Pablo nos dice: “[P]orque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo” (2 Co 5:10). Si nos aferramos a la fe que teníamos en un principio y hacemos lo que le agrada a nuestro Señor continuamente, recibiremos su elogio en el día del juicio (cf. 1 Co 4:4-5).

3. Revestirse de Cristo

*... porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús, pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay hombre ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente descendientes de Abraham sois, y herederos según la promesa (Gl 3:26-29)*⁵⁵.

Aquí, Pablo les explica a los gálatas que la consecuencia de ser bautizados en Cristo es estar revestidos de Cristo. Aunque una vez habían sido confinados por la ley, ahora eran considerados hijos de Dios por la fe que tienen en Cristo Jesús (Gl 3:23-25). Este cambio de estatus se produce en el bautismo, a través del cual los creyentes se revisten de Cristo.

Para entender lo que significa estar revestidos de Cristo, podemos fijarnos primero en estas dos expresiones similares que aparecen en el pasaje: “en Cristo Jesús” y “de Cristo”. Revestirse de Cristo es estar en Cristo Jesús y ser de Cristo.

La gracia salvadora de Dios se encuentra en Cristo porque Él es el Señor y Salvador que ha consumado el plan de salvación de Dios. La redención de Dios y la dádiva de la vida eterna se encuentran en Cristo (Ro 3:24; 6:23; Ef 1:7). Dios llama a los creyentes en Cristo, les da gracia en Cristo, los crea en Cristo, los circuncida en Cristo, los perdona en Cristo, los santifica en Cristo y los bendice con toda bendición espiritual en Cristo (1 Co 1:2; Ef 1:3-4; 2:20; 4:32; Flp 3:14; Col 2:11; 2 Ti 1:9). Algún día, todos los creyentes también serán vivificados en Cristo (1 Co 15:22). Por lo tanto, para ser parte de la gracia salvadora de Dios es necesario estar

55 Véase el comentario sobre Gálatas 3:26-29

en Cristo. Esta es la razón por la cual el Nuevo Testamento se dirige con frecuencia a los creyentes como aquellos que están en Cristo Jesús.

Según Romanos 6:3 y Gálatas 3:27, los creyentes somos bautizados en Cristo. En otras palabras, obtenemos el estatus de “estar en Cristo” a través del bautismo. En el bautismo entramos en una unión con Cristo al ser crucificados con Él, sepultados con Él para muerte y resucitados con Él (Ro 6:4, 8; Col 2:11–13). Cristo se convierte en nuestra justificación, santificación y redención (1 Co 1:30). Y nosotros nos revestimos de Cristo como si nos pusiéramos una prenda, para ser justicia de Dios en Él (2 Co 5:21; Flp 3:9). Al ser muertos al pecado en el bautismo, somos vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro (Ro 6:11). Por lo tanto, cuando Dios nos contempla, ya no ve al hombre pecador sino a la justicia de Cristo.

Al bautizarnos en Cristo, pasamos a ser de Cristo (1 Co 3:23; 7:22; 15:23; 2 Co 10:7; Gl 3:29; 5:24). Teniendo en cuenta esto, podemos entender mejor por qué los creyentes son bautizados en el nombre del Señor Jesucristo e invocan su nombre en el bautismo (Hch 2:38; 8:16; 10:48; 19:5; 22:16; 1 Co 6:11). Que el bautismo sea realizado en el nombre de Cristo connota, por un lado, que el bautismo es llevado a cabo según la autoridad del Señor; por otro, indica que los bautizados ahora están bajo el nombre de Cristo, pertenecen a Cristo y están unidos a Cristo. A través del bautismo, los bautizados reconocen que Jesucristo es su Señor y se entregan a Él.

Revestirse de Cristo es, además, un acto colectivo. Según Gálatas 3:27–28, revestirse de Cristo a través del bautismo significa que todos los creyentes pasan a ser uno en Cristo Jesús. Los creyentes comparten el mismo estatus de “ser de Cristo”, y de este modo se unen el uno con el otro formando un solo cuerpo. Dentro de Cristo, la raza o el género de una persona no tiene relevancia en cuanto a su estatus espiritual. Somos traídos al cuerpo de Cristo mediante el bautismo y pasamos a ser miembros del mismo (1 Co 12:13; cf. Hch 2:41).

En síntesis, que revestirse de Cristo sea la consecuencia del bautismo tiene varios significados. A través del bautismo, somos cubiertos por la justicia de Cristo, pertenecemos a Cristo y pasamos a ser miembros del cuerpo de Cristo. Es decir, obtenemos una identidad que es inseparable de Cristo.

A nivel personal, cada creyente debe revestirse del Señor Jesucristo en su vida. Pablo exhorta a los romanos diciendo: “Andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y libertinaje, no en contiendas y envidia. Al contrario, vestíos del Señor Jesucristo y no satisfacáis los deseos de la carne” (Ro 13:13–14). Nuestro hombre

viejo, al morir en el bautismo, debe ser reemplazado por el nuevo, el cual tiene la semejanza de Dios (Ef 4:24; Col 3:10). Es imperativo para nosotros conservar la prenda de justicia y santidad que nos fue puesta en el bautismo e imitar a Cristo en nuestra conducta. El Señor Jesús dijo: “Yo vengo como ladrón. Bienaventurado el que vela y guarda sus vestiduras, no sea que ande desnudo y vean su vergüenza” (Ap 16:15). Esto exhorta a todos los creyentes a vestirnos de la prenda que recibimos en el bautismo y conservarla hasta el día que venga el Señor.

4. Hijos de Dios

La idea que Pablo quiere transmitir en Gálatas 3:26–29 es que nosotros somos hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Este es el estatus de los creyentes que hemos sido bautizados en Cristo. Antes éramos ajenos al pacto de Dios, pero ahora somos hijos. Este nuevo estatus de hijos es el resultado de “ser de Cristo”. Pablo explica que la promesa que Dios le hizo a Abraham en realidad se refería a Cristo (Gl 3:16–17). Nosotros sólo podemos recibir tal promesa a través de la fe en Jesucristo. Cuando somos bautizados en Cristo por fe, pasamos a pertenecer a Cristo, y como consecuencia, nos convertimos en descendientes de Abraham y herederos según la promesa.

La promesa que Dios le hizo a Abraham en realidad es la promesa de una herencia celestial (Heb 11:10, 16). Ser herederos según la promesa significa ser herederos del reino eterno de Dios (Heb 12:28; Stg 2:5). A los que somos hijos de Dios nos aguarda una esperanza gloriosa que ha de manifestarse en nosotros en el futuro. Mientras tanto, anhelamos la adopción final, la redención de nuestro cuerpo y la liberación de los hijos de Dios (Ro 8:18–23; Heb 2:10), dejando lo corruptible y revistiéndonos de lo inmortal (1 Co 15:50–54; 2 Co 5:1–5). Esta promesa gloriosa nos ha sido otorgada por medio del bautismo. “Si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección” (Ro 6:5). Al morir con Cristo en la semejanza de su muerte, recibimos también la esperanza de resucitar con Él.

A los que creen en el Señor Jesús y son bautizados en su nombre para el perdón de pecados, Dios también les da el Espíritu Santo prometido (Hch 2:38–39), que es la garantía de nuestra herencia celestial (2 Co 5:5; Ef 1:13–14). El Espíritu Santo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos y herederos de Dios (Ro 8:15–16; Gl 4:6–7).

El prestigio de ser hijos de Dios exige que vivamos una vida nueva. Con la ayuda del Espíritu Santo, el sello de nuestra herencia, hemos de andar en el Espíritu y no en los deseos de la carne (Gl 5:16, 25). Algo que nos

caracteriza como hijos de Dios es que somos guiados por el Espíritu de Dios (Ro 8:14). Los hijos de Dios practicamos justicia y amor (1 Jn 3:10); somos irreprochables y sencillos, resplandeciendo como lumbreras en medio de una generación maligna y perversa (Flp 2:15). En lugar de ceder al pecado y vivir bajo su dominio, reinamos en vida (Ro 5:17). Y sabemos que cuando Cristo se manifieste, seremos semejantes a Él. Teniendo esta esperanza en mente, debemos purificarnos a nosotros mismo así como Él es puro (1 Jn 3:2-3). Aunque encontraremos dificultades en el camino, sabemos que estas formas de disciplinas son, de hecho, convenientes para los hijos de Dios, y que debemos soportarlas a fin de participar en la santidad de Dios (Heb 12:1-12). Las aflicciones del tiempo presente no pueden compararse con la gloria que ha de manifestarse en nosotros (Ro 8:18). Con esta esperanza en mente y por medio de aquel que nos ama, podremos ser más que vencedores (Ro 8:37).

D. EL BAUTISMO Y LA SALVACIÓN

Hemos discutido en forma exhaustiva el efecto espiritual del bautismo y el nuevo estatus que adquieren los bautizados. En el bautismo, nuestro viejo hombre es crucificado y sepultado con Cristo para muerte, y la sangre de Cristo lava nuestros pecados. Consecuentemente, somos resucitados a una vida nueva, santificados y justificados. Cristo nos reviste de su justicia, nos hace suyos, nos une en un solo cuerpo y nos designa como hijos y herederos. Todas estas bendiciones espirituales comienzan con el bautismo.

Luego de estudiar los testimonios que las Escrituras nos dan sobre el bautismo, debe ser claro para nosotros que Dios nos salva por medio del bautismo. Todo aquel que desee saber lo que Dios dice sobre el bautismo debe estudiar cuidadosamente todos los pasajes relacionados con una mente abierta. En esta sección, examinaremos lo que Jesús dijo acerca del bautismo y el punto de vista de la iglesia del Nuevo Testamento sobre el papel del bautismo en la salvación de un creyente.

1. La promesa de salvación del Señor

En la gran comisión, el Señor Jesús les dijo a sus discípulos: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado” (Mc 16:15-16)⁵⁶. Ante las buenas nuevas de la salvación, debemos creer y bautizarnos para ser salvos. En otras palabras, Cristo ofreció la promesa de salvación a todo aquel que cree en el evangelio y es bautizado. El Señor colocó al bautismo en una relación directa con la salvación de una persona.

56 Véase el comentario sobre Marcos 16:14-18

Muchos opinan, basándose en la segunda parte del versículo 16, que la condena no es consecuencia de la falta de bautismo. Este punto de vista parece sugerir que el bautismo no determina la salvación o la condena de una persona. Sin embargo, la omisión del bautismo indica cómo el creer y el ser bautizado están íntimamente relacionados. Bautizarse presupone creer; sin haber creído no hay por qué hablar del bautismo. Por otro lado, a la creencia verdadera le sigue el bautismo. Según lo que dijo el Señor, sólo existen dos tipos de reacciones ante el evangelio: creer y ser bautizados o no creer. Por lo tanto, el bautismo no puede ser separado de la creencia. Una persona que cree verdaderamente no se niega a ser bautizada ni menosprecia la necesidad del bautismo.

Puesto que bautizarse y creer van de la mano, el bautismo por sí solo no puede determinar la salvación de una persona. Para ser salva, una persona debe bautizarse y creer. Es necesario bautizarse para ser salvo precisamente porque el bautismo está íntimamente ligado a la fe de uno. Es más, el hecho de que el Señor ofrece la promesa de salvación a los que creen y son bautizados establece una relación clara entre el bautismo y la salvación. Cristo mismo determinó que el bautismo es un paso necesario en el camino de la salvación.

2. Entrar en el reino de Dios

En su conversación con Nicodemo, el Señor Jesús se refirió, en términos muy concretos, a la necesidad del nacimiento espiritual para que una persona pueda ser salva (Jn 3:1–15)⁵⁷. Para entrar al reino de Dios, uno debe nacer de lo alto. Entrar al reino de Dios denota ser salvo, ya que entrar al reino de Dios y salvación son sinónimos (cf. Mt 19:23–25). El nacimiento nuevo que se requiere para la salvación es un nacimiento espiritual y es obra del Espíritu. De una manera más específica, es nacer del agua y del Espíritu (Jn 3:5). A menos que una persona nazca de esta manera, no puede entrar al reino de Dios y está fuera de la gracia de la salvación.

Debido a su relación crucial con la salvación, es necesario que comprendamos qué significa nacer del agua y del Espíritu. La palabra “agua” se destaca en este pasaje porque es el único elemento tangible en este proceso de nacimiento espiritual. Aunque Jesús no indicó explícitamente qué representaba el agua, los primeros lectores del Nuevo Testamento entendieron que representaba el bautismo porque el bautismo fue administrado a todos los cristianos. Para llegar a esta conclusión, también contamos con la ayuda de otros pasajes paralelos.

57 Véase el comentario sobre Juan 3:1–15

En el pasaje que le sigue a la conversación de Jesús y Nicodemo, encontramos que la palabra “agua” fue utilizada en relación con el bautismo (Jn 3:22–23). Por ende, no sería inapropiado vincular el agua a la que se refirió Jesús con las aguas del bautismo. 1 Pedro 3:20–21 también habla del agua y de la salvación en referencia al bautismo. En Hechos 10:47–48, es claro que Pedro se estaba refiriendo al bautismo cuando dijo “¿Puede acaso alguno impedir el agua...” porque continuó diciendo: “... para que no sean bautizados estos?”. No se les debía prohibir el bautismo en agua a los gentiles conversos.

Otro pasaje en la Biblia que habla del renacimiento espiritual y la salvación es Tito 3:4–5, donde nos dice que Dios nos salvó por el lavamiento de la regeneración y la renovación en el Espíritu Santo. Nuestro renacimiento espiritual ocurre por medio de un lavamiento. Según Hechos 22:16, el lavamiento de los pecados ocurre cuando un creyente se bautiza. Por lo tanto, el lavamiento de la regeneración se lleva a cabo en el bautismo, que junto con la renovación en el Espíritu Santo, son el medio a través del cual Dios nos salva. Efesios 5:25–26 nos dice que Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra. Aquí, el propósito del lavamiento de la iglesia es para santificarla y purificarla, y se usa el agua para tal fin. Tal como hemos dicho anteriormente, la santificación y la purificación se consiguen por la sangre de Jesucristo, y esta obra misericordiosa de Dios sucede en el bautismo. Por consiguiente, podemos ver que el “lavamiento” y el “agua” aluden al efecto y al elemento del bautismo respectivamente. Nacer del agua y del Espíritu, entonces, es conseguido en el bautismo.

El agua sola no produce el nacimiento espiritual necesario para la salvación. El agua debe estar acompañada por el Espíritu. El nacimiento espiritual consiste de lo tangible y lo intangible. A través del testimonio y la autoridad del Espíritu eterno de Dios, la sangre de Cristo lava al pecador cuando es bautizado en agua. Consecuentemente, su viejo hombre muere con Cristo y él es resucitado a una vida nueva con Cristo. Por esta razón, el bautismo es el proceso mediante el cual el creyente es “nacido de agua y del Espíritu”, y es necesario para la salvación.

3. El bautismo salva

La relación que hay entre el bautismo y la salvación se explica de manera clara en 1 Pedro 3:18–22⁵⁸. Pedro coloca un tipo (sombra) y un antitipo (figura) uno al lado del otro. El tipo es la salvación de Noé y su familia a

58 Véase el comentario sobre 1 Pedro 3:18–22

través del agua; y el antitipo es la salvación de los creyentes por medio del bautismo.

Si bien aparentemente Noé y su familia fueron salvados del diluvio, la Escritura nos enseña que en realidad ellos fueron salvados por agua. En otras palabras, el agua fue el instrumento que utilizó Dios para salvar a Noé y a su familia. Este acontecimiento en el Antiguo Testamento prefigura nuestra salvación hoy. ¿De qué forma es la salvación de Noé similar a la salvación cristiana? Así como Noé fue salvado por agua, nosotros somos salvos por el bautismo. El agua es el elemento común en ambas situaciones.

Sin embargo, el bautismo no es una mera inmersión en el agua. El bautismo nos salva no por la naturaleza purificadora del agua: "... no quitando las inmundicias del cuerpo, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios" (1 P 3:21). El efecto salvador del bautismo yace en el lavamiento de la conciencia, el cual es realizado por medio de la sangre de Cristo (Heb 9:14) que nos lava durante el bautismo. Es por esta razón que las Escrituras enseñan que el bautismo salva.

El pasaje de 1 Pedro también afirma que el bautismo nos salva mediante la resurrección de Jesucristo. La resurrección de Cristo hizo posible el perdón de los pecados. Al haber obtenido la redención eterna, Cristo entró en el cielo por medio de su propia sangre y compareció ante Dios por nosotros. A causa de su resurrección, su sangre ahora puede limpiar nuestra conciencia (Heb 9:11–12, 14). Además, cuando somos bautizados en Cristo, también somos resucitados con Él (Col 2:12), lo que nos da una vida nueva. Como tal, y mediante la resurrección de Cristo, estamos en condiciones de recibir la gracia salvadora que nos fue concedida a través del bautismo.

4. Acontecimientos en el libro de Hechos

En esta sección nos enfocaremos en los acontecimientos registrados en el libro de Hechos que confirman que el bautismo es necesario para la salvación. El apremio con el que los apóstoles ordenaron la recepción del bautismo en las historias de conversión indica que el bautismo es esencial para la salvación de una persona.

Cuando el Espíritu Santo vino por primera vez en el día de Pentecostés, una multitud se juntó en Jerusalén y escuchó el mensaje de los apóstoles que afirmaba que Jesús era el Señor y el Cristo. Luego del mensaje, la gente se compungió de corazón y les preguntaron a los apóstoles: "¿Qué haremos?". Pedro respondió: "Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados" (Hch

2:37–39). Ese mismo día, tres mil personas recibieron la palabra con alegría y fueron bautizadas (Hch 2:41). La pregunta “¿Qué haremos?” concernía a la salvación porque Pedro citó la profecía de Joel, que decía que el derramamiento escatológico del Espíritu Santo coincidiría con el tiempo de la salvación: “Y todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo” (Hch 2:21). Al enterarse de que Jesús, a quien habían crucificado, era el Señor y el Cristo, la multitud que escuchaba el mensaje de Pedro quería saber con ansias qué tenía que hacer para obtener la salvación. Pedro les dijo que para ser salvos, sus pecados debían ser perdonados, y para ello, debían arrepentirse y bautizarse en el nombre de Jesucristo. Invocar el nombre del Señor, entonces, es más que una confesión verbal, porque implica bautizarse en el nombre del Señor para el perdón de los pecados. Arrepentirse y bautizarse en el nombre de Jesucristo es el primer paso crucial hacia la salvación.

Otro acontecimiento en el libro de Hechos que tiene que ver con el bautismo es la conversión de Cornelio. El ángel de Dios se le había aparecido a Cornelio y le dijo que mandara a buscar a Pedro porque “él te dirá lo que es necesario que hagas” (Hch 10:6). Según lo que contó Pedro más tarde, el ángel le había dicho a Cornelio que Pedro le diría “palabras por las cuales serás salvo tú y toda tu casa” (Hch 11:14). El mensaje de Pedro consistió en el Señor resucitado y en el perdón de los pecados a través de la fe en su nombre (Hch 10:36–43). El Espíritu Santo descendió sobre los que oían el discurso mientras Pedro aún hablaba. En vista de la clara evidencia de que Dios había elegido a estos gentiles, Pedro les mandó a que fueran bautizados en el nombre del Señor Jesús. De aquí podemos ver que el bautismo estaba estrechamente relacionado con el mensaje de salvación y perdón de pecados que Pedro había predicado. Aceptar a Cristo era algo tan básico en el proceso de la conversión que la Biblia ni siquiera menciona explícitamente que Cornelio y los que estaban con él habían creído en el Señor, porque su bautismo posterior era testimonio suficiente de su creencia. De aquí también podemos ver que el bautismo debe ser administrado y recibido junto con la predicación y la aceptación del evangelio de la salvación. Por más que hubieran recibido el Espíritu Santo, Cornelio y su familia igual tenían que ser bautizados para el perdón de sus pecados. Es cierto que la predicación de Pedro sola había satisfecho lo que el ángel le había dicho a Cornelio: “... te dirá lo que es necesario que hagas”; pero “lo que es necesario que hagas” no estaría completo sin la recepción del bautismo. Cornelio y su familia tuvieron que creer en el Señor Jesús y ser bautizados en su nombre para ser salvos.

La estrecha conexión que existe entre el mensaje de la salvación y el bautismo también puede ser observada en la conversión del carcelero de Filipos. Luego de presenciar el gran terremoto y de haber preservado su vida, el carcelero se postró temblando ante los apóstoles diciendo: “Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?” (Hch 16:25–30). Ellos le dijeron: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú y tu casa” (Hch 16:31). Luego de que los apóstoles les expusieron la palabra de Dios a él y a los que estaban en su casa, el carcelero y toda su familia fueron bautizados de inmediato (Hch 16:33). La Biblia comenta que el carcelero “se regocijó con toda su casa de haber creído a Dios” (Hch 16:34). Una vez más, aquí observamos cómo el bautismo y la palabra de salvación son inseparables. Creer en el Señor implica ser bautizado y ser bautizado es la señal de haber creído en el Señor. El bautismo es la forma por la cual un creyente entra en y acepta la gracia salvadora del Señor.

E. LA ADMINISTRACIÓN DEL BAUTISMO

1. El bautista

A partir de lo que el Nuevo Testamento enseña sobre el bautismo y de lo que registra sobre los bautismos administrados en la iglesia apostólica, observamos que la Biblia no se concentra en el papel del bautista. Hay numerosos pasajes en Hechos que relatan el bautismo de los conversos. Los autores de las diferentes epístolas también les recuerdan a los cristianos del bautismo que recibieron en Cristo. Sin embargo, la atención nunca se pone en la persona que administró el bautismo por las razones que se explican abajo.

En primer lugar, el bautismo es una institución divina, y los efectos que trae son obra de Dios. El bautista no es más que un agente humano que cumple el mandato del Señor. El que lava nuestros pecados es Dios, el que nos sepulta junto con Cristo para muerte es Dios, el que nos resucita a la vida es Dios, y el que nos santifica y justifica también es Dios. Además, nosotros somos bautizados en un solo cuerpo y somos hecho uno en Cristo por medio del Espíritu de Dios. De aquí podemos ver que el poder espiritual que se da a través del bautismo no es mérito del bautista sino de Dios.

En segundo lugar, a través del bautismo, el creyente entra en una unión directa con Cristo bajo su nombre. Pablo les hizo esta pregunta retórica a los corintios: “¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?”, y agradeció a Dios por no haber bautizado a la mayoría de ellos, no sea que alguno diga que él bautizó en su propio nombre (1 Co 1:13–15). El nombre del bautista no tiene ninguna importancia en la salvación de los bautizados.

El creyente es bautizado únicamente en el nombre de Cristo, y su relación con el Señor no tiene nada que ver con la persona que administra el bautismo.

En tercer lugar, el bautista no bautiza en su propia autoridad. Al contrario, el bautista es enviado a bautizar por el Señor a través de la iglesia. El Señor prometió darles el Espíritu Santo y la autoridad de perdonar y retener pecados a todos los discípulos en conjunto, no a unos pocos en particular. Por otra parte, el bautismo se lleva a cabo bajo la dirección y el testimonio del Espíritu Santo, no según la voluntad del bautista.

Por último, el bautismo es un asunto de la iglesia, ya que el creyente es bautizado en el cuerpo de Cristo para ser miembro del mismo. Según Efesios 5:26, Cristo santifica y purifica a la iglesia con el agua por la palabra. Desde esta perspectiva, el lavamiento individual de los creyentes constituye el lavamiento de la iglesia como un todo. Por lo tanto, cada uno de los bautismos concierne a la iglesia y es algo que Cristo hace por la iglesia.

En vista de las dos últimas razones expuestas arriba, podemos concluir que ningún bautismo debe ser administrado al margen de la iglesia. Refiriéndose a la unidad de la iglesia, Pablo escribe: "... un solo cuerpo y un solo Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos y por todos y en todos" (Ef 4:4-6). Para Dios sólo hay un bautismo. Todos los miembros del único cuerpo de Cristo reciben este único bautismo. Ningún bautismo que esté desvinculado de la iglesia puede ser legítimo. Teniendo esto en cuenta, el bautista necesita, en primer lugar, ser un miembro del cuerpo de Cristo e identificarse con él. Una persona cuyos pecados no han sido lavados por la sangre de Cristo y que es extranjera a la casa de Dios, no está, de ninguna manera, calificada para administrar el bautismo.

Puesto que el bautismo depende de la autoridad que el Espíritu Santo le da a la iglesia, también es necesario que el bautista haya sido enviado por el Espíritu Santo y por la iglesia. El bautista debe haber recibido el Espíritu Santo prometido y representar a la iglesia de Dios, la cual es la morada de Dios en el Espíritu. Cualquier individuo u organización que no cuente con la presencia y delegación del Espíritu Santo, por más que confiese el nombre de Cristo, no es capaz de llevar a cabo la comisión de predicar y bautizar para el perdón de pecados. Sin la presencia del Espíritu Santo, ningún bautismo puede lavar los pecados con eficacia e incorporar a una persona en el cuerpo de Cristo.

Volviendo nuestra atención a las Escrituras, notamos cómo los discípulos fueron enviados a bautizar. Ellos eran miembros del reino de Cristo y uno de los primeros miembros de la iglesia (Lc 22:28–30; cf. Hch 2:41, 47). En el relato del lavado de pies, el Evangelio de Juan nos dice que los discípulos eran de Cristo (Jn 13:1, “había amado a los suyos”). Ellos tenían parte con el Señor Jesús y estaban completamente limpios (Jn 13:8, 10).

Al haber recibido la promesa del Espíritu Santo, esperaron el cumplimiento de la promesa en Jerusalén (Lc 24:49; Hch 1:4–8, 12–14). No fue hasta que el Espíritu Santo fuere derramado sobre los discípulos en el día de Pentecostés que la iglesia comenzó a administrar el bautismo bajo el nuevo pacto. A lo largo de Hechos, observamos cómo los evangelistas y los apóstoles cumplían su misión, incluso la de bautizar, bajo la dirección del Espíritu Santo y la delegación de la iglesia.

2. El que aspira a ser bautizado

¿Qué requiere la Biblia de la persona que recibe el bautismo? A partir de lo que nos enseña la Biblia, sabemos que el bautismo debe ser recibido bajo ciertas condiciones. Estas exigencias recaen sobre la persona que quiere ser bautizada.

a. Creer

Una persona responde a la fe que tiene en el Señor con el bautismo. Pablo y Silas le dijeron al carcelero de Filipos que creyera en el Señor para ser salvo. Luego de escuchar la palabra del Señor, él y toda su familia creyeron en Dios y fueron bautizados de inmediato esa misma noche (Hch 16:31–34). Muchos corintios, incluyendo Crispo y su familia, oyeron la palabra de Dios, creyeron y fueron bautizados (Hch 18:8). El Señor Jesús dijo en su comisión: “El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado” (Mc 16:16). Bautizarse presupone creer; sin haber creído no hay por qué hablar del bautismo. De hecho, lo que espera al incrédulo es la condena. El bautismo no debe ser administrado al que no cree. La fe es la base de la conversión de una persona y la vía por la cual la gracia de Dios y la purificación de la sangre de Jesús llegan al creyente. El que es bautizado debe creer en el Señor Jesús y prestar atención al mensaje del evangelio. Bautizarse no sólo implica reconocer el nombre de Cristo, sino también aceptar el camino de la salvación que enseña la palabra de Dios y que instruye la iglesia de Cristo⁵⁹.

⁵⁹ Para una explicación más detallada sobre la relación que existe entre el bautismo y la fe, cf. Capítulo 8, “El bautismo, la gracia y la fe”.

b. Arrepentirse

Desde los comienzos del evangelio de Jesucristo, el llamado al arrepentimiento y el bautismo ya estaban intrínsecamente relacionados. La venida del reino de los cielos exigía que la vida y el corazón de uno se volvieran completamente hacia Dios. Las multitudes venían a Juan el Bautista para ser bautizadas, confesando sus pecados. Y Juan les enseñaba a vivir según la justicia y la misericordia de Dios.

El Señor Jesús también predicó el arrepentimiento (Mt 4:17). En la comisión que les dio a los discípulos, el arrepentimiento y el perdón de los pecados en el nombre de Cristo estaban unidos y ambos formaban parte del mensaje que los discípulos habrían de llevarle al mundo (Lc 24:47). Fiel a la comisión, Pedro les dijo a los conversos en el día de Pentecostés: “Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados” (Hch 2:38). El llamado al arrepentimiento siguió resonando en las predicaciones de los apóstoles a dondequiera que iban (Hch 3:19; 5:31; 17:30; 20:21; 26:20).

Arrepentirse va más allá de confesar los pecados durante el bautismo. Por definición, arrepentirse es hacer un cambio total. Esta reorientación comienza con el bautismo y hace que el creyente se comprometa a Dios de una vez para siempre. De hecho, el bautismo es el acto divino a través del cual el hombre nuevo es creado para vivir en la semejanza de Dios. Es por eso que al exhortar a los creyentes a andar en una vida nueva, que por cierto es una obligación de todos los bautizados, Pablo comienza por explicar la doctrina del bautismo (Ro 6:1–23). En el bautismo, el creyente muere al pecado y es sepultado con Cristo para muerte. El objetivo de esto es para que el cuerpo pecaminoso sea destruido y para que el creyente no sea más esclavo del pecado. Por medio del poder de Dios, el creyente es liberado de la esclavitud del pecado y pasa a ser esclavo de la justicia. Este es el momento decisivo de nuestro cambio de estatus. Una vez que tenemos este nuevo estatus, debemos llevar una forma de vida nueva. Aquel que es bautizado en Cristo es muerto al pecado, pero vivo para Dios en el Señor Jesucristo. Por esta razón, en todo el Nuevo Testamento, las Escrituras amonestan, exhortan y advierten a los creyentes a vivir una vida digna de su vocación, a no vivir como el mundo lo hace, sino a caminar en la luz por medio de la fuerza renovadora del Espíritu Santo.

3. El modo del bautismo

Por “modo” del bautismo nos referimos a su método y forma. ¿Cómo debe ser administrado el bautismo según la Biblia? A lo largo de los siglos,

han existido muchas formas de bautismo entre las diferentes denominaciones y los distintos grupos cristianos. Algunos insisten que el bautismo debe ser realizado de cierta forma específica para los propósitos de la salvación. Otros piensan que el modo no es relevante al asunto.

La Biblia no nos ordena explícitamente a administrar el bautismo de una manera determinada o a recibirlo de acuerdo a una forma prescrita. Tampoco exige expresamente una adhesión precisa a un modo particular para los propósitos de la salvación. De ahí que puede parecer que con tal de que el bautismo sea administrado y recibido, no importa cómo es hecho.

Sin embargo, el bautismo no puede ser separado de su modo. La misma palabra “bautizar” implica una acción de cierto tipo. Si el bautismo fuese realizado con otra acción, no sería considerado “bautismo”. Un bautismo no es bautismo si no tiene un método o una forma específicos. Cuando la Biblia registra el bautismo de cierto creyente o le recuerda a alguien de su bautismo, está insinuando que hay un conjunto de marcos y acciones al que llamamos bautismo. Como tal, no es posible evitar una definición del bautismo, por más que queramos eludirlo. El bautismo en sí requiere de un modo. Por ende, no sólo es importante sino que también es necesario definir al bautismo en términos de su administración correcta.

El Nuevo Testamento no nos da instrucciones de cómo administrar el bautismo paso a paso. La iglesia primitiva no tuvo el problema de las distintas formas de bautismo porque además de haber sido testigo ocular de cómo Jesús y sus apóstoles administraron el bautismo, también vieron cómo Juan el Bautista administró el bautismo. Si Juan el Bautista fue el primero en administrar el bautismo en la historia, y su bautismo no tuvo precedentes, entonces él tuvo que haber recibido instrucciones de cómo bautizar directamente de Dios (cf. Mt 21:25; Mc 11:30; Lc 20:4).

Siglos más tarde, sin haber visto de primera mano cómo el bautismo fue administrado en sus principios, la iglesia hoy se enfrenta a la tarea de permanecer fiel al modo del bautismo bíblico. Pese a las muchas interpretaciones que hay sobre la definición del bautismo y los diversos métodos de su administración, debemos tener cuidado con no decidir cuál es la interpretación correcta basándonos en nuestras preferencias personales, ni aceptar cualquier método de administración como legítimo. Puesto que la iglesia fue establecida por el Señor Jesús a través del Espíritu Santo, la iglesia debió de haber recibido del Señor mismo, a través de la guía del Espíritu Santo, las instrucciones sobre cómo administrar el bautismo. Sabemos que sólo hay un cuerpo y un Espíritu. Este único cuerpo de Cristo cree en el único Señor, comparte una sola fe y administra un

solo bautismo (Ef 4:4–5). Es a la iglesia la que le corresponde saber hoy cuáles son los elementos esenciales que constituyen el bautismo bíblico. También es deber de la iglesia traer a todos los creyentes a su regazo por medio del único bautismo. Como tal, la tarea de definir el modo correcto del bautismo no debe ser dejada a la libre interpretación o a la preferencia de los individuos.

La Verdadera Iglesia de Jesús proclama ser la única iglesia que salva porque en ella fue derramado el Espíritu Santo de los últimos días y a ella le fue encomendado el evangelio completo de la salvación⁶⁰. Al ser el único cuerpo de Cristo, La Verdadera Iglesia de Jesús retorna a la forma primitiva del bautismo a través de la instrucción directa del Señor Jesús, y se mantiene fiel a los ejemplos y a las enseñanzas de los apóstoles tal como pueden ser encontrados en la Biblia. Ahora nos corresponde examinar las Escrituras para analizar qué constituye la correcta administración del bautismo. A medida que lo hacemos, también es importante tener en cuenta que el efecto del bautismo no yace solamente en el seguimiento de la forma externa del bautismo. El bautismo fue confiado a la iglesia y es eficaz debido a la autoridad que el Espíritu Santo le concedió a la iglesia y por el evangelio de salvación que ella predica. Espiritualmente hablando, Cristo es el que santifica y purifica a la iglesia con el lavamiento del agua por la palabra (Ef 5:25–26). Dado que hay una conexión tan profunda entre la iglesia y el bautismo, los bautismos que son administrados fuera de la iglesia de Dios y sin el testimonio del Espíritu Santo serían ineficaces para la salvación, aun si se ajustaran a las características externas del bautismo bíblico.

a. Agua viva

El sacramento del bautismo para el perdón de pecados del Nuevo Testamento implica, indudablemente, el uso del agua. En la Biblia encontramos claros precedentes que indican que los bautismos se administraban en agua corriente natural. Juan el Bautista bautizaba a las multitudes en el río Jordán (Mt 3:6; Mc 1:5; Jn 1:28; 10:40), donde también el Señor Jesús fue bautizado (Mt 3:13; Mc 1:9). Juan también bautizaba en Enón, cerca de Salim “porque había allí muchas aguas” (Jn 3:23). Con esto podemos ver que la selección del lugar bautismal dependía del suministro de agua corriente natural. Lo mismo sucedió en el caso de Felipe y el eunuco etíope. Mientras viajaban por el desierto, llegaron a un lugar donde había agua; y a petición del eunuco,

60 Está más allá del alcance de este libro analizar en detalle la doctrina de la iglesia. Para un estudio más detallado sobre el tema, puedes consultar otras publicaciones de La Verdadera Iglesia de Jesús que exponen esta doctrina.

ambos descendieron al agua y Felipe lo bautizó (Hch 8:36–39). Aunque la Biblia no dice aquí si el agua fluía, sabemos por lo menos que se trataba de un cuerpo natural de agua.

En la Biblia no hay ejemplos de bautismos administrados en un recipiente artificial, ni existen directivas para hacerlo de esa manera. Tal como hemos estudiado en la sección sobre las características espirituales del bautismo, el Señor se refirió a sí mismo como la fuente de agua viva, mientras que describió a los otros dioses como cisternas rotas (Jer 2:13). La Biblia también usa la metáfora de manantial de agua viva para representar la fuente divina de purificación y vida (Zac 13:1; 14:8; Jn 7:38; Ap 21:6; cf. Ap 22:17)⁶¹. La Biblia nunca describe a Dios o a su gracia como una piscina artificial.

A la luz de estos ejemplos bíblicos y en ausencia de toda referencia con respecto a bautismos administrados en suministros artificiales de agua, podemos concluir que el bautismo no debe llevarse a cabo en piscinas u otros depósitos de agua artificiales. Para mantenernos fiel a las Escrituras, hoy la iglesia también debe practicar el bautismo en fuentes naturales de agua viva.

b. Inmersión

Hemos visto que la palabra “bautizar” (βαπτίζω) significa “sumergir”, “zambullir” o “hundirse”. Bautizar a una persona significa, literalmente, sumergirla. Esta definición de la palabra, sin embargo, es desafiada. Algunos opinan que el significado de βαπτίζω en Marcos 7:3, 4 y Lucas 11:38 no puede ser “sumergir”. Pero esto no es indiscutible⁶². En 1 Corintios 10:1–2, el uso metafórico de la palabra βαπτίζω por Pablo puede ayudarnos a entender qué implica la acción de “bautizar”:

No quiero, hermanos, que ignoréis que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube, y todos pasaron el mar; que todos, en unión con Moisés, fueron bautizados en la nube y en el mar (1 Co 10:1–2).

Al haber estado bajo la nube y pasado por el mar, los israelitas fueron bautizados en la nube y en el mar para unirse a Moisés. En otras palabras, los israelitas estuvieron completamente envueltos por la nube que estaba por encima de ellos y por el mar que estaba alrededor de ellos. De manera similar, cuando las multitudes fueron a Juan

61 En las leyes de purificación, “agua viva” también se traduce como “agua corriente”, lo que denota que el agua fluye.

62 “En este caso, el lavado no es solamente de manos, sino que aparentemente implica la inmersión total de una persona (cf. Tob 7:8 para una referencia en cuanto a bañarse y lavarse las manos antes de las comidas, aunque esta única instancia no prueba que la inmersión fuera la norma antes de todas las comidas)” R. T. France, *The Gospel of Mark: A Commentary on the Greek Text*, (Grand Rapids, Mich., Carlisle, W.B. Eerdmans, Paternoster Press, 2002), pág. 282.

el Bautista para ser bautizadas en el Jordán (Mt 3:6; Mc 1:5), Juan las sumergió en el río.

Marcos usa la preposición “dentro” (εἰς) para describir el bautismo de Jesús. “Aconteció en aquellos días que Jesús vino de Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán” (Mc 1:9). En griego, “en el Jordán” es “dentro del Jordán”. Aunque la preposición εἰς no siempre denota mover hacia algo, este es el significado más común. Entonces, que Jesucristo fuera bautizado en el Jordán significa que Él fue sumergido en el Jordán.

Cuando Felipe bautizó al eunuco, lo primero que hicieron fue descender al agua. Luego del bautismo, ambos subieron del agua. “Descendieron al” (κατέβησαν εἰς) y “subieron del” (ἀνέβησαν ἐκ) implican entrar a y salir del agua. Esta descripción detallada sugiere que la inmersión es la forma bíblica del bautismo, porque sólo la inmersión requiere que tanto el bautista como el bautizado desciendan ambos al agua. Otras formas de bautismo, tales como la aspersion o la ablución podrían haberse realizado en tierra seca.

El discurso de Pablo sobre la dimensión espiritual del bautismo también está a favor de que la inmersión sea la forma bíblica del bautismo. El creyente que se bautiza en Cristo Jesús se bautiza en su muerte. Según Pablo, ser bautizado en la muerte de Jesucristo significa ser sepultado con Él para muerte, y esto ocurre por medio del bautismo (Ro 6:3-4; cf. Col 2:12). Aquí, “bautizado” y “sepultado” son metáforas que se utilizan como sinónimos para representar el acontecimiento espiritual que ocurre cuando nos incorporamos a la muerte de Cristo. En lo referente al bautismo, Pablo ve una correspondencia entre la acción externa del bautismo y el efecto interno del bautismo. Es decir, cuando el creyente es sumergido externamente en el agua bautismal, también está siendo sumergido internamente con Cristo en su muerte. La inmersión es la forma del bautismo que mejor se ajusta al lenguaje metafórico de la sepultura.

c. Inclinar la cabeza

En Romanos 6, pasaje que habla del bautismo, Pablo escribe: “Si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección” (Ro 6:5)⁶³. Bautizarse en Cristo Jesús es bautizarse en su muerte. Bautizarse en la muerte de Cristo es unirse a Él en la semejanza de su muerte. “Semejanza”

63 Véase una explicación más detallada en el comentario sobre Romanos 6:1-10

(ὁμοίωμα) significa copia de un objeto. Morir al pecado en el bautismo es una copia de la muerte de Cristo.

Sin embargo, esta semejanza no es sólo una semejanza espiritual, ya que la muerte y la resurrección de Cristo no estuvieron exentas de una forma corporal. En el Nuevo Testamento, ὁμοίωμα (“semejanza”) a menudo denota una representación física. Puesto que el bautismo consiste en una dimensión interna y una dimensión la externa, el bautismo cuenta con una forma externa así como un efecto interno. De la misma manera que, durante el bautismo, el creyente se une interiormente a Cristo en la semejanza de su muerte, el mismo también comparte la semejanza de la muerte de Cristo externamente cuando es bautizado.

En Juan 19:30, la Biblia describe la forma de la muerte de Cristo de una manera clara y concreta. De hecho, esta es la única descripción que la Biblia provee de la forma física en la que murió Jesús: “E inclinando la cabeza, entregó el espíritu”. “Habiendo inclinado” (κλίνας) es un participio aoristo, lo que indica que se trata de una acción previa a la acción del verbo principal que en este caso es “entregó” (παρέδωκεν). De modo que podemos traducir el versículo como: “Luego de que hubiera inclinado la cabeza, entregó su espíritu”. La forma de la muerte de Jesús no fue el resultado natural de su muerte, sino un acto final que Jesús hizo deliberadamente en la cruz antes de entregar su espíritu. Esta forma, entonces, debe ser el prototipo que debemos seguir cuando recibimos el bautismo. O sea, cuando nos bautizamos, también debemos inclinar la cabeza así como nuestro Señor Jesús hizo en la cruz.

La forma externa del bautismo tiene una función simbólica. No es arbitraria. Si el efecto interno del bautismo es la unión con Cristo en la semejanza de su muerte, la forma externa también debe corresponder con la forma física en que murió Jesús, sobre todo si las Escrituras nos dicen cuál es esa forma. Además, en la Biblia, inclinar la cabeza tiene un significado simbólico. Inclinar la cabeza representa la humildad del pecador bajo el peso del pecado, así como también su total entrega a Dios. Este acto simbólico coincide con la idea de morir al pecado y vivir una vida nueva para con Dios. Así que podemos concluir que la forma externa de inclinar la cabeza en el bautismo sirve para representar la realidad espiritual interna de unirse a Cristo en su muerte.

d. En el nombre de Jesucristo

La comisión de Jesús a los discípulos consistió en el mandato de bautizar a la gente en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28:19). Habida cuenta del contexto de este mandato y de la

práctica posterior de los apóstoles, entendemos que estas palabras no estaban destinadas a ser recitadas como una fórmula bautismal, sino que simplemente indicaban la naturaleza del nombre de Jesús⁶⁴. Hacer algo “en el nombre de” alguien significa hacer algo “en representación o con la autoridad de” ese alguien⁶⁵. El mandato de bautizar de Jesús se basa en la potestad universal que le fue dada (Mt 28:18). El nombre de Jesús no fue sólo el nombre del Hijo encarnado, sino también el del Padre y del Espíritu Santo. Es mediante este nombre todopoderoso que la iglesia ha de administrar el bautismo, y los que son bautizados de esta manera se someten a este nombre.

Después de recibir el Espíritu Santo, los apóstoles entendieron que el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo era en realidad el nombre del Señor Jesús. Por lo tanto, en Hechos podemos ver que los apóstoles bautizaron consistentemente en el nombre del Señor Jesús (Hch 2:37-38; 8:14-16; 10:47-48; 19:4-5). Es en el nombre del Señor Jesús que somos lavados en el bautismo, y es su nombre el que invocamos durante el bautismo (cf. Hch 22:16; 1 Co 6:11). Por ende, el nombre del Señor Jesús es fundamental en el bautismo del Nuevo Testamento.

Mientras que “en el nombre de” significa, en general, apelar a la autoridad representada por ese nombre, esta frase también implica invocar el nombre de aquella autoridad. En este sentido, los apóstoles tuvieron que haber pronunciado el nombre del Señor Jesús cuando administraron el bautismo y cuando predicaron acerca del Señor Jesús antes de administrar el bautismo.

Esto es evidente en el ejemplo del bautismo de los discípulos de Éfeso (Hch 19:1-7)⁶⁶. A pesar de que ellos habían recibido el bautismo de Juan, habían escuchado a Juan hablar de Jesús y eran ya seguidores de Cristo (por el hecho de que eran considerados “discípulos”), nada de esto fue suficiente y Pablo tuvo que bautizarlos de nuevo en el nombre del Señor Jesús. Pablo no se limitó a educarlos acerca de la distinción que hay entre el bautismo de Juan y el bautismo en el nombre del Señor Jesús, sino que de hecho los bautizó en el nombre del Señor Jesús. Esto nos dice que este bautismo nuevo no sólo era diferente al bautismo que ellos habían recibido antes en esencia sino también en práctica. El nombre del Señor Jesús fue invocado durante su bautismo.

64 Véase una explicación más detallada en el comentario sobre Mateo 28:16-20

65 *Theological Dictionary of the New Testament*, ed. Gerhard Kittel, Geoffrey W. Bromiley y Gerhard Friedrich, ed. electrónica, (Grand Rapids, MI, Eerdmans, 1964-), 5:271.

66 Véase una explicación más detallada en el comentario sobre Hechos 19:1-7

En Santiago 2:7 hay una expresión que dice “el buen nombre que fue invocado sobre vosotros”. En la RVC, esta frase se traduce como “el precioso nombre que fue invocado sobre ustedes”. Esto sugiere que en la iglesia primitiva, el nombre del Señor Jesús era invocado en el bautismo de una persona.

Al mismo tiempo de enfatizar la necesidad de invocar el nombre de Jesús en la administración del bautismo, también es importante tener en cuenta las instrucciones que el Señor Jesús nos dio al respecto. Por lo tanto, el bautismo debe ser recibido y administrado con la fe puesta en el Señor Jesús. Y es responsabilidad de la iglesia predicar y enseñar el nombre de Jesús a todos los discípulos mientras bautiza en su nombre.

Capítulo 8

EL BAUTISMO, LA GRACIA Y LA FE

Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos). Juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús, porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe (Ef 2:4-9).

Nuestra salvación está basada únicamente en la gracia y misericordia que Dios nos impartió por medio de la fe. Ninguna obra justa de parte nuestra merece este don de salvación. Entre los escritos más polémicos de Pablo se encuentra su acérrima insistencia de que la salvación no se logra por las obras. Él argumenta que si bien la ley es espiritual, ningún ser humano puede ser justificado delante de Dios por las obras de la ley. Al contrario, la justicia de Dios fue manifestada al margen de la ley por medio de la fe en Jesucristo. Nosotros somos justificados gratuitamente por la gracia de Dios mediante la redención que es en Cristo Jesús (Ro 3:19-28), lo cual es independiente de las obras de la ley. Es mediante la sangre expiatoria de nuestro Señor Jesucristo que hoy podemos tener acceso a la gracia de Dios.

Pablo considera que la gracia y la obra son dos conceptos opuestos: “Y si es por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no sería gracia. Y si es por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no sería obra” (Ro 11:6). De la misma manera, él también contrasta la fe con la obra: “Pero al que trabaja no se le cuenta el salario como un regalo, sino como deuda; pero al que no trabaja, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia” (Ro 4:4-5). Pablo incluso opina que cualquier intento de justificarse por las obras es negar la gracia de Dios: “De nuevo declaro que todo el que se hace circuncidar está obligado a practicar toda la ley. Aquellos de entre ustedes que tratan de ser justificados por la ley, han roto con Cristo; han caído de la gracia” (Gl 5:3-4 NVI).

En vista de esta doctrina fundamental, la de salvación por gracia mediante la fe, ¿cómo hemos de entender el papel del bautismo?

Una de las principales objeciones de que el bautismo sea necesario para la salvación es que el bautismo es una obra, y como tal no puede ser una condición para la salvación. Se argumenta que asignarle efectos de salvación a un rito desacreditado y nulifica la obra que completó Cristo en la cruz. Si esta opinión del bautismo es válida, entonces enseñar que la salvación se logra a través del bautismo sería peligrosamente similar a decir que para ser salvo necesitamos circuncidarnos, una opinión que el apóstol Pablo rechaza vehementemente.

Aquellos que niegan los efectos de salvación del bautismo tienden a hablar del bautismo como si fuera algo que el hombre hace. Sin embargo, esta no es la perspectiva de la Biblia. Tal como hemos señalado anteriormente, los pasajes del Nuevo Testamento que hablan de la doctrina del bautismo apenas mencionan al bautista. Además, el acto de recibir el bautismo nunca es considerado como el responsable de los beneficios espirituales que resultan del bautismo. El que obra en el bautismo es Dios. Las acciones humanas sólo reflejan una humilde aceptación del acto divino. Dios es el que lava nuestros pecados con la sangre de Cristo, el que nos sepulta con Cristo en su muerte, el que nos resucita con Cristo y el que nos trae al cuerpo de Cristo. Si bien la participación voluntaria del creyente es necesaria en el proceso del bautismo, su participación no le da ningún mérito excepto el de obediencia. Aun así, la Biblia nunca dice que este acto de obediencia sea el fundamento de los efectos de salvación que trae el bautismo, sino que siempre los atribuye a la gracia de Dios en Cristo Jesús.

Para saber si el bautismo es o no una obra, primero tenemos que entender qué significa la palabra “obra”. Por “obras de la ley”, las Escrituras se refieren al intento de alcanzar la justicia mediante la observación y el cumplimiento de los requisitos de la ley. En vez de recibir gratuitamente la justicia de Dios, este medio de justificación busca alcanzar la justicia a través de acciones humanas. Aquí yace la distinción entre la justificación por las obras y la justificación por la fe: lo primero reclama mérito humano, lo segundo no; lo primero niega las obras de Cristo, lo segundo depende de ellas. Por lo tanto, sería erróneo considerar toda forma de acción como “obras de la ley”. Creer es una acción, al igual que arrepentirse y confesar el nombre de Cristo. Pero este tipo de acciones son acciones que responden a la gracia de Dios, por lo que no constituyen intentos de lograr justificación por las obras.

En ninguna parte de las Escrituras podemos encontrar referencias de que el bautismo esté asociado con las obras de la ley. Por el contrario, las Escrituras presentan al bautismo en el contexto de la gracia y la fe. Como ejemplo, veamos este pasaje de Colosenses:

En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha por mano de hombre, sino por la circuncisión de Cristo, en la cual sois despojados de vuestra naturaleza pecaminosa. Con él fuisteis sepultados en el bautismo, y en él fuisteis también resucitados por la fe en el poder de Dios que lo levantó de los muertos. Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados (Col 2:11–13).

El mensaje central de este pasaje es el bautismo, pero no vemos ninguna indicación de que el bautismo sea una obra de la ley. Al contrario, aquí dice que el bautismo es un instrumento de la gracia de Dios. Cristo es el que nos circuncida, y a través de esta circuncisión somos despojados de nuestra naturaleza pecaminosa. Cristo es el que nos resucita juntamente con Él. Cristo es el que perdona todos nuestros pecados. Todas estas obras que hace Cristo surten efecto en nosotros durante el bautismo. Además, este pasaje nos enseña que nuestra resurrección en el bautismo es posible debido a la fe que tenemos en el poder de Dios. El efecto espiritual del bautismo se basa en la fe que tenemos en la gracia de Dios. El bautismo es por fe, no por obras.

Cottrell nota una similitud llamativa entre este pasaje y Efesios 2:1–13, un pasaje clave citado anteriormente cuando hablamos de la gracia salvadora de Dios⁶⁷. Ambos pasajes hablan de nuestra primera muerte en el pecado y el estado de incircuncisión. Ambos dicen que Dios nos dio vida y nos resucitó juntamente con Cristo. Ambos se refieren a las transformaciones espirituales como obra de Dios. El pasaje de Efesios enfatiza que somos salvos por gracia mediante la fe, mientras que el pasaje de Colosenses habla del bautismo como la ocasión de la obra salvadora de Dios. Existe una perfecta armonía entre estos dos pasajes, y el uno complementa al otro. El concepto del bautismo no se opone a la idea de salvación por gracia mediante la fe, al contrario, es una parte integral de ella.

67 Jack Cottrell, *Baptism: A Biblical Study*, (Joplin, Mo., College Press Pub. Co., 1989), págs. 150–151.

Capítulo 9

EL BAUTISMO FAMILIAR

Si para bautizarse uno debe creer y arrepentirse primero, entonces, ¿pueden bautizarse los bebés? Abordaremos esta cuestión analizando las enseñanzas que nos dejan la Biblia acerca de la relación que hay entre la salvación y la familia, así como los ejemplos de bautismos familiares registrados en el Nuevo Testamento.

En los tiempos bíblicos, una familia estaba compuesta por el jefe de familia y todos los demás miembros del hogar, incluyendo al cónyuge, los hijos, los parientes que residen con ellos y los sirvientes comprados con dinero o nacidos en la casa. La familia era una entidad muy unida, representada por el jefe de familia, que tomaba decisiones y actuaba en nombre de todos los miembros de la familia.

Este tipo de jefatura representativa también se aplicaba a los asuntos de la religión. Como tal, Josué fue capaz de declarar el compromiso que tenían con el Señor en nombre de toda su familia: "... pero yo y mi casa serviremos a Jehová" (Jos 24:15). En la Biblia también vemos casos en los que toda la familia fue castigada a causa de los pecados cometidos por los jefes de familia (Gn 12:14–17; 20:1–18; Nm 16:25–33; Jos 7:24–26). Algo semejante vemos en Éxodo cuando el Señor declara que visitará la maldad de los padres que lo aborrecen sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación, y que mostrará misericordia a los millares que lo aman y guardan sus mandamientos (Ex 20:5–6; 34:7). De aquí podemos ver que la fe y las acciones de los jefes de familia tenían una incidencia directa sobre los miembros de sus respectivas familias.

A. EL FUNDAMENTO BÍBLICO DEL BAUTISMO FAMILIAR

1. La gracia de Dios y la familia
 - a. En el antiguo pacto

Históricamente, el concepto de familia ocupó un papel importante en la relación de pacto que Dios mantuvo con su pueblo. Dios no sólo ofreció su gracia y promesas a ciertos individuos sino a familias enteras. Nadie fue excluido del pacto de Dios a causa de la edad.

Dios hizo un pacto con Abraham y prometió hacer de él una gran nación. El Señor le dijo a Abraham: “Éste es mi pacto contigo” (Gn 17:4). Aunque el pacto fue establecido con Abraham, Dios requirió que tanto Abraham como su descendencia guardaran el pacto. El Señor ordenó que todos los niños varones pertenecientes a Abraham se circuncidaran, tanto los que habían nacido en casa como los que habían sido comprados por dinero. Este pacto debía ser guardado de generación en generación (Gn 17:9–14; 23–27).

La circuncisión, aunque realizada sólo en los hijos varones, era una señal que representaba la inclusión de toda la familia en el pacto de Dios. Ser parte del pacto de Dios, sin embargo, no garantizaba la obtención de la herencia. Cada individuo aún era personalmente responsable ante Dios, y debía obedecer los mandamientos de Dios por fe. Abraham fue justificado por la fe que tuvo en las promesas de Dios, pero su fe no podía sustituir la fe de sus hijos, por más que éstos hubieran sido circuncidados. De todas maneras, Dios hizo que Abraham y sus descendientes entraran en una relación de pacto con Él, independientemente de la preferencia personal de los descendientes de Abraham. El haber nacido en la familia o el haber sido comprado para entrar en ella eran causa suficiente para que una persona tuviera el privilegio de ser parte del pacto con Dios.

Cuando los israelitas estaban en la tierra de Moab, el Señor mandó a Moisés a que hiciera un pacto con ellos y a que les enseñara a guardar las palabras del pacto. La convocación a entrar en el pacto del Señor también fue dirigida a “vuestros niños, vuestras mujeres y los extranjeros que habitan en medio de tu campamento, desde el que corta tu leña hasta el que saca tu agua” (Dt 29:1–15). Si bien los niños no eran capaces de comprender del todo las palabras dirigidas a ellos, aun así fueron parte del pacto que Dios estableció con los israelitas.

En el Antiguo Testamento vemos una y otra vez cómo Dios incluye a los niños israelitas en sus promesas y bendiciones. Los siguientes pasajes son ilustración de esto:

Y circuncidará Jehová, tu Dios, tu corazón, y el corazón de tu descendencia, para que ames a Jehová, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma, a fin de que vivas (Dt 30:6).

*Mas la misericordia de Jehová es desde la eternidad y hasta la eternidad sobre los que lo temen,
y su justicia sobre los hijos de los hijos,
sobre los que guardan su pacto
y los que se acuerdan de sus mandamientos
para ponerlos por obra (Sal 103:17–18).*

*Todos tus hijos serán enseñados por Jehová,
y se multiplicará la paz de tus hijos (Is 54:13).*

Cuando analizamos los actos de liberación o rescate que Dios realizó en la historia, también observamos que su gracia salvadora fue dirigida a familias enteras. Antes de destruir a todo ser viviente con el diluvio, el Señor prometió establecer un pacto con Noé, el cual incluyó a toda su familia. Además, la orden de entrar en el arca no sólo benefició a Noé sino también a su mujer, sus hijos y sus nueras (Gn 6:18; 7:1; Heb 11:7). Cuando Dios destruyó las ciudades de Sodoma y Gomorra, “se acordó de Abraham, y sacó a Lot de en medio de la destrucción” (Gn 19:29). Aunque la principal preocupación de Dios era por Lot, el justo (cf. 2 P 2:6–8), Él también rescató a su esposa y a sus hijas (Gn 19:15). Cuando los ángeles sacaron a Lot de la ciudad, le dijeron: “¿Tienes aquí alguno más? Saca de este lugar a tus yernos, hijos e hijas, y todo lo que tienes en la ciudad” (Gn 19:12). Todos los que pertenecían a Lot fueron tratados con misericordia a causa de Lot.

Durante la Pascua, Dios también preservó a los israelitas por unidad de familia. Cada familia debía tomar un cordero, matarlo, untar la sangre en los dos postes y en el dintel, y comer la carne dentro de la casa (Ex 12:1–11, 21–23). Sólo los que habían sido circuncidados podían participar de la comida de la Pascua (Ex 12:43–49). De aquí podemos ver que la liberación de Dios se basaba en el pacto que había establecido con Abraham y sus descendientes. Esa misma noche, el Señor sacó a los israelitas de la tierra de Egipto, liberándolos de la esclavitud. Dios también los rescató del ejército egipcio haciéndolos cruzar el Mar Rojo (Ex 14:10–31). Todos los israelitas, independientemente de su edad, experimentaron la poderosa liberación de Dios. Incluso los niños que no tenían la capacidad de elegir por sí mismos fueron sacados de Egipto. Estos niños, al igual que sus padres, fueron bautizados en la nube y en el mar para unirse a Moisés, comieron el alimento espiritual y bebieron de la roca espiritual (1 Co 10:1–4).

Incluso cuando la gracia de Dios cayó sobre alguien que no era israelita, la familia también fue involucrada. Los dos espías que salvó Rahab le instruyeron traer a toda la familia de su padre a su propia casa para que no fueran destruidos por el estrago inminente (Jos 2:17–20; 6:25). La promesa que se le hizo a Rahab a causa de su fe se extendió a todos los demás miembros de la casa de su padre.

b. En el nuevo pacto

A causa de la debilidad de la carne, el hombre no pudo ser justificado bajo el antiguo pacto, por lo que fue necesario un nuevo pacto. Sin

embargo, la voluntad de Dios nunca cambia. La introducción del nuevo pacto no significa que Dios haya olvidado sus promesas. Al contrario, por medio de la sangre expiatoria de Cristo y el derramamiento del Espíritu Santo, el nuevo pacto cumple lo que Dios había prometido bajo el antiguo pacto. El pacto de Dios con Abraham, en el cual Dios prometió ser Dios de Abraham y de sus descendientes, era un pacto perpetuo (Gn 17:7). A través de la fe en Cristo Jesús, expresado por medio del bautismo en Cristo, un creyente pasa a ser descendiente y heredero de Abraham según la promesa (Gl 3:26–29). El alcance de la gracia de Dios se amplía bajo el nuevo pacto y va más allá de los descendientes físicos de Abraham para incluir a todo aquel que sigue el ejemplo de fe de Abraham (Ro 4:11–12). Esto, en realidad, cumple la promesa que Dios le hizo a Abraham: “En ti serán benditas todas las naciones” (Gl 3:8). Por lo tanto, la esperanza que el evangelio ofrece a los creyentes hoy es la misma esperanza que tuvo el pueblo elegido en el antiguo pacto (Hch 26:6–7).

En los cuatro evangelios, el Señor Jesús habla del parentesco espiritual y del impacto que el discipulado tiene sobre las relaciones familiares. Todo aquel que hace la voluntad del Padre que está en los cielos es considerado hermano, hermana y madre del Señor (Mt 12:48–50). Todo el que viene a Cristo pero no aborrece a su padre, madre, esposa, hijos, hermanos, hermanas y su propia vida, no puede ser su discípulo (Lc 14:26). Cristo también ha traído división a las familias: el padre estará dividido contra el hijo, la madre contra la hija y la suegra contra la nuera (Lc 12:49–53). La fidelidad de un discípulo hacia Cristo debe estar por encima de sus lazos familiares. Sin embargo, las enseñanzas de Cristo sobre el discipulado no erradicar todo lazo familiar ni tampoco dejan a la familia de los creyentes fuera de la gracia de Dios. Tal como sucede en el antiguo pacto, en el nuevo pacto cada persona también es responsable por sí misma ante Dios, pero esto no contradice la inclusión de los miembros de la familia en el nuevo pacto.

Si examinamos lo que la Biblia promete sobre el nuevo pacto, notamos que Dios muestra la misma preocupación por los hijos de los que están bajo el pacto:

*Todos tus hijos serán enseñados por Jehová,
y se multiplicará la paz de tus hijos (Is 54:13).*

*«Y éste será mi pacto con ellos»,
dice Jehová:*

*«Mi espíritu que está sobre ti
y mis palabras que puse en tu boca,
no faltarán jamás de tu boca*

*ni de la boca de tus hijos
ni de la boca de los hijos de tus hijos.»
Jehová lo ha dicho,
desde ahora y para siempre (Is 59:21).*

*No edificarán para que otro habite
ni plantarán para que otro coma;
porque según los días de los árboles serán los días de mi pueblo,
y mis escogidos disfrutarán de la obra de sus manos.*

*No trabajarán en vano
ni darán a luz para maldición,
porque son linaje de los benditos de Jehová,
ellos mismos y también sus descendientes (Is 65:22-23).*

*Si llegaran a faltar estas leyes delante de mí,
dice Jehová,
también faltaría la descendencia de Israel,
y dejaría de ser para siempre una nación delante de mí.*

*»Así ha dicho Jehová:
Si se pudieran medir los cielos arriba
y explorar abajo los fundamentos de la tierra,
también yo desecharía a toda la descendencia de Israel
por todo lo que hicieron, dice Jehová (Jer 31:36-37).*

... y ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios. Les daré un corazón y un camino, de tal manera que me teman por siempre, para bien de ellos y de sus hijos después de ellos. Haré con ellos un pacto eterno: que no desistiré de hacerles bien, y pondré mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de mí (Jer 32:38-40).

*... porque ha mirado la bajeza de su sierva,
pues desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones,
porque me ha hecho grandes cosas el Poderoso.
¡Santo es su nombre,
y su misericordia es de generación en generación
a los que le temen! (Lc 1:48-50).*

Las bendiciones contenidas en el pacto del Señor no sólo eran para los que fueron elegidos primero, sino también para sus descendientes. El pacto establecido con el pueblo de Dios ha de ser transmitido de generación en generación. Incluso los descendientes de los elegidos que aún están por nacer tienen el privilegio de ser partícipes del pacto simplemente por las relaciones familiares que tienen con ellos.

Es por esta razón que los apóstoles se dirigieron a las familias cuando proclamaron el evangelio. En el día de Pentecostés, Pedro declaró a los hombres que lo escuchaban que la promesa del perdón de los pecados a través del arrepentimiento y el bautismo y el don del Espíritu Santo eran “para vosotros [...], y para vuestros hijos, y para todos los que

están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llame” (Hch 2:38–39). Pablo y Silas respondieron al carcelero diciendo: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú y tu casa” (Hch 16:31). El llamamiento a creer en el evangelio exige una decisión y un compromiso a nivel personal, pero esto no excluye a la familia del creyente. Al contrario, la gracia que Dios ofrece al jefe de familia se extiende a toda su casa.

2. La salvación es para todos

“De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna. Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (Jn 3:16–17). Todos los que vivimos en este mundo necesitamos la salvación, por lo que Dios envió al Señor Jesucristo para que diera su vida en rescate por todos nosotros y para que sea la propiciación por todo el mundo (Mt 20:28; 1 Ti 2:5–6; Tit 2:11; 1 Jn 2:2). Después de su muerte y resurrección, el Señor Jesús comisionó a sus discípulos a predicar el evangelio por todo el mundo y a toda criatura, y a hacer discípulos a todas las naciones (Mt 28:18–20; Mc 16:15–16; Lc 24:46–47). La salvación de Dios, que había comenzado con la nación de Israel, ahora ha llegado a la gente de todas las naciones, independientemente de su raza (Hch 10:34–35; Tit 2:11). Dios no quiere que ningún hombre perezca, sino que todos sean salvos (1 Ti 2:3–4; 2 P 3:9).

Las palabras que expresan la naturaleza abarcadora de la salvación, como “todo el mundo”, “todo” y “toda criatura” hacen referencia a toda la raza humana, incluso los niños y los bebés. Toda alma es preciosa a los ojos de Dios. Dios no descuida ni siquiera a los más pequeños (Mt 18:1–14). A los discípulos que reprendieron a los que habían traído niños para que el Señor los bendijera, el Señor Jesús dijo: “Dejad a los niños venir a mí y no se lo impidáis, porque de los tales es el reino de los cielos” (Mt 19:13–15; Mc 10:13–16; Lc 18:15–17). El Señor Jesús ama y recibe a los niños y a los bebés. Por consiguiente, es lícito traer a nuestros hijos al Señor para que también ellos acepten su gracia de salvación.

3. Los niños y los bebés también son pecadores

Cristo murió por los pecados del mundo entero porque el mundo entero está bajo la influencia del maligno (1 Jn 5:19) y necesita ser redimido. Toda la raza humana, sin distinción de edad, ha pecado y debe enfrentar el juicio que espera a todos (Heb 9:27).

Puede ser difícil entender o aceptar que los bebés también son pecadores, ya que ellos no tienen la capacidad de discernir entre el bien y el mal o desobedecer a Dios conscientemente. Sin embargo, las Escrituras nos

dicen que el estado de pecado en el que se encuentra el mundo es el resultado de la desobediencia de Adán:

Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron. Antes de la Ley ya había pecado en el mundo; pero donde no hay Ley, no se inculpa de pecado. No obstante, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun en los que no pecaron a la manera de la transgresión de Adán, el cual es figura del que había de venir (Ro 5:12-14).

Dios le había advertido a Adán que la consecuencia de la desobediencia sería la muerte (Gn 2:17). Luego de que Adán y Eva pecaron contra Dios, Dios los echó del huerto de Edén y selló el camino que llevaba al árbol de la vida con una espada de fuego (Gn 3:22-24). El hombre había perdido la comunión íntima que una vez tuvo con Dios. Esta fue la muerte espiritual. Además, el hombre sufriría una muerte física, la cual lo regresaría a la tierra (Gn 3:19). De este modo, el pecado entró en el mundo por Adán, y la muerte por el pecado. La muerte, consecuencia del pecado de Adán, se extendió a todos los hombres y reinó incluso sobre los que no pecaron a la manera de Adán. Todo aquel nacido después de Adán está sujeto al dominio de la muerte que vino por medio del pecado que cometió Adán. Las Escrituras dicen que “todos pecaron” (Ro 5:12). Esto quiere decir que todos estamos destituidos de la gloria de Dios (Ro 3:23). Todos hemos perdido la imagen y la semejanza de Dios con las que nos creó. Este “todos” no excluye a los niños y a los bebés, por lo que ellos también son pecadores que están lejos de la presencia de Dios y que se encuentran bajo el dominio de la muerte.

Con esto en mente, podemos entender las palabras de David cuando dijo: “En maldad he sido formado y en pecado me concibió mi madre” (Sal 51:5). Job también habla de las impurezas de los hombres mortales (Job 14:1-4). Hemos nacido en un mundo de pecado, incluso sin haber elegido desobedecer a Dios. Sólo Dios puede librarnos del poder de las tinieblas y trasladarnos al reino de su Hijo amado a través de la redención de la sangre de Cristo, el perdón de pecados (Col 1:13-14). Dado que el lavamiento de los pecados por la sangre de Cristo tiene lugar en el bautismo, y puesto que todos estamos bajo la potestad de las tinieblas, los bebés y los niños pequeños también deben ser bautizados para ser librados del poder de las tinieblas y para ser trasladados al reino de Cristo.

4. La fe y el bautismo de los bebés

Hemos visto que la fe y el bautismo son inherentes. Por lo tanto, es necesario que el que quiera ser bautizado crea en el Señor Jesús y se arrepienta de sus pecados antes del bautismo. Basándose en esto, muchos cristianos

opinan que los niños no deben ser bautizados porque no pueden profesar la fe.

Sin embargo, la Biblia también enseña que, si bien la fe es necesaria para la salvación, la incapacidad de un bebé de expresar su fe no impide que sea salvo. La gracia de Dios para con los bebés no es socavada por su falta de capacidad mental o moral. Es verdad que es necesario tener fe para recibir el bautismo, pero la incapacidad de un bebé de expresar su fe no impide que sea bautizado.

Sería lógico preguntarse entonces, ¿cómo pueden ser perdonados los pecados de los bebés si éstos no son capaces de creer, confesar y arrepentirse? Para responder a esta pregunta, debemos analizar primero la relación que existe entre la fe de los padres y el bautismo de los bebés y/o niños.

Luego de examinar las Escrituras, podemos concluir que la decisión de los jefes de familia de confiar en y obedecer a Dios tiene una incidencia directa en la posición de sus respectivas familias ante Dios. La gracia de Dios llega a familias enteras a causa de la fe de sus jefes de familia. Por la fe de Noé, toda su familia fue salva (Heb 11:7). Por la fe, los israelitas celebraron la Pascua y cruzaron el Mar Rojo, por lo que todas sus familias fueron liberadas de Egipto (Heb 11:28–29). En la historia de Jonás, también encontramos una referencia específica a la salvación de los niños. Dios quería destruir a Nínive a causa de su maldad. Ni siquiera los bebés, que no podían “discernir entre su mano derecha y su mano izquierda” (Jon 4:11), podían escapar de esta suerte. Pero por la predicación de Jonás, los habitantes de Nínive creyeron en Dios y se arrepintieron de sus pecados (Jon 3:4–10). Al ver esto, Dios se arrepintió y no llevó a cabo la destrucción que les había anunciado. De aquí podemos ver que así como los pecados de los adultos pusieron en peligro a los bebés, su creencia y arrepentimiento también salvaron a sus niños.

En los Evangelios también podemos ver cómo la gracia de Jesús se extiende a los niños por medio de la fe de los jefes de familia. Los niños nunca vinieron a Jesús por su propia cuenta. A pesar de que ellos fueron los que recibieron la sanación, los niños nunca fueron los protagonistas de los respectivos relatos en los Evangelios, sino que siempre permanecieron al margen de ellos. Fueron los padres los que presentaron la necesidad de los niños ante Jesús.

Los niños eran pasivos por circunstancia; los jefes de familia, activos por elección. Aun así, la gracia de Dios vino sobre el niño a través de las acciones de los padres. Es así como la gracia llega a toda la casa. Es necesario

dejar en claro, sin embargo, que la fe de los padres no fue atribuida indirectamente a los hijos para facultar su sanación. De hecho, los niños no presentaron ningún tipo de fe que los hubiera calificado para la sanación. El único acto de fe aparente proviene de los padres, quienes presentaron la petición ante el Señor Jesús, y así fue cómo los niños fueron sanados. Este fue el espíritu con el que Jesús concedió gracia a los niños durante su ministerio—aunque los más pequeños no eran capaces de confesar su fe, esto no les impidió recibir gracia tangible en sus vidas. De la misma manera se otorgan las promesas del nuevo pacto a los niños hoy.

En la sanación del hijo del noble, el noble le pidió a Jesús que visitara su casa en Capernaúm para sanar a su hijo (Jn 4:46–54). El hijo “estaba a punto de morir” (Jn 4:47), por lo que le fue imposible venir a Jesús. Es por eso que el padre vino y le suplicó al Señor en su lugar. El noble creyó lo que Jesús le había dicho y se fue. Su hijo fue sanado aquella misma hora.

Jairo, un alto dignatario de la sinagoga, vino a Jesús por algo similar. Su hija de doce años también estaba a punto de morir (Mc 5:23). Mientras estaban de camino a su casa, alguien vino y les dijo que la niña había muerto (Lc 8:49). Pero Jesús exhortó a Jairo diciendo: “No temas; cree solamente” (Lc 8:50). Al final, la hija fue resucitada por Jesús a causa de la fe de su padre.

Por último, la mujer cananea, que era griega y de origen sirio-fenicio, también se encontró ante una situación similar. Su hija estaba gravemente endemoniada (Mt 15:22). Pero la fe y la persistencia de la mujer cananea hicieron que Jesús sanara a su hija.

En estos tres ejemplos, vemos que los padres fueron los que demostraron toda confesión y proclamación de fe. Los hijos no sólo no estuvieron en condiciones físicas de confesar la fe, sino que puede que ni siquiera fueron capaces de expresar ningún tipo de fe a causa de su edad. Sin embargo, y lo decimos una vez más, su incapacidad de expresar la fe no les impidió recibir gracia. La gracia y la sanación vinieron sobre ellos por la petición que sus padres hicieron en fe.

En el caso del centurión, tenemos una relación amo-sirviente en lugar de padre-hijo. De todas maneras, esto igual cae en la definición de familia. El sirviente era alguien que el centurión quería mucho (Lc 7:2). Incluso pudo haber sido mayor de edad. Pero su circunstancia le impidió acercarse a Jesús por sí mismo, por lo que su amo hizo la petición por él.

El sirvo fue pasivo, no hizo nada; pero por la fe de su amo, la gracia de Dios se extendió a toda la casa a la que el sirvo pertenecía. Jesús se

maravilló ante la fe del centurión y le dijo: “Vete, y como creíste te sea hecho” (Mt 8:13).

Teniendo en cuenta que Jesús concedió gracia a los niños a través de las peticiones de los padres, ahora abordamos el tema de por qué no se les debe negar el bautismo a los niños aunque no puedan profesar la fe.

Es evidente que un bebé no puede creer, no puede confesar sus pecados, ni puede integrarse a sí mismo a la comunidad de Dios como lo hace un adulto. Sin embargo, la oportunidad de que un bebé sea bautizado no depende de lo que pueda o no pueda hacer, ni se da porque la fe de los padres es atribuida y ameritada a los hijos. Los bebés pueden ser bautizados porque los padres creyentes tienen un pacto existente con Dios, el cual les fue prometido a ellos y a sus hijos (Gn 17:7; Hch 2:39). Pero si no existiera esta relación de pacto entre Dios y los padres, es decir, si los padres no fueran creyentes, entonces el niño no tiene por qué ser bautizado. Por consiguiente, es la creencia o la incredulidad de los padres la que determina el bautismo del niño.

En el bautismo de un niño, éste es llevado ante el Señor con fe para recibir la sangre de Cristo para el perdón de los pecados. Es la fe de los padres la que trae al niño ante el Señor, no la fe del niño. Debido a las circunstancias, el niño es un receptor pasivo de la gracia, tal como lo fueron los beneficiarios de las sanaciones mencionadas anteriormente. El niño no puede elegir aceptar la gracia y la salvación por sí mismo, sino que sólo hereda las promesas de la salvación a través de la fe de sus padres. Su problema es presentado ante Dios por los padres en el acto del bautismo. Su problema es el pecado; su solución, el lavamiento por la sangre de Cristo.

Los padres, entonces, están obligados a educar al niño en el camino del Señor. Si bien el pacto se extiende a la familia, la obediencia al pacto sigue siendo un asunto personal. Luego de crecer, el niño podrá decidir si quiere o no permanecer en el pacto y, por ende, es responsable de su propia elección. Pero antes de que eso suceda, los padres tienen el deber de hacer que los hijos conozcan a Dios y sus enseñanzas.

B. LA PRÁCTICA DEL BAUTISMO FAMILIAR EN EL NUEVO TESTAMENTO

La falta de una mención explícita del bautismo de los bebés en el Nuevo Testamento hace que algunos duden que la iglesia primitiva haya practicado este tipo de bautismos. Pero el hecho de que el Nuevo Testamento no mencione el bautismo de los bebés no significa que los bebés estén excluidos del concepto de “familia”. El libro de Hechos contiene varios ejemplos de

bautismos familiares. Como hemos demostrado anteriormente, la definición de “familia” en el Antiguo Testamento incluía a los niños y a los bebés. Sin pruebas que indiquen lo contrario, esta definición sigue siendo válida en el Nuevo Testamento. Así como no excluiríamos a los niños y a los bebés del concepto de “familia” hoy, tampoco tenemos prueba alguna de excluirlos del concepto de “familia” en la Biblia.

1. Cornelio

En Hechos 11:13-14, Pedro le informa a la iglesia de Jerusalén sobre cómo predicó el evangelio a los gentiles: “[Cornelio] nos contó cómo había visto en su casa un ángel que, puesto en pie, le dijo: ‘Envía hombres a Jope y haz venir a Simón, el que tiene por sobrenombre Pedro; él te hablará palabras por las cuales serás salvo *tú y toda tu casa*’” (el subrayado es nuestro). Es importante notar que el ángel le dijo a Cornelio, el jefe de la familia, que “tú” serás salvo, y que ese “tú” es seguido por “y toda tu casa”.

En primer lugar, el hecho de que Cornelio, el jefe de familia, sería salvo significa que la promesa de salvación de Dios no sólo era para él sino que se extendía a toda su familia. Esto es así porque la solidaridad familiar, no el individualismo, era la norma en la cultura de los patriarcas, en la de la monarquía israelita, en la de los judíos herodianos, e incluso en la de las sociedades paganas de la región mediterránea antigua⁶⁸.

En segundo lugar, la conversión de Cornelio y la de su familia es consistente con el concepto bíblico de que las promesas de Dios se extienden a las “familias” como un todo. Esta es la regla, no la excepción (Gn 17:7-9; Jl 2:28-29; Hch 2:39; Jn 4:53).

Que Pedro los haya mandado a ser bautizados es una parte esencial de las “palabras por las cuales serás salvo tú y toda tu casa”, porque el propósito del bautismo es el perdón de los pecados (Hch 2:38). Por lo tanto, podemos inferir que la familia de Cornelio fue bautizada junto con Cornelio. Si hubiera habido niños en la familia, Pedro no habría dudado en bautizarlos porque, a su juicio, el perdón de los pecados a través del bautismo también era una promesa para los hijos de los creyentes (Hch 2:39).

2. Lidia

Hechos 16:14-15 dice:

Entonces una mujer llamada Lidia, vendedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios, estaba oyendo. El Señor le abrió el corazón para que estuviera atenta a lo que Pablo decía, y cuando fue bautizada, junto

68 Jonathan M. Watt, “The Oikos Formula” en *The Case for Covenantal Infant Baptism*, ed. Gregg Strawbridge, (Phillipsburg, New Jersey, P & R Publishing, 2003), pág. 84.

con su familia, nos rogó diciendo: “Si habéis juzgado que yo sea fiel al Señor, hospedaos en mi casa”. Y nos obligó a quedarnos (el subrayado es nuestro).

Aquí vemos que el Señor le había abierto el corazón a Lidia para que prestara atención al evangelio que predicaba Pablo. Como consecuencia, Lidia y su familia fueron bautizadas.

De este pasaje podemos inferir que Lidia era la jefa de familia porque la Biblia describe a la familia de Lydia como “su” familia, y porque ella tomaba importantes decisiones familiares como la de invitar a Pablo a hospedarse en “su” casa (Hch 16:15). Una vez que Lydia, la jefa de familia, había creído, su familia también creyó con ella. Como consecuencia, todos fueron bautizados. Este es otro ejemplo de unidad o solidaridad familiar en materia de fe. La gracia salvadora de Dios no sobreviene sólo a una persona sino también a su familia. El jefe de familia tenía la responsabilidad de guiar a los miembros de su familia en la fe y en el bautismo.

3. El carcelero de Filipos

En Hechos 16:31–34 vemos que Pablo y Silas le predicaron al carcelero de Filipos luego de haber sido liberados de la prisión. Ellos le dijeron al carcelero: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo *tú y tu casa*” (el subrayado es nuestro). El pasaje sigue diciendo:

Y le hablaron la palabra del Señor a él y a todos los que estaban en su casa. Él, tomándolos en aquella misma hora de la noche, les lavó las heridas, y en seguida se bautizó con todos los suyos. Luego los llevó a su casa, les puso la mesa y se regocijó con toda su casa de haber creído a Dios (el subrayado es nuestro).

Una vez más, aquí vemos el concepto de solidaridad familiar. Aunque Pablo y Silas le hablaban sólo al carcelero, ellos le aseguraron que si él creía en Cristo, su creencia resultaría en la salvación de toda su familia. En otras palabras, se esperaba que el jefe de familia guiara a toda la familia a la fe y al bautismo. Y en efecto, el carcelero de Filipos creyó en el Señor con toda su familia (Hch 16:34). Toda su familia aceptó la predicación de los apóstoles y fue bautizada aquella misma noche.

4. Crispo

En Hechos 18:1–8, Pablo y sus compañeros llegaron a Corinto, y trataron de predicarles a los judíos en la sinagoga. Habiendo encontrado cierto obstáculo allí, Pablo dirigió su atención a los gentiles y entró en la casa de un hombre llamado Ticio Justo, un gentil temeroso de Dios, cuya casa estaba junto a la de Crispo, alto dignatario de la sinagoga.

Según el relato de Lucas, Crispo cree. Hechos 18:8 dice: “Crispo, alto dignatario de la sinagoga, creyó en el Señor *con toda su casa*; y muchos de los corintios al oír, creían y eran bautizados” (el subrayado es nuestro).

Aquí, la Biblia describe cómo el jefe de familia, Crispo, creyó con toda su familia. 1 Corintios también nos dice que Pablo bautizó a Crispo (1 Co 1:14). Siguiendo el patrón consistente que vemos en el libro de Hechos, esto significaba que el bautismo no sólo fue recibido por Crispo, sino también por toda su familia.

Hechos 18:8 confirma una vez más que la familia, no el individuo, era la unidad básica de la iglesia primitiva en términos de conversión y recepción de la promesa de la salvación. Aunque este pasaje no dice explícitamente que la familia de Crispo fue bautizada, esto lo podemos deducir del pasaje de 1 Corintios.

5. Estéfanos

En 1 Corintios 1:10–12, el apóstol Pablo se dirige a los miembros de Corinto en el contexto de las divisiones sectarias que había en la iglesia de Corinto. Los miembros decían pertenecer a diferentes grupos basándose en la existencia de diferentes dirigentes en la iglesia, incluso Cristo. En este contexto, Pablo escribe en 1 Corintios 1:14–16:

Doy gracias a Dios de que a ninguno de vosotros he bautizado, sino a Crispo y a Gayo, para que ninguno diga que fue bautizado en mi nombre. También bauticé a la familia de Estéfanos, pero de los demás no recuerdo si he bautizado a algún otro (el subrayado es nuestro).

Aquí Pablo menciona el bautismo de la familia de Estéfanos. Esto no sólo confirma que la familia era la unidad básica de conversión en la iglesia del Nuevo Testamento, sino que también da fe de la práctica de bautizar a familias enteras, incluyendo a los niños y a los bebés.

Algunos comentaristas sostienen que las conversiones de familias que se encuentran en Hechos y 1 Corintios no son pruebas suficientes de que la iglesia del Nuevo Testamento haya bautizado a los bebés. La razón principal de su objeción es que en estos relatos bíblicos de conversiones familiares contienen acciones como “oír” el mensaje del evangelio, “creer” y “hablar en lenguas”. Como los bebés no son capaces de hacer estas acciones, se puede inferir que los bebés fueron excluidos de estos bautismos o que en estas familias no había bebés.

Debemos tener en cuenta que el hecho de que los autores de estos libros detallen las acciones de los miembros adultos de estas familias no prueba que los niños y los bebés estuvieran excluidos o ausentes. Al contrario, ellos simplemente querían transmitir la idea de que la salvación de Dios

sobrevino a familias enteras, ya que estas eran unidades que actuaron de acuerdo a la voluntad, dirección y fe de sus respectivos jefes de familia. Por lo tanto, no podemos suponer la exclusión de los bebés basándonos sólo en la descripción de lo que hicieron los miembros adultos de la familia. No había necesidad de que los autores escribieran explícitamente oraciones como “él creyó en el Señor con toda su familia, aunque los recién nacidos eran incapaces de entender o creer”, porque las familias eran vistas simplemente como unidades integrales.

Estos relatos no sugieren que la fe de un jefe de familia pueda sustituir la fe de los miembros de su familia o anular la responsabilidad personal que cada miembro de la familia debe tener con respecto a su propia fe. Más bien, estos relatos demuestran que familias enteras actuaron al unísono para convertirse y recibir el evangelio de la salvación. Si bien es cierto que la fe es, en gran medida, un asunto personal, la fe no puede ser entendida sólo al nivel individual. Dios se relaciona con nosotros, no sólo como individuos sino como familias.

Obediencia, responsabilidad y fe desempeñan un papel importante en la recepción de la gracia de Dios. Pero esto no invalida el pacto que Dios estableció con ciertas personas y sus familias. Basándose en este principio, la iglesia del Nuevo Testamento bautizó a familias enteras, incluyendo a los niños y a los bebés. Como la Biblia no prohíbe el bautismo de los bebés, debemos tener cuidado en decir que las iglesias del Nuevo Testamento excluían a los bebés de los bautismos familiares. De la misma manera, también debemos tener cuidado de no prohibir el bautismo de los bebés hoy.

C. CRIAR HIJOS BAJO EL PACTO DE DIOS

El bautismo familiar no garantiza la salvación de cada uno de los miembros de la familia. A pesar de que toda la familia, incluidos los niños, entra en el pacto de salvación de Dios a través del bautismo, que cada miembro de la familia pueda establecer su propia fe y relación con Dios sigue siendo algo esencial para su propia salvación. Sin embargo, los jefes de familia que han decidido bautizar a sus hijos deben asumir la responsabilidad de guiarlos y educarlos en la fe.

1. Cada individuo es responsable de su propia salvación

Por la misericordiosa voluntad de Dios, los niños y los bebés pueden venir a Cristo y ser bautizados porque son miembros de la familia de los creyentes. Pero esto no quiere decir que su vida eterna esté garantizada. El bautismo debe ir acompañado de una fe en el Señor que dura toda la vida (Ro 11:22; Heb 6:4-8; 10:19-39).

Podemos observar este tipo de cumplimiento del pacto en Isaías 58:13-14:

*» Si retraes del sábado tu pie,
de hacer tu voluntad en mi día santo,
y lo llamas “delicia”,
“santo”, “glorioso de Jehová”,
y lo veneras, no andando en tus propios caminos
ni buscando tu voluntad ni hablando tus propias palabras,
entonces te deleitarás en Jehová.
Yo te haré subir sobre las alturas de la tierra
y te daré a comer la heredad de tu padre Jacob.
La boca de Jehová lo ha hablado.»*

La estructura de este pasaje es del tipo “si ... entonces”. Si aplicamos esta estructura al bautismo, podríamos decir lo siguiente: “si cumplimos con el contenido del pacto al cual entramos por medio del bautismo, entonces nos deleitaremos en el Señor y seremos alimentados con la herencia de Jacob”.

Como jefes de familias, es nuestra responsabilidad traer a nuestra familia al pacto de Dios a través del bautismo. Después de entrar en el pacto como una unidad familiar, cada miembro de nuestra familia necesita desarrollar una relación personal con Dios para cumplir con los contenidos de la promesa que hereda. Al final de cuentas, cada persona es responsable de su propia salvación (Ez 18:20). Los padres no pueden ser salvos por sus hijos, y los hijos no pueden ser salvos por sus padres. Es imprescindible que cada persona se atenga al pacto, y esto incluye a los niños. Pero como ellos son pequeños y no son capaces de comprender lo que tienen que hacer por sí solos, los padres tienen la responsabilidad de enseñarles a llevar una vida piadosa ante Dios. Es verdad que la iglesia también debe enseñar y recordarles a los padres y a los hijos sobre los términos del pacto que establecieron con Dios, pero esta función de la iglesia no es más que secundaria.

2. Responsabilidades de los padres

... porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús, pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos (Gl 3:26-27).

Éstos son los que han salido de la gran tribulación; han lavado sus ropas y las han blanqueado en la sangre del Cordero (Ap 7:14).

Luego del bautismo, nuestros hijos están revestidos de Cristo. Sus pecados han sido lavados y sus ropas han sido blanqueadas por la sangre del Cordero. Tal como los niños aprenden a mantener su ropa limpia, ellos también necesitan que les enseñemos a vivir una vida piadosa. Esta responsabilidad es de los padres. Los padres deben proporcionar una

educación cristiana para sus hijos, enseñándoles a atenerse a los términos del pacto. Así, cuando los niños crezcan, podrán seguir permaneciendo en el Señor (Pr 22:6). Moisés instruyó a los padres israelitas sobre cuál era el contenido del pacto y cómo se lo tenían que enseñar a sus hijos:

Oye, Israel: Jehová, nuestro Dios, Jehová uno es. Amarás a Jehová, tu Dios, de todo tu corazón, de toda tu alma y con todas tus fuerzas. Estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón. Se las repetirás a tus hijos, y les hablarás de ellas estando en tu casa y andando por el camino, al acostarte y cuando te levantes. Las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; las escribirás en los postes de tu casa y en tus puertas (Dt 6:4-9).

En síntesis, Moisés les estaba diciendo a los padres que tenían que crear un ambiente propicio para enseñar a los niños acerca de Dios y sus promesas. Esto significa que debían establecer un tiempo de devoción familiar, en el cual abarcarían temas que son adecuados para la edad de los niños. Los niños pequeños necesitan ser criados en el Señor con una fuerte participación de los padres, quienes deben darles instrucciones explícitas sobre lo que está permitido hacer y lo que no. Los niños más grandes aprenden observando los ejemplos que les dejan sus padres, y pueden servir al Señor junto con sus padres como una unidad familiar. Este concepto de unidad en el servicio y en la adoración puede comenzar incluso cuando los niños aún son pequeños. En cada etapa de crecimiento de los niños, los padres tienen que enseñarles y guiarlos en los términos del pacto. Es por eso que Pablo instruyó a los padres cristianos diciendo: “Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor” (Ef 6:4).

Los padres también deben atenerse a los términos del pacto por el bien de sus hijos. La fe del jefe de familia trae bendiciones sobre la familia entera (cf. Gn 7:1; 18:18-19; Hch 10:1-48; 16:13-15; 31-34). Si los padres observan los términos del pacto, los niños se benefician de ello porque Dios bendecirá a los padres, lo que afectará a los hijos. Pero si los padres no observan los términos del pacto, sufrirán la consecuencia de su pecado, lo que traerá sufrimiento a los hijos, aunque ellos no sean responsables ni puedan ser castigados por los pecados de sus padres. Cuando los padres se mantienen dentro de los límites del pacto, la familia entera prosperará en las bendiciones de Dios (Sal 128:1-6). Esto crea un ambiente adecuado para que los niños puedan crecer en la fe y puedan aprender lo que deben hacer para cumplir con el pacto de Dios.

Estudios exegeticos

Mateo 3:1–17

- 1 *En aquellos días se presentó Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea,*
- 2 *y diciendo: «Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado»,*
- 3 *pues éste es aquel de quien habló el profeta Isaías, cuando dijo: «Voz del que clama en el desierto: “¡Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas!”»*
- 4 *Juan estaba vestido de pelo de camello, tenía un cinto de cuero alrededor de su cintura, y su comida era langostas y miel silvestre.*
- 5 *Acudía a él Jerusalén, toda Judea y toda la provincia de alrededor del Jordán,*
- 6 *y eran bautizados por él en el Jordán, confesando sus pecados.*
- 7 *Al ver él que muchos de los fariseos y de los saduceos venían a su bautismo, les decía: «¡Generación de víboras!, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera?*
- 8 *Procedid, pues, frutos dignos de arrepentimiento,*
- 9 *y no penséis decir dentro de vosotros mismos: “A Abraham tenemos por padre”, porque yo os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras.*
- 10 *Además, el hacha ya está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado al fuego.*
- 11 *Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento, pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo. Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego.*
- 12 *Su aventador está en su mano para limpiar su era. Recogerá su trigo en el granero y quemará la paja en fuego que nunca se apagará.»*
- 13 *Entonces Jesús vino de Galilea al Jordán, donde estaba Juan, para ser bautizado por él.*
- 14 *Pero Juan se le oponía, diciendo: —Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú acudes a mí?*
- 15 *Jesús le respondió: —Permitelo ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia. Entonces se lo permitió.*
- 16 *Y Jesús, después que fue bautizado, subió enseguida del agua, y en ese momento los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma y se posaba sobre él.*
- 17 *Y se oyó una voz de los cielos que decía: «Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia.»*

1. PUNTOS CLAVE

- a. El llamamiento de Juan
 - i. El cumplimiento de la profecía
 - ii. Juan preparó el camino del Señor
 - iii. Juan predicó y vivió como un profeta
- b. La predicación de Juan
 - i. Juan predicó sobre el arrepentimiento, lo cual implica un cambio de vida
 - ii. Juan proclamó la venida de alguien más poderoso que bautizaría en Espíritu Santo y fuego
 - iii. Juan amonestó sobre el juicio que caería sobre los impenitentes
- c. El bautismo de Juan
 - i. Relacionado con la confesión de pecados
 - ii. Bautismo de arrepentimiento
- d. El bautismo de Jesús
 - i. Jesús explicó que Él necesitaba ser bautizado para cumplir toda justicia, es decir, para cumplir la voluntad de Dios
 - ii. El descenso del Espíritu Santo y la voz del cielo atestiguaron la filiación divina de Jesús

2. CONTEXTO

Mateo introduce a Juan el Bautista como el que predicaba el arrepentimiento y bautizaba a la gente en el desierto de Judea. En su predicación, Juan proclamó la venida de alguien más poderoso, alistando así el terreno para la venida de Jesús.

El relato del ministerio de Juan culmina en el momento en que Jesús vino a Juan para recibir el bautismo. Mateo usa el verbo *παραγίνεται* (“vino”) para marcar la aparición de estas dos figuras principales y para establecer una conexión entre ellas (cf. Mt 3:1 RVR1960; Mt 3:13). Compárese *παραγίνεται Ἰωάννης* (literalmente, “Juan llega”; v. 1) y *παραγίνεται ὁ Ἰησοῦς* (literalmente, “Jesús llega”; v. 13). Esto también marca las dos secciones principales del pasaje: el ministerio de Juan (vv. 1–12) y el bautismo de Jesús (vv. 13–17).

3. COMENTARIO

a. La llegada de Juan

Juan el Bautista vino en un momento y de una manera conformes a la voluntad de Dios. La expresión “en aquellos días” (v. 1) no se refiere a un momento específico, sino que remite a los relatos precedentes acerca de la infancia de Jesús y conecta el tiempo del ministerio de Juan con el nacimiento de Jesús. En los escritos proféticos, “en aquellos días” a veces significa un tiempo divinamente designado (cf. Jer 33:15–16; Jl 2:29; 3:1; Zac 8:23). Por lo tanto, podemos decir que Juan comenzó su ministerio en un momento específico dentro del plan de Dios.

El trabajo que Juan vino a llevar a cabo también satisfizo el plan de Dios. Tal como predijo el profeta Isaías, la predicación de Juan era la “voz del que clama en el desierto” (v. 3). Su misión era “preparad un camino a Jehová” y “nivelad una calzada” (Is 40:3). Juan cumplió su misión predicando el mensaje de arrepentimiento. La vestimenta y la dieta que llevaba eran propias a las de un profeta predicando en el desierto. La Biblia identifica a Juan el Bautista con Elías (Mt 11:13–14; 17:12–13) porque su ropa y su cinturón de cuero recordaban al profeta (cf. 2 R 1:8). Estas descripciones acerca de Juan y su ministerio lo presentan como un profeta que Dios envía con un mensaje y una misión.

b. La predicación de Juan

El mensaje que Juan proclamó fue: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (v. 2). Posteriormente, Jesús y sus discípulos también repitieron el mismo mensaje (cf. Mt 4:17; 10:7). La proclamación de Juan sobre la llegada del reino de Dios dio comienzos a una nueva era.

i. “Arrepentíos” (v. 2)

Juan comenzó su predicación llamando a la gente al arrepentimiento. Etimológicamente, μετανοέω, la palabra griega para “arrepentirse”, significa “cambio de mente” (μετά = después; νοῦς = mente). El Nuevo Testamento usa el término νοῦς con los siguientes posibles matices significativos:

1. “Mente” o “disposición”, en el sentido de orientación interna o actitud moral;
2. Conciencia moral que determina la voluntad y la acción;
3. Entendimiento;
4. “Pensamiento”, “juicio”, “resolución”⁶⁹.

⁶⁹ *Theological Dictionary of the New Testament*, ed. Gerhard Kittel, Geoffrey W. Bromiley y Gerhard Friedrich, ed. electrónica, (Grand Rapids, MI, Eerdmans, 1964–), 4:959.

Por lo tanto, el llamado al arrepentimiento es más que un llamado a sentir remordimiento por los errores cometidos en el pasado. El arrepentimiento implica una transformación del corazón que resulta en un cambio total de una persona.

La predicación de Juan enfatiza claramente que el resultado del arrepentimiento debe ser un cambio concreto en las acciones. Juan les había advertido a los fariseos y saduceos que tenían que “producid, pues, frutos dignos de arrepentimiento” (v. 8). Una persona cuya vida no se ajusta a la manera de Dios es como un árbol que no da fruto, y su fin es la destrucción. La urgencia en el llamado al arrepentimiento es reforzada por los verbos en tiempo presente de las siguientes oraciones: “el hacha ya está puesta a la raíz de los árboles” y “todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado al fuego” (v. 10).

ii. “El reino de los cielos se ha acercado” (v. 2)

La razón por la que la gente tenía que arrepentirse era porque “el reino de los cielos se ha acercado”. “Cielo” (οὐρανός) puede referirse al lugar donde Dios está presente (cf. Mc 6:41; Jn 17:1; Ap 11:13; 16:11). “Reino” (βασιλεία) puede denotar la autoridad del rey (cf. Lc 19:12, 15; Ap 17:12) o el dominio sobre el cual gobierna un rey (Mt 12:25; Mc 6:23). Las expresiones “el reino de los cielos” y “el reino de Dios” (Mt 19:23–24) se usan indistintamente. Por lo tanto, decir “el reino de los cielos” equivale a decir “el reino de Dios que viene de arriba”.

El reino de los cielos se ha acercado. Si esto es una referencia a la proximidad del tiempo, entonces puede aludir al reinado de Cristo en la iglesia, el cual comenzó con la resurrección de Cristo (cf. Mt 28:18). La cercanía del reino de los cielos también podría significar que el reino de Dios ahora puede ser fácilmente experimentado y recibido por aquellos que aceptan y se someten a Cristo (cf. Mt 5:3, 10; 6:33; 12:28; Mc 10:15; Lc 10:9–11; 17:20–21).

iii. Alguien más poderoso

La predicación de Juan culmina en el anuncio de “el que viene tras mí” (v. 11). Esta persona que vendría después que Juan sería más grandioso y poderoso que Juan, y bautizaría en Espíritu Santo y fuego. El bautismo del Espíritu Santo, según lo explican el Señor Jesús y el apóstol Pedro, se refiere al derramamiento del Espíritu Santo prometido (Hch 1:5; 11:15–16). A través del Espíritu Santo, Cristo permanecería y reinaría dentro de los creyentes (Jn 14:16–20; Ro 8:10–11).

El “fuego”, en su sentido positivo como parte del bautismo de los creyentes, se refiere a la obra purificadora del Espíritu Santo (cf. Is 4:2–5;

Zac 13:9; Mal 3:2–3). Pero en el mensaje de Juan, el fuego también simboliza el juicio divino que consumiría a los impenitentes (vv. 10, 12).

En síntesis, Juan presentó al que vendría tras él como el Señor que traería bendiciones a los justos y calamidades a los malvados. Así como un granjero usa el aventador para separar el trigo de la paja, Cristo también separará a los justos de los injustos.

c. El bautismo de Juan

El ministerio de Juan se caracterizó por el bautismo; es por eso que en su época, la gente lo conocía como “el Bautista”.

La gente venía a Juan para ser bautizada, confesando sus pecados (v. 6). ἔξομολογούμενοι (“confesando”) es un participio de presente medio-pasivo. Esto indica que el bautismo debe ir acompañado de la confesión de pecados.

Juan se refirió a su bautismo como un bautismo en agua “para arrepentimiento” (v. 11). ¿Qué nos dice esto acerca de la función y el propósito del bautismo de Juan? Existen dos puntos de vista dominantes al respecto, dependiendo de si la palabra εἰς (“para”) se entiende como: 1) “en vista de”, lo cual significa que el bautismo es una expresión de arrepentimiento; o 2) “para”, lo cual implica que el arrepentimiento es la meta o el resultado del bautismo.

No hay necesidad de apoyar una interpretación y excluir la otra. El arrepentimiento, como hemos visto antes, es más que un cambio de mente o un sentimiento de remordimiento por los pecados cometidos en el pasado. El arrepentimiento es un proceso de conversión durante el cual la vida de una persona se vuelve completamente a Dios. Por lo tanto, el arrepentimiento es tanto el prerrequisito como el resultado del bautismo. En otras palabras, el bautismo que la gente recibió de Juan marcó tanto una transformación del corazón como el comienzo de una vida convertida.

Además, el anuncio de la venida de Cristo deja en claro que el bautismo de Juan era un anticipo del bautismo en Espíritu Santo y fuego. Por lo tanto, al recibir el bautismo de Juan, la gente estaba reconociendo sus pecados, volviéndose a Dios y preparándose para la venida del Mesías.

d. El bautismo de Jesús

El relato de Mateo dice explícitamente para qué Jesús fue al Jordán—“para ser bautizado por [Juan]” (v. 13). La pregunta que surge inmediatamente es por qué Jesús tuvo que ser bautizado. Si el bautismo de Juan era para arrepentimiento y era recibido junto con la confesión de pecados, ¿por qué Jesús, que era sin pecado, fue a Juan para recibir su bautismo?

i. Juan trató de disuadir a Jesús

Cuando Jesús vino a Juan para ser bautizado, Juan dijo: “Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú acudes a mí?” (v. 14). Esto nos dice que Juan estaba confundido ante la intención de Jesús. Si en ese momento Juan hubiera sabido que Jesús era el Mesías, su reticencia hubiera sido comprensible: ¿cómo puede el Bautista por excelencia, esa persona más poderosa que anunció Juan, venir a ser bautizado por su precursor? Sin embargo, según Juan 1:31–34, en ese momento Juan el Bautista aún no conocía la divinidad de Jesús. En este caso, la reticencia de Juan pudo haber sido por la alta estima que tenía de Jesús, la cual se basaba en las historias que había escuchado sobre Él, como su nacimiento milagroso y su extraordinario entendimiento de las Escrituras siendo aún niño.

ii. La respuesta de Jesús

Ante la reticencia de Juan, Jesús respondió: “Permítelo ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia” (v. 15). Esta declaración, que sólo se encuentra en Mateo, es la clave para entender por qué Jesús quiso ser bautizado por Juan.

“Justicia” no es una cualidad abstracta, sino que es algo que puede ser expresado concretamente a través de las acciones que se ajustan a la voluntad de Dios (ver Digresión). A pesar de que ser bautizado por Juan no estaba estipulado en las leyes del Antiguo Testamento, Juan había sido enviado a bautizar según la justa voluntad de Dios (Mt 21:32). En este pasaje, Jesús reveló, además, que el hecho de que Él fuera bautizado por Juan era voluntad de Dios. Al haber nacido bajo la ley, Jesús, al igual que sus contemporáneos, tuvo que someterse a la justicia de Dios mediante el cumplimiento de los requisitos de Dios. En el plan de salvación de Dios, el bautismo de Jesús tuvo un propósito divino.

Es por eso que fue necesario (literalmente, “apropiado”) que tanto Juan como Jesús llevaran a cabo el mandato de Dios para cumplir toda justicia. Cumplir toda justicia significa llevar a cabo cada uno de los requerimientos de Dios, y el bautismo de Jesús fue uno de ellos. De hecho, Jesús dedicó toda su vida para cumplir toda justicia. Lo que Jesús le dijo a Juan, entonces, fue una invitación, incluso una orden, para que Juan se uniera a Él en el cumplimiento de la voluntad de Dios. Con esta perspectiva en mente, Juan consintió. Por otra parte, el llamado de Jesús a cumplir toda justicia y el ejemplo de obediencia que nos dejó nos incumben a los creyentes en el sentido de que nosotros

también tenemos que llevar a cabo todos los mandamientos del Señor para cumplir toda justicia (cf. Mt 28:20).

“Cumplir” es una palabra clave en Mateo. Enfatiza el hecho de que Jesús es el cumplimiento de las profecías⁷⁰. Jesús mismo declaró que Él vino a cumplir la Ley y los Profetas (Mt 5:17–18). El acto de obediencia que Jesús demostró en su bautismo era parte de su misión de cumplir completamente la voluntad de Dios, una misión que duraría toda su vida.

iii. La revelación divina luego del bautismo

Luego de ser bautizado, Jesús subió del agua, y los cielos fueron abiertos. En la Biblia, la apertura de los cielos connota revelación divina u otorgamiento del favor de Dios (cf. Dt 28:12; Sal 78:23–25; Ez 1:1; Is 64:1; Mal 3:10; Jn 1:51; Hch 7:56; 10:11; Ap 4:1; 19:11). En este caso, la apertura de los cielos también señala revelación y aprobación divinas.

En esta visión, el Espíritu de Dios descendió como una paloma y se posó sobre Jesús. Así se cumplió la profecía mesiánica que decía que Dios pondría su espíritu sobre el Ungido (Is 11:2; 42:1; 61:1). Este acontecimiento sirvió como testimonio a Juan y a todo Israel de que Jesús era el que bautizaría con el Espíritu Santo (Jn 1:31–34).

La declaración de la voz del cielo es el clímax de la narración. El Padre celestial dijo lo siguiente acerca de Jesús: “Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (v. 17). La proclamación de la filiación divina de Jesús es central en la historia del bautismo de Jesús. El anuncio de que Jesús era el “Hijo amado” de Dios sirvió como una señal clara de que el acto de obediencia de Jesús al recibir el bautismo de Juan tuvo la aprobación de Dios. Además, esta declaración también marcó el cumplimiento de la profecía mesiánica del salmo de la coronación, Salmos 2, y de la profecía de Isaías acerca del siervo sufriente (Is 42:1). Jesús, el hijo de Dios, que heredaría las naciones y gobernaría con vara de hierro, también fue el siervo manso y humilde que sufriría por los pecados del mundo.

70 Cf. Mt 1:22; 2:15,17,23; 4:14; 8:17; 12:17; 13:35; 21:4; 26:54,56; 27:9

4. DIGRESIÓN

En el Antiguo Testamento, “justicia” era un atributo divino arraigado en el pacto de Dios con su pueblo (Neh 9:8). Dios mostró su justicia manteniendo su pacto, ejercitando justicia y ofreciendo salvación (Sal 22:31; 40:9-10; 71:15-16; 98:1-2; Is 41:10; 42:6; 45:8; 51:5; 56:1; Miq 6:4-5). Es por eso que los actos de Dios fueron llamados “actos de justicia” (Jue 5:11 NVI; 1 S 12:7 RVA); y el pueblo de Dios, que experimentó los actos de justicia de Dios, se refirió a Dios como “Jehová, justicia nuestra” (Jer 23:6; 33:16).

Por otro lado, el pueblo de Dios participó en la justicia de Dios al guardar las leyes del pacto (cf. Dt 4:8; Sal 119:138, 172). Dios atribuyó su justicia a aquellos que confiaron en su pacto (cf. Gn 15:6). Y al exigir que su pueblo obedeciera sus mandamiento y actuara con justicia, pretendió que fueran justos (Dt 6:25; 24:13; Is 56:1; 64:5). Por ende, una persona era considerada justa a los ojos de Dios si confiaba y obedecía la voluntad de Dios.

Del mismo modo, el Nuevo Testamento también usa la palabra “justicia” para referirse a los actos justos de Dios (Hch 17:31; Ap 19:11) y a los actos de obediencia que el hombre realiza para cumplir la voluntad de Dios (Mt 5:20; 1 P 2:24; 3:14; Stg 3:18; Ro 9:30; 10:5). Más importante aún, bajo el nuevo pacto, la justicia de Dios se revela en el evangelio de la salvación (Ro 1:17; 3:25-26).

Mateo 28:16–20

- 16 *Pero los once discípulos se fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había ordenado.*
17 *Cuando lo vieron, lo adoraron, aunque algunos dudaban.*
18 *Jesús se acercó y les habló diciendo: «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.*
19 *Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.*
20 *y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado. Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.» Amén.*

1. PUNTOS CLAVE

- a. El bautismo es un mandato del Señor (v. 19)
- b. Bautizar es parte de hacer discípulos (v. 19)
- c. Bautizar “en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (v. 19) es bautizar en el nombre de Jesús

2. CONTEXTO

El pasaje final de Mateo es el punto culminante de la historia de la resurrección así como de todo el Evangelio. En el monte donde Jesús había indicado, el Señor les confió una gran comisión (objeto del presente estudio) a los discípulos. El mandato de bautizar es una parte esencial y fundamental de dicha comisión. La inclusión del bautismo en la comisión subraya su papel vital en la conversión de un cristiano.

De la estructura del presente pasaje también podemos ver que el bautismo es el elemento central de dicho pasaje. Tal como observa Schieber, aquí podemos ver una estructura concéntrica, es decir, A: potestad (v. 18b), B: hacer discípulos (v. 19a), C: bautizar (v. 19b), B': enseñar (v. 20a) y A': presencia (v. 20b)⁷¹.

71 H. Schieber, “The Conclusion of Matthew’s Gospel,” *TD 27* (1979), págs. 155-58. _____. “Konzentrik im Matthäusechluss, Ein form- und gattungskritischer Versuch zu Mt 28,16–20,” *Kairos 19*, (1977), págs. 286–307.

3. COMENTARIO

a. El bautismo es un mandato del Señor

En este pasaje, el Señor resucitado envía a sus seguidores al mundo luego de confiarles la gran comisión. El uso repetido de las palabras “toda”, “todas” y “todos” realzan el peso y la magnitud de la comisión:

- La base de la comisión es que “toda potestad” en el cielo y en la tierra le ha sido dada a Cristo.
- El alcance de la evangelización es “todas las naciones”.
- El Señor ordena a los discípulos a enseñar “todas las cosas que os he mandado”.
- El Señor estará presente con sus seguidores “todos los días”.

No está de más insistir que la necesidad y la importancia del bautismo descansan en el mandato del Señor. Como tal, el bautismo no es una institución humana sino que es algo requerido por Cristo mismo. Por medio de la potestad que Dios le da sobre los cielos y la tierra, el Señor envía a sus discípulos al mundo para guiar a la gente al arrepentimiento y al perdón de pecados a través del bautismo practicado en su nombre (cf. Lc 24:47). También los envía a que enseñen sus mandamientos a todas las naciones, con el fin de que éstas puedan someterse completamente a Cristo. La iglesia debe llevar a cabo este trabajo hasta el fin del mundo con la continua presencia del Señor. Por lo tanto, el que bautiza lo hace por la potestad de Cristo, y el que recibe el bautismo halla perdón a causa de la potestad de Cristo. El mandato de bautizar es tan fundamental en la gran comisión que rechazarlo equivaldría a rechazar el mandato del Señor. El bautismo del Nuevo Testamento es instituido por Cristo mismo.

b. Bautizar es parte de hacer discípulos

En griego, la comisión se compone de un imperativo, μαθητεύσατε (“haced discípulos”), seguido de dos participios βαπτίζοντες (“bautizándolos”) y διδάσκοντες (“enseñándoles”). Hacer a alguien discípulo de Cristo implica bautizarlo. Enseñar a los discípulos todo lo que el Señor ha mandado es deber de la iglesia. El proceso de conversión de una persona implica necesariamente el bautismo. Si una persona desea convertirse en un discípulo de Cristo, deber ser bautizada. Por lo tanto, el bautismo no es una buena obra que sigue a la conversión, sino que es la clave para la conversión. Es por eso que “bautizándolos” (v. 19) se distingue de “enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado” (v. 20). Ser bautizado es un requisito para convertirse en discípulo del Señor,

mientras que guardar todas las cosas que el Señor ha mandado es algo que se espera de alguien que se ha convertido.

c. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo

El Señor estipula que los discípulos han de bautizar a la gente en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. εἰς τὸ ὄνομα (“en el nombre de”) es una expresión que indica pertenencia o sometimiento a alguien. Ser bautizado es el proceso por el cual un creyente se somete totalmente al dominio y a la potestad del Padre, el que nos escogió y nos dio a luz (Ef 1:1–8; Stg 1:17–18; 1 P 1:3), del Hijo, por cuya sangre hemos recibido la propiciación por nuestros pecados (1 Jn 1:7; 4:10; Gl 2:20), y del Espíritu Santo, el que da testimonio de que somos hijos de Dios (Ro 8:16).

La orden de bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo nos da a entender la naturaleza y el significado del bautismo. Sin embargo, esta orden no pretende ser una fórmula bautismal, es decir: “Así dirás textualmente cuando bautizas, ‘Yo os bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo’”. Para entender esto, téngase en cuenta las siguientes consideraciones:

- i. La frase “en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” nos dice quién es el dueño del nombre, pero no nos dice cuál es el nombre. El hecho de que ὄνομα (“nombre”) sea un sustantivo singular indica que hay un solo nombre, y que “Padre”, “Hijo” y “Espíritu Santo” no son nombres. Cuando Cristo se refirió a Dios como su Padre y a Él mismo como el Hijo, estaba aludiendo a la relación que tenía con el Dios eterno; de ninguna manera estaba utilizando las palabras “Padre” e “Hijo” como nombres propios. Dios tiene un solo nombre y ese nombre es “Jesús”. Jesús es el nombre del Padre, y el Padre también le dio este nombre al Hijo. Esto puede ser visto en la oración que el Señor Jesús le hizo al Padre: “... protégelos con el poder de tu nombre, el nombre que me diste” (Jn 17:11 NVI). “Jesús” también es el nombre del Espíritu Santo porque el Espíritu Santo es el Espíritu de Jesús (Hch 16:7; Gl 4:6; Jn 14:15–20), así como el Espíritu del Padre (Mt 14:23; cf. Lc 12:12; Jn 14:23).
- ii. El Señor no especificó cuál es el nombre porque Él no les estaba dando una fórmula bautismal a los discípulos. Sin embargo, del contexto sabemos que ese nombre no era otro que su propio nombre. La base para hacer discípulos y bautizar provenía de la potestad que le había sido dada a Cristo en el cielo y en la tierra. Puesto que el bautismo se basa en la potestad de Cristo, se deriva naturalmente que el bautismo

debe ser administrado en su nombre. Bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo es bautizar en el nombre de Jesús.

- iii. El Señor Jesús les dijo a los discípulos que en realidad Él tenía muchas cosas que decirles, pero que ellos en ese momento no las podían soportar. Pero cuando venga el Espíritu de la verdad, dicho Espíritu los guiaría a toda verdad (Jn 16:12–13). Luego del derramamiento del Espíritu Santo en el día de Pentecostés, los apóstoles entendieron que el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo era, de hecho, Jesús. Es por eso que los apóstoles ordenaron a los conversos a que fueran bautizados en el nombre de Jesucristo para el perdón de los pecados (Hch 2:38). Obedeciendo la orden del Señor de bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, los apóstoles bautizaron consistentemente en el nombre del Señor Jesucristo (Hch 8:16; 10:48; 19:5).

Marcos 1:1–11

- 1 Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios.
- 2 Como está escrito en el profeta Isaías: «Yo envío mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de ti.
- 3 Voz del que clama en el desierto: “Preparad el camino del Señor. ¡Enderezad sus sendas!”»
- 4 Bautizaba Juan en el desierto y predicaba el bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados.
- 5 Acudía a él toda la provincia de Judea y todos los de Jerusalén, y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados.
- 6 Juan estaba vestido de pelo de camello, tenía un cinto de cuero alrededor de su cintura, y comía langostas y miel silvestre.
- 7 Y predicaba, diciendo: «Viene tras mí el que es más poderoso que yo, a quien no soy digno de desatar, agachado, la correa de su calzado.
- 8 Yo a la verdad os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo.»
- 9 Aconteció en aquellos días que Jesús vino de Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán.
- 10 Luego, cuando subía del agua, vio abrirse los cielos y al Espíritu como paloma que descendía sobre él.
- 11 Y vino una voz de los cielos que decía: «Tú eres mi Hijo amado, en ti tengo complacencia.»

1. PUNTOS CLAVE

- a. La aparición de Juan
 - i. Como está escrito en los Profetas, Juan vino como un mensajero de Dios para preparar el camino del Señor
- b. El bautismo y la predicación de Juan
 - i. Juan predicó un bautismo de arrepentimiento para el perdón de los pecados
 - ii. Juan predicó acerca de la venida de alguien más poderoso
 - iii. Jesús bautizaría con el Espíritu Santo

c. El bautismo de Jesús

- i. La expresión “bautizado en el Jordán” (ἐβαπτίσθη εἰς τὸν Ἰορδάνην) apoya la inmersión y excluye otras formas de bautismo
- ii. El descenso del Espíritu Santo sobre Jesús y la voz del cielo confirmaron que Jesús era el Hijo de Dios

2. CONTEXTO

Marcos no narra la infancia de Jesús, sino que comienza su relato con la aparición de Juan. Introduce la venida de Juan con el título “Principio del evangelio de Jesucristo” (v. 1), incluyendo así al ministerio de Juan como parte de las buenas nuevas que se cumplirían en Jesús. La predicación de Juan acerca de Jesús y las señales que sucedieron luego de su bautismo confirmaron la identidad de Jesús como aquella persona más poderosa y el hijo de Dios.

3. ESTRUCTURA

En la primera sección de este pasaje (vv. 1–8), vemos que las actividades de Juan el Bautista (vv. 4–8) coinciden con lo que el profeta predijo sobre el mensajero (vv. 1–3). Juan preparó el camino del Señor predicando el bautismo del arrepentimiento para el perdón de pecados (vv. 4–5) y proclamando la venida de aquel que vendría después de él (vv. 7–8).

La segunda sección (vv. 9–11) registra cómo Jesús vino a Juan para ser bautizado. Este fue el momento en que el cielo testificó sobre la identidad de Jesús.

4. COMENTARIO

a. La aparición de Juan

i. La naturaleza del bautismo de Juan

El versículo uno comienza con la frase “principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios”. Lo que constituye el principio del evangelio se explica en los dos versículos siguientes. “Como está escrito” (v. 2) indica que lo que se cita de los profetas ha sido cumplido, ya que las buenas nuevas acerca de Jesucristo han comenzado. En otras palabras, el ministerio bautismal de Juan fue el comienzo del evangelio, ya que el único propósito de su ministerio era preparar al pueblo para recibir a Cristo. Esto es consistente con otros pasajes del Nuevo Testamento que hablan sobre el rol que cumplió Juan (Hch 1:22; 10:37; Mt 11:22). Por lo tanto, el bautismo que Juan predicó y administró no era parte de

las abluciones del Antiguo Testamento, sino que pertenecía a la nueva era de la salvación que Cristo había venido a cumplir.

ii. El propósito del bautismo de Juan

Las citas de Malaquías 3:1 e Isaías 40:3, cumplidos ahora por Juan el Bautista, nos ayudan a entender el propósito del ministerio de Juan. Juan era un mensajero de Dios, cuya misión era preparar el camino del Señor y enderezar sus sendas a través de la predicación y el bautismo. Al llamar a la gente al arrepentimiento, Juan volvió los corazones de la gente hacia Dios, preparándolos así para la venida del Hijo de Dios.

b. El bautismo y la predicación de Juan

Lo que caracterizó el ministerio de Juan fue el bautismo. Juan predicó un bautismo de arrepentimiento para el perdón de pecados. En respuesta a su mensaje, “toda la provincia de Judea y todos los de Jerusalén” (v. 5) acudieron a él y fueron bautizados en el río Jordán.

Un “bautismo de arrepentimiento” exige una forma de vida nueva y debe ir acompañado de un cambio de corazón y conducta⁷². Es por eso que cuando el pueblo acudía a Juan para ser bautizado, lo hacía confesando sus pecados. A través del bautismo de arrepentimiento, los corazones de la gente fueron preparados para recibir al Señor.

El bautismo de arrepentimiento era “para perdón de pecados” (v. 4). εἰς (“para”) connota propósito y resultado. Según la ley de Dios, un pecador que se vuelve de sus pecados vivirá, y sus transgresiones son perdonadas (Ez 18:21-22). Por lo tanto, el bautismo de Juan, recibido con arrepentimiento verdadero, daba lugar al perdón de pecados proveniente de Dios.

¿Hubo perdón de pecados antes de la venida de Jesús? ¿El bautismo de Juan pudo de veras quitar los pecados? El efecto de perdón de pecados del bautismo de Juan es similar al de los sacrificios del Antiguo Testamento. La sangre de los animales, por sí misma, es ineficaz para purificar la conciencia (Heb 10:1-4). Sin embargo, Dios dijo que los pecados del que trae el sacrificio serían perdonados por la expiación que ofrece el sacrificio (cf. Lv 4:31, 35). Este perdón de pecados es una promesa que se cumpliría cuando Cristo se ofreciera a sí mismo como el sacrificio expiatorio. O sea, el efecto de perdón de pecados de los sacrificios era un efecto prometido. Por medio de la promesa de Dios y de la fe del que ofrece el sacrificio, el pecador recibe la promesa del perdón de pecados que se cumpliría con la venida de Cristo (Heb 11:39).

72 Véase el comentario sobre Mateo 3:1-17

c. “El que es más poderoso que yo” (v. 7)

El bautismo de Juan no era un fin en sí mismo. Además de bautizar y llamar a la gente al arrepentimiento, Juan también había anunciado la llegada de aquel que vendría después de él. Esta persona sería tan poderosa que ni siquiera Juan se sentiría digno de ofrecerle aun el servicio más humilde.

Juan contrastó su bautismo, un bautismo de agua, con el bautismo de Espíritu Santo que aquella persona más poderosa realizaría. El derramamiento del Espíritu de Dios sobre su pueblo era una promesa que Dios hizo en el Antiguo Testamento (cf. Is 32:15; 44:3; Ez 36:26–27; 37:14; Jl 2:28–29). Juan proclamó que el que venía tras él cumpliría esta promesa escatológica. Esta promesa fue cumplida cuando, después de su ascensión, el Señor derramó el Espíritu Santo prometido sobre los creyentes. De acuerdo a las propias palabras del Señor, este derramamiento del Espíritu Santo fue el bautismo del Espíritu Santo que Juan había predicado (Hch 1:4–8; 11:15–16).

d. El bautismo de Jesús

En la segunda sección del pasaje, el relato cambia de enfoque y narra cómo llegó Jesús y cómo fue bautizado. Jesús vino de Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán.

La frase *ἐβαπτίσθη εἰς τὸν Ἰορδάνην* (“fue bautizado en el Jordán”) proporciona una evidencia muy clara de que la forma correcta del bautismo es la inmersión. *βαπτίζω* generalmente significa “zambullirse” o “sumergirse”. En su análisis sobre el significado del verbo “bautizar”, Howard Marshall sostiene que dado que la palabra *βαπτίζω* es un término técnico que describe una acción ritual, no es correcto atenerse simplemente a su definición literal. Marshall concluye que el término también puede significar afusión, emparar o verter⁷³. Sin embargo, tal como podemos ver en el relato del bautismo de Jesús en Marcos, *ἐβαπτίσθη εἰς* sólo puede significar “se sumergió en”. La preposición *εἰς* (“en”) seguido del verbo en forma pasiva *ἐβαπτίσθη* excluye todas las demás formas de bautismo. “Verter en”, “emparar en” o “rociar en” simplemente no funcionarían en este caso.

El versículo 10 también confirma que Jesús fue sumergido en el Jordán. Dicho versículo dice que Jesús “subía del agua” (*ἐκ τοῦ ὕδατος*). La preposición griega *ἐκ* (de), usada en un sentido espacial, connota salir del interior de un objeto. Para que Jesús haya subido del agua fue necesario que primero hubiera entrado completamente en el agua.

⁷³ Howard Marshall, “The Meaning of the Verb ‘Baptize’” en *Dimensions of Baptism*, vol. 234 de *Journal for the Study of the New Testament Supplement Series*, ed. Stanley E. Porter y Anthony R. Cross, (London: Sheffield Academic Press, 2002), págs. 8–24.

En la frase *ἐβαπτίσθη ὑπὸ Ἰωάννου* (“bautizado por Juan”), el verbo en forma pasiva *ἐβαπτίσθη* y la preposición *ὑπὸ* con el genitivo indican que Juan no fue simplemente un testigo del bautismo, sino que fue el agente que realizó el bautismo.

Marcos no aborda la cuestión de por qué Jesús tuvo que recibir el bautismo de arrepentimiento de Juan. A diferencia de Mateo, Marcos no registra la reticencia de Juan ni la respuesta de Jesús. Sin embargo, el testimonio que vino del cielo luego de que Jesús había sido bautizado muestra claramente que el bautismo de Jesús fue único.

Cuando Jesús subía del agua vio que los cielos se abrieron y que el Espíritu descendió sobre él como una paloma⁷⁴. Luego, una voz del cielo dijo: “Tú eres mi Hijo amado⁷⁵, en ti tengo complacencia” (v. 11). Dios declaró abiertamente que Jesús era su Hijo amado, revelando así a todo Israel que Jesús era el Mesías, el que era amado y el que fue elegido especialmente por Dios.

“En ti tengo complacencia” (*ἐν σοὶ εὐδόκησα*) también da testimonio del favor divino. *εὐδόκησα* es un aoristo de indicativo activo, lo que sugiere que Dios estaba especialmente satisfecho con lo que Jesús había hecho, es decir, el acto de obediencia que Jesús demostró al recibir el bautismo de Juan.

74 Véase el comentario sobre Mateo 3:16 para una explicación más detallada de la importancia de esta visión

75 La palabra *ἀγαπητός* (“amado”) también puede ser traducida como “único”; véase Gn 22:2, 12, 16 de la Septuaginta.

Marcos 16:14–18

- 14 *Finalmente se apareció a los once mismos, estando ellos sentados a la mesa, y les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que lo habían visto resucitado.*
- 15 *Y les dijo: —Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura.*
- 16 *El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado.*
- 17 *Estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios, hablarán nuevas lenguas,*
- 18 *tomarán serpientes en las manos y, aunque beban cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán.*

1. PUNTOS CLAVE

- a. Este pasaje se encuentra en una sección disputable de la Biblia
- b. El bautismo está íntimamente ligado a la fe
- c. El bautismo y la fe son necesarios para la salvación

2. CONTEXTO

Luego de haber muerto en la cruz, Jesucristo resucitó al tercer día, el primer día de la semana. Se apareció a los once discípulos y les confió la gran comisión de predicar el evangelio. En cuanto a su alcance, esta comisión era comprensiva, ya que los discípulos debían ir “por todo el mundo” y predicar a “toda criatura” (v. 15). En este pasaje Jesús también menciona las dos posibles reacciones que la gente puede tener al escuchar el evangelio y sus respectivas consecuencias.

3. COMENTARIO

- a. La canonicidad del pasaje

El pasaje final del Evangelio de Marcos es una sección disputable de la Biblia. Marcos 16:9-20 aparece en la versión Textus Receptus (Texto

Recibido) del Nuevo Testamento griego, versión de la cual fue traducida la versión Reina-Valera⁷⁶. Sin embargo, este pasaje está ausente en los códices más tempranos del Nuevo Testamento, es decir, el Codex Sinaiticus (Códice Sinaítico) y el Codex Vaticanus (Códice Vaticano). Por lo tanto, muchos expertos afirman que Marcos 16:9–20 no es canónico, sino que fue añadido para suavizar el final abrupto del versículo 8.

En esta obra no pretendemos determinar la canonicidad de este pasaje. Independientemente de su canonicidad, lo que el pasaje menciona sobre el bautismo es totalmente congruente con lo que los otros pasajes de la Biblia dicen del bautismo. Por lo tanto, la cuestión de la canonicidad no le resta valor a lo que el pasaje dice sobre el bautismo. Por consiguiente, estudiaremos este pasaje en el supuesto de que el texto es original y examinaremos cómo el pasaje apoya la necesidad del bautismo.

b. El bautismo y la fe

Cuando Jesús ofreció la promesa de la salvación, habló de la necesidad de la fe y el bautismo. La fe y el bautismo están tan estrechamente relacionados que son inseparables. En griego, un solo artículo definido ó (“el que”) agrupa a los verbos πιστεύσας (“crea”) y βαπτισθεις (“sea bautizado”) juntos. Por lo tanto, ó πιστεύσας καὶ βαπτισθεις (“el que crea y sea bautizado”) es una unidad sintáctica. Para el Señor Jesús, sólo hay dos clases de personas con respecto a sus reacciones ante el evangelio: los que creen y son bautizados y los que no creen. La primera clase se compone de creyentes y la segunda, de no creyentes. Creer en el Señor Jesús pero no recibir el bautismo no está entre las opciones. La fe es la base del bautismo, y el bautismo resulta de la fe. El que recibe el bautismo debe también aceptar al Señor Jesucristo con fe para ser salvo. Dicho de otro modo, el que tiene fe en Jesucristo debe ser bautizado en Cristo.

La conexión entre la fe y el bautismo es evidente en las enseñanzas sobre el bautismo del Nuevo Testamento (Gl 3:26–27; Col 2:11–12) y en los ejemplos que aparecen en el libro de Hechos (Hch 2:36–38; 10:42–48; 16:29–33; 19:4–5). Por otra parte, toda gracia que se recibe por medio de la fe, como el perdón de pecados, la justificación, la santificación, la regeneración, la unión con Cristo y el ser hijos de Dios, también se reciben a través del bautismo. Por lo tanto, no es sorprendente ver aquí que el bautismo tenga una relación tan íntima con la fe y que juntos ambos sean requisitos para la salvación.

76 “Historia de la Reina-Valera” Sitio oficial de la Reina Valera Contemporánea. Consultado el 13 de marzo de 2015 en <<http://reinalvaleracontemporanea.com/reina-valera/historia-de-la-reina-valera/>>

c. El bautismo es necesario para la salvación

Los dos requisitos para la salvación son la fe y el bautismo. Es por eso que el versículo 16 dice: “el que crea y sea bautizado, será salvo” (el subrayado es nuestro). Para ser salvo, uno debe creer y ser bautizado.

El bautismo, el segundo requisito de la salvación, a menudo es omitido por aquellos que consideran que creer es la única condición para ser salvos. De acuerdo con este punto de vista, el bautismo es sólo una manifestación pública de la fe y no tiene ningún efecto salvífico. Los que se adhieren a esta opinión a menudo citan la segunda parte del versículo 16, “pero el que no crea, será condenado”, para respaldar su juicio. El razonamiento es que dado que la incredulidad es la única condición para la condena, el hecho de que una persona sea bautizada o no, no debería determinar ni su salvación ni su condena.

Para responder a esta interpretación, tenemos que entender primero por qué el bautismo no está incluido en la segunda parte del versículo. Puesto que la fe y el bautismo están íntimamente relacionados, recibir el bautismo presupone creer. Creer, por el contrario, necesariamente precede al bautismo y prepara a uno para ser bautizado. Decir “el que no crea y no sea bautizado” sería redundante. Si uno no cree, la necesidad del bautismo sería irrelevante, y esa persona ya ha sido condenada. Esta es la razón por la que la segunda parte del versículo sólo menciona el primer requisito (creer), que lógicamente precede al segundo (el bautismo).

El hecho de que para una persona que no cree el bautismo está fuera de la cuestión pone de manifiesto una vez más la estrecha relación que existe entre la fe y el bautismo. Sin fe en el Señor Jesucristo no hay necesidad de bautismo. Por lo tanto, la omisión del bautismo en la segunda parte del versículo no implica que éste no sea necesario o que no sea importante. Por el contrario, tal omisión indica que el bautismo es el resultado de la fe. Cualquiera que diga que cree en el Señor Jesucristo pero rechaza bautizarse en su nombre, su fe es cuestionable.

Por último, si el bautismo no fuera necesario para la salvación, ¿para qué el Señor Jesús hizo mención de él? Si de veras el bautismo no fuera esencial para la salvación, decir “el que crea y sea bautizado, será salvo” (v. 16) sería algo falaz. Veamos el siguiente ejemplo. Si alguien dijera: “el que crea y haga señales, será salvo”, cualquiera que lea esto concluiría que la realización de señales es un requisito necesario para la salvación. La única diferencia es que aunque en los versículos 17 y 18 el Señor promete que las señales seguirán a los que creen, la realización de señales no es parte de la condición para la salvación, porque no está incluida en el versículo 16.

No hace falta decir explícitamente que el bautismo es el resultado de la fe, porque el hecho de que el Señor lo haya mencionado específicamente en relación con la fe muestra que el bautismo es de vital importancia para la salvación. En consecuencia, la opinión de que la mención del bautismo en este pasaje no constituye un requisito para la salvación sino que simplemente muestra que el bautismo es una expresión de la fe no tiene respaldo en este pasaje.

Lucas 3:1–22

- 1 *En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, Herodes tetrarca de Galilea, su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite, y Lisaniás tetrarca de Abilinia,*
- 2 *y siendo sumos sacerdotes Anás y Caifás, vino palabra de Dios a Juan hijo de Zacarías, en el desierto.*
- 3 *Y él fue por toda la región contigua al Jordán predicando el bautismo del arrepentimiento para perdón de pecados,*
- 4 *como está escrito en el libro de las palabras del profeta Isaías, que dice: «Voz del que clama en el desierto: “Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas.*
- 5 *Todo valle se rellenará y se bajará todo monte y collado; los caminos torcidos serán enderezados, y los caminos ásperos allanados,*
- 6 *y verá toda carne la salvación de Dios.”»*
- 7 *Y decía a las multitudes que salían para ser bautizadas por él: — ¡Generación de víboras!, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera?*
- 8 *Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento y no comencéis a decir dentro de vosotros mismos: “Tenemos a Abraham por padre”, porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras.*
- 9 *Además, el hacha ya está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto se corta y se echa al fuego.*
- 10 *La gente le preguntaba, diciendo: —Entonces, ¿qué haremos?*
- 11 *Respondiendo, les decía: —El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene qué comer, haga lo mismo.*
- 12 *Vinieron también unos publicanos para ser bautizados, y le dijeron: —Maestro, ¿qué haremos?*
- 13 *Él les dijo: —No exijáis más de lo que os está ordenado.*
- 14 *También le preguntaron unos soldados, diciendo: —Y nosotros, ¿qué haremos? Les dijo: — No hagáis extorsión a nadie, ni calumniéis; y contentaos con vuestro salario.*
- 15 *Como el pueblo estaba a la expectativa, preguntándose todos en sus corazones si acaso Juan sería el Cristo,*
- 16 *respondió Juan, diciendo a todos: —Yo a la verdad os bautizo en agua, pero viene uno más poderoso que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de su calzado; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego.*
- 17 *Su aventador está en su mano para limpiar su era. Recogerá el trigo en su granero y quemará la paja en fuego que nunca se apagará.*

- 18 *Con éstas y otras muchas exhortaciones anunciaba las buenas nuevas al pueblo.*
- 19 *Entonces Herodes, el tetrarca, era reprendido por Juan a causa de Herodías, mujer de Felipe su hermano, y por todas las maldades que Herodes había hecho.*
- 20 *Sobre todas ellas añadió además ésta: encerró a Juan en la cárcel.*
- 21 *Aconteció que cuando todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado y, mientras oraba, el cielo se abrió*
- 22 *y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma; y vino una voz del cielo que decía: «Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia.»*

1. PUNTOS CLAVE

- a. El ministerio de Juan
 - i. El bautismo de Juan, junto con el arrepentimiento, trajo el perdón de pecados y preparó al pueblo para recibir a Cristo
 - ii. El bautismo debe ir acompañado de una vida que refleje el arrepentimiento
 - iii. Uno debe dar frutos de justicia para escapar de la ira venidera de Dios
- b. Juan anuncia a Cristo
 - i. Juan predicó que alguien más poderoso que él iba a venir
 - ii. Aquella persona más poderosa bautizaría en Espíritu Santo y fuego
- c. El bautismo de Jesús
 - i. Jesús se identificó con el pueblo ya que fue bautizado junto con él
 - ii. El descenso del Espíritu Santo y la voz del cielo revelaron que Jesús era el Hijo de Dios y lo ungieron para el ministerio

2. CONTEXTO

Lucas capítulo 1 registra el nacimiento de Juan y las profecías sobre su ministerio. El capítulo termina con la oración: “[Y Juan] estuvo en lugares desiertos hasta el día de su manifestación a Israel” (Lc 1:80). El presente pasaje vuelve a la escena del desierto y retrata a Juan predicando y bautizando según su comisión divina.

El relato del bautismo de Jesús, en el cual Jesús fue anunciado como el Hijo de Dios, está vinculado a los pasajes subsiguientes que se refieren a la genealogía y la tentación de Jesús, los cuales continúan con el tema de la filiación divina de Jesús. El descenso del Espíritu Santo sobre Jesús también asocia este pasaje con las referencias del Espíritu Santo en el capítulo siguiente (Lc 4:1, 18).

3. ESTRUCTURA

Lucas separa el ministerio de Juan (vv. 1–20) y el bautismo de Jesús (vv. 21–22) en dos narraciones distintas. Antes de cambiar de enfoque y hablar de Jesús, Lucas concluye la historia del ministerio de Juan con el relato de su encarcelamiento (vv. 19–20).

En su relato sobre el ministerio de Juan, Lucas introduce a Juan como el profeta de Dios (vv. 1–6). Luego describe el bautismo y la predicación de Juan así como también el contenido de su mensaje (vv. 7–18). Por último, narra la oposición de Herodes, causa del encarcelamiento de Juan (vv. 19–20).

En el relato de la revelación celestial, Lucas documenta que Jesús oró después de su bautismo (v. 21a). Mientras oraba, sucedieron tres acciones expresadas en infinitivo:

1. ἀνεψχθῆναι (“abrir”): apertura del cielo (v. 21b)
2. καταβῆναι (“descender”): descenso del Espíritu Santo (v. 22a)
3. γενέσθαι (“venir”): la voz que vino del cielo (v. 22b)

4. COMENTARIO

a. La comisión de Juan

Según la profecía de Zacarías, Juan se convertiría en el profeta del Altísimo (Lc 1:76). En este pasaje, la forma en que Lucas introduce a Juan como profeta de Dios recuerda a los llamamientos de los profetas del Antiguo Testamento: el uso de la frase “vino palabra de Dios a Juan” (v. 2) y la mención del contexto histórico (cf. Is 1:1; Jer 1:1–3; Os 1:1; Am 1:1).

El ministerio de Juan el Bautista cumple la profecía de Isaías 40:3–5, la cual dice que Juan vendría a preparar el camino del Señor. Este trabajo preparatorio fue necesario en la revelación de la salvación de Dios.

b. El bautismo de Juan

En respuesta a su llamamiento, Juan fue por toda la región contigua al Jordán predicando “el bautismo del arrepentimiento para perdón de pecados” (v. 3)⁷⁷. El bautismo, acompañado por el arrepentimiento y cuyo resultado era el perdón de pecados, era parte del ministerio preparatorio de Juan porque preparaba a la gente para recibir al Mesías.

c. El mensaje de Juan

El contenido de la predicación de Juan consistía en: 1) advertencia sobre el juicio venidero (vv. 7–9); 2) instrucciones prácticas sobre cómo dar

⁷⁷ Véase el comentario sobre Marcos 1 para una explicación más detallada de esta expresión

frutos dignos de arrepentimiento (vv. 10–14); y 3) el anuncio de la llegada de alguien más poderoso (vv. 15–17).

i. El arrepentimiento y el juicio

Juan exhortó a la gente que vino a ser bautizada a dar frutos dignos de arrepentimiento para huir de la ira venidera. Los tres grupos de personas que se acercaron le hicieron la misma pregunta a Juan: “¿Qué haremos?”. Juan les respondió que tenían que mostrar amor y compasión hacia los demás en sus vidas cotidianas.

Claramente, el mero acto de bautizarse era insuficiente. La rectitud personal que se exhibe en la conducta diaria era necesaria para escapar de la ira venidera. No obstante, el énfasis en la moral no le resta importancia al bautismo. El bautismo estaba estrechamente relacionado con el arrepentimiento y el perdón de pecados. Al aceptar el bautismo de Juan, la gente confesaba sus pecados y se sometía al camino justo que demanda Dios. El bautismo que se recibía con un corazón arrepentido daba lugar al perdón de pecados; y la puesta en práctica de las exigencias éticas de Dios le evitaría al individuo el juicio inminente.

ii. Alguien más poderoso

Ansioso por la llegada del Mesías, el pueblo se preguntó si Juan era el Cristo, el Ungido de Dios. Juan respondió anunciando la llegada de “uno más poderoso que yo” (v. 16), de quien Juan no era digno ni siquiera de desatar la correa de su calzado. Juan también comparó su bautismo en agua con el bautismo en Espíritu Santo y fuego que Cristo habría de realizar⁷⁸.

El bautismo de Juan, por lo tanto, preparó el terreno para el bautismo en Espíritu Santo y fuego. El bautismo de Juan volvió a las personas hacia Dios y las preparó para recibir la regeneración del Espíritu Santo a través de Jesucristo, lo que finalmente resultaría en la aceptación de Dios. Pero por otro lado, los que rechazan el bautismo y las enseñanzas de Juan enfrentarán el fuego del juicio que aquella persona más poderosa traería sobre los impenitentes.

d. El bautismo de Jesús y el testimonio del cielo

Lucas no se enfoca en el bautismo de Jesús sino en los acontecimientos que sucedieron después de su bautismo. En el relato de Lucas podemos ver que Jesús fue bautizado junto con el pueblo: “Aconteció que cuando todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado” (v. 21). El Cristo, el que es más poderoso que Juan, no se separó a sí mismo de la gente.

78 Véase el comentario sobre Mateo 3:1–17 para el significado de “bautizará en Espíritu Santo y fuego”

Al contrario, se identificó con el pueblo y se sometió al bautismo de Juan de la manera que lo hizo el pueblo. La oración que hizo después del bautismo no sólo resaltó su humildad sino que también lo identificó aún más con el pueblo.

Los hechos que ocurrieron después del bautismo de Jesús demostraron su estatus singular. Testificaron que Él era el Cristo, aquella persona más poderosa que Juan que vendría a bautizar en Espíritu Santo y fuego (cf. Jn 1:29–34)⁷⁹. Por otra parte, la revelación divina puede ser vista como una comisión y la inauguración del ministerio que Jesús estaba a punto de comenzar. Según consta en los pasajes posteriores de Lucas, la unción del Espíritu Santo sobre Jesús sirvió como una señal de llamamiento divino y guía (Lc 4:1, 14, 18–21; Hch 10:38). La declaración por parte de Dios de que Jesús era el Hijo amado también hizo que la gente prestara atención a las palabras y a las obras del Hijo de Dios (cf. Lc 9:35; 20:13).

79 Véase también el comentario sobre Mateo 3:1–17 para una explicación más detallada sobre la importancia de estos acontecimientos

Lucas 7:24–30

- 24 Cuando se fueron los mensajeros de Juan, comenzó a hablar de Juan a la gente: — ¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento?
- 25 ¿O qué salisteis a ver? ¿A un hombre cubierto de vestiduras delicadas? Pero los que tienen vestidura preciosa y viven en deleites, en los palacios de los reyes están.
- 26 Entonces ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Sí, os digo, y más que profeta.
- 27 Éste es de quien está escrito: “Yo envío mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de ti.”
- 28 Os digo que entre los nacidos de mujeres no hay mayor profeta que Juan el Bautista; y, sin embargo, el más pequeño en el reino de Dios es mayor que él.
- 29 El pueblo entero que lo escuchó, incluso los publicanos, justificaron a Dios, bautizándose con el bautismo de Juan.
- 30 Pero los fariseos y los intérpretes de la Ley desecharon los designios de Dios respecto de sí mismos, y no quisieron ser bautizados por Juan.

1. PUNTOS CLAVE

- a. Juan el Bautista fue el profeta más grande de la historia
- b. El reino de Dios, que vino con la llegada de Jesús, supera todo lo que ha sucedido en la historia
- c. El bautismo de Juan
 - i. Recibir el bautismo de Juan equivalía a recibir a Juan y a su mensaje
 - ii. Recibir el bautismo de Juan significaba someterse a la voluntad de Dios

2. CONTEXTO

Juan había enviado a sus discípulos a preguntarle a Jesús si Él era el que había de venir. En respuesta, Jesús les dijo que le reportaran a Juan las obras que Él hacía. El ministerio de Jesús y los milagros que realizó eran pruebas suficientes para demostrar que Él era el Mesías que el Antiguo Testamento había profetizado. En el presente pasaje de estudio, Jesús les habló a las multitudes

acerca de Juan. La actitud de una persona hacia Juan, y posteriormente hacia Jesús, mostraba si ella estaba a favor o en contra de la voluntad de Dios.

3. COMENTARIO

Recibir el bautismo de Juan prepara a una persona a recibir a Jesús.

a. Jesús confirma la identidad de Juan

La repetición de la pregunta “¿Qué salisteis a ver al desierto?” (v. 24) tuvo la intención de hacer que la gente reflexionara sobre el significado del ministerio de Juan, ya que éste había atraído a un gran número de personas al desierto para recibir el bautismo. Jesús confirmó la noción popular de que Juan era un profeta, es más, dijo que él era más que un profeta. Citando la profecía de Malaquías (cf. Mal 3:1; 4:5), Jesús confirmó que Juan era el profeta Elías, el mensajero que Dios enviaría para preparar el camino del Señor antes de su venida (cf. Mt 11:14; 17:10–13). De hecho, ningún otro profeta fue más grande que Juan.

Sin embargo, Jesús dijo que incluso el más pequeño en el reino de Dios sería mayor que el profeta más grande de todos los tiempos. Esto quiere decir que el reino de Dios inaugurado por Jesús superaba incluso al mayor testigo de la humanidad. La venida del Mesías marcó el comienzo de una era sin precedentes en el plan redentor de Dios.

b. La importancia de recibir el bautismo de Juan

El pasaje hace una clara distinción entre los que “habían sido bautizados” (βαπτισθέντες) y los que “no habían sido bautizados” (μη βαπτισθέντες) por Juan. Teniendo en cuenta que Juan era el mensajero del reino de Dios, que una persona se había sometido o no al mensaje y al bautismo de Juan era un asunto muy significativo. Cuando las personas que habían sido bautizadas por Juan, incluso los publicanos, oyeron lo que Jesús había dicho de Juan, justificaron a Dios⁸⁰. En otras palabras, reconocieron que el propósito y las obras de Dios eran justos. Recibir el bautismo de Juan hizo que ellos se alinearan con el propósito de Dios. Sin embargo, los fariseos y los intérpretes de la Ley que no habían sido bautizados por Juan “desecharon los designios de Dios respecto de sí mismos” (v. 30).

Puesto que el bautismo de Juan fue ordenado por Dios (cf. Lc 20:4), aceptar o rechazar el bautismo de Juan equivalía a aceptar o rechazar la voluntad de Dios. El bautismo de Juan no podía ser separado de su mensaje de arrepentimiento porque Lucas no hizo distinción alguna entre

80 “Justificar”, δικαιοῦν, significa “mostrar justicia”, “vindicar” o “demostrar que es correcto”. William Arndt, Frederick W. Danker y Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature*, 3era ed., Chicago, University of Chicago Press, 2000, pág. 249.

el hecho de ser bautizado por Juan y el hecho de aceptar a Juan como un profeta de Dios. Como hemos aprendido anteriormente, al rechazar el bautismo de Juan, los fariseos y los intérpretes de la Ley en realidad estaban rechazando la voluntad de Dios. Una persona no puede pretender someterse al designio de Dios, pero rechazar el bautismo. Someterse a Dios implica, invariablemente, recibir el bautismo que viene de los cielos. Esto pone de relieve la importancia del bautismo en cuanto a la conversión de una persona y su sometimiento a Dios.

Juan 1:19–34

- 19 *Éste es el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas a preguntarle: — ¿Quién eres tú?*
- 20 *Él confesó y no negó. Confesó: —Yo no soy el Cristo.*
- 21 *Y le preguntaron: — ¿Qué, pues? ¿Eres tú Elías? Dijo: —No soy. — ¿Eres tú el Profeta? Y respondió: —No.*
- 22 *Entonces le dijeron: — ¿Quién eres? Tenemos que dar respuesta a los que nos enviaron. ¿Qué dices de ti mismo?*
- 23 *Dijo: —Yo soy “la voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor”, como dijo el profeta Isaías.*
- 24 *Los que habían sido enviados eran de los fariseos.*
- 25 *Y le preguntaron diciendo: — ¿Por qué, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el Profeta?*
- 26 *Juan les respondió diciendo: —Yo bautizo con agua, pero en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis.*
- 27 *Éste es el que viene después de mí, quien es antes de mí, del cual yo no soy digno de desatar la correa del calzado.*
- 28 *Estas cosas sucedieron en Betábara, al otro lado del Jordán, donde Juan estaba bautizando.*
- 29 *Al siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: «¿Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!*
- 30 *Éste es de quien yo dije: “Después de mí viene un hombre que es antes de mí, porque era primero que yo.”*
- 31 *Y yo no lo conocía; pero por esto vine bautizando con agua: para que él fuera manifestado a Israel.»*
- 32 *Además, Juan testificó, diciendo: «Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y que permaneció sobre él.*
- 33 *Yo no lo conocía; pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: “Sobre quien veas descender el Espíritu y permanecer sobre él, ése es el que bautiza con Espíritu Santo.”*
- 34 *Y yo lo he visto y testifico que éste es el Hijo de Dios.»*

1. PUNTOS CLAVE

- a. El papel de Juan era el de enderezar el camino del Señor
- b. Juan bautizó con agua para que Jesús fuera manifestado a Israel
- c. Dios le reveló la identidad de Jesús a Juan cuando el Espíritu Santo descendió y permaneció sobre Jesús
- d. Juan atestiguó de que Jesús era:
 - i. El Cordero de Dios
 - ii. Antes que Juan y más grande que Juan
 - iii. El que bautiza con el Espíritu Santo
 - iv. El Hijo de Dios

2. CONTEXTO

En el prólogo de este Evangelio, el autor presentó a Jesús como el Verbo que se hizo carne y la luz que vino al mundo, e introdujo a Juan el Bautista como el primer testigo de Jesús. A partir del presente pasaje en adelante, el autor abandona el discurso doctrinal y pasa a escribir una serie de narraciones. Se explaya en el testimonio de Juan el Bautista, quien dirigió la atención de la gente a Jesús y declaró que Él era realmente el Verbo encarnado, el Hijo de Dios.

3. ESTRUCTURA

Este pasaje se divide en dos secciones. La primera sección (vv. 19–28) registra el diálogo entre Juan y la delegación de Jerusalén. La segunda sección comienza con la frase “al siguiente día” (v. 29), un indicador de tiempo que aparece repetidamente en el resto de las narraciones (cf. Jn 1:35, 43; 2:1). En esta sección, cuando Juan vio a Jesús venir a él, vemos que el Bautista anunció explícitamente quién era Jesús.

4. COMENTARIO

- a. El testimonio de Juan ante los líderes religiosos (vv. 19–28)

Según este pasaje, Juan bautizaba en Betábara, al otro lado del Jordán. Si lo comparamos con otros pasajes paralelos, sabemos que grandes multitudes vinieron a Juan para ser bautizadas. El ministerio de Juan tuvo tal impacto que atrajo la atención de los judíos y de las autoridades religiosas de Jerusalén. Intrigado por quién era Juan y la clase de bautismo que practicaba, los sacerdotes, los levitas y los representantes de los fariseos

vinieron a Juan para indagar sobre su identidad. Le preguntaron: “¿Quién eres tú?” (v. 19). Juan les respondió con una serie de negativas y negó ser el Cristo, Elías o el Profeta⁸¹. Cuando lo siguieron presionando para que revelara su identidad, Juan citó las palabras de Isaías y dijo que era la voz del que clama en el desierto y que su misión era la de enderezar el camino del Señor.

Como Juan no era ninguna de las grandes figuras profetizadas en las Escrituras, los que lo indagaban querían saber, entonces, por qué bautizaba. Juan respondió que él bautizaba para preparar la venida de alguien más grande que él, alguien que la gente no conocía. Juan bautizaba con agua, pero el que venía después de él bautizaría con Espíritu Santo (v. 33)⁸².

b. El testimonio de Juan ante el pueblo (vv. 29–34)

Cuando Juan vio a Jesús venir hacia él, proclamó que Él era “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (v. 29). Esta alusión se hace en referencia al cordero pascual y al Mesías de Isaías 53:7, a quien se describe como un cordero llevado al matadero.

Refiriéndose a su testimonio anterior (v. 27), Juan habló del estatus superior de Jesús. Aunque Jesús vino después que Juan, asumió un papel más importante que Juan (“superior a mí”, v. 30 NVI)⁸³ porque existió antes que él (“porque era primero que yo”).

Juan declaró el propósito de su bautismo con mucha claridad: para que Jesús, el Cordero de Dios, fuera manifestado a Israel⁸⁴. Al hacer que el pueblo se diera cuenta de sus pecados y de que necesitaba arrepentirse para recibir el perdón de pecados, Juan intensificó la expectativa que la gente tenía sobre la venida de Cristo.

Al principio, Juan no conocía la identidad de Aquel que vendría después de él, pero Dios le había dado una señal de antemano: “Sobre quien veas descender el Espíritu y permanecer sobre él, ése es el que bautiza con Espíritu Santo” (v. 33). Esta señal fue cumplida después del bautismo de Jesús. Los cielos se abrieron y el Espíritu Santo descendió y permaneció en Jesús (cf. Mt 3:16; Mc 1:10; Lc 3:21–22). Mediante el bautismo de Juan, Jesús fue manifestado a Israel. Juan fue el testigo de esta revelación divina, por lo que declaró que Jesús era el Hijo de Dios.

81 “El Profeta” por la referencia de Deuteronomio 18:15–18

82 Véase el comentario sobre Mateo 3:1–17 para el significado de bautizar con Espíritu Santo

83 “Que es antes de mí”, ἐμπροσθέν μου γέγονεν

84 En griego, esta oración comienza con la cláusula ἵνα (“para que”), haciendo hincapié en el propósito del bautismo de Juan. La cláusula “debido a esto” (διὰ τοῦτο) también refuerza este punto.

Juan 3:1–15

- 1 *Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, dignatario de los judíos.*
- 2 *Éste vino a Jesús de noche y le dijo: —Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro, porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él.*
- 3 *Le respondió Jesús: —De cierto, de cierto te digo que el que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios.*
- 4 *Nicodemo le preguntó: — ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre y nacer?*
- 5 *Respondió Jesús: —De cierto, de cierto te digo que el que no nace de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios.*
- 6 *Lo que nace de la carne, carne es; y lo que nace del Espíritu, espíritu es.*
- 7 *No te maravilles de que te dije: “Os es necesario nacer de nuevo.”*
- 8 *El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo aquel que nace del Espíritu.*
- 9 *Le preguntó Nicodemo: — ¿Cómo puede hacerse esto?*
- 10 *Jesús le respondió: —Tú, que eres el maestro de Israel, ¿no sabes esto?*
- 11 *De cierto, de cierto te digo que de lo que sabemos, hablamos, y de lo que hemos visto, testificamos; pero no recibís nuestro testimonio.*
- 12 *Si os he dicho cosas terrenales y no creéis, ¿cómo creeréis si os digo las celestiales?*
- 13 *Nadie subió al cielo sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo.*
- 14 *Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado,*
- 15 *para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna.*

1. PUNTOS CLAVE

- a. El nacimiento espiritual implica agua y Espíritu (v. 5)
- b. El nacimiento espiritual es necesario para la salvación (vv. 3, 5)
- c. El nacimiento espiritual es una experiencia terrenal con un testigo celestial (vv. 11–12)
- d. El nacimiento espiritual se basa en la fe que se tiene del Hijo de Dios (vv. 13–15)

2. CONTEXTO

En Juan 2:23–25, ciertas personas creyeron en Jesús pero su fe era dudosa. Jesús no se fió de ellos porque los conocía a todos; y no necesitó que nadie le explicara nada acerca de ellos porque él conocía el interior del hombre. Inmediatamente después de este pasaje, el autor presenta a Nicodemo como un “hombre de los fariseos” (v. 1). Este detalle insinuaba el hecho de que Nicodemo no entendería completamente la enseñanza de Jesús.

En la conversación de Jesús y Nicodemo, Jesús mencionó “el reino de Dios” (v. 3, 5) en dos ocasiones, lo que sugiere que Nicodemo vino a Jesús buscando respuestas sobre el reino de Dios. Los dignatarios judíos estaban muy interesados en la reunificación del pueblo de Dios y el establecimiento del reino de Dios, pero sólo tenían una visión terrenal al respecto (cf. Jn 11:47–53). Nicodemo, siendo uno de ellos, al principio representaba a los que estaban en las tinieblas (como los de Juan 2:24–25), aquellos que no podían “conocer” o “recibir” verdaderamente el testimonio de Cristo.

En la conversación, Nicodemo admitió que Jesús tuvo que haber venido de Dios (v. 2), pero no pudo entender o aceptar el testimonio de Jesús (vv. 10–11). Por lo tanto, Jesús lo reprendió diciendo: “Tú, que eres el maestro de Israel, ¿no sabes esto?” (v. 10).

3. ESTRUCTURA

Las principales enseñanzas de este pasaje pueden resumirse en las tres declaraciones de Jesús que comienzan con “de cierto, de cierto te digo”. Estas tres declaraciones proporcionan el esquema básico de las enseñanzas de Jesús en este pasaje:

- a. Debemos nacer de nuevo para ver el reino de Dios (v. 3)
- b. Debemos nacer del agua y el Espíritu para entrar en el reino de Dios (v. 5)
- c. Debemos recibir el testimonio del Hijo de Dios, el que manifiesta a Dios completamente (v. 11; cf. Jn 1:18)

4. COMENTARIO

a. Nacer de agua y Espíritu

- i. En este pasaje, el nacimiento espiritual consiste en nacer del agua y el Espíritu

Jesús menciona varias veces la palabra “nacer”, en sus distintas variantes verbales, a lo largo de este pasaje; sin embargo, todos estos “nacimientos” se refieren al mismo nacimiento espiritual. En el pasaje podemos ver varias declaraciones concretas sobre este nacimiento espiritual:

- “De cierto, de cierto te digo que el que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios” (v. 3).
- “De cierto, de cierto te digo que el que no nace de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios” (v. 5).
- “Lo que nace de la carne, carne es; y lo que nace del Espíritu, espíritu es” (v. 6).
- “No te maravilles de que te dije: ‘Os es necesario nacer de nuevo’” (v. 7).
- “El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo aquel que nace del Espíritu” (v. 8).

Los versículos 3 y 5 tienen la misma estructura, lo que significa que “nacer de nuevo” (v. 3) equivale a “nacer de agua y del Espíritu” (v. 5). Luego, Jesús elabora un poco más la frase “nacer del Espíritu” (vv. 6, 8), lo que es sinónimo de “nacer de nuevo” (v. 7). De lo anterior podemos concluir que “nacer de nuevo” (v. 3), “nacer de agua y del Espíritu” (v. 5) y “nacer del Espíritu” (v. 6, 8) son lo mismo.

La primera declaración importante de Jesús dice que a menos que uno “nazca de nuevo” (v. 3), no podrá entrar en el reino de Dios. Como Nicodemo no entendió lo que esto significaba, Jesús explicó que “nacer de nuevo” es “nacer de agua y del Espíritu” (v. 5).

Cierta interpretación de Juan 3:5 considera que “agua” es una figura retórica que se refiere al nacimiento natural, es decir, que la palabra “agua” se refiere al líquido amniótico que se encuentra en el vientre de la madre. Según esta interpretación, Jesús enseña que una persona no sólo debe nacer físicamente sino también espiritualmente. Esta interpretación tiene graves fallas, por ejemplo:

1. La preposición ἐξ (“de”) modifica tanto al agua como al Espíritu (v. 5) y los agrupa de tal manera que los dos constituyen una sola idea. La idea de “no sólo de agua sino también de Espíritu” no puede ser encontrada aquí. Por lo tanto, “de agua y del Espíritu” muestra que “agua” y “Espíritu” están estrechamente vinculados como una unidad y no yuxtapuestos.
2. No había razón para que Jesús se refiriera al nacimiento natural. Jesús no estaba diciendo: “A menos que uno nazca de forma natural y espiritual, no podrá entrar en el reino de Dios”. Tal idea podría ser expresada claramente con sólo decir: “A menos que uno nazca del Espíritu, no podrá entrar en el reino de Dios”. Decir que Jesús se estaba refiriendo aquí al nacimiento natural sólo añade confusión. Además, es extraño que Jesús utilice “agua” para referirse al nacimiento físico, ya que esta interpretación no puede ser encontrada en ninguna otra parte de la Biblia.
3. Si Jesús hubiera querido referirse al nacimiento natural, probablemente hubiera utilizado la frase común judía “nacido de mujer” (Mt 11:11; Gl 4:4)⁸⁵.

Otra interpretación común de Juan 3:5 sostiene que “agua” es sinónimo de “Espíritu”. La justificación de este argumento es que καὶ (“y / también”) es explicativo, es decir, “agua, o sea Espíritu” o “agua, a saber Espíritu”. Los partidarios de esta opinión señalan que después del versículo 5 Jesús no menciona el “agua” de nuevo, sino que sólo habla de “nacer del Espíritu”. En apoyo de este punto de vista, Karl Barth cita ejemplos del evangelio de Juan, tal como “Yo soy la resurrección y la vida” (Jn 11:25), diciendo que Cristo es la resurrección precisamente porque Él es la vida⁸⁶. Lo que Jesús dijo sobre el “agua viva” en Juan 7:38–39, que se refiere al Espíritu Santo, también es citado con frecuencia para apoyar la idea de que “nacer de agua y del Espíritu” significa simplemente “nacer del Espíritu”. Sin embargo, esta interpretación no es sostenible por las siguientes razones:

85 John E. Morgan-Wayne, “References to Baptism in the Fourth Gospel,” en *Baptism, the New Testament and the church*, vol. 171 de *Journal for the study of the New Testament Supplement Series*, ed. Stanley Porter y Anthony R. Cross, London, Sheffield Academic Press, 1999, pág. 122

86 Karl Barth, *Church Dogmatics*, Edinburg, T. & T. Clark, 1956–75, pág. 121

1. Cuando Jesús usó el término “agua viva” en Juan 7:38–39, el autor aclara específicamente que “agua viva” se refiere al Espíritu. En Juan 3:5, sin embargo, Jesús usó el término “agua” y el autor no hace ninguna aclaración adicional. Otra diferencia es que en Juan 7:38, Jesús usó el adjetivo “viva” para calificar el “agua”, mientras que en Juan 3:5 “agua” no es modificada por ningún adjetivo. Así pues, hay suficientes diferencias entre las dos secciones de la Biblia que merecen precaución a la hora de equiparar “nacer de agua y del Espíritu” con “nacer del Espíritu”.
 2. En Juan 11:25, “la resurrección y la vida” pueden ser similares, pero ambas son términos que pueden ser claramente entendidos incluso por separado. Lo mismo puede decirse de “de agua y del Espíritu”, ya que “agua” puede ser entendido independientemente de “Espíritu”. Además, en Juan 11:25, Jesús no está utilizando “vida” para explicar “resurrección”, lo que sí sucede en el caso de Juan 7:38–39. Aquí Jesús usa “agua viva” para explicar “Espíritu Santo”. En otras palabras, a pesar de que “agua” y “Espíritu” están íntimamente relacionados, estos sustantivos expresan diferentes aspectos del nacimiento que no puede ser expresado plenamente con la palabra “Espíritu” sola.
 3. Sostener que “agua” es esencialmente lo mismo que “Espíritu” es eliminar al “agua” completamente de la ecuación. Si esa hubiera sido la intención de Jesús, Él podría haber dicho simplemente “el que no nace del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios”, lo que hubiera sido lo suficientemente claro. Agregar “agua” cuando todo lo que quiso decir fue “Espíritu” sólo causaría confusión.
- ii. El agua hace referencia al bautismo

Existen sólidas evidencias bíblicas de que la palabra “agua” se refiere al bautismo:

1. En el Evangelio de Juan, la palabra “agua” aparece aproximadamente 21 veces. Al menos cuatro de ellas se refieren claramente al bautismo en agua (Jn 1:26, 31, 33; 3:23). Estas cuatro referencias aparecen dentro de los tres primeros capítulos del Evangelio de Juan, y Juan 3:5 se encuentra dentro de ese contexto. Tres de estas referencias se encuentran claramente en el contexto del bautismo de Jesús.
2. En Juan 3:22–30, el pasaje que sigue a la conversación entre Jesús y Nicodemo, el autor nos dice que Jesús permaneció con sus discípulos en Judea y que bautizaba. Al mismo tiempo, Juan también bautizaba en Enón “porque había allí muchas aguas” (Jn 3:23).

El que habló de la necesidad de nacer de agua y del Espíritu ahora bautizaba a la multitud. Por lo tanto, es adecuado interpretar “agua” como bautismo.

3. Cuando los gentiles recibieron el Espíritu Santo en Hechos 10:44–48, Pedro comprendió de inmediato que los gentiles también eran dignos de recibir el “agua”: “¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo?” (Hch 10:47, el subrayado es nuestro). Así que Pedro mandó que los gentiles fueran bautizados en el nombre del Señor (Hch 10:47–48). A partir del contexto de este pasaje, estamos seguros de que aquí “el agua” se refiere al bautismo. Pedro no utilizó la palabra “agua” para aludir al Espíritu Santo. Más bien, Pedro sabía que recibir el Espíritu Santo y recibir el bautismo eran dos acontecimientos distintos que compartían una relación íntima. Por lo tanto, a pesar de que los gentiles habían recibido el Espíritu Santo, Pedro los instó a que fueran bautizados en agua.
4. Hechos 22:16 nos dice que el propósito del bautismo es para “lava[r] tus pecados”. Si el “lavamiento” tiene lugar en el bautismo, como lo confirma Hechos 22:16, “el lavamiento de la regeneración” de Tito 3:5 también puede ser entendido como una referencia al “lavamiento” bautismal. Esto quiere decir que tanto Juan 3:5 como Tito 3:5 hablan del bautismo, y que de este bautismo resulta el nacimiento espiritual al que se refiere Juan 3:1–15.
5. En 1 Pedro 3:20–21, Pedro explica que el agua por medio del cual Noé y su familia fueron salvos corresponde al bautismo que ahora salva a los creyentes. Al usar el ejemplo de las ocho personas que fueron “salvadas por agua”, Pedro vincula el “agua” con el bautismo y hace hincapié en el efecto salvífico del bautismo. Así como el bautismo es para la salvación (Mc 16:16), “nacer de agua y del Espíritu” es el medio para entrar al reino de Dios. Una vez que entendemos las conexiones que existen entre el bautismo y la salvación, no nos será difícil ver que el “agua” de Juan 3:5 en realidad se refiere al bautismo en agua.

Pero, si al decir “agua” en realidad Jesús se estaba refiriendo al bautismo, ¿por qué no simplemente dijo: “el que no nace del bautismo y del Espíritu”?

En primer lugar, observamos que el significado de las palabras de Jesús le fue oculto a Nicodemo y que los dos estaban conversando en diferentes planos. Por lo tanto, la ambigüedad del lenguaje de Jesús no sólo

se aplicaba a la palabra “agua” sino también a toda la conversación que mantuvo con Nicodemo.

En segundo lugar, si Jesús hubiera usado la palabra “bautismo”, habría insistido en la administración del rito bautismal o sus acciones externas. Usar “agua y Espíritu” en lugar de “bautismo y Espíritu” destaca la naturaleza y la esencia de lo que significa “nacer de nuevo”. Siendo este el caso, el uso de “agua y Espíritu” alude tanto a la dimensión terrenal (agua) como a la dimensión celestial (Espíritu) del bautismo. Por lo tanto, la elección de la palabra “agua” en lugar de “bautismo” es, en realidad, bastante adecuada en este contexto.

iii. El agua y el Espíritu están íntimamente relacionados

La conexión entre el “agua” y el “Espíritu” que vemos en Juan 3:5 muestra que el Espíritu Santo tiene una participación activa en el nacimiento espiritual de una persona. El Espíritu es el que da testimonio en el bautismo y el que produce el efecto del perdón de pecados (1 Jn 5:7; Jn 20:21–23; cf. Jn 1:32–34). Además, es por el Espíritu que somos bautizados en un solo cuerpo (1 Cor 12:13). Por otra parte, el Espíritu mora en cada creyente para fortalecerlo y ayudarlo a llevar una vida nueva (Ro 8:1–16; 1 Ts 2:13; Tit 3:5–6). Por lo tanto, podemos concluir que el lavamiento del agua en el bautismo y la obra del Espíritu Santo durante la vida de un creyente son lo que constituyen el “nacer del Espíritu” de Juan 3:6, 8. Nacer del “agua” y del “Espíritu”, entonces, son partes integrales de nuestro nacimiento espiritual.

b. El bautismo y la salvación

Si para entrar en el reino de Dios es necesario “nacer de agua y del Espíritu”, y si el “agua” de Juan 3:5 se refiere al bautismo, entonces podemos concluir que es necesario recibir el bautismo para entrar en el reino de Dios. Esto es consistente con los otros pasajes de la Biblia que enseñan sobre la estrecha relación que existe entre el bautismo y la salvación (Mc 16:16; 1 P 3:21).

¿Por qué el bautismo es tan imprescindible para nuestra salvación? Nacer de nuevo implica recibir una vida nueva de Dios, es decir, “nacer de Dios” (Jn 1:12 y sig.). Esta vida nueva es posible sólo porque la sangre de Jesucristo lava los pecados del creyente en el bautismo. Como consecuencia, el hombre viejo es crucificado y sepultado con Cristo sólo para resucitar, luego, a la vida nueva (Ro 6:3–7; Col 2:11). Por lo tanto, es a través del bautismo que somos resucitados con Cristo a una vida nueva (Col 2:12–13). La muerte del hombre viejo y la resurrección del hombre nuevo son fundamentales para el nacimiento espiritual.

c. Experiencia terrenal, testigo celestial

La frase γεννηθῆ ἄνωθεν ha sido traducida como “nacer de nuevo” o “nacer de arriba”. El contexto de esta frase prefiere la traducción “nacer de arriba” (ver Digresión), aunque no se excluye “nacer de nuevo” como una traducción alternativa. “Lo que nace de la carne, carne es; y lo que nace del Espíritu, espíritu es” (v. 6). En otras palabras, nuestro nacimiento espiritual debe originarse “de arriba” (v. 3 LBLA, nota al pie) o de Dios. Uno “nace del Espíritu” según la voluntad de Dios, no según la del hombre (Jn 1:13). Juan 3:8, entonces, aclara este concepto diciendo: “El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo aquel que nace del Espíritu”. “El viento sopla de donde quiere” se refiere a la soberanía de los cielos o de Dios. De la manera que el viento sopla de donde quiere, la voluntad del Espíritu hace que uno pueda nacer de arriba.

Como lo sugiere la frase “nacer de arriba”, el nacimiento espiritual al que se refiere este pasaje tiene un aspecto celestial. Jesús vino al mundo para revelarnos que la forma de este nacimiento espiritual (v. 13) es de agua y del Espíritu. A pesar de su aspecto celestial, nacer de agua y del Espíritu también es una experiencia terrenal porque, al igual que el bautismo de Jesús, implica el agua y el testimonio del Espíritu (Jn 1:31–34). Además, tanto el Hijo del Hombre que bajó del cielo como el Padre celestial hablan y testifican sobre lo que ven—las cosas del cielo (v. 11).

Por nuestra parte, para nacer de arriba debemos recibir el testimonio del cielo creyendo en el Señor Jesús mientras todavía estamos en la Tierra. El Hijo del hombre descendió del cielo (v. 13) para ser levantado (v. 14) con el fin de que todo aquel que cree en Él no se pierda, sino que tenga vida eterna (vv. 15–17).

Recibir el bautismo es una parte importante de nuestro nacimiento de arriba. El bautismo es una institución divina porque no deriva de la voluntad del hombre, sino del Espíritu. Es un acto que cuenta con el testimonio del Espíritu (Jn 1:32–34; Hch 10:47; 11:15–18).

Luego de la resurrección de Jesús, el Señor comisionó a sus discípulos a bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28:18–19). Esto confirma una vez más que el bautismo es una institución divina. Tal como el bautismo de Juan era del cielo (Lc 20:4), el bautismo que Cristo ordenó a sus discípulos también es del cielo. Dios mismo testifica que el Espíritu, el agua y la sangre están de acuerdo (son uno) y que podemos recibir la vida eterna por medio del Hijo de Dios (1 Jn 5:5–13). Gracias a la presencia del Espíritu Santo, la sangre de Cristo

Jesús lava nuestros pecados y nos regenera a través del agua del bautismo. Al aceptar este testimonio de Dios en el bautismo, estamos aceptando el regalo de la vida eterna que Dios nos da a través de su Hijo.

Aunque este nacimiento espiritual sea de arriba, no es algo intangible. Al contrario, tiene una manifestación tangible en la Tierra. El mismo Jesús dijo a Nicodemo: “Si os he dicho cosas terrenales y no creéis, ¿cómo creeréis si os digo las celestiales?” (v. 12). Dicho de otro modo, nacer de arriba no es algo que sucede más allá de la experiencia terrenal, sino que, por medio de Cristo, es algo que todos podemos experimentar.

Puede que no sepamos de dónde viene el viento ni a dónde va, pero podemos escuchar su sonido (v. 8). De la misma manera, puede que no entendamos completamente el efecto espiritual del bautismo o la obra del Espíritu Santo, pero podemos experimentar personalmente el nacimiento espiritual administrado por la iglesia a través del bautismo y la evidencia visible de la recepción del Espíritu Santo (cf. Hch 2:33).

d. El bautismo y la fe en el Hijo de Dios

Gracias a que el Hijo de Dios descendió del cielo, hoy podemos nacer de arriba; porque creemos en Jesús, ya no nos perdemos sino que tenemos vida eterna (Jn 3:16). Creer en Jesús es más que reconocer que Jesús es el Hijo de Dios. Creer en Jesús también implica creer en el testimonio de Jesús (vv. 11, 12) y escuchar su voz⁸⁷. Debemos prestar especial atención a lo que el Señor dice sobre nuestro nacimiento espiritual, ya que éste es necesario para entrar en el reino celestial. A través de este nacimiento de arriba, recibimos el testimonio del Hijo de Dios por fe y obtenemos la vida eterna.

Gracias a que el Hijo de Dios ha sido levantado, hoy podemos nacer de agua y del Espíritu. En el Evangelio de Juan, “levantado” se refiere a la glorificación de Jesús a través de la cruz (cf. Jn 8:28; 12:16, 23s, 28, 32s; Is 52:13). En la cruz, Jesús derramó su sangre para redimirnos. Fue resucitado y fue exaltado a lo más alto. El efecto del bautismo se basa en el derramamiento de la sangre preciosa de Jesús y en la potestad universal que Jesús recibió del Padre (Mt 28:18–19; Heb 10:19–22; Jn 5:21–27). El derramamiento del Espíritu Santo es el resultado de la glorificación de Jesús y de su exaltación a la diestra de Dios (Hch 2:33). Al recibir el bautismo en el nombre del Señor Jesús y el Espíritu Santo prometido, también podemos tener vida eterna en el Hijo de Dios.

⁸⁷ La frase “y oyes su sonido” (o “voz”) en Juan 3:8 es similar a lo que Juan el Bautista dijo en Juan 3:29, que el amigo escucha la voz del novio, siendo este último Jesús. Luego, en Juan 5:25, Jesús habla de los muertos que oyen la voz del Hijo de Dios y dice que los que la oyen vivirán. Por lo tanto, los que son verdaderamente bendecidos son aquellos que son capaces de escuchar la voz del Espíritu, es decir, el testimonio del Espíritu, lo cual también es la voz del Hijo de Dios que vino de arriba.

De todo lo dicho anteriormente, podemos ver que el bautismo es inherente a la fe que tenemos en el Hijo de Dios, aquel que ha descendido del cielo y ha sido levantado. Recibir el bautismo en el nombre de Jesucristo es recibir al Hijo de Dios y hacer caso de su voz. El significado y el efecto del bautismo, por lo tanto, se centran en el testimonio del Señor Jesucristo y en su gracia salvadora. Creer en el Hijo de Dios, entonces, implica ser bautizado en Él de acuerdo a su palabra de regeneración; y recibir el bautismo en el nombre de Cristo es la expresión concreta de nuestra fe en Él.

5. DIGRESIÓN: “NACER DE ARRIBA”

La palabra griega *ἄνωθεν* puede ser traducida como “de arriba” o “de nuevo”. Ambas traducciones son aceptables en el Nuevo Testamento, pero lo que ayuda a determinar cuál de las dos traducciones es más adecuada en un pasaje determinado es el contexto. Lo que sigue son las razones por las cuales “nacer de arriba” es preferida en este pasaje en particular:

- i. i. Nicodemo creyó que con *γεννηθῆναι ἄνωθεν* (“nacer de arriba”; v. 3 LBLA, nota al pie) Jesús se estaba refiriendo al renacimiento físico (v. 4), pero sabemos que Nicodemo entendió mal porque Jesús mismo indicó que Nicodemo no entendió lo que estaba diciendo (v. 10).
- ii. En el Evangelio de Juan, por ejemplo en Juan 3:31, 19:11 y 19:23, *ἄνωθεν* significa “arriba” o “cielo” (y tal vez sea una referencia indirecta de Dios). El uso de *ἄνωθεν* en este Evangelio, por lo tanto, parece favorecer la traducción “de arriba” en lugar de “de nuevo”.
- iii. Esta sutil distinción entre “nacer de nuevo” y “nacer de arriba” puede parecer irrelevante al principio, pero es útil para nuestra comprensión del pasaje por las siguientes razones:
 1. Si tomamos en cuenta el contexto más amplio del pasaje, “nacer de arriba” explica mejor el énfasis que el capítulo hace sobre la verticalidad que existe entre el cielo y la tierra (Jn 3:12–14, 27, 31), así como lo que es de arriba y lo que es de la tierra (Jn 3:14, 31).
 2. “Nacer de arriba” aclara la fuente de nuestro nacimiento: Dios. En el Evangelio de Juan, “arriba” puede ser un circunloquio de Dios (Jn 3:31). Por lo tanto, “nacer de arriba” significa nacer de Dios (cf. Jn 1:13; 1 Jn 2:29) o nacer del Espíritu (Jn 3:6, 8) que viene de arriba (Jn 1:32–33). Esta antítesis de arriba-abajo puede ser observada repetidamente en el contexto de Juan 3:1–21 (cf. Jn 3:12–14, 27, 31).

Juan 3:22–30

- 22 Después de esto vino Jesús con sus discípulos a tierras de Judea, y estuvo allí con ellos y bautizaba.
- 23 También Juan bautizaba en Enón, junto a Salim, porque había allí muchas aguas. Y la gente llegaba y se bautizaba,
- 24 pues aún no habían encarcelado a Juan.
- 25 Entonces se produjo una discusión entre los discípulos de Juan y algunos judíos acerca de la purificación.
- 26 Y vinieron a Juan y le dijeron: —Rabí, el que estaba contigo al otro lado del Jordán, de quien tú diste testimonio, él también bautiza, y todos van a él.
- 27 Respondió Juan: —No puede el hombre recibir nada a menos que le sea dado del cielo.
- 28 Vosotros mismos me sois testigos de que dije: “Yo no soy el Cristo, sino que soy enviado delante de él.”
- 29 El que tiene a la esposa es el esposo; pero el amigo del esposo, el que está a su lado y lo oye, se goza grandemente de la voz del esposo. Por eso, mi gozo está completo.
- 30 Es necesario que él crezca, y que yo disminuya.

1. PUNTOS CLAVE

- a. Jesús bautizaba en Judea y todos iban a Él
- b. El ministerio bautismal de Jesús indica:
 - i. La continuación de la práctica bautismal de Juan a Jesús
 - ii. La importancia del bautismo en cuanto a la llegada del Mesías y de su reino
- c. Juan reiteró el testimonio que dio sobre Jesús y habló de su extraordinaria grandeza

2. CONTEXTO

En el primer capítulo del Evangelio, Juan el Bautista testificó sobre Jesús. Dijo que Jesús era el Cordero de Dios y el Hijo de Dios. A través de la revelación divina, Juan dio testimonio de que Jesús era aquella persona más

poderosa que bautizaría con el Espíritu Santo. El único propósito del ministerio bautismal de Juan era para que Jesús se manifestara a Israel.

A medida que se va desarrollando el relato, tenemos un mejor conocimiento de quién es Jesús. Él es el Rey de Israel y el camino al cielo. Él revela su gloria a través de señales y milagros. Él es el templo que será destruido para luego ser reconstruido. Él descendió del cielo y será levantado para que los que creen en Él tengan vida eterna. En este pasaje, mientras Jesús bautizaba y atraía a mucha gente, el autor reintroduce a Juan el Bautista por última vez para confirmar su testimonio acerca de Jesús. Tal como fue predicho en el principio, Jesús se volvería más grandioso porque Él ciertamente es aquella persona por quien Juan fue enviado para preparar el camino.

3. COMENTARIO

a. Jesús bautizaba

Este pasaje registra que Jesús permaneció con sus discípulos en Judea y que bautizaba. Al mismo tiempo, Juan también bautizaba en Enón⁸⁸. Esto demuestra que Juan no cesó de bautizar incluso después de que Jesús había comenzado su ministerio. Lo más notable es que Jesús también había comenzado a bautizar a la gente. Jesús no sólo no dio término a la práctica del bautismo que Juan inició, sino que la amplió.

En Juan 4:2, entre paréntesis, el autor explica que no era Jesús el que bautizaba, sino sus discípulos. El autor menciona esto para probar que lo que los fariseos habían oído decir sobre Jesús no era totalmente cierto. De todos modos, Jesús claramente había autorizado y comisionado a sus discípulos a bautizar. A partir de lo que dijeron los discípulos de Juan (v. 26) y del gozo de Juan al enterarse de la creciente grandeza de Jesús, es evidente que el ministerio bautismal registrado en este pasaje tenía que ver con Jesús.

Por otra parte, el ministerio bautismal de Jesús fue más exitoso que el de Juan, ya que los discípulos de Juan dijeron que “todos” iban a Jesús (v. 26) y que Jesús hacía y bautizaba más discípulos que Juan (Jn 4:1). Teniendo en cuenta que la extensión del ministerio de Juan era “Jerusalén, toda Judea y toda la provincia de alrededor del Jordán” (Mt 3:5), podemos concluir que el bautismo que Jesús (o sus discípulos) practicó fue más conocido y de mayor alcance.

La venida de Jesús y la revelación de que Él era el Cristo no acabaron con la práctica del bautismo. Al contrario, el bautismo se siguió administrando

⁸⁸ La ubicación de Enón es incierta.

para convertir y volver a la gente hacia Dios. Así como Jesús predicaba el mismo mensaje que Juan—“Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado”—, Él también bautizaba a los que venían a Él en arrepentimiento. Que Jesús haya continuado y expandido el ministerio del bautismo es algo notorio porque esto demuestra que el bautismo tiene un rol importante a la hora de predicar el arrepentimiento y las buenas nuevas del reino de Dios. Por lo tanto, cuando más tarde el Señor había ordenado a sus discípulos a hacer discípulos a todas las naciones mediante el bautismo y la enseñanza (Mt 28:18–20), el bautismo ya era una práctica generalizada. Ciertamente, el bautismo no era una ordenanza nueva o desconocida, aunque más tarde el bautismo cristiano sería administrado en el nombre de Jesús (cf. Hch 2:38) y asumiría un nuevo nivel de significado luego de la resurrección del Señor y de la venida del Espíritu Santo prometido. Desde el bautismo de arrepentimiento de Juan hasta el bautismo cristiano post-pentecostal, el bautismo nunca perdió su lugar en la conversión de una persona y fue ampliamente administrado junto con la proclamación del evangelio.

El poder del ministerio bautismal de Jesús, según consta en el contexto del capítulo 3 del Evangelio de Juan, es también significativo. En su conversación con Nicodemo, Jesús enfatizó que nacer de arriba era una condición necesaria para entrar en el reino de Dios. Nacer de arriba es “nacer de agua y del Espíritu”, un nacimiento espiritual que el Hijo que descendió del cielo y que luego sería levantado proveería a los hombres. Inmediatamente después de la conversación, leemos que Jesús, que había venido a traer el nacimiento espiritual al hombre, estaba bautizando a la gente y haciendo discípulos.

Por lo tanto, nos enfrentamos a la cuestión de si el bautismo es fundamental a la fe de una persona en el Hijo de Dios y al nacimiento espiritual al que se refirió Jesús, o si es simplemente un rito que no tiene que ver con la fe ni el nacimiento espiritual. Si el bautismo fuera una acción humana opuesta a la fe en Cristo y al nacimiento de arriba, o simplemente un precursor que sería reemplazado por el bautismo del Espíritu Santo, entonces hubiera tenido más sentido que Jesús diera término a esta práctica en vez de administrarla de manera aún más generalizada que Juan. Por otro lado, si tenemos en cuenta que el bautismo que Jesús ordenó administrar originó del cielo, al igual que el bautismo de Juan (cf. Mc 11:30), entonces no sería difícil explicar por qué Jesús instruyó a sus discípulos a bautizar. Además, el hecho de que Aquel que viene del cielo practica el bautismo mientras proclama la venida del reino de los cielos, conecta el “agua” de la conversación anterior (Jn 3:5) con el bautismo. El bautismo, junto con

el arrepentimiento, es una parte necesaria del nacimiento espiritual y un requisito para entrar en el reino de Dios.

b. La creciente grandeza de Jesús

En este pasaje, el autor hace una comparación entre Jesús y Juan y sus respectivos ministerios. Esto marca una conexión entre ellos, pero al mismo tiempo también establece un contraste. El pasaje registra que Jesús y Juan bautizaron simultáneamente. El ministerio bautismal de Jesús afirma el bautismo de Juan, ya que continúa y expande lo que Juan había iniciado. Al mismo tiempo, el creciente ministerio de Jesús contrasta el decreciente ministerio de Juan, lo que confirma que Jesús ciertamente era aquella persona más poderosa que vendría después de Juan.

No tenemos mucha información acerca de la discusión registrada en el versículo 25, pero sabemos que tal discusión fue la causa por la cual los discípulos de Juan le informaron, en el versículo siguiente, que Jesús bautizaba y que todos iban a Él. Si bien estos discípulos recordaron que Juan había testificado sobre Jesús, ellos probablemente estaban disgustados con la popularidad de Jesús. Sin embargo, para Juan, era justo que las personas acudieran a Jesús porque tal era la voluntad de Dios: “No puede el hombre recibir nada a menos que le sea dado del cielo” (v. 27). Juan les recordó a sus discípulos de que él no era Cristo, sino sólo su precursor. Comparándose a sí mismo con el amigo del novio que se regocija con el novio, Juan dijo que su gozo estaba completo por el hecho de que todos iban a Jesús. Juan reconoció claramente y se sometió con gusto a la disposición de Dios para que Jesús tomara el protagonismo y para que él retrocediera a un segundo plano. Este último testimonio de Juan sobre Jesús sirve como una fuerte confirmación de su testimonio anterior: que Jesús era el Cristo, el Hijo de Dios.

Juan 19:31–37

- 31 *Entonces los judíos, por cuanto era la preparación de la Pascua, a fin de que los cuerpos no quedaran en la cruz el sábado (pues aquel sábado era de gran solemnidad), rogaron a Pilato que se les quebraran las piernas y fueran quitados de allí.*
- 32 *Fueron, pues, los soldados y quebraron las piernas al primero y asimismo al otro que había sido crucificado con él.*
- 33 *Pero cuando llegaron a Jesús, como lo vieron ya muerto, no le quebraron las piernas.*
- 34 *Pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua.*
- 35 *Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis,*
- 36 *pues estas cosas sucedieron para que se cumpliera la Escritura: «No será quebrado hueso suyo.»*
- 37 *Y también otra Escritura dice: «Mirarán al que traspasaron.»*

1. PUNTOS CLAVE

- a. El flujo de sangre y agua que salió del costado de Jesús es significativo, ya que:
 - i. Demuestra que Jesús es el Cordero de Dios que fue inmolado
 - ii. Demuestra que Jesús es el Salvador por medio de quien se abre la fuente de la vida y de la purificación

2. CONTEXTO

Sin paralelo en los otros evangelios, este pasaje relata el último acto cruel cometido contra Jesús. Al haber cumplido todo lo que le había sido encomendado, Jesús finalmente entregó su espíritu en la cruz. Uno de los soldados que fueron a quebrar las piernas de los crucificados abrió el costado de Jesús con una lanza, e inmediatamente salió sangre y agua. El autor capta y enfatiza este momento clave debido a la relevancia que tiene para el evangelio y para el lector.

3. COMENTARIO

a. Jesús es el Cordero de la Pascua

Al comienzo del pasaje, el autor señala que era el día de la preparación, el día anterior a la Pascua, el día en que se sacrificaban los corderos. También era el día anterior al sábado, el día más solemne de la semana pascual. En este día especial, cuando los corderos debían ser sacrificados, Cristo, nuestro cordero pascual, también se sacrificó por nosotros (cf. 1 Co 5:7).

La ley mosaica establecía que el que es colgado en un madero es maldito por Dios y que su cuerpo no debía permanecer toda la noche en el madero (Dt 21:22–23). Es por eso que los judíos le pidieron a Pilato que quebrara las piernas de los crucificados para que fueran quitados de la cruz. Después de quebrar las piernas de los otros dos hombres que habían sido crucificados junto con Jesús, los soldados se acercaron a Jesús y al ver que ya estaba muerto, no le quebraron las piernas. Esto cumplió lo que dice en las Escrituras: “No será quebrado hueso suyo” (v. 36). Esto también se relaciona con el cordero pascual porque al respecto el Señor había ordenado a los israelitas diciendo: “Se comerá en una casa, y no llevarás de aquella carne fuera de ella ni le quebraréis ningún hueso” (Ex 12:46; cf. Nm 9:12). Cuando el autor vio esta escena, puede que también haya tenido a Salmos 34:20 en mente, donde dice que el Señor guarda los huesos del justo y que ni uno de ellos será quebrado.

Claramente, aquí Jesús es presentado como el Cordero de la Pascua, perfecto y sin mancha. Lo que Juan el Bautista había dicho ahora se había hecho realidad: “¡Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!” (Jn 1:29).

b. Sangre y agua

Es importante tener en cuenta que el acontecimiento registrado en los versículos 34 y 35 es especial y significativo. El versículo 34 comienza con “pero” (ἀλλά), lo que indica que lo que estaba a punto de suceder era algo imprevisto. El versículo 33 dice que los soldados no quebraron las piernas de Jesús porque vieron que ya había muerto. Por lo tanto, la muerte de Jesús fue algo que los soldados habían visto claramente y aceptado. Lo que el autor registra en el siguiente versículo no era para demostrar que Jesús ya había muerto. Más bien, nos quiso comunicar la consecuencia del traspaso del costado de Jesús y nos quiso mostrar el cumplimiento de la profecía bíblica: “Mirarán al que traspasaron” (v. 37).

A pesar de que los soldados vieron que Jesús había muerto, uno de ellos aún le abrió el costado con una lanza. Como consecuencia, agua y sangre

salieron del costado de Jesús inmediatamente (v. 34). El discípulo a quien Jesús amaba escribió: “Y el que lo vio da testimonio” (v. 35), porque el acontecimiento era significativo para él. Aunque “ellos” (los soldados) vieron que Jesús ya había muerto (v. 33), “él” (el discípulo) vio que del costado de Jesús salió sangre y agua. Esto demuestra que esto no era un acontecimiento ordinario, y que fue revelado sólo al discípulo amado.

Si el enfoque del pasaje es retratar a Jesús como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, entonces la importancia del flujo de sangre y agua que salió del costado de Jesús consiste en que de su cuerpo provino la fuente de purificación de todos los pecados. La sangre del cordero pascual fue derramada para la expiación del pecado y la liberación del pueblo de Dios. La importancia de la sangre para la purificación puede ser vista a lo largo de las Escrituras. Lo que es aún más sorprendente es que del costado de Jesús no sólo salió sangre, ¡sino también agua!

Sobre la base de la promesa del agua viva en Juan capítulo 7, algunos comentaristas han interpretado el agua del costado de Jesús como símbolo del Espíritu Santo. Es decir, el Espíritu sale de Jesucristo a través de su muerte y da vida a los creyentes. Los comentaristas sostienen que esto es así porque la Biblia enseña que el resultado de la muerte de Cristo en la cruz es la vida eterna. Sin embargo, la verdad es que el derramamiento del Espíritu como agua viva tiene más que ver con la resurrección y ascensión de Cristo que con su muerte (cf. Jn 7:39; Hch 2:32–33). Es cierto que el Espíritu da vida a los creyentes, pero esta vida espiritual es concedida sólo después de que sus pecados son lavados.

Dado que el agua y la sangre que salió del cordero pascual tienen que ver con la limpieza de los pecados, “agua” en este contexto se refiere al bautismo, cuyo efecto es el lavamiento de los pecados (Hch 22:16; 2:38). El bautismo no consiste sólo en sumergirse en el agua; la sangre de Cristo es la que le concede su poder limpiador. Según Efesios, “Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra” (Ef 5:25–26). El lavamiento del agua, en vista del efecto de lavar pecados a través del bautismo según Hechos 22:16, es una alusión directa al bautismo.

La palabra *πλευρά* (“costado”) también es usada en la traducción griega (la Septuaginta) de Génesis 2:22 para referirse a la costilla de Adán, de la cual Dios hizo a Eva. Tal como Eva fue creada del costado de Adán, la iglesia también es creada del costado de Cristo. Esta creación es llevada a cabo por medio del lavamiento de la regeneración (Tit 3:5), cuya fuente es la sangre y el agua del costado de Jesús. A través del lavamiento del

agua por la palabra, es decir, a través del bautismo, nuestros pecados son limpiados por la sangre de Cristo.

El autor cita la profecía de Zacarías al referirse al que fue traspasado:

Pero sobre la casa de David y los habitantes de Jerusalén derramaré un espíritu de gracia y de oración. Mirarán hacia mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por el hijo unigénito, y se afligirán por él como quien se aflige por el primogénito (Zac 12:10).

En cumplimiento de esta profecía, Jesús fue ciertamente traspasado. Llegará el momento en que Cristo derramará el Espíritu de gracia y de oración sobre su pueblo. Ellos mirarán al que fue traspasado y “levantado de la tierra” (es decir, Cristo fue crucificado y exaltado) como el Salvador de la humanidad (Jn 3:14; 8:28; 12:32-34), y volverán a su Salvador en arrepentimiento. Entonces, un manantial se abriría para purificarlos de su pecado e inmundicia (Zac 13:1). Ciertamente, Cristo, el cordero pascual inmolado, es también el Salvador que limpia a su pueblo de todos sus pecados. Debido a que su costado fue traspasado y Él fue levantado, nosotros podemos poner nuestra confianza en Él y recibir limpieza a través de su sangre.

c. Un testimonio verdadero

Refiriéndose al traspaso del costado de Cristo, el autor dice explícitamente que da testimonio de lo que vio. Además, enfatiza vehementemente en la veracidad de su testimonio: “y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad” (v. 35). Este énfasis subraya la importancia de este acontecimiento. La reiteración de que este hecho era cierto y verdadero tal vez también se deba a la naturaleza milagrosa del fenómeno: del costado de Jesús salió inconfundiblemente el agua junto con la sangre. Si comparamos este pasaje con 1 Juan 5:5-13, donde se habla del testimonio del Espíritu, el agua y la sangre, podemos darnos cuenta de que la presencia del agua junto con la sangre—un espectáculo extraordinario—fue especialmente significativa para el autor. A través del testimonio del Espíritu, la sangre de Cristo no sólo fluyó en la historia, sino que sigue lavando los pecados en las aguas del bautismo hoy.

El testimonio que el autor dio en Juan capítulo 19 y 1 Juan capítulo 5 es para que podamos creer que el Hijo de Dios quita el pecado del mundo, y que si creemos en Él, tendremos vida eterna.

Hechos 2:37–41

37 Al oír esto, se compungieron de corazón y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles:

—Hermanos, ¿qué haremos?

38 Pedro les dijo: —Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo,

39 porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llame.

40 Y con otras muchas palabras testificaba y los exhortaba, diciendo: —Sed salvos de esta perversa generación.

41 Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados, y se añadieron aquel día como tres mil personas.

1. PUNTOS CLAVE

- a. El bautismo es para el perdón de pecados (v. 38)
- b. El bautismo se administra en el nombre de Jesucristo (v. 38)
- c. Creer en Jesucristo implica recibir el bautismo
- d. El bautismo y el arrepentimiento están estrechamente relacionados (vv. 38, 40)
- e. La recepción del bautismo precede a la recepción del don del Espíritu Santo (vv. 38, 39)
- f. El bautismo es el medio por el que se añaden creyentes a la iglesia (v. 41)

2. CONTEXTO

La poderosa venida del Espíritu Santo en el día de Pentecostés fue la ocasión para que los apóstoles predicaran a una gran multitud de judíos devotos en Jerusalén sobre Jesucristo. Tal como lo prometió el Señor Jesús, el Espíritu Santo vino e invistió de poder a los discípulos. Así fue como los apóstoles se embarcaron en la misión de testificar por el Señor. Durante el primer sermón

de los apóstoles, los oyentes fueron compungidos de corazón y respondieron a la llamada de Pedro de arrepentirse y bautizarse. Aquel día fueron añadidos a la iglesia alrededor de tres mil personas.

3. COMENTARIO

a. Para el perdón de pecados

En respuesta a la pregunta “¿qué haremos?”, Pedro respondió: “Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados” (vv. 37, 38). Pocos pasajes de la Biblia enuncian el propósito y el efecto del bautismo de una manera tan llana y clara: para el perdón de los pecados.

El significado de la preposición εἰς (“para”) es un tema de gran controversia entre los exégetas que tienen puntos de vista opuestos sobre el efecto del bautismo. Sin embargo, un análisis más detenido aclara la contienda.

Utilizada en una conexión lógica, la preposición εἰς, junto con un nombre sustantivo o acusativo, como la palabra ἄφεσιν (“perdón”) en este caso, denota la dirección de una acción a un fin específico⁸⁹. Por lo tanto, lo que dijo Pedro significa “para el propósito del perdón de los pecados”. El significado de esta preposición es evidente en pasajes tales como Mateo 26:28: “porque esto es mi sangre del nuevo pacto que por muchos es derramada para (εἰς) perdón de los pecados”. Sin duda, este versículo está diciendo que la sangre del Señor Jesús fue derramada para el propósito del perdón de los pecados.

Un argumento común sostiene que εἰς significa “a causa de” o “en vista de”. Es cierto que esta preposición se usa ocasionalmente de este modo, por ejemplo, “Tampoco dudó, por incredulidad, de (εἰς, a causa de) la promesa de Dios” (Ro 4:20).

Según la opinión de los que rechazan que el bautismo es el requisito para el perdón de los pecados, una persona se bautiza porque sus pecados ya han sido perdonados, o dicho de otro modo, lo hace en vista del hecho de que el perdón de los pecados ya ha tenido lugar. El bautismo no tiene efecto en el perdón de los pecados, sino que es sólo una declaración de una realidad que ya ha ocurrido. El arrepentimiento es lo que da lugar al perdón de los pecados.

⁸⁹ *Theological Dictionary of the New Testament*, ed. Gerhard Kittel, Geoffrey W. Bromiley y Gerhard Friedrich, ed. electrónica, Grand Rapids, MI, Eerdmans, 1964-, 2:429

Sin embargo, el texto griego no apoya tal interpretación. ἄφεσιν τῶν ἁμαρτιῶν ὑμῶν (“perdón de los pecados”) es una frase gobernada por el sustantivo “perdón”. Como sustantivo, la palabra “perdón” no da indicación alguna de tiempo. Incluso si la preposición se traduce como “a causa de”, el versículo no da ninguna indicación de que el perdón de los pecados haya tenido lugar antes del bautismo. Por lo tanto, decir que Pedro mandó a la gente a bautizarse a causa de que sus pecados ya habían sido perdonados es decir algo que el texto no dice. Pero si elegimos inferir que εἰς establece la razón para ser bautizado, entonces sería más acertado entender las palabras de Pedro como “arrepentirse y ser bautizados en vista del hecho de que necesitan el perdón de los pecados”.

Además de estas consideraciones semánticas, el contexto también hace del bautismo un requisito para el perdón de los pecados. Al convencerse de sus pecados y de que necesitaban el perdón, las personas que escuchaban el sermón les preguntaron a los apóstoles: “¿Qué haremos?”. Si Pedro hubiera respondido “Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros porque vuestros pecados ya han sido perdonados”, no habría respondido a la pregunta de qué hacer para ser perdonados.

Si quitamos las palabras “y bautícese” de modo que el versículo diga “arrepentíos para perdón de los pecados”, pocos dudarían que esta oración signifique que el arrepentimiento es un requisito para el perdón de los pecados. O sea, alguien que no se arrepiente no recibiría el perdón de los pecados. Si usamos la misma regla, “bautícese para perdón de los pecados” significa que el bautismo es un requisito para el perdón de los pecados. Si Pedro hubiera creído que el bautismo era sólo una declaración del perdón de los pecados alcanzado simplemente por medio del arrepentimiento, entonces él pudo haber dicho: “Arrepentíos para el perdón de los pecados y sean bautizados”. Pero como no dijo esto, la interpretación más natural de “Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros para perdón de los pecados” sería que tanto el arrepentimiento como el bautismo son necesarios para el perdón de los pecados.

b. El bautismo y el arrepentimiento

El arrepentimiento y el bautismo van de la mano porque ambos son necesarios para el perdón de los pecados. El arrepentimiento implica que una persona se aparte, en pensamiento y conducta, del pecado y se vuelva hacia Dios. Antes de la ascensión de Cristo y de la venida del Espíritu Santo, el arrepentimiento era la condición para el perdón. Pero luego de que Cristo se haya sacrificado a sí mismo como expiación y haya derramado su sangre para la redención, el arrepentimiento debe acoplarse con el bautismo, pues es por el lavamiento del agua por la palabra que la sangre

de Cristo limpia todos nuestros pecados (cf. Hch 22:16; Ef 5:25–27). Por otro lado, el bautismo tiene que ir acompañado de una resolución de alejarse del pecado. Es por eso que Pedro exhortó a los conversos a “sed salvos de esta perversa generación” (Hch 2:40).

c. El bautismo y la fe

Pedro comenzó su discurso explicándole a la multitud que el fenómeno milagroso que acababa de ocurrir era el derramamiento prometido del Espíritu de Dios. Jesús, a quien Dios había entregado en las manos de los inicuos para ser condenado a muerte, había sido resucitado por Dios. Exaltado por la diestra de Dios, Jesús recibió la promesa del Espíritu Santo y lo derramó sobre los discípulos. El derramamiento del Espíritu Santo demostró que Jesús era el Señor y Cristo que Dios había establecido (Hch 2:36).

Al darse cuenta de que habían crucificado a Jesús, el Cristo, la multitud se compungió de corazón. La pregunta “¿qué haremos?” surgió de su reconocimiento de que Jesús era el Cristo. El bautismo se basa en la autoridad del Señor resucitado y es una reacción que tiene su raíz en la fe en el Señor. Por lo tanto, un creyente que es bautizado es “bautizado en Cristo”, ya que Cristo está en el centro del bautismo. El bautismo que carezca de fe en el Señor Jesús pierde su significado.

d. En el nombre de Jesucristo

Dado que el significado y el efecto del bautismo están arraigados en el Cristo resucitado, el bautismo debe ser administrado en su nombre. Cristo mismo instituyó el bautismo y mandó a sus discípulos a predicar y a bautizar. La iglesia es enviada en el nombre de Cristo para llevar a cabo este sacramento. Por lo tanto, es por medio de la autoridad universal de Jesús que la iglesia bautiza para el perdón de los pecados. Por otra parte, durante el bautismo, el creyente entra en una unión con Cristo y pasa a pertenecer a Cristo. El creyente, entonces, pasa a estar bajo el nombre del Señor Jesús cuando invoca su nombre (cf. Hch 22:16).

e. El bautismo y la recepción del Espíritu Santo

La recepción del Espíritu Santo prometido es precedida por la llamada al arrepentimiento y la recepción del bautismo: “y recibiréis el don del Espíritu Santo” (v. 38). La promesa del Espíritu Santo es para todos cuantos el Señor llame, independientemente de su edad y del lugar donde se encuentren. La única condición, según Pedro, es que deben arrepentirse y ser bautizados en el nombre de Jesucristo. El verbo *λήμψεσθε* (“recibiréis”) en futuro del indicativo no indica que la recepción del Espíritu Santo sea concurrente al bautismo. De hecho, la recepción del Espíritu

Santo y la recepción del bautismo son dos eventos distintos (cf. Hch 8:16; 10:44-48; 19:5-6) aunque íntimamente relacionados, pues uno no puede ocurrir sin el otro. Los que se arrepienten y son bautizados en el nombre de Jesucristo recibirán el Espíritu Santo, tal como Dios lo ha prometido.

f. El bautismo y la afiliación a la iglesia

La narración de los acontecimientos épicos que ocurrieron en el día de Pentecostés concluye con la siguiente información: los que recibieron el mensaje de Pedro con agrado fueron bautizados, y se añadieron como tres mil personas a la iglesia ese día (v. 41). El creyente entra a la iglesia de Dios mediante el bautismo que se realiza en el nombre de Cristo. Προσετέθησαν (“se añadieron”) está en voz pasiva, connotando que la incorporación a la iglesia es un acto de Dios.

La iglesia, el cuerpo de Cristo, se compone de aquellos que Dios llama y trae a este cuerpo a través del bautismo. Por esta razón, Pablo escribe: “Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo” (Ef 2:13). A través del poder limpiador de la sangre de Cristo en el bautismo, Dios une a cada creyente con Cristo y con los demás miembros del cuerpo de Cristo.

Hechos 8:4–17

- 4 *Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio.*
5 *Entonces Felipe, descendiendo a la ciudad de Samaria, les predicaba a Cristo.*
6 *La gente, unánime, escuchaba atentamente las cosas que decía Felipe, oyendo y viendo las señales que hacía,*
7 *pues de muchos que tenían espíritus impuros, salían estos lanzando gritos; y muchos paralíticos y cojos eran sanados;*
8 *así que había gran gozo en aquella ciudad.*
9 *Pero había un hombre llamado Simón, que antes ejercía la magia en aquella ciudad y que había engañado a la gente de Samaria haciéndose pasar por alguien importante.*
10 *A éste oían atentamente todos, desde el más pequeño hasta el más grande, y decían: «Éste es el gran poder de Dios.»*
11 *Estaban atentos a él, porque con sus artes mágicas los había engañado por mucho tiempo.*
12 *Pero cuando creyeron a Felipe, que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres.*
13 *También creyó Simón mismo, y después de bautizado estaba siempre con Felipe; y al ver las señales y grandes milagros que se hacían, estaba atónito.*
14 *Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron allá a Pedro y a Juan;*
15 *los cuales, una vez llegados, oraron por ellos para que recibieran el Espíritu Santo,*
16 *pues aún no había descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente habían sido bautizados en el nombre de Jesús.*
17 *Entonces les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo.*

1. PUNTOS CLAVE

- a. Creer en el Señor Jesús precede al bautismo
- b. Bautizarse y recibir el Espíritu Santo son dos hechos distintos

2. CONTEXTO

Con la muerte de Esteban se desató una gran persecución contra la iglesia de Jerusalén. Como consecuencia, los creyentes fueron esparcidos por toda Judea y Samaria. Este giro en los hechos, sin embargo, no obstaculizó el

propósito de Dios. Al contrario, impulsó la siguiente fase de expansión de la iglesia—la evangelización en Judea y Samaria (cf. Hch 1:8). Los que fueron esparcidos predicaban la palabra de Dios por dondequiera que iban. Lucas registra el trabajo misionero de Felipe en Samaria, el cual estuvo acompañado por obras milagrosas de Dios y dio lugar a la conversión de la ciudad entera.

3. COMENTARIO

a. El bautismo y la fe

El relato comienza diciendo que Felipe descendió a la ciudad de Samaria y “les predicaba a Cristo” (v. 5). La ciudad que una vez le prestó atención a Simón el mago, ahora le prestaba atención a Felipe a causa de los milagros que realizaba. La gente creyó a Felipe, “que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo” (v. 12). Como consecuencia, se bautizaron tanto hombres como mujeres. Por más que las señales y los milagros hayan desempeñado un papel vital en hacer volver a la gente a Cristo, éstos no fueron los que dieron lugar al bautismo. Las personas fueron bautizadas sólo cuando creyeron la predicación de Felipe acerca de Cristo. Por lo tanto, la base del bautismo es la fe en Jesucristo. Esta fe es lo que hizo que los samaritanos se bautizaran “en el nombre de Jesús” (v. 16).

b. El bautismo y la recepción del Espíritu Santo

La historia de la evangelización en Samaria no concluye hasta que dos apóstoles descendieron de Jerusalén para continuar con el ministerio iniciado por Felipe. A pesar de que los creyentes habían aceptado al Señor y fueron bautizados, el Espíritu Santo no había descendido sobre ninguno de ellos (v. 16). Al enterarse de esto, la iglesia en Jerusalén envió a los apóstoles Pedro y Juan a Samaria para orar por ellos. Este hecho es una clara indicación de que el bautismo en agua se distingue del bautismo en Espíritu Santo. Aunque íntimamente relacionados, el bautismo y la recepción del Espíritu Santo son experiencias distintas. Una persona puede ser bautizada cuando cree en el Señor Jesucristo, pero recibir el Espíritu Santo depende del tiempo de Dios. Por lo tanto, es incorrecto equiparar el bautismo con la recepción del Espíritu Santo.

Hechos 8:26–40

- 26 *Un ángel del Señor habló a Felipe, diciendo: «Levántate y ve hacia el sur por el camino que desciende de Jerusalén a Gaza, el cual es desierto.»*
- 27 *Entonces él se levantó y fue. Y sucedió que un etíope, eunuco, funcionario de Candace, reina de los etíopes, el cual estaba sobre todos sus tesoros y había venido a Jerusalén para adorar,*
- 28 *volvía sentado en su carro, leyendo al profeta Isaías.*
- 29 *El Espíritu dijo a Felipe: «Acércate y júntate a ese carro.»*
- 30 *Acudiendo Felipe, lo oyó que leía al profeta Isaías, y dijo: —Pero ¿entiendes lo que lees?*
- 31 *Él dijo: — ¿Y cómo podré, si alguien no me enseña? Y rogó a Felipe que subiera y se sentara con él.*
- 32 *El pasaje de la Escritura que leía era éste: «Como oveja a la muerte fue llevado; y como cordero mudo delante del que lo trasquila, así no abrió su boca.*
- 33 *En su humillación no se le hizo justicia; mas su generación, ¿quién la contará?, porque fue quitada de la tierra su vida.»*
- 34 *Respondiendo el eunuco, dijo a Felipe: —Te ruego que me digas: ¿de quién dice el profeta esto; de sí mismo o de algún otro?*
- 35 *Entonces Felipe, abriendo su boca y comenzando desde esta escritura, le anunció el evangelio de Jesús.*
- 36 *Yendo por el camino llegaron a un lugar donde había agua, y dijo el eunuco: —Aquí hay agua, ¿qué impide que yo sea bautizado?*
- 37 *Felipe dijo: —Si crees de todo corazón, bien puedes. Él respondiendo, dijo: —Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios.*
- 38 *Mandó parar el carro; y descendieron ambos al agua, Felipe y el eunuco, y lo bautizó.*
- 39 *Cuando subieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe y el eunuco no lo vio más; y siguió gozoso su camino.*
- 40 *Pero Felipe se encontró en Azoto; y, al pasar, anunciaba el evangelio en todas las ciudades hasta llegar a Cesarea.*

1. PUNTOS CLAVE

- a. Respondemos a nuestra fe en Jesús con el bautismo
- b. El bautismo presupone la fe
- c. Un gentil fue recibido como miembro del pueblo de Dios a través del bautismo
- d. Felipe y el eunuco descendieron al agua, lo que sugiere inmersión

2. CONTEXTO

Inmediatamente después de que Felipe predicó en Samaria y trajo a muchos al Señor, un ángel del Señor le instruyó a ir por el camino del desierto que lleva a Gaza. Allí conoció a un eunuco etíope, el tesorero de la reina de Etiopía. Este pasaje relata la comisión divina de Felipe y la conversión de este eunuco devoto.

3. COMENTARIO

- a. El bautismo y la fe en Jesucristo

La pregunta del eunuco sobre la identidad del siervo sufriente en el pasaje de Isaías le proveyó a Felipe una base perfecta para empezar a predicar acerca de Jesucristo. Cuando llegaron a un lugar donde había agua, el eunuco pidió ser bautizado. Esta demanda del eunuco luego de la predicación de Felipe indica que Felipe debió de haber compartido con él la verdad sobre el bautismo mientras hablaba acerca de Jesucristo. Además, podemos asumir que en el mensaje de Felipe, el bautismo debió haber sido descrito como algo esencial a la hora de creer en Jesucristo. Si el bautismo no fuera tan fundamental en la aceptación de Jesucristo, sería difícil explicar el deseo inmediato del eunuco de ser bautizado y el enfoque del relato de este evento.

Aunque el versículo 37 no se encuentra en algunos manuscritos antiguos, éste refuerza la idea de que el bautismo debe estar basado en la fe en el Señor Jesucristo. El mensaje acerca de Jesucristo produjo fe en el eunuco, y esta fe de que Jesús era el Hijo de Dios lo instó a pedir ser bautizado.

Por lo tanto, la respuesta ante la predicación del evangelio debe ser el bautismo. El bautismo, a su vez, ha de ser recibido con fe en el Señor Jesús.

- b. La incorporación de un gentil a la comunidad de los creyentes

La conversión del eunuco etíope es significativa en cuanto es el primer caso de conversión de un no judío en el Libro de los Hechos. A pesar de que adoraba a Dios, el eunuco estaba fuera de la mancomunidad de Israel

a causa de su origen étnico. Pero a través de la fe en Jesucristo, lo que se le prometió a los descendientes de Abraham ahora estaba a su disposición. Su bautismo en Cristo lo colocó entre el pueblo de Dios. Tal como Pablo dijo en Gálatas: “pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay hombre ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gl 3:27–28). El bautismo del eunuco es la evidencia de que la puerta del reino de Dios ahora estaba abierta a la gente de todas las razas.

c. La forma del bautismo

Cuando el carro del eunuco llegó a un lugar donde había agua, el eunuco expresó su deseo de ser bautizado. Felipe y el eunuco descendieron al agua, y Felipe lo bautizó. Cuando subieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe. Las frases κατέβησαν εἰς (“descendieron a”) y ἀνέβησαν ἐκ (“subieron de”) se refieren al acto de entrar en y salir del agua. A pesar de que el relato no describe la forma en que se administró el bautismo, el hecho de que ambos, Felipe y el eunuco, bajaron del carro y descendieron al agua favorece fuertemente la inmersión como la forma del bautismo. Sólo la inmersión requería que tanto el bautista como el bautizado entraran en el agua para administrar el bautismo. La aspersion o la ablución podrían haberse llevado a cabo en tierra seca.

Hechos 10:44–48

- 44 *Mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso.*
- 45 *Y los fieles de la circuncisión que habían venido con Pedro se quedaron atónitos de que también sobre los gentiles se derramara el don del Espíritu Santo,*
- 46 *porque los oían que hablaban en lenguas y que glorificaban a Dios.*
- 47 *Entonces respondió Pedro: — ¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo lo mismo que nosotros?*
- 48 *Y mandó bautizarlos en el nombre del Señor Jesús. Entonces le rogaron que se quedara por algunos días*

1. PUNTOS CLAVE

- a. Dios escogió a Cornelio y a su familia a través de revelaciones divinas y el otorgamiento del don del Espíritu Santo
- b. Pedro ordenó que los conversos fueran bautizados, lo que demuestra que:
 - i. El bautismo en agua en el nombre de Jesucristo es necesario para el perdón de los pecados y la salvación
 - ii. Recibir el Espíritu Santo no reemplaza la necesidad de ser bautizado en agua

2. CONTEXTO

La conversión de Cornelio fue crucial en la expansión de la iglesia primitiva. Fue un avance significativo porque Dios envió a Pedro, un apóstol destacado, a llevar el evangelio de la salvación más allá de los judíos—a los gentiles. Esto era algo inconcebible para los judíos en ese momento.

A través de una visión, Dios instruyó a Pedro que fuera a la casa de Cornelio, un centurión gentil. Después de enterarse de la visión que tuvo Cornelio acerca de un ángel, Pedro se dio cuenta de que Dios lo había enviado allí a predicarle el evangelio a él y a su familia. Mientras Pedro les hablaba de Jesucristo y del perdón de los pecados, el Espíritu Santo cayó sobre todos los

que lo escuchaban. Esta señal clara por parte de Dios disipó toda duda de Pedro, quien no vaciló en bautizar a estos gentiles.

3. COMENTARIO

a. La salvación llega a los gentiles

Cuando Cornelio y los que estaban con él escuchaban a Pedro, el Espíritu Santo cayó sobre ellos tal como cayó sobre los apóstoles en el día de Pentecostés (cf. Hch 11:15), conmoviéndolos a hablar en lenguas y a glorificar a Dios. Los fieles de la circuncisión que estaban con Pedro se quedaron atónitos ante esta señal tan clara del otorgamiento de la gracia de Dios. Esta fue la última indicación de Dios de que Él había aceptado a estos creyentes gentiles. Si Dios los había elegido, pensó Pedro, ¿quién podría resistirse a Dios e impedir que estas personas sean bautizadas en agua?⁹⁰ Así que Pedro los mandó a ser bautizados.

b. El bautismo de los conversos

La historia de la misión de Pedro en la casa de Cornelio no termina con el otorgamiento del don del Espíritu Santo a los gentiles. Más bien, el derramamiento del Espíritu Santo hizo que Pedro les instruyera a que sean bautizados en agua. La misión de Pedro no fue dada por completa hasta luego del bautismo de estos gentiles. Esto demuestra el papel crucial y necesario del bautismo en la conversión de una persona.

En primer lugar, ellos fueron bautizados “en el nombre del Señor Jesús”⁹¹. A través del bautismo, estos creyentes fueron incorporados a Cristo y a su cuerpo. Vale la pena señalar que el mensaje de Pedro concluyó con la promesa de que todo el que cree en Jesucristo recibirá el perdón de los pecados por su nombre (v. 43). Este perdón de pecados a través del nombre de Jesús se concreta cuando el creyente es bautizado en el nombre de Jesucristo. Es también a través del bautismo que el creyente se une con Cristo (Ro 6:3–6) y es traído a la comunión del cuerpo de Cristo (1 Co 12:13). Esta es la razón por la cual fue necesario que Cornelio, sus parientes y sus amigos no sólo escucharan hablar de Jesucristo, sino que también fueran bautizados en el nombre de Jesús.

En segundo lugar, en esta historia observamos que el bautismo en Espíritu Santo no reemplaza al bautismo en agua. Esto desmiente los argumentos que, basados en pasajes tales como Mateo 3:11, dicen que el

⁹⁰ κολῦσαι (v. 47) significa “impedir” (cf. Hch 8:36)

⁹¹ ἐν τῷ ὀνόματι Ἰησοῦ Χριστοῦ βαπτισθῆναι

bautismo en Espíritu suplanta al bautismo en agua. Pedro, que también hizo referencia al bautismo del Espíritu Santo en relación con el bautismo en agua de Juan (Hch 11:16), consideró que era necesario que estos gentiles se bautizaran con agua en el nombre de Jesucristo, a pesar de que ya habían recibido el don del Espíritu Santo. Esto es porque el perdón de los pecados no se da sino por medio del bautismo en el nombre de Jesucristo (Hch 2:38).

Aunque Cornelio era un hombre devoto y temeroso de Dios y sus oraciones fueron escuchadas por Dios, su piedad no fue suficiente para salvarlo. Por lo tanto, Dios envió a Pedro a predicarle las buenas nuevas de Jesucristo, por medio de las cuales él y su familia se salvarían (Hch 11:14), ya que creerían en Jesucristo y recibirían el perdón de los pecados a través de su nombre. Al ver que Dios también derramó su Espíritu Santo sobre los gentiles, Pedro les mandó que fueran bautizados en el nombre de Jesucristo. El bautismo en agua en el nombre de Jesucristo no sólo completó la experiencia de conversión de Cornelio y su familia, sino que también cumplió con el propósito por el cual Pedro había sido enviado a su casa: que fueran salvos.

El bautismo de Cornelio es un caso de olivo silvestre injertado en el árbol (cf. Ro 11:17–24). Así como Dios añade judíos conversos a la iglesia por medio del bautismo en el nombre de Jesucristo (Hch 2:38, 41), Él ahora también trae a los gentiles a la iglesia por medio del bautismo.

Hechos 16:13–15; 29–34

- 13 *Un sábado salimos fuera de la puerta, junto al río, donde solía hacerse la oración. Nos sentamos y hablamos a las mujeres que se habían reunido.*
- 14 *Entonces una mujer llamada Lidia, vendedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios, estaba oyendo. El Señor le abrió el corazón para que estuviera atenta a lo que Pablo decía,*
- 15 *y cuando fue bautizada, junto con su familia, nos rogó diciendo: —Si habéis juzgado que yo sea fiel al Señor, hospedaos en mi casa. Y nos obligó a quedarnos.*
- 29 *Él entonces pidió una luz, se precipitó adentro y, temblando, se postró a los pies de Pablo y de Silas.*
- 30 *Los sacó y les dijo: —Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?*
- 31 *Ellos dijeron: —Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú y tu casa.*
- 32 *Y le hablaron la palabra del Señor a él y a todos los que estaban en su casa.*
- 33 *Él, tomándolos en aquella misma hora de la noche, les lavó las heridas, y en seguida se bautizó con todos los suyos.*
- 34 *Luego los llevó a su casa, les puso la mesa y se regocijó con toda su casa de haber creído a Dios.*

1. PUNTOS CLAVE

- a. Familias enteras fueron bautizadas
- b. Creer en el Señor Jesús implica recibir el bautismo

2. CONTEXTO

La visión de la llamada del varón macedonio trajo a Pablo y a sus compañeros a Macedonia. Filipos fue la primera ciudad que visitaron. Aquí, Lucas registra dos instancias de conversión: la de Lidia y su familia, y la del carcelero y su familia. Lidia creyó en el Señor cuando Pablo hablaba a las mujeres que se reunían junto al río para orar. Más tarde, Pablo y Silas fueron encarcelados debido a la mezquindad de los amos de una muchacha esclava. Mientras

los apóstoles estaban orando y cantando himnos en la cárcel, Dios hizo que sobreviniera un gran terremoto, lo que llevó a la conversión del carcelero. El tema que nos interesa aquí es el papel del bautismo en la conversión de estas dos familias.

3. COMENTARIO

a. El bautismo familiar

Aquí, el bautismo familiar es explícitamente mencionado por primera vez en el Nuevo Testamento. Tanto Lidia como el carcelero llevaron a sus familias al Señor, y ambas familias fueron bautizadas. Los relatos no proporcionan ninguna información sobre si en estas dos familias había bebés o niños pequeños, pero sostener que en estas dos familias no había bebés o niños pequeños porque sólo los adultos podían ser bautizados es ir más allá de lo que dice el texto. El término “familia” o “casa” implican a todos los miembros de la familia, incluyendo bebés y niños pequeños, si es que había alguno⁹².

b. Bautismo, conversión y salvación

En ambas historias notamos que el bautismo le sigue a la creencia en el Señor Jesús. El Señor abrió el corazón de Lidia para que prestara atención a las cosas que decía Pablo (v. 14). En el versículo siguiente, aunque la Biblia no dice explícitamente que Lidia creyó en el Señor, dice que ella y su familia fueron bautizadas. Esta descripción concisa de Lucas asume que el lector conectaría el bautismo con la fe.

La inmediatez del bautismo de la familia del carcelero es aún más sorprendente. Al darse cuenta de que Pablo y Silas eran enviados por Dios, el carcelero les preguntó: “Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?” (v. 30). Ellos respondieron: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú y tu casa” (v. 31). Posteriormente, Pablo y Silas le predicaron la palabra del Señor a él y a todos los que estaban en su casa. El carcelero y su familia fueron bautizados esa misma noche. El bautismo era algo tan importante que no podía esperar hasta el día siguiente. Es evidente, entonces, que escuchar y aceptar la predicación de los apóstoles y recibir el bautismo eran todo parte de la creencia del carcelero en Dios y en su salvación. El bautismo es la consecuencia lógica y concreta de la fe en Cristo. Como parte integral de la fe de una persona en el Señor Jesús, el bautismo es necesario para la salvación.

92 Véase Capítulo 9: El bautismo familiar

Hechos 18:24–28; 19:1–7

- 24 Llegó entonces a Éfeso un judío llamado Apolos, natural de Alejandría, hombre elocuente, poderoso en las Escrituras.
- 25 Éste había sido instruido en el camino del Señor; y siendo de espíritu fervoroso, hablaba y enseñaba diligentemente lo concerniente al Señor, aunque sólo conocía el bautismo de Juan.
- 26 Comenzó, pues, a hablar con valentía en la sinagoga; pero cuando lo oyeron Priscila y Aquila, lo tomaron aparte y le expusieron con más exactitud el camino de Dios.
- 27 Cuando él quiso pasar a Acaya, los hermanos lo animaron y escribieron a los discípulos que lo recibieran. Al llegar allá, fue de gran provecho a los que por la gracia habían creído,
- 28 porque con gran vehemencia refutaba públicamente a los judíos, demostrando por las Escrituras que Jesús era el Cristo.
- 1 Aconteció que entre tanto que Apolos estaba en Corinto, Pablo, después de recorrer las regiones superiores, vino a Éfeso, y hallando a ciertos discípulos,
- 2 les preguntó: — ¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis? Ellos le dijeron: — Ni siquiera habíamos oído que hubiera Espíritu Santo.
- 3 Entonces dijo: — ¿En qué, pues, fuisteis bautizados? Ellos dijeron: — En el bautismo de Juan.
- 4 Dijo Pablo: — Juan bautizó con bautismo de arrepentimiento, diciendo al pueblo que creyeran en aquel que vendría después de él, esto es, en Jesús el Cristo.
- 5 Cuando oyeron esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús.
- 6 Y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en lenguas y profetizaban.
- 7 Eran entre todos unos doce hombres.

1. PUNTOS CLAVE

- a. El bautismo de Juan apuntaba a Jesucristo, no se constituía un fin en sí mismo
- b. El bautismo debe ser recibido con fe en Jesucristo y en el nombre de Jesucristo
- c. El bautismo es una parte necesaria de la conversión
 - i. Se supuso que los discípulos fueron bautizados

- ii. Los temas relacionados con el bautismo en este pasaje indican la importancia y la necesidad del bautismo
- iii. El bautismo no es meramente ceremonial, sino que tiene efecto real
- d. Es necesario bautizarse en el nombre de Jesucristo para recibir el Espíritu Santo

2. CONTEXTO

Pablo comenzó su tercer viaje misionero recorriendo las regiones de Galacia y de Frigia animando a los discípulos. En ese momento, un judío llamado Apolos llegó a Éfeso para enseñar lo concerniente al Señor, pero sólo conocía el bautismo de Juan. Después de aprender de Aquila y Priscila más sobre el camino del Señor, Apolos fue a Acaya y fue de gran provecho a los hermanos de allí. Cuando Pablo llegó a Éfeso, se encontró con algunos discípulos de allí. Este pasaje relata este encuentro y lo que ocurrió con los discípulos de aquel lugar.

3. COMENTARIO

a. El bautismo de Juan

Ambos pasajes mencionan el bautismo de Juan y lo presentan como insuficiente en cuanto al perdón de pecados que se alcanza por medio del nombre de Jesucristo.

Aunque Apolos era un predicador fervoroso que enseñaba diligentemente lo concerniente al Señor, él sólo conocía el bautismo de Juan. Esta deficiencia instó a Aquila y a Priscila a explicarle con más exactitud el camino de Dios, lo que lo capacitó luego a refutar a los judíos con gran vehemencia, demostrando por las Escrituras que Jesús era el Cristo. De estos hechos se desprende que a pesar de que Apolos tenía un buen conocimiento de Jesús, no estaba al tanto de que una nueva era de redención había llegado. Tampoco sabía que el Espíritu Santo prometido había sido derramado y que el bautismo para el perdón de los pecados ahora era administrado por la potestad del Señor resucitado y en el nombre de Jesucristo (cf. Mt 28:18-20; Hch 2:32-39).

Los discípulos que Pablo conoció en Éfeso no habían recibido ni oído hablar del Espíritu Santo. Aunque ya habían aceptado a Jesús (el término “discípulo” sugiere que eran seguidores de Cristo), no sabían nada acerca del Espíritu Santo y parecían tener poco conocimiento de que Jesús era el Salvador resucitado. Resulta que ellos sólo habían sido bautizados en el bautismo de Juan y necesitaban ser bautizados en el nombre del Señor

Jesús. El bautismo de Juan no constituía un fin en sí mismo. El propósito del bautismo de Juan era para llevar a la gente al arrepentimiento y a creer en Jesús. Después de la resurrección del Señor Jesús, los creyentes tenían que aceptar a Jesús como Señor y ser bautizados en su nombre para recibir el Espíritu Santo prometido. Esta fue la razón por la cual los discípulos de Éfeso fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús. Luego de su bautismo, Pablo impuso las manos sobre ellos y recibieron el Espíritu Santo.

b. El bautismo en el nombre de Jesucristo

El bautismo de arrepentimiento de Juan fue ordenado por Dios en preparación para la venida del Mesías. Era válido y eficaz en la medida en que volvía los corazones de los hombres hacia Dios y los preparaba para recibir a Cristo. Sin embargo, luego de que Cristo hubiese resucitado y recibido toda potestad, Él ordenó que el bautismo debía ser administrado en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28:19). Sobre la base de las enseñanzas de Cristo y de los ejemplos que dejaron los apóstoles, entendemos que este nombre no es otro que el nombre de Jesucristo⁹³. En el día de Pentecostés, Pedro específicamente instó a la gente a que se bautizara en el nombre de Jesucristo para el perdón de los pecados. El bautismo de arrepentimiento sólo ya no era suficiente. Para que el creyente entrara en una relación salvadora con Cristo, el bautismo debía ser recibido en el nombre del Señor Jesús e ir acompañado de la fe en Cristo.

Pablo les preguntó a los discípulos de Éfeso: “¿En qué, pues, fuisteis bautizados?” (v. 3). Un creyente no sólo necesita ser bautizado, sino que tiene que ser bautizado en Cristo. El bautismo no debe ser recibido para cualquier otro propósito ni en cualquier otro nombre. Luego de entender que Jesús era el objetivo del bautismo de Juan, los discípulos de Éfeso fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús⁹⁴. A través del bautismo en el nombre de Jesús, ellos fueron traídos al cuerpo de Cristo y ahora pertenecían a Cristo.

c. La importancia del bautismo

A partir del estudio de estos dos pasajes, es evidente que el bautismo juega un papel crucial en la conversión de una persona. La primera preocupación de Pablo luego de enterarse de que los discípulos en Éfeso no habían recibido el Espíritu Santo era la clase de bautismo que habían recibido. En primer lugar, esto implica que Pablo dio por sentado que todos los discípulos debían haber sido bautizados. No les preguntó si habían sido bautizados porque supuso que, como discípulos, ya habían sido

93 Véase el comentario sobre Mateo 28:16–20

94 εἰς τὸ ὄνομα τοῦ κυρίου Ἰησοῦ (Heh 19:5)

bautizados. En lugar de ello, les preguntó qué tipo de bautismo habían recibido. En segundo lugar, los discípulos tenían que ser bautizados de nuevo, pero esta vez en el nombre de Jesucristo. Esta es una prueba más de la necesidad del bautismo, ya que si aceptar a Jesús solo era suficiente, entonces Pablo no tenía por qué haberles preguntado sobre el bautismo o indicarles que tenían que bautizarse de nuevo. Él podría haberles enseñado simplemente más acerca de Jesucristo e instruirles a reconocer a Jesús como Señor y Salvador. Sin embargo, estos discípulos no sólo aceptaron a Jesucristo, sino que también recibieron el bautismo en su nombre.

También es importante tener en cuenta que el bautismo debe ser recibido en la forma correcta. Apolos conocía el bautismo, pero eso no era suficiente porque sólo conocía el bautismo de Juan. Los discípulos de Éfeso habían sido bautizados, pero eso no era suficiente porque sólo habían sido bautizados en el bautismo de Juan. Puesto que el Espíritu Santo había venido y el perdón de los pecados estaba a disposición a través de la fe en Cristo, un creyente tenía que ser bautizado en el nombre de Jesucristo. Por lo tanto, la correcta comprensión, administración y recepción del bautismo son decisivas en cuanto a su efecto.

d. El bautismo y la recepción del Espíritu Santo

El caso de los discípulos de Éfeso nos enseña que existe una relación entre el bautismo y la recepción del Espíritu Santo. Estos discípulos no habían recibido el Espíritu Santo porque no habían sido bautizados en el nombre de Jesús. Después de que fueron bautizados en Cristo, el Espíritu Santo vino sobre ellos. Tal como proclamó Pedro en el día de Pentecostés, el don del Espíritu Santo es una promesa para aquellos que son bautizados en el nombre de Jesucristo. Como el perdón de los pecados y la entrada al cuerpo de Cristo tienen lugar a través del bautismo, existe una estrecha conexión entre el bautismo y la recepción del Espíritu Santo.

Hechos 9:17–19; 22:12–16

17 Fue entonces Ananías y entró en la casa, y poniendo sobre él las manos, dijo: —Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo.

18 Al instante cayeron de sus ojos como escamas y recobró la vista. Se levantó y fue bautizado;

19 y habiendo tomado alimento, recobró las fuerzas. Y estuvo Saulo por algunos días con los discípulos que estaban en Damasco.

12 »Entonces uno llamado Ananías, hombre piadoso según la Ley, que tenía buen testimonio de todos los judíos que allí habitaban,

13 vino a mí y, acercándose, me dijo: “Hermano Saulo, recibe la vista.” Y yo en aquella misma hora recobré la vista y lo miré.

14 Él dijo: “El Dios de nuestros padres te ha escogido para que conozcas su voluntad, veas al Justo y oigas la voz de su boca,

15 porque serás testigo suyo ante todos los hombres, de lo que has visto y oído.

16 Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate, bautízate y lava tus pecados invocando su nombre.”

1. PUNTOS CLAVE

- a. Los dos imperativos “bautízate” y “lava tus pecados” conectan el bautismo con el lavamiento de los pecados
- b. El bautismo es inherente a la fe en el Señor

2. CONTEXTO

En su camino a Damasco para perseguir a los cristianos de esa ciudad, Saulo se encontró con el Cristo resucitado y se dio cuenta de que había estado persiguiendo al Señor. Cegado, temblando y temeroso, Saulo le preguntó al Señor qué debía hacer. El Señor le dijo que fuera a la ciudad y que alguien le diría qué hacer. Ananías, habiendo sido enviado por el Señor en una visión, vino a Saulo. Restauró la vista de Saulo y le reveló la comisión del Señor para él. Luego, mandó a Saulo a ser bautizado inmediatamente para que sus pecados sean lavados.

3. COMENTARIO

a. “Lava tus pecados” (v. 16)

Muchos intérpretes infieren que debido a que Ananías se había dirigido a Saulo como “hermano”, Saulo ya era un cristiano y sus pecados habían sido perdonados incluso antes de su bautismo. Pero el término “hermano” no se utilizaba exclusivamente para referirse a los cristianos. Los judíos generalmente llamaban a otros judíos “hermanos” (cf. Lc 6:42; Hch 2:37; 7:23; 13:15; 22:5; 28:21; Heb 7:5). Los apóstoles también llamaban de esta forma a los judíos que aún no eran cristianos (Hch 2:29; 3:17; 7:2; 13:26, 38; 22:1; 23:1, 5, 6, 28:17).

La cuestión clave aquí es si el efecto del bautismo es el lavamiento de los pecados. En griego, de los cuatro verbos que se encuentran en la orden de Ananías, dos son imperativos (“bautízate” y “lava”) y dos son participios aoristos (“levántate” e “invocando”). Según lo que dijo Ananías, ¿qué fue lo que dio lugar al lavamiento de los pecados de Saulo? Consideremos las siguientes opciones:

i. Los pecados de Saulo fueron lavados cuando se levantó

En griego, “levántate” es un participio aoristo, lo que quiere decir que es una acción que precede a las de los verbos principales. Por lo tanto, lo que dijo Ananías fue en realidad: “Habiéndote levantado, bautízate a ti mismo y lava tus pecados después de haber invocado su nombre”. Si los pecados de Saulo hubieran sido lavados cuando se levantó y antes de que fuera bautizado, la orden de Ananías hubiera sido: “Habiéndote levantado y habiéndote lavado tus pecados, bautízate a ti mismo después de haber invocado su nombre”. Tanto los tiempos verbales como el orden de las palabras de la oración original indican que el lavamiento de los pecados no ocurrió cuando Saulo se había levantado.

ii. Los pecados de Saulo fueron lavados cuando invocó el nombre del Señor

En griego, “invocando su nombre” es también un participio aoristo. De nuevo, esto quiere decir que es una acción que precede a las de los verbos principales “bautízate” y “lava”. O sea, luego de que Saulo se hubiera levantado e invocado el nombre del Señor, debía bautizarse a sí mismo y lavar sus pecados. Aunque estas acciones están relacionadas, “invocando” el nombre del Señor no afecta directamente al lavamiento de los pecados. Si lo hiciera, Ananías hubiera dicho: “Bautízate a ti mismo después de invocar el nombre del Señor y de lavar tus pecados”.

iii. Los pecados de Saulo fueron lavados sin ninguna conexión con ninguna acción

En griego, “lava” es un verbo imperativo en voz media. O sea, Ananías le había ordenado a Saulo a que lavara sus pecados. Esto requería una acción de parte de Saulo. Si la orden no hubiera estado conectada con ninguna otra acción, entonces valdría preguntarnos: ¿cómo exactamente iba Saulo a lavar sus pecados?

iv. Los pecados de Saulo fueron lavados cuando fue bautizado

La única explicación lógica de esta oración es conectar los dos imperativos “bautízate” y “lava”. Ananías le había ordenado a Saulo a lavar sus pecados. Para hacer esto, Saulo tuvo que haberse bautizado. En otras palabras, el lavamiento de los pecados tiene lugar durante el bautismo. Esto es consistente con los otros pasajes de la Biblia que hablan del efecto del bautismo. En particular, la orden de Ananías fue similar al llamamiento que Pedro hizo en el día de Pentecostés: “Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados” (Hch 2:38).

Cuando Ananías le dijo a Saulo que tenía que bautizarse y lavar sus pecados, era muy poco probable que Saulo hubiera entendido otra cosa que no sea que tenía que ser bautizado para el perdón de sus pecados. El versículo 16 conecta el bautismo y el lavamiento de los pecados de una manera tan estrecha que simplemente no pueden ser explicados por separado sin forzar una interpretación retorcida.

La necesidad de que Saulo fuera bautizado indica la gran importancia que el bautismo tiene en la conversión de una persona. Muchos acontecimientos sobrenaturales habían guiado a Saulo en su conversión: una luz del cielo lo había rodeado (Hch 9:3), Jesús le había hablado a través de una voz (Hch 9:4-6), había sido cegado y más tarde había recobrado la vista (Hch 9:8, 17-18), e incluso había recibido la comisión de ser testigo del Señor (Hch 26:16-18). Sin embargo, a pesar de todas estas experiencias, Saulo seguía siendo un pecador delante de Dios. Es por eso que Ananías lo instó a levantarse y ser bautizado para lavar sus pecados. Ninguna otra experiencia que acompaña a la conversión puede reemplazar la función que el bautismo tiene para lavar los pecados.

b. “Invocando su nombre” (v. 16)

La orden de ser bautizado presupone que la persona a ser bautizada invoque el nombre del Señor. Por lo tanto, la recepción del bautismo no debe ser separada de la fe en el Señor Jesús. El reconocimiento del nombre del Señor es también fundamental en el bautismo, ya que somos bautizados en el nombre del Señor.

Romans 6:1–11

- 1 *¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?*
- 2 *¡De ninguna manera! Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?*
- 3 *¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?,*
- 4 *porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva.*
- 5 *Si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección;*
- 6 *sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado,*
- 7 *porque, el que ha muerto ha sido justificado del pecado.*
- 8 *Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él,*
- 9 *y sabemos que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él.*
- 10 *En cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; pero en cuanto vive, para Dios vive.*
- 11 *Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro.*

1. PUNTOS CLAVE

- a. El bautismo es central en la conversión de una persona
- b. A través del bautismo, nuestro viejo hombre muere al pecado
- c. Somos plantados (“unidos”, NVI) juntamente con Cristo en el bautismo
- d. El bautismo se recibe en la semejanza de la muerte de Cristo
 - i. Somos muertos al pecados de la manera que Cristo murió al pecado
 - ii. El que recibe el bautismo debe inclinar su cabeza tal como Jesús inclino su cabeza antes de entregar su espíritu en la cruz

- e. La inmersión es la forma implícita del bautismo
- f. Puesto que hemos sido bautizados en la muerte de Cristo, no debemos continuar viviendo en el pecado
- g. La unidad con Cristo en el bautismo resultará en la unidad con Cristo en su resurrección

2. CONTEXTO

En los primeros capítulos de Romanos, Pablo demostró que la justificación se recibe por la fe en la gracia de Dios en Jesucristo. Cristo, el nuevo Adán, trajo esperanza a la humanidad. De la manera que la muerte entró en el mundo a través de la transgresión de un solo hombre, el efecto de la muerte expiatoria de Cristo también trajo justificación a todos los hombres. Por lo tanto, este don de la gracia es más grande que el pecado y libera a los hombres de la condena. "...cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia" (Ro 5:20).

En este pasaje, Pablo hace una pregunta: "¿Qué, pues, diremos?" (Τί οὖν ἐροῦμεν). Esta es la forma que Pablo usa para abordar una posible malinterpretación de sus palabras (cf. 7:7). "¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?" Los que critican la doctrina de la gracia pueden opinar que la justificación ofrecida gratuitamente a los pecadores podría alentar la indulgencia. Pero Pablo señala la absurdidad de tal pensamiento. Una persona que ha muerto al pecado no puede vivir más en el pecado (6:2). Es en este contexto que Pablo menciona el bautismo cristiano.

3. COMENTARIO

- a. La importancia del bautismo

En respuesta a la pregunta "¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?", Pablo trae a la mente el bautismo de los creyentes. Esta referencia al bautismo subraya el hecho de que todos los creyentes de la iglesia primitiva habían recibido el bautismo. Pablo da por hecho que sus lectores cristianos habían sido bautizados. Si el bautismo no hubiera sido administrado a todos los creyentes, entonces todo el argumento de Pablo basado en "¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?" no habría sido sostenible.

Aunque el enfoque principal de este pasaje no sea el bautismo, el texto ilustra el hecho de que el bautismo tiene un lugar central en la experiencia

de la conversión cristiana. Sin este argumento, el pasaje estaría desprovisto de fundamento. Pablo escribió categóricamente que los creyentes son muertos al pecado precisamente porque han sido bautizados en la muerte de Cristo.

b. Muerto al pecado

Pablo argumenta que los que han muerto al pecado no deben vivir más en el pecado. ¿Quiénes son los que han muerto al pecado? La respuesta está en el versículo 3: "... todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte". Todos los que hemos sido bautizados en Cristo hemos muerto al pecado cuando fuimos bautizados en Cristo. El versículo 4 continúa con esta línea de pensamiento: "somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo". El versículo 6 también indica que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él. Por lo tanto, el bautismo es el momento en que el viejo hombre muere al pecado y es sepultado en la muerte de Cristo. Pablo concluye en el versículo 11: "... consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro". Todo aquel que haya sido bautizado en Cristo ha sido apartado del pecado y debe vivir una vida nueva en Cristo.

c. Nuestro viejo hombre fue crucificado

La muerte a la que Pablo se refiere es la muerte del viejo hombre: "... nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él". Esta muerte es la muerte espiritual, resultado del pecado. Cuando Adán desobedeció la orden de Dios, sufrió una muerte espiritual, puesto que Dios le había advertido: "... porque el día que de él comas, ciertamente morirás" (Gn 2:17). A causa del pecado de un solo hombre, la muerte pasó a todos los hombres (Ro 5:12). La raza humana se encuentra en un estado de muerte espiritual a causa de reinado del pecado. "... estabais muertos en vuestros delitos y pecados" (Ef 2:1). El viejo hombre, corrompido por deseos engañosos (Ef 4:22), estaba bajo el dominio de la muerte.

Entonces, ¿qué significa que el viejo hombre fue crucificado? Aquí, la crucifixión significa poner fin al dominio del pecado y liberar al creyente del poder del pecado a fin de que pueda vivir una vida nueva en Dios. Por otra parte, la muerte del viejo hombre lo libera de la condena del pecado, de la manera que un convicto muerto ya no puede ser incriminado por la ley. Refiriéndonos de nuevo al contraste entre Adán y Cristo del capítulo 5, la crucifixión y la muerte del viejo hombre denotan el final del reinado del pecado en el marco del primer Adán y el comienzo del triunfo de la gracia en Cristo. A través del bautismo, Dios "nos ha librado del poder de

las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados” (Col 1:13-14).

Por lo tanto, la Biblia habla del bautismo como sepultura en la muerte de Cristo. Tal lenguaje apunta definitivamente al efecto del bautismo. El pecador muere al pecado en el bautismo. El pecado no se enseñorea más del creyente bautizado, tal como la muerte ya no tiene dominio sobre el Cristo resucitado (v. 9). El poder salvador de Dios viene sobre el creyente cuando es bautizado en Cristo, perdonándole sus pecados y salvándolo del pecado.

El objetivo de la crucifixión del viejo hombre es “para que el cuerpo del pecado sea destruido” (v. 6). El cuerpo del pecado es el hombre que estaba muerto en el pecado, que a su vez estaba sujeto a los deseos de la carne. Este cuerpo del pecado ha sido destruido (o despojado) a través del bautismo (cf. Col 2:11-13). En consecuencia, somos librados de la esclavitud del pecado, somos “vivos para Dios en Cristo Jesús” (v. 11) y somos capaces de vivir una vida nueva (v. 4).

d. La unidad con Cristo

En este pasaje, Pablo usa muchos verbos compuestos συν- (que significa “juntos”): “sepultados juntamente” (συνετάφημεν, v. 4), “plantados juntamente” (σύμφυτοι, v. 5), “crucificado juntamente” (συνεσταυρώθη, v. 6), “viviremos [juntamente]” (συζήσομεν, v. 8). La idea general aquí es que el creyente se une con Cristo por medio del bautismo. En el bautismo, somos unidos con Cristo en la semejanza de su muerte, somos crucificados con Él y somos sepultados juntamente con Él para muerte. La muerte que sufrimos en el bautismo no es nuestra muerte, sino la muerte de Cristo (v. 3).

En este pasaje, la palabra οὕτως (“así también”) establece un paralelo entre Cristo y el bautizado en dos ocasiones: “[P]orque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva” (v. 4); “En cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; pero en cuanto vive, para Dios vive. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro” (vv. 10, 11). La muerte y la resurrección de Cristo son la base y el modelo de la muerte del viejo hombre y el surgimiento de la vida nueva que experimentamos en el bautismo.

Para ser liberado del pecado, vivo para Dios y vivir junto a Dios en el futuro, el creyente debe unirse primero a Cristo en su muerte por medio del bautismo. La muerte expiatoria de Jesucristo que sucedió en la historia

surte efecto en nosotros cuando somos bautizados en su nombre. Nuestro viejo hombre muere con Él en el bautismo y se nos da una vida nueva. Por lo tanto, el bautismo en Cristo es una parte necesaria y fundamental de la experiencia de la salvación.

Dado que Pablo habló del bautismo en medio de su discurso sobre el pecado y la gracia, podemos apreciar aún más la importancia del bautismo en relación con el contexto más amplio de este pasaje. En el capítulo 5, Pablo habla de la justificación por la sangre de Cristo, la cual nos libera del pecado y de la muerte, permitiéndonos así reinar en vida. En vista de los efectos del bautismo mencionados en el capítulo 6, se hace evidente que esta gracia de justificación y vida vienen al creyente cuando es bautizado en la muerte de Cristo. La sangre de Jesucristo se aplica al creyente en el bautismo, salvándolo de la muerte para que entre en la vida.

e. La forma del bautismo

Aunque aquí Pablo no tuvo la intención de dar instrucciones sobre el bautismo, de este pasaje podemos inferir cuál era la forma del bautismo en los tiempos apostólicos.

i. En la semejanza de su muerte

“Si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección” (v. 5). ¿A qué se refiere “semejanza” (ὁμοίωμα) aquí? En el Nuevo Testamento, “semejanza” es la copia de un objeto, que a menudo denota una representación física⁹⁵. En sentido general, nuestra muerte al pecado es una copia de la muerte de Cristo y nuestra resurrección será una copia de la resurrección de Cristo. En otras palabras, si morimos al pecado de la misma manera que Cristo murió al pecado, resucitaremos victoriosos sobre la muerte de la misma manera que resucitó Cristo.

Sin embargo, tampoco podemos pasar por alto el hecho de que, en Romanos capítulo 6, la muerte de Cristo está relacionada con el bautismo. Puesto que el bautismo consiste en una forma externa, y ὁμοίωμα es usada repetidamente para significar una semejanza física, no debemos descartar la idea de que Pablo también estaba pensando en la unidad de la forma del bautismo con la forma de la muerte de Cristo. ¿Cuál es la forma de la muerte de Cristo? La única descripción explícita se encuentra en Juan 19:30: “E inclinando la cabeza, entregó el espíritu”. “Habiendo inclinado” (κλίνας) es un participio aoristo,

95 Ejemplos del uso de la palabra ὁμοίωμα en el Nuevo Testamento: “semejanza de imagen de hombre corruptible” (Ro 1:23 RVA), “a la manera de la transgresión de Adán” (Ro 5:14), “en semejanza de carne de pecado” (Ro 8:3), “se hizo semejante a los hombres” (Flp 2:7), “el aspecto de las langostas era semejante a caballos preparados para la guerra” (Ap 9:7).

lo que indica que se trata de una acción previa a la acción del verbo principal “entregó” (παρέδωκεν). De modo que podemos traducir el versículo como: “Luego de que hubiera inclinado la cabeza, entregó su espíritu”. La forma de la muerte de Jesús no fue el resultado natural de la muerte, sino un acto final que Jesús hizo deliberadamente en la cruz antes de entregar su espíritu. Por lo tanto, puesto que la forma exterior del bautismo representa los efectos espirituales internos, la forma adecuada de recibir el bautismo es inclinando la cabeza en semejanza a la forma de la muerte de Jesús.

ii. Sepultado por medio del bautismo

“[P]orque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo” (v. 4). ¿De qué manera somos “sepultados para muerte” por el bautismo? Esta expresión debe ser entendida en un sentido figurado: nuestro viejo hombre se sumerge por completo en la muerte de la forma en que un cuerpo es sepultado completamente en un entierro. Sin embargo, Pablo también pudo haber tenido en cuenta la forma del bautismo, que consiste en la inmersión de una persona en el agua. En este sentido, la forma externa del bautismo representa adecuadamente la muerte interior del viejo hombre.

f. Implicaciones éticas del bautismo

Pablo cita el bautismo para dejar en claro que uno no puede perseverar en el pecado para que la gracia abunde. Dado que el creyente muere al pecado juntamente con Cristo en el bautismo, el pecado ya no tiene cabida en su vida. Perseverar en el pecado simplemente no es una opción para los bautizados. Por lo tanto, el bautismo marca el comienzo de una vida nueva, una vida libre del dominio del pecado. Nuestro bautismo debe recordarnos constantemente de que de ninguna manera somos gobernados por la influencia y los deseos del pecado.

El versículo 5 dice: “Si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte”. La palabra γεγόναμεν (“fuimos plantados”) está en el tiempo perfecto. El tiempo perfecto griego denota el estado presente que resulta de una acción pasada⁹⁶. Este versículo implica, entonces, que nuestra inserción en la muerte de Cristo fue definitiva, lo que da como resultado nuestro estado actual de estar unidos con Cristo en la semejanza de su muerte. Luego de nuestro bautismo, hemos muerto al pecado de una vez por todas, así como Cristo murió al pecado de una vez para

96 Machen, J. Gresham, *New Testament Greek for Beginners*, pág. 242

siempre (v. 10). De esta manera, un cristiano es apartado completamente de la esclavitud de la vida pecaminosa bajo la era del viejo Adán, y no volverá a ella de nuevo. El que fue bautizado ahora vive para Dios, y su conducta diaria debe reflejar esta vida nueva.

g. El bautismo y la resurrección

La muerte que sufrimos con Cristo en el bautismo da como resultado una vida nueva con Cristo (vv. 4, 10–11). Por lo tanto, el bautismo es clave para el comienzo de nuestra vida espiritual. No sólo así, el bautismo también planta la semilla para nuestra futura resurrección corporal. “Si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección” (v. 5). La palabra ἐσόμεθα (“seremos”) está en tiempo futuro, lo que sugiere que se está refiriendo a la resurrección corporal que ocurrirá en la segunda venida de Cristo. Esto refuerza la idea de que el uso de ὁμοίωμα (“semejanza”) denota una forma física, es decir, que nuestro cuerpo resucitado tomará la forma del cuerpo de Cristo.

1 Corintios 1:10–17

- 10 *Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y un mismo parecer,*
- 11 *porque he sido informado acerca de vosotros, hermanos míos, por los de Cloé, que hay entre vosotros contiendas.*
- 12 *Quiero decir, que cada uno de vosotros dice: «Yo soy de Pablo», «Yo, de Apolos», «Yo, de Cefas» o «Yo, de Cristo».*
- 13 *¿Acaso está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?*
- 14 *Doy gracias a Dios de que a ninguno de vosotros he bautizado, sino a Crispo y a Gayo,*
- 15 *para que ninguno diga que fue bautizado en mi nombre.*
- 16 *También bauticé a la familia de Estéfanos, pero de los demás no recuerdo si he bautizado a algún otro.*
- 17 *No me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el evangelio; no con sabiduría de palabras, para que no se haga vana la cruz de Cristo.*

1. PUNTOS CLAVE

- a. Los creyentes fueron bautizados en el nombre de Jesús
- b. El bautismo era un hecho universal para todos los creyentes
- c. Pablo de ninguna manera subestima el bautismo

2. CONTEXTO

Los creyentes de Corinto, aunque enriquecidos en palabra y conocimiento (1 Co 1:5), eran carnales y espiritualmente inmaduros (1 Co 3:1–4). A causa de su orgullo y envidia, había división entre ellos. Los miembros de esta iglesia formaron facciones entre sí, pronunciando lealtad a trabajadores talentosos y poderosos como Pablo, Apolos y Cefas. Se enorgullecían de aliarse con estos siervos de Dios con el fin de dar a entender su superioridad sobre los demás. Algunos de ellos incluso declararon tener un lazo especial

con Cristo. Este problema es el primero que Pablo encara en su epístola a los corintios, y el tema del bautismo entra en juego en su súplica por la unidad de la iglesia.

3. COMENTARIO

a. Bautizarse en el nombre de Jesús

La división de la iglesia de Corinto tiene su origen en las facciones que ellos crearon para sí mismos. Cada uno de ellos decía: “«Yo soy de Pablo», «Yo, de Apolos», «Yo, de Cefas» o «Yo, de Cristo»”. Para ayudarles a ver que estaban cometiendo un error, Pablo les hizo una serie de preguntas fundamentales: “¿Acaso está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?” (v. 13). El objetivo de estas preguntas retóricas era para guiarlos de vuelta a la verdad fundamental de que todos los creyentes pertenecen a nadie más que a Cristo. Si Cristo tiene un solo cuerpo y no está dividido, no hay ninguna razón para que los miembros de su cuerpo se dividan.

Los creyentes pertenecen sólo a Cristo porque sólo Él se crucificó por ellos y los redimió con su sangre preciosa. El bautismo que reciben los creyentes está estrechamente relacionado con la crucifixión de Cristo. Puesto que el bautismo tiene sus raíces en la muerte y resurrección de Cristo (cf. Ro 6:2-3; Col 2:12-14), era lógico que Pablo mencionara al bautismo y a la crucifixión de Cristo. De hecho, es a través del bautismo que el creyente viene a unirse con su Señor y Salvador crucificado.

Pablo quería que los corintios recordaran en qué nombre habían sido bautizados. No hace falta decir que ninguno de ellos fue bautizado en el nombre de Pablo, de Apolos o de Cefas. En lugar de ello, todos habían sido bautizados en el nombre de Jesucristo—un hecho cuya importancia Pablo quería que los creyentes reflexionaran de nuevo. Según consta en el Nuevo Testamento, la iglesia bautizaba a los conversos “en el nombre de Jesucristo” (cf. Hch 2:38; 8:16; 10:48; 19:5). Así que cuando Pablo les hizo esta pregunta a los corintios, seguramente ellos recordaron que cuando ellos fueron bautizados, lo hicieron invocando el nombre del Señor Jesucristo. A través del bautismo que recibieron en el nombre de Jesús, ellos se convirtieron en miembros del cuerpo de Cristo y se ligaron a nadie más que a Cristo. Por lo tanto, es incorrecto que un creyente de Cristo pronuncie lealtad a cualquier otra persona. En base a esto, también es incorrecto que un cristiano declare tener una afinidad especial con Cristo más que los otros miembros del cuerpo de Cristo, porque todo aquel que ha sido bautizado pertenece a Cristo por igual.

b. La universalidad del bautismo

Al hablar de la unidad de los creyentes en Cristo, Pablo apela a un hecho que todos los creyentes habían experimentado—su bautismo en el nombre de Cristo. Se suponía que todos los creyentes en Cristo habían sido bautizados, ya que si existiera alguna duda en cuanto a si los creyentes de Corinto habían sido bautizados, la apelación de Pablo no habría sido eficaz en absoluto. Por otra parte, el hecho de que Pablo habló del bautismo de los corintios demuestra que en la mente de Pablo el bautismo fue siempre administrado a los creyentes de las iglesias del Nuevo Testamento, y que era una experiencia común que todos los lectores de Pablo podían recordar. Si el bautismo no fuera una experiencia universal, la llamada a la unidad sobre la base del bautismo hubiera sido problemática. Pero como todos los creyentes habían sido bautizados, su bautismo en Cristo los une como miembros de un mismo cuerpo. Así como todos los creyentes habían puesto su fe en el Salvador crucificado, todos también habían sido bautizados en su nombre. Este razonamiento sirvió de premisa a las preguntas retóricas: “¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?” (v. 13).

c. La importancia del bautismo

Los creyentes de Corinto no sólo no fueron bautizados en el nombre de Pablo, sino que Pablo estaba agradecido de que la mayoría de ellos tampoco fue bautizada por él. Incluso él dijo que Cristo no lo envió a bautizar, sino a predicar el evangelio. Muchos de los que rechazan los efectos y la necesidad del bautismo citan estas palabras de Pablo para apoyar sus puntos de vista. Dicen: si el bautismo fuera esencial para la salvación, ¿cómo pudo Pablo haberle agradecido a Dios por haber bautizado sólo a unos pocos? Estas personas sostienen que la predicación del evangelio es lo que lleva a una persona a la salvación, no el bautismo. Es por eso que Pablo se concentró en la predicación del evangelio y consideró que el bautismo era algo de poca importancia.

Decir que Pablo subestimó el bautismo es tomar lo que dijo Pablo fuera de contexto. ¿Por qué Pablo agradeció a Dios por haber bautizado sólo a unos pocos? ¿Acaso fue porque Pablo pensaba que el bautismo era algo insignificante? La idea central de este pasaje no es si el bautismo sea importante o necesario para la salvación. Pablo estaba agradecido por haber bautizado sólo a unos pocos miembros, “para que ninguno diga que fue bautizado en mi nombre” (v. 15). Para recordarles a los corintios en qué nombre habían sido bautizados, Pablo señaló que él apenas había bautizado a alguien en Corinto. Así que nadie podía decir que Pablo bautizó a alguien en su propio nombre o que alguien fue bautizado en el nombre

de Pablo. Pablo trajo a colación el tema del bautismo en este contexto con el fin de evitar que los creyentes declararan alguna afiliación especial con él. Pablo no fue crucificado por ellos. Ellos no fueron bautizados en el nombre de Pablo. La mayoría de ellos ni siquiera fue bautizada por Pablo. Por lo tanto, ningún creyente pertenece a Pablo.

Si de veras Pablo hubiera considerado al bautismo como algo irrelevante en cuanto a la salvación de un creyente o al lugar que el creyente adquiere en el cuerpo de Cristo, entonces, ¿qué ganaría al pedir que sus lectores recordaran en qué nombre habían sido bautizados? ¿Qué diferencia habría que los creyentes hubieran sido bautizados en el nombre de Cristo o en el nombre de Pablo? En lugar de fortalecer su argumento, ¿mencionar el bautismo no hubiera sido en detrimento para ello? Tal como observa Cottrell correctamente: “El razonamiento de Pablo presupone la importancia del bautismo, no su irrelevancia”⁹⁷.

Si fuera cierto que Pablo había negado bautizar a los creyentes porque el bautismo era irrelevante, entonces, ¿no podríamos decir lo mismo de la pregunta: “¿Fue crucificado Pablo por vosotros?” (v. 13) Al recordarles a sus lectores que él no fue crucificado por ellos, ¿estaba Pablo diciendo que la crucifixión no era importante? ¡Todo lo contrario! Pablo quiso que los creyentes recordaran quién fue el que se crucificó por ellos porque la crucifixión es fundamental para la fe y la salvación de un creyente. Puesto que el bautismo en el nombre de Cristo fue mencionado junto a la crucifixión de Cristo, es evidente que Pablo mencionó el bautismo aquí no porque sea irrelevante, sino precisamente porque tiene un papel crucial en la conversión de una persona. El bautismo era tan importante que si los que se jactaban de Pablo hubieran sido bautizados por Pablo, habrían usado eso como base de su jactancia. Es por eso que Pablo estaba muy aliviado de que casi ninguno de ellos había sido bautizado por él.

Queda una cuestión más por resolver. Si el bautismo fuera una parte tan esencial de la salvación, ¿por qué Pablo dijo que Cristo no lo envió a bautizar, sino a predicar el evangelio? Una vez más, hay que tener en cuenta que la preocupación de Pablo en el contexto de este pasaje no era si el bautismo sea importante o no, sino que él había bautizado sólo a unos pocos para que ninguno diga que Pablo había bautizado en su propio nombre. Para continuar con la idea de no jactarse de cualquier ser humano, Pablo señaló que bautizar no era la misión principal que recibió de Cristo. Es por eso que él se concentraba en predicar el evangelio y dejaba

97 Cottrell, pág. 13

que otros trabajadores administraran los bautismos. Pablo también hace mención de esta delegación de ministerios diferentes en 1 Corintios 3:5-6: “¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores por medio de los cuales habéis creído; y eso según lo que a cada uno concedió el Señor. Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios”. Así como sembrar no es más importante que regar, predicar el evangelio no es más importante que bautizar.

Por supuesto, la predicación del evangelio siempre ocurre antes que el bautismo. Pero esta prioridad es de orden, no de importancia. Escuchar y creer en el evangelio precede a la recepción del bautismo, así como la siembra precede al riego; pero ninguno de estos es más importante que el otro, al contrario, ambos son igualmente importantes.

El hecho de que Pablo no siempre bautizaba personalmente a los conversos no significa que los bautismos eran desatendidos en la iglesia primitiva. De hecho, según consta en Hechos 19:1-7, Pablo estaba tan preocupado por el bautismo de los discípulos de Éfeso que los bautizó de inmediato cuando se enteró de que no habían sido bautizados en el nombre de Jesucristo. Durante su viaje misionero a Filipos, Pablo y Silas también bautizaron inmediatamente a Lidia y al carcelero tras su conversión, junto con sus respectivas familias (Hch 16:15, 33). Aunque Pablo no solía administrar el bautismo él mismo, los demás trabajadores debieron de haber llevado a cabo esta importante labor.

Por último, no debemos olvidar que Pablo es el autor que más habla sobre la importancia del bautismo en el Nuevo Testamento. Pasajes como Romanos 6:1-4 y Colosenses 2:11-12 hablan del bautismo como morir, sepultar y resucitar con Cristo por medio de la acción del poder del Cristo resucitado. Que Pablo desprecie la importancia del bautismo en su carta a los corintios contradeciría por completo sus otros escritos que conceden al bautismo una importancia crucial.

1 Corintios 6:9–11

- 9 *¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No os engañéis: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los homosexuales,*
10 *ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios.*
11 *Y esto erais algunos de vosotros, pero ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios.*

1. PUNTOS CLAVE

- a. El versículo 11 se refiere al bautismo
- b. El Espíritu de Dios obra por medio del bautismo
- c. El bautismo exige una vida recta

2. CONTEXTO

Pablo se dirige a los corintios en relación con la inmoralidad sexual que había entre ellos. En lugar de lamentarse por el pecado, los creyentes eran arrogantes al respecto. Toleraron a los malvados y no los expulsaron de entre ellos. No sólo no ejercieron el juicio en la casa de Dios, sino que se trataron injustamente y se engañaron los unos a los otros, e incluso entablaron litigios los unos contra los otros. Al instarles a eliminar todas estas conductas pecaminosas, Pablo les advirtió que los que practicaban la maldad no tenían lugar en el reino de Dios. También les recordó la gracia que recibieron al haber sido liberados del pecado.

3. COMENTARIO

- a. La gracia recibida por el bautismo

Aunque en el pasado algunos creyentes de Corinto solían vivir en la inmoralidad como lo hacían los impíos del mundo, ahora que se habían convertido tenían un estatus completamente diferente en Cristo. Para

enfatar que ya no debían tener parte con la vida pecaminosa, Pablo repite la palabra ἀλλὰ (“pero”) tres veces como una forma de contrastar el antes y el después: “pero ya habéis sido lavados” (ἀπελούσασθε), “[pero] ya habéis sido santificados” (ἡγιασθητε), “[pero] ya habéis sido justificados” (ἐδικαιώθητε). El lavamiento, la santificación y la justificación fueron realizados “en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios” (v. 11).

El “lavamiento”, usado en un sentido espiritual, a menudo denota la limpieza interior de pecados (cf. Pr 30:12; Sal 51:7; Is 1:16; 4:4; Jer 4:14; Ez 36:25; Zac 13:1; Hch 22:16; Ap 1:5).

La “santificación” es un acto divino de separar lo sacro de lo profano. Esto incluye la consagración de sacerdotes, la consagración del pueblo, la consagración de animales u objetos (cf. Ex 13:2; 29:21, 43; 30:29), así como también la santificación de Dios y su nombre (Lev 10:3; Nm 20:12; Is 29:23; Ez 20:41; Mt 6:9). En el Nuevo Testamento, Jesús fue santificado (Jn 10:36; 17:19), y los que pertenecen a Cristo son santificados por la sangre expiatoria de Cristo (Jn 17:19; Hch 20:32; 26:18; Ef 5:26; Heb 2:11; 10:10, 14, 29; 13:12).

La “justificación”, cuando se refiere a Dios, es la reivindicación de Dios (cf. Sal 51:4; Lc 7:29). Cuando se refiere a los hombres, el término a menudo lleva el sentido de “considerar justo” o “absolver” (Ex 23:7; Dt 25:1; Pr 17:15; Gn 44:16). Una persona es justificada por Dios cuando se la considera justa (Lc 18:14). En el Nuevo Testamento, Dios justifica a los pecadores a través de su fe y por medio de la sangre de Cristo (Hch 13:39; Ro 3:24, 26, 30; 5:1, 9; Gl 2:16; 3:11, 24). Los que son justificados son liberados de sus pecados (Hch 13:38–39; Ro 6:7) y continúan siendo justificados cuando ponen su fe en práctica (Stg 2:21–24; 1 Jn 3:7).

Pero Pablo no menciona el bautismo en este pasaje, ¿en base a qué, entonces, decimos que el lavamiento, la santificación y la justificación del versículo 11 ocurren en el bautismo?

Los tres verbos que se refieren a estas acciones están en tiempo aoristo, lo que indica que estos hechos ya habían ocurrido. Cualesquiera sean los pecados que los corintios habían cometido en el pasado, ya habían sido lavados de una vez por todas. Los corintios también habían sido santificados y justificados ante Dios. Pero, ¿en qué momento ocurrió este lavamiento, santificación y justificación? Dunn dice que aquí Pablo no estaba hablando del bautismo en absoluto, sino más bien de un acontecimiento espiritual de transformación y conversión mayor, que puede o no

coincidir cronológicamente con el bautismo⁹⁸. Sin lugar a dudas, Pablo estaba hablando de acontecimientos espirituales que ocurrieron interiormente durante la conversión de un creyente. Sin embargo, como puede verse en los siguientes puntos, las Escrituras sí conectan estos efectos espirituales con el sacramento del bautismo:

- i. El verbo ἀπελούσασθε (“habéis sido lavados”) es el mismo que usó Ananías cuando le ordenó a Saulo a ser bautizado y lavar (ἀπόλουσαι) sus pecados (Hch 22:16). En ambos casos, la voz media es usada (lavarte a ti mismo) para indicar que se trata de una acción que implica la participación voluntaria de la persona⁹⁹. “En el nombre del Señor Jesús” también corresponde con “invocar el nombre del Señor”. La similitud del lenguaje que se usa en estos dos pasajes sugiere que el lavamiento de 1 Corintios 6:11 es una referencia a la purificación que se recibe a través del bautismo.
- ii. El lavamiento de los pecados ocurre a través de la sangre de Jesucristo (Ap 1:5). Si tal lavamiento es el resultado del bautismo, según indican las palabras de Ananías, esto significa que la sangre de Jesucristo es usada para limpiar los pecados del pecador durante su bautismo. Este entendimiento del bautismo también es consistente con 1 Juan 5:6–8. Por otra parte, las Escrituras también enseñan que somos santificados y justificados por la sangre de Cristo (Heb 10:29; Ro 5:9), lo que lleva a la conclusión de que la santificación y la justificación de los pecadores también se imparten a través del bautismo. En otras palabras, Cristo nos lava, nos santifica y nos justifica por su sangre cuando somos bautizados en su nombre.
- iii. En Romanos capítulo 6, un pasaje clave sobre la importancia y los efectos del bautismo, Pablo escribe: “el que ha muerto ha sido justificado del pecado” (v. 7). La palabra griega δεδικαίωται significa “justificado”. La muerte del creyente marca el momento de la justificación del pecado. ¿Cuándo ocurre esta muerte al pecado y su consiguiente justificación? Pablo explica: “¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?, porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo...” (Ro 6:3–4). Por lo tanto, un creyente es justificado del pecado

98 J. D. G. Dunn, *Baptism in the Holy Spirit: A Re-examination of the NT Teaching on the Gift of the Spirit in Relation to Pentecostalism Today*, SBT 2, (London, SCM, 1970), pág. 121; cf. págs. 120–23 sobre este pasaje y págs. 116–31 sobre esta epístola.

99 G. R. Beasley-Murray, *Baptism in the New Testament*, (Grand Rapids, William B. Eerdmans Publishing Company, 1962), pág. 163.

cuando es bautizado en Cristo. Esto confirma que en 1 Corintios 6:11, Pablo tenía al bautismo en mente cuando escribió “ya habéis sido justificados”.

Si Dunn estuviera en lo cierto al creer que en el versículo 11 Pablo no se estaba refiriendo al bautismo sino a alguna “gran transformación espiritual de la conversión”, entonces, ¿cuál es esta gran transformación? Ciertamente, Pablo no se estaba refiriendo a una transformación gradual del proceso de conversión porque usó el tiempo aoristo en esta oración. ¿Qué otro momento fuera del bautismo pudo haber tenido Pablo en mente cuando habló de la ocasión en que los creyentes fueron apartados de sus vidas pecaminosas pasadas de una vez por todas? ¿Acaso la Biblia habla de otra ocasión fuera del bautismo capaz de marcar el lavamiento, la santificación y la justificación del pecador? Insistir que estos efectos espirituales no tienen que ver con el bautismo cuando la Biblia no duda en conectarlos con el mismo es algo innecesario y no bíblico.

b. La base para el efecto del bautismo

Los tres verbos del versículo 11 están seguidos de dos frases prepositivas: “en el nombre del Señor Jesús” (ἐν τῷ ὀνόματι τοῦ κυρίου Ἰησοῦ Χριστοῦ) y “por el Espíritu de nuestro Dios” (ἐν τῷ πνεύματι τοῦ θεοῦ ἡμῶν). Estas dos frases funcionan como la base de los efectos espirituales del bautismo.

El bautismo no es una simple inmersión en el agua, sino que es un acto que une al creyente con Cristo. Por lo tanto, el bautismo se administra en nombre del Señor Jesús (Hch 2:38; 8:16; 10:48; 19:5; cf. 1 Co 1:13), y el creyente debe invocar el nombre de Jesús en el bautismo (Hch 22:16). Jesús, por cuyo nombre somos salvos (Hch 4:12) y en cuyo nombre confiamos, nos limpia con su sangre cuando somos bautizados en su nombre.

El Espíritu de Dios también obra en el bautismo (cf. 1 Co 12:13). Concede a la iglesia la autoridad para perdonar pecados (Jn 20:22–23) y da testimonio durante el bautismo (1 Jn 5:6, 8). Por lo tanto, el lavamiento de la regeneración que tiene lugar en el bautismo proviene en realidad de la obra regeneradora del Espíritu (cf. Jn 3:5–8).

c. Implicaciones éticas del bautismo

En el contexto de 1 Corintios capítulo 6, Pablo les hizo recordar a sus lectores de la vida espiritual nueva que recibieron con el bautismo para instarles a vivir una vida santa. La conducta poco ética e inmoral de los creyentes de Corinto no tenía cabida en el reino de Dios. Aunque algunos de ellos solían vivir en la inmoralidad, cuando fueron bautizados, fueron lavados, santificados y justificados por la sangre de Cristo de una vez para siempre. Recordar que Dios les había concedido la gracia de una

vida nueva es recordar que ya no debían volver al estado anterior. Del mismo modo, nuestro bautismo hoy también nos llama a una vida que se distingue de las inmundicias que prevalecen en el mundo. Cada vez que recordamos el momento en que Cristo nos lavó, nos santificó y nos justificó, debemos tener la motivación de vivir una vida digna de nuestro llamamiento.

1 Corintios 10:1–13

- 1 *No quiero, hermanos, que ignoréis que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube, y todos pasaron el mar;*
- 2 *que todos, en unión con Moisés, fueron bautizados en la nube y en el mar,*
- 3 *todos comieron el mismo alimento espiritual*
- 4 *y todos bebieron la misma bebida espiritual, porque bebían de la roca espiritual que los seguía. Esa roca era Cristo.*
- 5 *Pero de la mayoría de ellos no se agradó Dios, por lo cual quedaron tendidos en el desierto.*
- 6 *Estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros, para que no codiciemos cosas malas, como ellos codiciaron.*
- 7 *Ni seáis idólatras, como algunos de ellos, según está escrito: «Se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantó a jugar.»*
- 8 *Ni forniquemos, como algunos de ellos fornicaron, y cayeron en un día veintitrés mil.*
- 9 *Ni tentemos al Señor, como también algunos de ellos lo tentaron, y perecieron por las serpientes.*
- 10 *Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y perecieron por mano del destructor.*
- 11 *Todas estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, que vivimos en estos tiempos finales.*
- 12 *Así que el que piensa estar firme, mire que no caiga.*
- 13 *No os ha sobrevenido ninguna prueba que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser probados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la prueba la salida, para que podáis soportarla.*

1. PUNTOS CLAVE

- a. El bautismo de los israelitas en la nube y en el mar en unión con Moisés se compara con nuestro bautismo en Cristo
- b. La caída de los israelitas después de haber recibido la liberación de Dios nos advierte a prevenir contra el pecado

2. CONTEXTO

La palabra de transición γὰρ (“además” o “porque”, RVA) en el versículo 1 indica que este pasaje discute más extensamente lo que se expuso en el pasaje

anterior. En 1 Corintios 9:24–27, Pablo dijo que él se entrenaba a sí mismo para la carrera y que luchaba para ganar la corona, a no ser que quedara descalificado. En este pasaje, Pablo cita el fracaso de los israelitas en su viaje por el desierto para demostrar por qué es fundamental ejercitar la auto-disciplina en nuestro viaje celestial.

3. ESTRUCTURA

En los versículos 1–4, la palabra “todos” aparece cinco veces, enfatizando que la liberación y la gracia de Dios habían sido dadas a todos los israelitas que habían entrado en el desierto. En los versículos 6–10, la frase “algunos de ellos” se repite cuatro veces, señalando a los israelitas que se habían sucumbido al pecado. Aunque todos entraron en la carrera, no todos llegaron a la meta final.

4. COMENTARIO

a. Bautizados en Moisés

Al hecho de que Dios haya usado una columna de nube para liberar y guiar a los israelitas a través del Mar Rojo, Pablo lo describe como un “bautismo”. Así como nos rodeamos de agua cuando somos bautizados, los israelitas también fueron rodeados por la nube y el Mar Rojo. A través del bautismo, Cristo nos redime de la perdición eterna y nos trae a una vida nueva. De la misma manera, Moisés había liberado a los israelitas de la amenaza de muerte cuando los hizo pasar por el mar y estar bajo la nube. Referirse a la liberación de los israelitas como un bautismo nos da la base para entender que nuestro bautismo hoy es el medio a través del cual Dios nos salva.

b. La necesidad de prevenir contra el pecado

La caída de los israelitas que pecaron en el desierto nos enseña que a pesar de que fuimos bautizados en Cristo, esto no significa que nunca vayamos a fracasar. Teniendo esto en cuenta, necesitamos prestar atención a la exhortación que Pablo nos da sobre ejercitar nuestra auto-disciplina y esforzarnos en el recorrido de esta carrera celestial. Si no tenemos cuidado, podríamos caer en el pecado tal como sucedió con algunos de los israelitas en el desierto.

Sin embargo, como Dios nos ha redimido por el bautismo y continúa alimentándonos con su comida y bebida espirituales, sabemos que no estamos solos en este viaje. El pasaje concluye con la promesa de que

nuestro Dios fiel no permitirá que seamos tentados más allá de lo que podamos soportar, sino que con la tentación también nos dará una salida (v. 13). Por lo tanto, la victoria sobre el pecado está asegurada a todos los creyentes que están dispuestos a resistir la tentación con la ayuda misericordiosa de Dios.

1 Corintios 12:12–13

- 12 *Así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo,*
13 *porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, tanto judíos como griegos, tanto esclavos como libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu.*

1. PUNTOS CLAVE

- a. “Bautizados por un solo Espíritu” se refiere al sacramento del bautismo
- b. El Espíritu es el que bautiza
- c. El bautismo es el medio por el cual nos incorporamos al cuerpo de Cristo
- d. El bautismo une a los creyentes

2. CONTEXTO

El tema principal de este capítulo es la unidad del cuerpo de Cristo. Aunque existen muchos tipos de dones en la iglesia, hay un solo Espíritu. En este contexto Pablo menciona una experiencia común entre los creyentes: todos habían sido bautizados por un solo Espíritu en un solo cuerpo.

3. COMENTARIO

- a. Bautizado por un solo Espíritu

La frase ἐν ἐνὶ πνεύματι ha sido traducida en un sentido locativo “en un solo Espíritu”, o en un sentido instrumental “por un solo Espíritu”, implicando que el Espíritu sea un agente. Cuando Juan el Bautista dijo: “Yo os bautizo en agua (ἐν ὕδατι)”, agua es el elemento en el que la persona se sumerge. En 1 Corintios 10:2, “todos, en unión con Moisés, fueron bautizados en la nube y en el mar” (ἐν τῇ νεφέλῃ καὶ ἐν τῇ θαλάσῃ), la nube y el mar son los elementos en los que el bautismo tuvo lugar. Por otro lado, ἐν τῷ πνεύματι en 1 Corintios 12:9 se entiende como “por el Espíritu”, ya que en este contexto el Espíritu es el agente activo que distribuye los

dones según su propio deseo (cf. 1 Co 12:11). En este sentido, podemos decir que el Espíritu Santo es el que nos bautiza en el cuerpo de Cristo. Sin embargo, estas dos posibles traducciones no son mutuamente excluyentes, porque nuestro bautismo por el Espíritu es también un bautismo en el Espíritu.

¿A qué se está refiriendo este bautismo? Comparándolo con otros pasajes, entendemos que Pablo se estaba refiriendo al sacramento del bautismo. En 1 Corintios 6:11, Pablo dijo que los creyentes habían sido lavados “en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios”. En Hechos 2:41, donde dice que los que recibieron la palabra fueron bautizados, también indica que el bautismo es la ocasión por la que se añaden creyentes al cuerpo de Cristo. Por lo tanto, podemos decir que cuando somos bautizados en Cristo, somos bautizados por un solo Espíritu.

b. Bautizados en un solo cuerpo

Cuando somos bautizados en Cristo, somos bautizados en su cuerpo, la iglesia. De este modo, el bautismo no sólo nos pone en una relación individual con Cristo, sino también en una relación de organismo con todos los demás creyentes en Cristo. A través del bautismo, somos añadidos a la iglesia y nos convertimos en miembros del cuerpo de Cristo (cf. Hch 2:41). Puesto que la iglesia se compone de aquellos que han sido comprados por la sangre de Cristo (Hch 20:28), el bautismo es el proceso por el cual el pueblo de Dios es incorporado al cuerpo de Cristo, ya que somos limpiados por la sangre de Cristo en el bautismo.

c. El bautismo es la base de la unidad

Pablo apela a los corintios por unidad recordándoles que a pesar de la diversidad de los dones que habían recibido, todos habían sido bautizados por un solo Espíritu en un solo cuerpo y a todos se les había dado de beber de un mismo Espíritu. El bautismo abarca a todos los creyentes, independientemente de su raza o estatus social, porque todos hemos sido bautizados por el mismo Espíritu en el mismo cuerpo. Por diversas que sean las culturas y las funciones de los miembros que formamos este cuerpo, el hecho de que todos hemos sido redimidos por la sangre de Cristo y que todos hemos sido traídos al cuerpo de Cristo hace que ninguna diferencia sea demasiada grande como para dividirnos.

1 Corintios 15:29

29 De otro modo, ¿qué harán los que se bautizan por los muertos, si de ninguna manera los muertos resucitan? ¿Por qué, pues, se bautizan por los muertos

1. PUNTOS CLAVE

- a. De todas las interpretaciones que existen sobre el bautismo por los muertos, dos tienen mayor apoyo textual:
 - i. El bautismo vicario
 - ii. El bautizarse con la esperanza de reunirse con un ser querido fallecido
- b. Pablo hace referencia a esta práctica para respaldar la resurrección de los muertos; no necesariamente está apoyando esta práctica

2. CONTEXTO

Al refutar a los que afirmaban que la resurrección de los muertos no era real, Pablo argumenta que la resurrección de los muertos es fundamental para la fe cristiana. Si los muertos no resucitaran, entonces Cristo tampoco resucitó, y todos los seguidores de Cristo habrían creído en vano. Pero como Cristo sí resucitó, la resurrección de los muertos será sin duda una realidad en la segunda venida de Cristo. Después de presentar el argumento principal, Pablo usa frases cortas para respaldar la existencia de la resurrección de los muertos. La primera es la referencia al bautismo por los muertos. Tal bautismo carecería de sentido si los muertos no resucitaran.

3. ESTRUCTURA

La cadena de pruebas que mencionó Pablo consta de estas partes principales:

- a. El testimonio de la resurrección de Cristo (15:1–11)
- b. La futilidad de nuestra fe si no existiera la resurrección (15:12–19)
- c. Cristo fue las primicias de la resurrección; y la resurrección del día final (15:20–28)

A esta cadena de pruebas le siguen tres argumentos cortos que refutan la idea de que la resurrección no existe:

- d. ¿Qué harán los que se bautizan por los muertos?
- e. ¿Por qué nos exponemos al peligro a toda hora?
- f. ¿Por qué no nos damos el gusto de disfrutar una vida de placer?

4. COMENTARIO

Pablo habla de los que se bautizan por los muertos para contradecir a los que niegan la resurrección. Esta referencia es única en la Escritura, y no tenemos ningún registro histórico que arroje luz sobre la naturaleza de esta práctica durante el tiempo de los apóstoles. Por lo tanto, nuestra interpretación de 1 Corintios 15:29 se basará fundamentalmente en el texto del pasaje.

El significado de “bautizarse por los muertos” varía según cómo se traduzca la preposición *ὑπέρ* que aparece con el genitivo (“por”). Pueden considerarse las dos alternativas siguientes:

- a. Bautismo vicario (bautizarse “en lugar de” los muertos)

En el Nuevo Testamento, *ὑπέρ* con el genitivo se usa en diferentes contextos para connotar diferentes matices de significado, por ejemplo: “intervenir por alguien” (Ro 8:31), “preocuparse por alguien” (Flp 1:7; 4:10), “sacrificarse por alguien”, especialmente cuanto se refiere al sacrificio expiatorio de Cristo (Ro 5:8; 1 Ts 5:10; 1 Co 15:3; 2 Co 5:15; Gl 3:13), y “en nombre de alguien” (Flm 1:13; 2 Co 5:20). Pero en términos generales, esta preposición se usa en un sentido de representar, sustituir o actuar en el interés de alguien. Por lo tanto, si *ὑπέρ* en la frase *βαπτίζομενοι ὑπὲρ τῶν νεκρῶν* se usa en su sentido común, entonces la frase significa “los que se bautizan en lugar de los muertos”.

¿Qué propósito tenía la administración de tal bautismo? Dado que no hay referencias sobre el bautismo vicario en los escritos de los apóstoles, no tenemos de dónde conocer su naturaleza. Pero prácticas similares realizadas por los grupos heréticos de los siglos II y III d.C. probablemente

hayan evolucionado de esta práctica que menciona Pablo, si es que esta interpretación de 1 Corintios 15:29 es correcta.

Juan Crisóstomo (347–407 d.C.) escribió lo siguiente sobre el rito del bautismo vicario entre los marcionitas, un grupo gnóstico considerado como herético:

¿O queréis que os hable primero de cómo los que están infectados con la herejía marcionita pervierten esta expresión? Y sé de hecho que voy a provocar mucha risa; sin embargo, aun así hablaré de ello para que podáis evitar completamente esta enfermedad. A saber, cuando cualquier catecúmeno fallece, y habiéndose ocultado un hombre vivo bajo el lecho del muerto, otros se acercan al cadáver y hablan con él y le preguntan si desea recibir el bautismo. Luego, cuando él no da ninguna respuesta, el que se ocultó debajo dice en su lugar que por supuesto desea ser bautizado; y lo bautizan a él en lugar del difunto, a la manera de los hombres que se burlan en el escenario¹⁰⁰.

Epifanio de Salamis también escribió sobre los marcionitas:

En este país, me refiero a Asia, e incluso en Galacia, su escuela floreció eminentemente y una práctica tradicional concerniente a ellos ha llegado hasta nosotros, que cuando alguno de ellos muere sin haber sido bautizado, solían bautizar a otros en su nombre, no sea que en la resurrección sufra el castigo por no haber sido bautizado (Herejías 8:7)¹⁰¹.

Desde Asia y Galia nos ha llegado el informe [tradición] de cierta práctica, a saber, que cuando alguno muere sin el bautismo entre ellos, ellos bautizan a otros en su lugar y en su nombre, para que en la resurrección no vayan a tener que pagar la pena de haber fallado en recibir el bautismo, sino que se sujetarán a la autoridad del creador del mundo. Por esta razón, esta tradición que ha llegado hasta nosotros se dice ser lo que el mismo Apóstol se refirió cuando dijo: “Si los muertos no resucitan en absoluto, ¿qué harán los que se bautizan por los muertos?” (Epifanio, *Adversus Haereses* 1, 28, 6, en PG; 4:384)¹⁰².

El Canon 4 del Concilio de Hipona, reunido en el año 393, dice: “La Eucaristía no se dará a los cadáveres, ni el bautismo será conferido sobre ellos”. Esta decisión fue confirmada en el año 397 en el Canon 6 del tercer

100 Schaff, P. (1997). *The Nicene and Post-Nicene Fathers Vol. XII. Chrysostom: Homilies on the Epistles of Paul to the Corinthians.* (244). Oak Harbor: Logos Research Systems.

101 Tvedtnes, John A., *Baptism for the Dead: The Coptic Rationale.*
http://www.fairlds.org/Misc/Baptism_for_the_Dead_the_Coptic_Rationale.html

102 Nibley, Hugh, *Baptism for the Dead in Ancient Times.*
http://www.lightplanet.com/mormons/temples/baptism_ancient_nibley.html

Concilio de Cartago. Estas resoluciones indican que algunos cristianos practicaban el bautismo vicario¹⁰³.

b. Bautizarse con la esperanza de reunirse con un ser querido fallecido (bautizarse “a causa de” los muertos)

La preposición ὑπέρ con el genitivo algunas veces se usa en un sentido de finalidad: “por” o “para”. Por ejemplo, “el misterio del evangelio, por el cual soy embajador en cadenas” (τὸ μυστήριον τοῦ εὐαγγελίου, ὑπὲρ οὗ πρεσβεύω ἐν αλύσει; Ef 6:19-20); “para vuestra consolación y salvación” (ὑπὲρ τῆς ὑμῶν παρακλήσεως καὶ σωτηρίας; 2 Co 1:6); “para mostrar la verdad de Dios” (ὑπὲρ ἀληθείας θεοῦ; Ro 15:8); “por su buena voluntad” (ὑπὲρ τῆς εὐδοκίας; Flp 2:13).

ὑπέρ también se usa para denotar causa o razón: “a causa de”, “debido a”¹⁰⁴. Por ejemplo, “por mi nombre” (ὑπὲρ τοῦ ὀνόματός μου; Hch 9:16); “dando siempre gracias por todo” (εὐχαριστοῦντες πάντοτε ὑπὲρ πάντων; Ef 5:20); “glorifiquen a Dios por su misericordia” (ὑπὲρ ἐλέους δοξάσαι τὸν θεόν; Ro 15:9); “respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor” (ὑπὲρ τούτου τρίς τὸν κύριον παρεκάλεσα; 2 Co 12:8).

Si Pablo usó la preposición en este sentido, pudo haber tenido en mente a los que habían sido bautizados a causa de sus seres queridos con la esperanza de reencontrarse con ellos en el cielo.

Las Escrituras enseñan que una persona es bautizada para el perdón de los pecados. Que Pablo haya mencionado el bautismo por los muertos no significa que apoye el bautismo vicario o el bautismo a causa de un ser querido fallecido. Él simplemente hizo referencia a los que se bautizaban por los muertos para argumentar que la existencia de esta práctica presuponía la existencia de una resurrección futura. Si los muertos no resucitaran en absoluto, tal bautismo no tendría sentido.

103 John A. Tvedtnes, “Baptism for the Dead: The Coptic Rationale,” The Foundation for Apologetic Information and Research. http://www.fairlds.org/Misc/Baptism_for_the_Dead_the_Coptic_Rationale.html

104 *Theological Dictionary of the New Testament*, ed. Gerhard Kittel, Geoffrey W. Bromiley y Gerhard Friedrich, ed. electrónica, Grand Rapids, MI, Eerdmans, 1964-, 8:514

Gálatas 3:26–29

26 porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús,

27 pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos.

28 Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay hombre ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús.

29 Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay hombre ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús.

1. PUNTOS CLAVE

- a. Nos revestimos de Cristo cuando somos bautizados en Cristo
- b. El bautismo y la fe en Cristo son inherentes
- c. Aquellos que están en Cristo son:
 - i. Hijos de Dios
 - ii. Uno, independientemente de la raza, el estatus social o el género
 - iii. Descendientes de Abraham y herederos según la promesa

2. CONTEXTO

En un esfuerzo de corregir a los gálatas que habían sido engañados en creer que necesitaban guardar la ley, Pablo demuestra que los que hemos sido bautizados en Cristo somos considerados herederos de Abraham por fe, no por guardar la ley. Mientras que la ley nos coloca bajo una maldición, Cristo nos ha redimido de esa maldición para que por la fe en Cristo podamos recibir la bendición prometida a Abraham. Cristo es la descendencia de Abraham, a quien Dios prometió la herencia. Por lo tanto, la promesa de Dios sólo puede ser recibida en Cristo, no por guardar la ley. Los que creen en Cristo son hijos de Dios y herederos por medio de la fe y del bautismo que los revisten de Cristo.

3. COMENTARIO

a. Revestirse de Cristo

“Despojar” y “revestir” son expresiones metafóricas que comunican la idea de renunciar o asumir cierta identidad o forma de conducta. Pablo exhorta a los creyentes a abandonar su conducta pecaminosa porque ya habían despojado al viejo hombre junto con sus pasadas maneras de vivir. También les dice que tienen que vestirse del nuevo hombre, creado según la imagen de Dios (Ef 4:20–24; Col 3:8–14). De la misma manera, en Romanos 13:14, Pablo exhorta a los creyentes a “vestíos del Señor Jesucristo”. Es imperativo imitar el carácter de Cristo en nuestra vida diaria.

Existe otro tipo de “despojar” y “revestir” que se refiere al bautismo del creyente. Este “despojar” y “revestir” es una transformación decisiva de la condición espiritual del creyente por la mano de Dios. Pablo escribe: “En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha por mano de hombre, sino por la circuncisión de Cristo, en la cual sois despojados de vuestra naturaleza pecaminosa. Con él fuisteis sepultados en el bautismo, y en él fuisteis también resucitados por la fe en el poder de Dios que lo levantó de los muertos” (Col 2:11–12). Dios entierra a nuestro viejo hombre con Cristo en el bautismo, o sea, despoja nuestra naturaleza pecaminosa. En el pasaje de Gálatas, el versículo 27 dice que el creyente se reviste de Cristo cuando es bautizado en Cristo. Nuestro viejo hombre fue crucificado en el bautismo, por lo que luego del bautismo, resucitamos a una vida e identidad nuevas en Cristo.

Hay dos expresiones más en este pasaje que se asemejan a la idea de revestirse de Cristo, a saber, “en Cristo Jesús” (v. 28) y “de Cristo” (v. 29). Revestirse de Cristo es estar unidos con Cristo, estar en Cristo y pertenecer a Cristo.

Nosotros somos bautizados en Cristo (Ro 6:3, Gl 3:27), entramos en una unión con Cristo, somos crucificados con Cristo, somos sepultados con Cristo en su muerte y resucitaremos con Cristo (Ro 6:4, 8; Col 2:11–13). En el bautismo, nuestros pecados son lavados a cuenta de la obra expiatoria de Cristo, y nos vestimos con la justicia de Cristo. Al haber sido incorporados al cuerpo de Cristo por el bautismo, obtenemos un estatus nuevo ante Dios. Somos hallados en Cristo, no por nuestra propia justicia, sino por la justicia que procede de Dios y que se basa en la fe (1 Co 1:30; 2 Co 5:21; Flp 3:9; Is 61:10). El resultado de estar en Cristo es que pasamos a pertenecerle a Él (1 Co 3:23; 15:23; 7:22; 2 Co 10:7; Gl 3:29; 5:24). Nosotros le pertenecemos a Cristo y hemos de vivir por Él.

b. El bautismo y la fe

En el versículo 26 Pablo les dice a los creyentes que todos son hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Luego, en el versículo siguiente continúa diciendo: “pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos” (v. 27). La palabra γὰρ (“pues”) conecta estos dos enunciados, haciendo que el enunciado del versículo 27 sea la causa del enunciado del versículo 26. O sea, dado que estamos revestidos de Cristo por el bautismo que recibimos en Cristo, somos hijos de Dios por la fe en Cristo. El bautismo en Cristo y la fe en Cristo son paralelos e inherentes. La fe y el bautismo son fundamentales para recibir a Cristo y pertenecerle a Él. No podemos enfatizar uno y mitigar el otro. Nosotros somos hijos de Dios por fe; y el bautismo es el momento en que nos revestimos de Cristo y recibimos esta filiación por medio de la fe.

En una epístola en la que Pablo enfatiza que la fe es el medio para alcanzar la justificación, cabe notar que Pablo no duda en asociar el bautismo con el estatus que el creyente tiene en Cristo y su adopción como hijo de Dios. Pablo refuta vehementemente la afirmación de los judaizantes de que ser hijos de Abraham implica guardar la ley. Cita las Escrituras para demostrar que la ley no justifica y que las obras de la ley colocan a los hombres bajo una maldición. Ahora que Cristo había venido, ya no estamos bajo la ley. Para ser justificados y convertirnos en herederos de la promesa de Dios, hemos de recibir a Cristo por fe. Pablo concluye su argumento diciendo: “porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús” (v. 26). ¿Quiénes son los que se convierten en hijos de Dios por fe? Los que hemos sido bautizados en Cristo. El hecho de que la Escritura coloca al bautismo en una conexión tan estrecha con la fe demuestra claramente que el bautismo no resulta de las obras de la ley, sino de la fe. La eficacia del bautismo no depende de la obra del hombre. El hombre no es más que el destinatario de la gracia de Dios, a través de la cual se une con Cristo y es salvo.

c. Consecuencias de bautizarse en Cristo

Luego de revestirnos de Cristo a través del bautismo, nos identificamos con Él y estamos en Él. Estar en Cristo nos provee de un estatus nuevo, por lo que podemos disfrutar de las bendiciones que vienen con este estatus:

i. Hijos de Dios

Dios envió a su Hijo Jesucristo para redimir a los que estamos bajo la ley, a fin de que podamos recibir la adopción de hijos (Gal 4:4–5).

A través de la fe en Jesucristo y de la unión con Él, nosotros nos convertimos en hijos de Dios.

En el Antiguo Testamento, los israelitas fueron llamados hijos de Dios (Ex 4:22–23; Dt 14:1–2; 32:5–6, 19–20; Is 1:2–4; 30:9; 43:6–7; 63:8; Jer 31:20; Os 2:1; 11:1–2). El término “hijos de Dios” denota una identidad especial, la de ser un pueblo escogido de Dios y la de ser una posesión valiosa de Dios.

En el Nuevo Testamento, la designación de hijos de Dios se aplica a los que creen en Jesús. Además, tal título está íntimamente relacionado con la redención y la vida eterna de una persona. Los que reciben a Cristo y creen en su nombre nacen de Dios y Dios les concede el derecho de ser hijos de Dios (Jn 1:12–13). Llamados y predestinados a amoldarse a la imagen del Hijo de Dios, los creyentes esperan la gloria y la redención finales (Ro 8:19–21; Ef 1:5; cf. Lc 20:36; Heb 2:10).

Puesto que ser hijos de Dios significa nacer de Dios, no es sorprendente leer en Gálatas que Pablo se refiera al bautismo como el momento decisivo de adquirir este nuevo estatus. El bautismo es el lavamiento de la regeneración a través del cual nacemos de nuevo de Dios y nos convertimos en hijos de Dios. Luego de ser adoptados como hijos de Dios, Dios envía el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones, el que clama: “¡Abba, Padre!” (Gl 4:6).

Además, la razón por la que somos considerados hijos de Dios es por la redención de Cristo. Tal como dice en Gálatas: “Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiéramos la adopción de hijos” (Gl 4:4–5). El precio de la redención es la sangre de Jesús, la cual lava nuestros pecados cuando somos bautizados en su nombre. De nuevo, nuestro bautismo en Cristo marca el comienzo de este nuevo estatus divino.

ii. Ser uno en Cristo

Bautizar en Cristo da como resultado la unidad en Cristo. Las diferencias raciales, sociales y de género son irrelevantes al estatus espiritual de una persona en Cristo. Todo aquel que acepte a Jesucristo por fe se convierte en una parte esencial del cuerpo de Cristo. A través de la sangre de Jesucristo y por medio del Espíritu de Dios, hemos sido traídos a un nuevo orden de existencia en el que no sólo se nos da el mismo estatus noble sino que también se nos une como un solo cuerpo en Cristo.

iii. Descendientes de Abraham y herederos según la promesa

En Gálatas, Pablo escribe sobre el estatus de los creyentes como hijos de Dios en el contexto de la promesa de Dios a Abraham. Dios le prometió a Abraham que su bendición era para él y su descendencia. Por lo tanto, ser hijos de Abraham significa participar en la bendición de Dios y convertirse en el pueblo de Dios. Contrariamente a lo que afirman los que abogan que la justificación se alcanza por la observancia de la ley, aquí Pablo dice que los descendientes de Abraham no son aquellos que guardan la ley, porque Dios le había dado descendencia a Abraham mediante la promesa, no mediante las obras. Nadie puede ser justificado por la ley. Todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición. Pero Cristo vino a redimirnos de la maldición de la ley. Sólo en Cristo, que fue la simiente de Abraham y a quien se refirió la promesa de Dios, podemos convertirnos en descendientes de Abraham. Y como descendientes de Abraham, también somos herederos de la bendición prometida por Dios. Según lo que Dios le había dicho a Abraham, “en ti serán benditas todas las naciones” (G1 3:8), sabemos que los descendientes de Abraham incluirían a personas de muchas naciones. Todos los que aceptan a Cristo por fe y son bautizados en Cristo son descendientes y herederos de Abraham independientemente de su raza o nacionalidad.

Efesios 4:4–6

- 4 *un solo cuerpo y un solo Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación;*
5 *un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo,*
6 *un solo Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos y por todos y en todos.*

1. PUNTOS CLAVE

- a. El bautismo es la base para la unidad de la iglesia
- b. La inclusión del bautismo en este contexto destaca su importancia
- c. Significado de “un solo bautismo”

2. CONTEXTO

Pablo les escribe a los creyentes en Éfeso sobre las abundantes riquezas de la gracia de Dios que recibieron en Cristo. Aunque una vez habían sido gentiles que no tenían parte en el pacto de Dios, ahora habían sido traídos a la casa de Dios a través de la sangre de Cristo. Esto concuerda con el misterio que les había sido revelado a los santos apóstoles y profetas: que los gentiles serían coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa de Dios en Cristo por medio del evangelio (Ef 3:6).

En vista de tal misericordia, Pablo ruega a los creyentes, en la segunda mitad de esta epístola, a andar como es digno de la vocación con que fueron llamados. En el cuerpo de Cristo, todos los creyentes deben soportarse los unos a los otros y esforzarse a mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz (Ef 4:2–3). Este llamamiento al amor y a la unidad conduce al presente pasaje, el cual revela cuál es la base de la unidad en Cristo. Sobre este fundamento, Pablo demuestra cómo los diversos dones trabajan juntos para un mismo propósito.

3. COMENTARIO

a. El bautismo y la unidad de la iglesia

Los siete “unos” de este pasaje (un solo cuerpo, un solo Espíritu, una misma esperanza, un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos) describen la unidad de la iglesia. Esta unidad espiritual no se consigue por los que conforman la iglesia, aunque son ellos los que deben mantenerla (v. 3). Esta unidad espiritual es obra de Dios y la propia naturaleza del cuerpo de Cristo. Por lo tanto, el bautismo, en el marco de esta disposición divina, une a todos los creyentes. Nosotros, los que hemos sido bautizados en Cristo, estamos unidos con Cristo y con los miembros de su cuerpo. Todos somos uno en Cristo, independientemente de nuestra nacionalidad, nuestro estatus social o nuestro género (Gl 3:27–28). Aunque, como miembros de este cuerpo, nos fue encomendado distintas funciones, aun así hemos sido bautizados en un mismo cuerpo. Cada uno de nosotros estamos íntegramente unidos a los otros, de modo que nadie puede ser independiente de los demás (Ef 4:7–16; 1 Co 12:12–30).

b. La importancia del bautismo

Es llamativo que el bautismo sea mencionado junto con el cuerpo de Cristo, el Espíritu Santo, la esperanza de nuestra vocación, el Señor, la fe y Dios nuestro Padre. Todos estos atributos se refieren a Dios y a su gracia salvadora. A la luz de este pasaje, el bautismo está lejos de ser una mera formalidad inventada por el hombre. El bautismo no es un acto humano subjetivo. Tampoco es sólo una de las buenas obras que se les ordena hacer a los cristianos. Como acabamos de ver, la unidad del Espíritu es establecida por Dios; por lo tanto, el bautismo es también obra de Dios. Todos los miembros de la casa de Dios reciben el único bautismo instituido por Dios.

El hecho de que el bautismo sea parte de la base de la unidad de la iglesia nos enseña, además, que el bautismo no es opcional para los creyentes. Se da por sentado que todos los creyentes en el cuerpo de Cristo han sido bautizados en Cristo. Si en aquella época, algunos creyentes no habían sido bautizados, entonces el bautismo no habría sido incluido como uno de los elementos que unifican a los creyentes.

c. El significado de “un solo bautismo”

¿Qué constituye el “un solo bautismo” que Pablo menciona en este pasaje?
¿Quiere esto decir que sólo hay una forma válida de bautismo? ¿O se está refiriendo al bautismo que Cristo ofreció una vez por todas?

En el contexto de este pasaje, la palabra “un” connota un solo atributo unificador. Así como hay un solo cuerpo, un solo Espíritu, una sola esperanza, etc., y todos los creyentes participan en lo mismo, hay un solo bautismo instituido por Dios a través del cual todos los creyentes son traídos al cuerpo de Cristo. Aunque los dones y las funciones que tenemos pueden ser distintos, todos hemos experimentado la misma salvación.

Aunque lo que se discute aquí no sea la forma correcta del bautismo, el bautismo no debe ser administrado de la forma que le plazca a cada individuo según su propia creencia o preferencia. Al contrario, el bautismo debe ser administrado en el marco más amplio de la unidad. El bautismo debe ser administrado en el único cuerpo de Cristo, la iglesia, bajo el testimonio de un solo Espíritu. Debe ser recibido con una sola esperanza y una sola fe. Su objetivo es unirnos con el único Señor y para que tengamos acceso a un solo Dios y Padre de todos. Por lo tanto, la Biblia no reconoce un bautismo que pueda ser administrado de varias formas y por diferentes denominaciones con diferentes creencias y experiencias espirituales. Al contrario, la Biblia sólo reconoce el bautismo que es realizado y recibido en la única iglesia enviada por el único Espíritu de Dios.

Efesios 5:25–27

*25 Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella,
26 para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra,
27 a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviera mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuera santa y sin mancha.*

1. PUNTOS CLAVE

- a. El lavamiento del agua se refiere al bautismo
- b. El bautismo es el medio para la santificación y la purificación
- c. El efecto del bautismo se basa en el sacrificio de Cristo
- d. Cristo es el que lava a la iglesia
- e. El bautismo está relacionado con la palabra

2. CONTEXTO

En vista del llamamiento de Dios, Pablo exhorta a los creyentes a andar en una forma de vida nueva. Cristo debe ocupar el lugar central en todos los aspectos de la vida de un creyente. En las instrucciones que da a los esposos y a las esposas, Pablo modela el matrimonio cristiano tras la relación que existe entre Cristo y la iglesia. El presente pasaje ordena a los maridos a amar a sus esposas tal como Cristo ama a su iglesia. También se refiere al bautismo como el medio por el cual Cristo santifica y purifica a la iglesia.

3. ESTRUCTURA

El enunciado de que Cristo se entregó a sí mismo por la iglesia es seguido por dos cláusulas *ἵνα* (“para que”) que indican el doble propósito del sacrificio de Cristo.

4. COMENTARIO

a. El lavamiento del agua se refiere al bautismo

Según este pasaje, Cristo se entregó a sí mismo para la santificación y glorificación de la iglesia. El medio por el cual Cristo santifica y purifica a la iglesia es el lavamiento del agua por la palabra.

¿Este lavamiento es una referencia al bautismo o es una figura retórica para referirse a una purificación espiritual? Puesto que este lavamiento es realizado por Cristo sobre la iglesia como un todo, puede parecer que se trate del lavamiento espiritual hecho de una vez por todas que tuvo lugar cuando Cristo se ofreció a sí mismo como sacrificio expiatorio. Sin embargo, la mención explícita del agua descarta tal interpretación y apunta claramente a la referencia del bautismo¹⁰⁵. Los artículos definidos “el” antes de “lavamiento” y “agua” (“el lavamiento del agua”) hace que esta referencia sea aún más específica: no se trata de cualquier lavamiento con agua en general, sino del lavamiento que se realiza en el agua bautismal.

La palabra λουτρόν (“lavamiento”) también es usada en Tito 3:5, donde se habla del lavamiento de la regeneración, que también es una referencia al bautismo. La palabra λουτρόν es la forma nominal de los verbos λούω (“lavar”) y ἀπολούω (“quitar”). Este último es usado en Hechos 22:16 cuando Ananías instó a Pablo a bautizarse y lavar sus pecados. Puesto que el propósito del bautismo es el perdón de los pecados, era natural que Pablo se refiriera a él como un lavamiento.

b. El bautismo es el medio para la santificación y la purificación

La primera finalidad del sacrificio de Cristo por la iglesia es para santificarla. Este proceso de santificación se lleva a cabo por medio de la purificación de la iglesia (“para santificarla, habiéndola purificado...”, ἵνα αὐτὴν ἀγιάσῃ καθάρισας, v. 26). Concretamente, el medio a través del cual Cristo purifica a la iglesia es el lavamiento del agua por la palabra. Por lo tanto, por medio del bautismo, Cristo consigue la purificación y la santificación de la iglesia. La sangre expiatoria de Cristo purifica a los creyentes de sus pecados durante el bautismo, consagrando a la iglesia como santa para el Señor.

c. El efecto del bautismo se basa en el sacrificio de Cristo

Es importante tener en cuenta que el efecto purificador del bautismo deriva del sacrificio de Cristo. Cristo dio su vida para que la iglesia pueda ser purificada y santificada. Cristo dio su vida en la cruz para abrir la fuente de la limpieza. Él lava los pecados del creyente en el bautismo. La sangre

105 Véase el comentario sobre Juan 3:1-15 para el uso de la palabra “agua” como una referencia al bautismo.

que derramó en la cruz ahora limpia al bautizado a través del lavamiento del agua en el bautismo. De ahí que el bautismo de ninguna manera se opone o le quita valor a la cruz de Cristo, porque su fundamento es la muerte sacrificial de Cristo.

d. Cristo es el que lava a la iglesia

Estos versículos enfatizan cómo Cristo ama a la iglesia. Todas las acciones aquí mencionadas son acciones de Cristo. Cristo amó a la iglesia, se entregó por ella, la santifica, la purifica en el lavamiento del agua por la palabra y la presenta a sí mismo como una iglesia gloriosa. La purificación de la iglesia por medio del bautismo es obra de Cristo, no obra de ningún ser humano. Sería erróneo, entonces, considerar al bautismo como un esfuerzo humano para alcanzar la salvación. Al contrario, el bautismo es un medio divinamente asignado por el cual Dios concede su gracia a los pecadores.

e. El bautismo está relacionado con la palabra

El lavamiento del agua que Cristo realiza es “por la palabra” (ἐν ῥήματι) (v. 26). Aquí, “palabra” puede referirse a la palabra del evangelio que llama a la fe y trae salvación (cf. Jn 6:63; Hch 11:14; Ro 10:8; Heb 6:5; 1 P 1:25). El bautismo va de la mano con la predicación del evangelio y la aceptación de la palabra por fe (cf. Mc 16:15–16; Hch 8:35–37). Por lo tanto, la palabra tiene un papel central en la administración y recepción del bautismo. Los que son bautizados deben recibir la palabra de fe y permanecer en la palabra.

Colosenses 2:11–13

- 11 *En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo;*
12 *sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos.*
13 *Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados. (Reina-Valera 1960)*

1. PUNTOS CLAVE

- a. El cuerpo pecaminoso carnal es despojado en el bautismo
- b. Somos sepultados y resucitados con Cristo en el bautismo
- c. El bautismo es obra de Cristo
- d. El bautismo está íntimamente relacionado con la fe

2. CONTEXTO

En esta epístola, Pablo previene a los creyentes de Colosa contra los que pueden engañarlos “por medio de filosofías y huecas sutilezas basadas en las tradiciones de los hombres, conforme a los elementos del mundo, y no según Cristo” (Col 2:8). Enfatiza la supremacía de Cristo, en quien “habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad” (Col 2:9) y “en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (Col 2:3). Pablo les recuerda a los colosenses que ellos fueron hechos completos en Cristo. Al haber muerto con Cristo a los elementos del mundo, los creyentes ya no están obligados por los mandamientos y las doctrinas de los hombres. El presente pasaje describe con más detalle cómo el creyente muere con Cristo y es hecho completo en Él, mencionando al bautismo como el momento clave de este proceso.

3. COMENTARIO

a. El cuerpo pecaminoso carnal es despojado en el bautismo

Pablo dice que los creyentes fueron circuncidados “en la circuncisión de Cristo” (v. 11). Al igual que la circuncisión física, esta circuncisión espiritual marca al individuo como posesión de Dios y señala su entrada en la comunidad del pueblo de Dios. Mientras que la circuncisión física quita un pequeño pedazo de carne, la circuncisión de Cristo despoja “el cuerpo pecaminoso carnal” (v. 11).

¿Cuándo ocurre esta circuncisión? En griego, “sepultados con él” (v. 12) es un participio aoristo que conecta el entierro que ocurre en el bautismo con la circuncisión de Cristo. En otras palabras, un creyente es circuncidado en Cristo cuando es sepultado con Él en el bautismo.

“El cuerpo pecaminoso carnal”¹⁰⁶ es el “viejo hombre” y el “cuerpo del pecado” a los que se refiere Romanos 6:6, pasaje que también trata del bautismo. En el bautismo, nuestro viejo hombre es crucificado juntamente con Cristo para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que ya no seamos esclavos del pecado. Nos desvestimos de nuestros pecados y del pecador cuando morimos juntamente con Cristo en el bautismo. Esta enseñanza coincide con las de los otros pasajes que hablan del perdón de los pecados como el efecto y el propósito del bautismo (cf. Hch 2:38; 22:16).

b. Somos sepultados y resucitados con Cristo en el bautismo

Al igual que en Romanos capítulo 6, Pablo también usa los verbos compuestos συν- para describir nuestra unión con Cristo por medio del bautismo. Somos sepultados con Cristo (συνταφέντες) en el sentido de que nuestro cuerpo pecaminoso muere y nos unimos a Cristo en la semejanza de su muerte. Así como Cristo murió al pecado, nosotros también estamos muertos al pecado.

Así como nuestro viejo hombre muere y es sepultado con Cristo, nosotros también resucitamos con Cristo (συνηγέρθητε). ἐν ᾧ en el versículo 12 permite dos traducciones posibles. La primera opción consiste en traducir el enunciado como “en él también fuisteis resucitados”. “Él” se refiere a Cristo. Esta traducción es similar a la estructura del enunciado del versículo 11: “En él también fuisteis circuncidados...”. La segunda opción, que es más creíble, traduce el enunciado como “en el cual fuisteis también resucitados con él”. “En el cual” se refiere al bautismo. Esta traducción

¹⁰⁶ En griego, la frase τοῦ σώματος τῆς σαρκός (“el cuerpo de la carne”) puede ser encontrada en algunos manuscritos antiguos que en general son más fiables. La RVR1960 traduce esta frase como “el cuerpo pecaminoso carnal”, mientras que la RVR1995 la traduce como “naturaleza pecaminosa”.

hace que la lectura sea más natural porque el pensamiento fluye desde el versículo 11 al versículo 12 y conecta los dos versos. Además, *συνηγέρθητε* (“resucitados con él”) se asemeja más a *συνταφέντες* (“sepultados con él”) que a *περιετιμήθητε* (“circuncidados”).

En el bautismo, nosotros somos sepultados y resucitados con Cristo. En tanto estamos muertos en nuestros pecados, Dios nos da vida juntamente con Cristo perdonando nuestros pecados (v. 13). Luego de que nuestro viejo hombre sea sepultado con Cristo en el bautismo, nosotros somos considerados vivos para Dios, libres del dominio del pecado (Ro 6:11). Por lo tanto, por medio de la unión con Cristo y el poder de Dios, una transformación real ocurre en nosotros durante el bautismo.

c. El bautismo es obra de Cristo

Pablo describe el despojo del cuerpo pecaminoso carnal como un tipo de circuncisión. Pero a diferencia de la circuncisión física, que se hace con la mano en la carne (Ef 2:11), esta es una circuncisión interna, espiritual y no hecha a mano. Es una circuncisión de Cristo. En otras palabras, Cristo mismo quita los pecados del creyente durante el bautismo. Por lo tanto, este pasaje enseña claramente que la obra salvadora de Cristo tiene lugar en el bautismo del pecador. Por otra parte, el bautismo no es obra de la ley, la cual busca justificación ante Dios por las buenas obras del hombre. Al contrario, bautizarse es aceptar la gracia de Dios a través de la obra de Cristo.

d. El bautismo está íntimamente relacionado con la fe

En el bautismo, nosotros somos resucitados con Cristo mediante la fe en el poder de Dios (v. 12). Pablo no duda en hablar del bautismo y de la fe al mismo tiempo porque ambos no son mutuamente excluyentes. De hecho, existe una relación estrecha entre el bautismo y la fe. El bautismo debe estar acompañado de la fe en el poder salvífico de Dios—creer que así como Dios resucitó a Jesucristo de entre los muertos, Él también nos resucitará a nosotros con Cristo. Por medio de esta fe, el creyente es considerado vivo juntamente con Cristo en el bautismo. De nuevo, en vez de estar asociado con la obra de la ley, el bautismo está asociado con la fe.

Tito 3:4–7

- 4 *Pero cuando se manifestó la bondad de Dios, nuestro Salvador, y su amor para con la humanidad,*
5 *nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia,*
6 *por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo,*
7 *el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo, nuestro Salvador,*
8 *para que, justificados por su gracia, llegáramos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna.*

1. PUNTOS CLAVE

- a. El lavamiento de la regeneración se refiere al bautismo
- b. El lavamiento que ocurre en el bautismo es el medio por el cual Dios nos salva
- c. El bautismo no es una obra de justicia del hombre

2. CONTEXTO

Pablo insta a Tito a exhortar a los creyentes a comportarse piadosamente. La gracia salvadora que los creyentes habían recibido debe estar reflejada en las buenas obras. Este pasaje nos recuerda de nuestro pasado pecaminoso antes de ser salvos por Dios. Pero por su gracia, Dios nos ha salvado mediante el lavamiento de la regeneración y la renovación en el Espíritu Santo. La referencia que se hace aquí al lavamiento que recibimos en el bautismo indica que este sacramento es una parte fundamental del acto salvífico de Dios.

3. COMENTARIO

- a. El lavamiento de la regeneración

Pablo describe aquí un lavamiento espiritual que da lugar a una vida nueva. ¿Cuándo ocurre este lavamiento? ¿Estamos seguros de que existe una relación clara entre este lavamiento y el sacramento del bautismo?

La palabra λουτρόν (“lavamiento”), tal como se la usa en el Nuevo Testamento, significa limpiar, purificar. Con algunas excepciones, la palabra en general denota una purificación espiritual del pecado. Los que creen en Cristo han sido lavados (1 Co 6:11). Según Efesios 5:26 y Hebreos 10:22, el lavamiento que hemos recibido fue hecho con agua. En Hechos 22:16, Ananías le ordenó a Saulo bautizarse y lavar sus pecados. Por lo tanto, desde la perspectiva bíblica, Dios lava los pecados del creyente cuando es bautizado.

La palabra παλιγγενεσία (“regeneración”) deriva de las palabras πάλιν (“de nuevo”) y γεννάω (“vida, existencia, nacimiento”), por lo que significa volver a la vida o nacer de nuevo. Esta recreación o renacimiento espiritual está conectada directamente con el bautismo. Una vida nueva es posible sólo a través de la eliminación del pecado, lo cual es el propósito del bautismo. Tal como está escrito en Romanos 6:3–6 y Colosenses 2:11–13, nosotros morimos juntamente con Cristo y somos sepultados y resucitados con Él en el bautismo. Dado que el creyente experimenta este proceso de regeneración en el bautismo, el “lavamiento de la regeneración” debe referirse al efecto espiritual del bautismo.

En Juan 3:3-8, el Señor Jesús enseña sobre la necesidad de nacer de arriba (γεννηθῆναι ἄνωθεν) para entrar en el reino de Dios. Esto se refiere al nacimiento espiritual que se da por el agua y el Espíritu. Estos dos elementos, el agua y el Espíritu, también se encuentran en “el lavamiento de la regeneración” y “la renovación en el Espíritu Santo” de Tito capítulo 3.

Por lo tanto, el lavamiento de la regeneración y la renovación en el Espíritu Santo son equivalentes a nacer del agua y del Espíritu, a través de lo cual Dios nos salva y nos lleva a su reino. Por otra parte, la conexión entre Tito 3:5 y Juan 3:5 confirma que el lavamiento de la regeneración es un nacimiento espiritual que resulta del lavado del agua. En otras palabras, un creyente recibe el lavamiento de la regeneración en el bautismo.

b. El bautismo y la salvación

Dios nos salvó por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo. Aquí, la preposición διὰ (“por”) con el genitivo se usa para connotar medio o instrumento. Esta preposición se usa de la misma manera que en Romanos 6:4, donde se habla del papel instrumental del bautismo, es decir, el bautismo es el medio por el cual somos colocados en la muerte de Cristo: “Somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo”. En Tito capítulo 3, Pablo dice que Dios nos salvó por medio del lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo. Por lo tanto, el lavamiento de los pecados que da como resultado una vida espiritual nueva es un acto de Dios que salva a los

pecadores. Dado que este lavamiento se da en el bautismo, como se indicó anteriormente, si queremos recibir la salvación de Dios debemos recibir el bautismo.

c. El bautismo y la gracia

Tal como lo indica este pasaje claramente, nuestra salvación se basa únicamente en la misericordia de Dios. Nuestras obras de justicia no contribuyen en la menor medida a nuestra salvación. Pero entonces, ¿qué es exactamente el sacramento del bautismo? ¿Acaso no es una obra de justicia?

La Biblia nunca categoriza al bautismo como una buena obra del hombre porque es Dios el que obra y efectúa la limpieza en el bautismo. Es Dios el que lava nuestros pecados, es Dios el que despoja nuestro cuerpo pecaminoso carnal, es Dios el que nos sepulta junto con Cristo en la muerte y es Dios el que nos resucita junto con Cristo. Cuando somos bautizados, simplemente somos los destinatarios de la salvación de Dios. Al aceptar el lavamiento de la regeneración en el bautismo, estamos siendo justificados por la gracia de Dios y somos hechos herederos conforme a la esperanza de la vida eterna (v. 7). Por lo tanto, cuando recibimos el bautismo, lo que nos salva no es el mérito de la obra del hombre, sino la eficacia del poder de Dios conforme a su misericordia.

Hebreos 6:1–3

- 1 *Por tanto, dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección, no echando otra vez el fundamento del arrepentimiento de obras muertas, de la fe en Dios,*
- 2 *de la doctrina de bautismos, de la imposición de manos, de la resurrección de los muertos y del juicio eterno.*
- 3 *Y esto haremos, si Dios en verdad lo permite.*

1. PUNTO CLAVE

- a. El término “bautismos” en este pasaje debe distinguirse del sacramento del bautismo

2. CONTEXTO

En el capítulo 5, el autor de Hebreos señala la inmadurez de los creyentes a los que se dirige. Éstos eran tardos para oír y eran incapaces de aprender las enseñanzas más profundas. A pesar de que ya deberían ser maestros, aún necesitaban que se les enseñara de nuevo los rudimentos de las palabras de Dios. En el presente pasaje, el autor los insta a dejar los rudimentos de la fe cristiana y a dejar de necesitar constantemente que les enseñen sobre los fundamentos de la fe. “La doctrina de bautismos” aparece en la lista de las enseñanzas elementales sobre las que no deberían ser instruidos de nuevo.

3. COMENTARIO

El pasaje no da detalles sobre qué constituye βαπτισμῶν διδαχῆς (traducido como “la doctrina de bautismos”); y no podemos encontrar otras referencias en las Escrituras que nos dé una idea de lo que significa. βαπτισμῶν es la forma plural de βαπτισμός, un término que es poco común en el Nuevo Testamento (Heb 9:10; Mc 7:4; Col 2:12). El plural griego es usado en Marcos 7:4 para referirse a los lavamientos ceremoniales judíos de utensilios

y en Hebreos 9:10 para referirse a los ritos de purificación del Antiguo Testamento.

Con excepción de Colosenses 2:12, el Nuevo Testamento siempre usa una palabra diferente, la palabra βάπτισμα (“bautismo”), para referirse al bautismo de Juan (Mt 3:7; Mc 1:4; 11:30; Lc 7:29; Hch 1:22; 10:37; 13:24; 18:25; 19:3-4) y al sacramento del bautismo cristiano (Ro 6:4; Ef 4:5; 1 P 3:21). βάπτισμα (“bautismo”) es una palabra especializada, única en el Nuevo Testamento, y la Escritura la reserva para referirse a esta práctica¹⁰⁷. Además, βάπτισμα (“bautismo”) se usa siempre en singular porque hay “un solo bautismo” (Ef 4:5).

Si βαπτισμῶν διδαχῆς (“la doctrina de bautismos”) no se trata específicamente del bautismo cristiano, entonces probablemente sea una expresión que incluye a los diferentes tipos de inmersiones o lavamientos. Es decir, esta expresión puede referirse a las instrucciones sobre las diferencias que existen entre los diversos lavamientos de purificación del Antiguo Testamento, el bautismo de Juan y el sacramento del bautismo cristiano. Dichas instrucciones serían particularmente necesarias para los judíos que se convirtieron a la fe cristiana.

¹⁰⁷ *Theological Dictionary of the New Testament*, ed. Gerhard Kittel, Geoffrey W. Bromiley y Gerhard Friedrich, ed. electrónica, Grand Rapids, MI, Eerdmans, 1964-, 1:545

Hebreos 10:19–23

- 19 *Así que, hermanos, tenemos libertad para entrar en el Lugar santísimo por la sangre de Jesucristo,*
- 20 *por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne.*
- 21 *También tenemos un gran sacerdote sobre la casa de Dios.*
- 22 *Acerquémonos, pues, con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia y lavados los cuerpos con agua pura.*
- 23 *Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió.*

1. PUNTOS CLAVE

- Las expresiones “purificados los corazones” y “lavados los cuerpos” aluden a la purificación que ocurre en el bautismo
- La purificación que ocurre en el bautismo se basa en la muerte de Jesucristo
- Los que hemos sido limpiados por el bautismo debemos acercarnos a Dios y mantener firme la profesión de nuestra esperanza

2. CONTEXTO

Los sacrificios que exigía la ley y que se ofrecían continuamente cada año no podían purificar a los que se acercaban (Heb 10:1). Pero Jesucristo vino y ofreció su cuerpo de una vez para siempre, y con esta sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados (Heb 10:14). A partir de entonces, los sacrificios de expiación ya no eran necesarios porque nuestros pecados ahora son perdonados por la sangre de Cristo. En el presente pasaje el autor habla del privilegio de los creyentes. Con su sangre, Cristo abrió un camino nuevo y vivo por el que ahora podemos entrar en el lugar santísimo. Al haber sido purificados de este modo, hemos de acercarnos a Dios y mantener firme la profesión de nuestra esperanza.

3. COMENTARIO

a. Purificados y lavados

El autor describe la purificación del creyente como “purificados los corazones de mala conciencia y lavados los cuerpos con agua pura” (v. 22; “purificado” es lit. rociado, LBLA, nota al pie). Al haber sido purificado, el creyente ahora puede entrar en el lugar santísimo a través del velo. Este lenguaje es sacado de los ritos de purificación del Antiguo Testamento.

En el día de la expiación, el sumo sacerdote tenía que lavar su cuerpo con agua y vestirse con las vestiduras santas antes de llevar la sangre del becerro para la expiación detrás del velo (Lv 16:4). Una vez dentro del velo, tenía que rociar la sangre del becerro sobre y delante del propiciatorio para hacer expiación por sí mismo y por su casa (Lv 16:14). También debía hacer expiación por los pecados del pueblo de Israel con la sangre de un macho cabrío (Lv 16:15–17).

En las instrucciones que el Señor le dio a Moisés acerca de la ordenación sacerdotal de Aarón y sus hijos, también vemos el lavado con agua y el rociamiento de la sangre:

Llevarás a Aarón y a sus hijos a la puerta del Tabernáculo de reunión, donde los lavarás con agua... Matarás el carnero, tomarás de su sangre y la pondrás sobre el lóbulo de la oreja derecha de Aarón, sobre el lóbulo de la oreja de sus hijos, sobre el dedo pulgar de sus manos derechas y sobre el dedo pulgar de sus pies derechos, y rociarás la sangre en el altar, por todos sus lados. Con la sangre que estará sobre el altar, y el aceite de la unción, rociarás a Aarón, sus vestiduras, sus hijos y las vestiduras de estos. Así quedará santificado él y sus vestiduras, y con él sus hijos y las vestiduras de sus hijos (Ex 29:4, 20–21).

En Hebreos capítulo 9 el autor cita la purificación ceremonial de los israelitas que implicaba el rociamiento de la sangre (Heb 9:19–21; cf. Ex 24:4–8). Después de leer el libro del pacto, Moisés tomó la sangre de la ofrenda y la roció sobre el pueblo, llamándola la sangre del pacto.

Teniendo en cuenta estos ritos de purificación del Antiguo Testamento, el autor usa la imagen del rociamiento de la sangre y el lavamiento con agua para describir la purificación de los creyentes en Cristo.

En primer lugar, nuestros corazones son rociados (purificados) de mala conciencia. La conciencia es la convicción interna del hombre que da testimonio de su reputación delante de Dios (cf. Ro 2:15; 2 Co 1:12). Anteriormente, el autor había escrito sobre la ineficacia de los sacrificios para la purificación de la conciencia. “Lo cual es símbolo para el tiempo presente, según el cual se presentan ofrendas y sacrificios que no pueden

hacer perfecto, en cuanto a la conciencia, al que practica ese culto...” (Heb 9:9).

La Ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se acercan. De otra manera cesarían de ofrecerse, pues los que tributan este culto, limpios una vez, no tendrían ya más conciencia de pecado (Heb 10:1-2)¹⁰⁸.

Pero la sangre de Cristo purifica la conciencia que ha sido contaminada por el pecado. “¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?” (Heb 9:14). Esta limpieza por la sangre de Cristo es lo que el autor tuvo en mente cuando escribió: “purificados los corazones de mala conciencia” (v. 22). El sacrificio que nuestro Señor ofreció de una vez para siempre perdonó nuestros pecados y purificó nuestros corazones. Esta purificación trascendental se da en el bautismo (Hch 2:38; 22:16; Ro 6:3-11; Col 2:11-14). Es por eso que Pedro dice explícitamente que la purificación de la conciencia es el efecto del bautismo (1 P 3:21).

El pasaje también describe la purificación que hemos recibido como “lavados los cuerpos con agua pura” (v. 22). Esta descripción es paralela a “purificados los corazones de mala conciencia” (v. 22). Como hemos señalado antes, este lenguaje deriva del lavado con agua de la purificación ceremonial del Antiguo Testamento. La imagen de limpiar el cuerpo con “agua pura” simboliza la eliminación de los pecados (Ez 36:25; cf. Nm 5:17 donde la expresión “agua pura” se usa en un sentido ceremonial). Esta imagen no se refiere a las características externas del bautismo porque el bautismo no lava el cuerpo (1 P 3:21), sino que representa el lavado interior, el cual es simbolizado por las características externas del bautismo (sumergirse en el agua). En el bautismo se produce un lavado espiritual, es decir, el lavamiento de los pecados (Hch 22:16). Otros pasajes del Nuevo Testamento también hablan de este lavado (1 Co 6:11; Ef 5:25-26).

Podemos ver aquí que la purificación que recibimos en el bautismo consiste en ambos, la limpieza del corazón y la limpieza del cuerpo. El corazón y el cuerpo juntos representan a una persona entera, representan sus pensamientos y motivos internos, así como su conducta y carácter externos. Al haber sido limpiados, hemos de obedecer a Dios desde el corazón y ofrecer nuestros cuerpos a Dios como instrumentos de justicia (Ro 6:12-18). La regeneración del hombre interior a través del bautismo también marca el comienzo de una forma de vida nueva.

108 En griego, “conciencia” es *συνείδησις*

b. Purificar con agua y sangre

“Y según la Ley, casi todo es purificado con sangre; y sin derramamiento de sangre no hay remisión” (Heb 9:22). Según la ley de Dios, la purificación se hace con sangre. Por lo tanto, el derramamiento de la sangre es esencial para la expiación. Pero la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados (Heb 10:4), sino que sólo sirven para hacer memoria del pecado y prefiguran la sangre de Cristo derramada en la cruz. Es la sangre de Cristo, la que derramó ofreciendo su cuerpo como sacrificio expiatorio, la que nos perfecciona de una vez por todas y la que nos abre un camino nuevo y vivo hacia Dios. Por lo tanto, “purificados los corazones de mala conciencia” (v. 22) alude a la purificación del creyente con la sangre de Cristo que ocurre durante el bautismo. En el bautismo, la sangre de Cristo nos limpia de todo pecado.

Si bien la expresión “lavados los cuerpos con agua pura” (v. 22) no debe ser tomada literalmente, igual podemos entenderla como una descripción del bautismo en términos sacramentales. Esto sería similar a lo que dice Efesios 5:26, que Cristo santifica y purifica a la iglesia “en el lavamiento del agua por la palabra”. Aunque esto no es una descripción de la acción física que Cristo realiza por la iglesia, la mención deliberada de la palabra “agua” (en griego aparece con el artículo definido, es decir, “el agua”) le recuerda al lector del sacramento del bautismo. Si esto no fuera así, la palabra “agua” no sería necesaria en este contexto. Así, el lavado de nuestros cuerpos con agua pura debe ser leído en un sentido sacramental. Si el bautismo estuviera desprovisto de cualquier efecto espiritual, entonces describirlo como el lavado del cuerpo con agua pura podría ser discutible, porque la inmersión física en agua natural difícilmente podría calificarse como “lavado con agua pura”. Sin embargo, visto en un sentido espiritual, el bautismo en agua es un lavado con agua pura porque mientras nuestros cuerpos se sumergen físicamente en el agua, Cristo lava todos nuestros pecados y nos hace puros espiritualmente.

c. Acercarse y mantener

Basándose en el hecho de que nuestros corazones han sido purificados y nuestros cuerpos lavados, el autor nos exhorta a hacer dos cosas: “Acerquémonos, pues, con corazón sincero, en plena certidumbre de fe” (v. 22) y “mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza” (v. 23).

La palabra προσέρχομαι (“acercar”) aparece varias veces en Hebreos (Heb 4:16; 7:25; 10:1; 11:6; 12:18, 22) describiendo cómo el creyente se acerca a la presencia de Dios. Acercarse a Dios significa confiar en la

ayuda de Dios a través de su misericordia y gracia (Heb 4:16), y dedicarnos a su servicio (Heb 12:28). Si bien nuestros pecados nos habían separado de Dios, ahora que hemos sido purificados, tenemos acceso a la presencia de Dios a través del velo. También tenemos a Cristo como nuestro sumo sacerdote que intercede por nosotros. Con un “corazón sincero, en plena certidumbre de fe” (v.22) debemos rendirnos completamente a la voluntad de Dios y confiar en que Él nos ayudará en momentos de necesidad.

Al haber sido purificados por la sangre de Cristo, también debemos mantener firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza. Esto nos exhorta a permanecer firmes en nuestra fe en Cristo. “La profesión de nuestra esperanza” (v. 23) se pronuncia inicialmente en nuestro bautismo, cuando invocamos el nombre del Señor Jesús (cf. Hch 22:16). Esta fe que tuvimos cuando recibimos el bautismo debe perdurar a lo largo de nuestras vidas. Ninguna prueba o filosofía engañosa debe perturbar la confianza que tenemos en Cristo. Si retenemos la confianza que tuvimos en el principio hasta el fin, seremos ciertamente partícipes de Cristo y recibiremos una gran recompensa (Heb 3:6, 14; 10:35-39).

1 Pedro 3:18-22

- 18 *Asimismo, Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu;*
19 *y en espíritu fue y predicó a los espíritus encarcelados,*
20 *los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua.*
21 *El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva (no quitando las inmundicias del cuerpo, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) mediante la resurrección de Jesucristo,*
22 *quien habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades y poderes.*

1. PUNTOS CLAVE

- a. El bautismo salva
- b. El bautismo da como resultado una buena conciencia
- c. El efecto salvífico del bautismo se da por medio de la resurrección de Cristo

2. CONTEXTO

Pedro exhorta a los creyentes que cuando sufren por hacer el bien, deben saber soportarlo (1 P 3:17). Cita como ejemplo al Señor Jesucristo, quien sufrió y fue condenado a muerte por causa de la justicia, pero que luego resucitó y recibió toda potestad. Los pecados han invadido al mundo desde la generación de Noé, pero la gracia de salvación también fue ofrecida a los hombres desde aquellos días. La salvación de Noé y su familia a través del agua prefigura nuestra salvación a través del bautismo hoy.

3. COMENTARIO

a. El bautismo salva

Una traducción literal de la frase ὁ καὶ ὑμᾶς ἀντίτυπον νῦν σώζει βάπτισμα del versículo 21 suena rara debido a su sintaxis complicada. Si ὁ (“que”, “el/la que”, “el/la cual”) se refiere al antecedente inmediato ὕδατος (“agua”), entonces una traducción literal sería “[agua], la que también os salva ahora—el bautismo antitípico (correspondiente)”. Comparemos las siguientes posibles traducciones como referencia:

“El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva” (RVR1995).

“A la figura de la cual el bautismo que ahora corresponde nos salva” (RVA).

“Y correspondiendo a esto, el bautismo ahora los salva a ustedes” (NBLH).

““[el agua,] la cual simboliza el bautismo que ahora los salva también a ustedes” (NVI).

“Y correspondiendo a esto, el bautismo ahora os salva” (LBLA).

“Aquello fue una imagen del bautismo que ahora los salva” (BLPH).

Independientemente de cuál sea la mejor traducción, el mensaje de Pedro es claro: “El bautismo os salva”. No hay ninguna indicación en este pasaje de que el bautismo sea sólo un símbolo de alguna acción divina que precede al bautismo. El bautismo y la salvación son inherentes.

Pedro menciona cómo Noé y su familia fueron salvos en una generación rebelde. Dice que fueron salvos por agua. La función instrumental del agua en la salvación de las ocho almas es paralela a nuestra salvación a través del bautismo. El agua que salvó a la familia de Noé fue el tipo, mientras que el bautismo es el antitipo. τύπος se traduce como “tipo”, “ejemplo”, “modelo”.

Pablo usa esta misma palabra (τύπος) cuando se refiere a los acontecimientos históricos que sucedieron a los israelitas, los cuales sirven de ejemplos para los creyentes de hoy (1 Co 10:6). También usa esta palabra cuando habla de Adán como la figura de Cristo (Ro 5:14). Ἀντίτυπος es la contraparte de τύπος. Hebreos 9:24 se refiere al tabernáculo terrenal como el ἀντίτυπος (“contraparte” o “antitipo”) del original y verdadero que está en los cielos (Heb 9:24; Ex 25:40). De la misma manera, la salvación a través del bautismo corresponde a la salvación de la familia de Noé a través del agua. Así como Dios salvó a la familia de Noé a través del agua en aquellos días, Él ahora también nos salva por medio del bautismo.

b. El bautismo da como resultado una buena conciencia

¿Cómo salva el bautismo? El presente pasaje lo explica en una cláusula entre paréntesis: “(no quitando las inmundicias del cuerpo, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios)” (v. 21).

σαρκὸς ἀπόθεις ρύπου también puede traducirse como “quitando las inmundicias de la carne” (v. 21). Aunque el agua es usada generalmente para quitar la suciedad del cuerpo, el efecto del bautismo no consiste en esta forma externa de limpieza. En cambio, la limpieza que se produce en el bautismo es interna y espiritual. ἐπερώτημα, que se encuentra sólo aquí en el Nuevo Testamento, ha sido traducida como “respuesta”, “aspiración” o “petición”. En la Septuaginta, esta palabra aparece en Daniel 4:17 en el sentido de “respuesta”, “decisión” o “veredicto”.

Algunos exégetas sostienen que este pasaje descarta la idea del perdón de pecados a través del bautismo. Según Robertson,

El bautismo, explica Pedro, no lava las inmundicias de la carne, ya sea en un sentido literal, como lavar las suciedades del cuerpo, o en un sentido metafórico, como lavar las inmundicias del alma. Ninguna ceremonia tiene consecuencias en la conciencia (Heb 9:13s.). Aquí, Pedro niega explícitamente el perdón de pecados bautismal, pero habla de la indagación de una buena conciencia hacia Dios (ἄλλα συνειδησεως ἀγαθης ἐπερωτημα εἰς θεον [alla suneidēseōs agathēs eperōtēma eis theon]). La palabra ἐπερωτημα es una forma antigua de ἐπερωταω [eperōtaō] (que significa “preguntar” como en Mc 9:32 y Mt 16:1) que sólo aparece aquí en el Nuevo Testamento. En griego antiguo, esta palabra nunca significa respuesta, sino sólo indagación. Las inscripciones de la época de los Antoninos la usan en el sentido de aprobación del Senado luego de una indagación. Esto puede ser lo que significa aquí, es decir, la declaración de consagración a Dios después de haber indagado, arrepentido y vuelto a Dios, haciendo ahora una proclamación pública de este hecho por medio del bautismo (símbolo del cambio de parecer interno previo)”¹⁰⁹.

Según esta interpretación, σαρκὸς (“carne”) podría denotar el cuerpo físico en un sentido literal o la carne pecaminosa en un sentido metafórico. El bautismo no quita ni la suciedad del cuerpo, ni el pecado de nuestras almas, sino que es una declaración pública del compromiso del pecador para con Dios, y un símbolo de su cambio de parecer. Sin embargo, esta interpretación hace que nos planteemos las siguientes preguntas: “¿Cómo

109 A.T. Robertson, *Word Pictures in the New Testament*, Oak Harbor, Logos Research Systems, 1997.

puede salvar el bautismo si es sólo un símbolo de la salvación que ya ha sucedido? ¿Y cuándo sucede este ‘cambio de parecer interno previo?’ Si, como dice Hebreos, la purificación de la conciencia por la sangre de Cristo es un acto salvífico de Dios, y si, como afirma Pedro en este pasaje, el bautismo salva, entonces no debemos asignarle a la purificación de la conciencia un tiempo anterior al bautismo.

Ya sea que ἐπερώτημα signifique “aspiración” o “compromiso”, el punto fundamental de Pedro sigue siendo el mismo: “el bautismo ahora nos salva”. Cómo salva no depende de la aspiración o el compromiso del pecador hacia Dios, porque ninguna obra humana es capaz de salvarnos. La clave aquí es que la aspiración o el compromiso sean de una “buena conciencia”. El bautismo salva debido a la aspiración o el compromiso de una buena conciencia. Como hemos estudiado antes, la conciencia del pecador es mala y contaminada (Heb 9:9; 10:2, 22; cf. Tit 1:15). Lo que Robertson no tuvo en cuenta es el hecho de que “la declaración de consagración a Dios” de la que habla es incapaz de salvar si la conciencia aún es mala y contaminada. Es sólo cuando nuestros corazones están purificados de mala conciencia que podemos acercarnos a Dios (Heb 10:22) y responder a Dios con una buena conciencia. Esto es precisamente lo que Dios hace a través del bautismo—purifica nuestra conciencia con la sangre de Cristo. Es en este sentido que el bautismo salva.

Sería mejor leer οὐ σαρκὸς ἀπόθεσις ῥύπου ἀλλὰ συνειδήσεως ἀγαθῆς ἐπερώτημα εἰς θεόν (“no quitando las inmundicias del cuerpo, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios”) como un contraste entre la limpieza externa del cuerpo físico y la limpieza interna de nuestra conciencia. σαρκὸς (“carne”) denota el cuerpo físico, mientras que συνειδήσεως (“conciencia”) denota el ser interior. El bautismo salva, no como limpieza del cuerpo sino como purificación de la conciencia.

- c. El efecto salvífico del bautismo se da por medio de la resurrección de Cristo

El bautismo nos salva “mediante la resurrección de Jesucristo, quien habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades y poderes” (vv. 21, 22). La resurrección de Cristo y su exaltación a la diestra de Dios lo establecieron como nuestro Señor y Salvador (Hch 2:29–36). El Cristo resucitado ha recibido toda potestad en el cielo y en la tierra (Mt 28:18), y debido a esta potestad, el bautismo es eficaz para el perdón de los pecados. A causa de la resurrección de Cristo, podemos presentarnos justificados ante Dios (Ro 4:25). El poder salvador de Dios, basado en el hecho histórico de la resurrección, ahora nos salva por medio del bautismo. Como se nos enseña en Romanos 6:4–5, 8–10 y

Colosenses 2:12, recibimos una vida nueva y somos capaces de vivir una vida recta ante Dios porque fuimos resucitados con Cristo en el bautismo. Nuestra resurrección espiritual en el bautismo se une con la resurrección de Cristo.

1 Juan 5:5–13

- 5 *¿Quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?*
6 *Éste es el que vino mediante agua y sangre, Jesucristo; no sólo mediante agua, sino mediante agua y sangre. El Espíritu es quien da testimonio de esto, porque el Espíritu es la verdad.*
7 *Tres son los que dan testimonio,*
8 *y los tres están de acuerdo: el Espíritu, el agua y la sangre.*
9 *Aceptamos el testimonio humano, pero el testimonio de Dios vale mucho más, precisamente porque es el testimonio de Dios, que él ha dado acerca de su Hijo.*
10 *El que cree en el Hijo de Dios acepta este testimonio. El que no cree a Dios lo hace pasar por mentiroso, por no haber creído el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo.*
11 *Y el testimonio es éste: que Dios nos ha dado vida eterna, y esa vida está en su Hijo.*
12 *El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida.*
13 *Les escribo estas cosas a ustedes que creen en el nombre del Hijo de Dios, para que sepan que tienen vida eterna.*

(Nueva Versión Internacional)

1. PUNTOS CLAVE

- a. Jesucristo vino mediante agua y sangre
 - i. Históricamente, Él fue bautizado en agua y derramó su sangre en la cruz
 - ii. Espiritualmente, Él está presente en la iglesia por medio del lavamiento del agua y la purificación que hace con su sangre en el bautismo
- b. El Espíritu Santo es un testigo que está siempre presente; estuvo presente durante la vida de Jesús y está presente hoy en la iglesia
- c. El agua y la sangre en el bautismo, junto con la presencia del Espíritu Santo, son el testimonio de Dios para su Hijo

2. CONTEXTO

Esta epístola discute ampliamente el tema de “haber nacido de Dios”. El capítulo 5 habla de tener fe en el Hijo de Dios, una condición de ser hijos de

Dios. El resultado de esta fe es la vida eterna y la victoria sobre el mundo. El presente pasaje habla del testimonio de Dios para su Hijo como la base de nuestra fe en el Hijo. A través del testimonio del agua, la sangre y el Espíritu, Dios es testigo de que la vida eterna está en Jesucristo.

3. ESTRUCTURA

El versículo 5 dice que creer en Jesucristo es la clave para vencer al mundo. Para asegurarle a los creyentes de que Jesucristo es en verdad digno de confianza, el autor vuelve su atención al hecho de que Dios da testimonio de su Hijo Jesucristo. El autor menciona el contenido del testimonio de Dios en los versículos 6 a 9, y la consecuencia de recibir este testimonio en los versículos 10 a 12. La conclusión del versículo 13 declara el propósito del autor en forma explícita: para que los lectores sepan que tienen vida eterna a través de la fe que tienen en el Hijo de Dios.

4. COMENTARIO

a. El agua y la sangre

Para fortalecer nuestra fe, el autor quiere que reflexionemos quién es Jesús. Él es el que vino “mediante agua y sangre” (v. 6). Pero, ¿qué significa esto?

i. Perspectiva histórica

Según Hebreos 10:5–7, Cristo vino al mundo para hacer la voluntad de Dios. Tanto al principio como al final de su ministerio, es decir, a través de su bautismo y su muerte, vemos claramente que Jesús se sometió a la voluntad de Dios. Desde su bautismo en agua hasta el derramamiento de su sangre en la cruz, Jesús se ofreció a sí mismo completamente al servicio de Dios.

Marcos 1:9 registra que Jesús vino y fue bautizado por Juan en el Jordán. El bautismo marcó la venida de Jesús y el inicio de su ministerio público. Él fue bautizado como el Hijo obediente de Dios y se identificó así con los creyentes que seguirían su ejemplo. Así fue como Jesús vino por agua.

Jesús no vino “sólo mediante agua, sino mediante agua y sangre” (v. 6). El Señor Jesús no sólo se sometió a Dios en el bautismo al comienzo de su ministerio, sino que también cumplió la voluntad de Dios ofreciéndose a sí mismo en la cruz como sacrificio expiatorio al final de su ministerio. Con su propia sangre, Él es capaz de limpiar a los creyentes del pecado. Ciertamente, Él es el Redentor y Salvador. El autor de

¹ Juan puso énfasis en este hecho probablemente para contrarrestar las herejías que negaban la divinidad de Jesús (cf. 1 Jn 4:2–3). El ministerio y el sacrificio personal de Jesús demostraron plenamente que Jesús era el Hijo de Dios.

ii. Perspectiva espiritual

El agua y la sangre no sólo dieron testimonio de la divinidad de Jesús en la historia, sino que continúan dando testimonio a los creyentes a través del bautismo hoy. Veamos las siguientes observaciones del texto:

1. La oración “Éste es el que vino mediante agua y sangre, Jesucristo” (v. 6) no se limita a un hecho histórico. ἐλθὼν es un participio aoristo que no indica tiempo sino que, por lo general, denota una acción previa a la del verbo principal, ya sea que dicha acción sea en el pasado, en el presente o en el futuro. Por lo tanto, οὗτός ἐστιν ὁ ἐλθὼν δι’ ὕδατος καὶ αἵματος es literalmente “este es el que habiendo venido mediante agua y sangre”. Los actos de salvación de Cristo están siempre presentes para los creyentes a través del agua y la sangre.
2. En griego, la frase “no sólo mediante agua, sino mediante agua y sangre” (v. 6) contiene la preposición ἐν (“en”) y el artículo definido τῷ (“el”). Jesucristo no ha venido sólo en el agua, sino en el agua y en la sangre. Los primeros lectores de esta epístola entendieron que el agua y la sangre se referían al bautismo que habían recibido, un concepto que no les era extraño. En el agua del bautismo también se encontraba la sangre de Jesucristo que limpiaba todo pecado. En el bautismo, los creyentes experimentan la presencia y el poder salvífico del Hijo de Dios.
3. La frase ὅτι τρεῖς εἰσιν οἱ μαρτυροῦντες, literalmente “porque tres son los que están testificando” (v. 7), contiene el verbo progresivo εἰσιν (“son”) y el participio progresivo μαρτυροῦντες (“testificando”). El testimonio de Cristo es una realidad presente y continua. Hoy, el agua y la sangre en el bautismo continúan dando testimonio de Jesucristo, así como lo hicieron en el pasado cuando Jesús había sido bautizado y crucificado.

La mención del agua, la sangre, el testimonio y la verdad hace que este pasaje tenga una similitud sorprendente con Juan 19:34–35. Allí, el autor da testimonio sobre el fenómeno extraordinario de que del costado de Jesús salió sangre y agua, e insiste en que su testimonio es verdadero para que el lector también crea. Así como Eva fue creada del costado de Adán, la iglesia también fue creada del costado de Cristo.

La sangre y el agua que fluyeron del costado de Jesús abrieron la fuente de limpieza para la iglesia. Cristo santifica y purifica a la iglesia con el lavamiento del agua por la palabra, el cual es eficaz debido a la sangre de Cristo (Ef 5:25–26).

Muchos comentaristas niegan la conexión que hay entre este pasaje y Juan 19 señalando que el orden de “agua” y “sangre” está invertido en este pasaje. Sin embargo, para una comunidad que había experimentado el bautismo de primera mano y entendía que “agua” se refería al bautismo (ya fuera el bautismo de Jesús o el bautismo administrado por la iglesia), la frase—literalmente, “no en el agua solamente, sino en el agua y la sangre” (v. 6)—enfatizaría simplemente el hecho de que el bautismo no es una mera inmersión en el agua, sino que es una limpieza eficaz de los pecados a través de la sangre de Cristo. Por otro lado, el relato de Juan 19 menciona primero la sangre porque ésta era de esperarse, mientras que la presencia del agua fue un milagro¹¹⁰.

b. El Espíritu es el testigo

El Espíritu Santo da testimonio del hecho de que Jesucristo ha venido mediante el agua y la sangre. Cuando el Señor Jesús prometió el Espíritu Santo, dijo: “Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí” (Jn 15:26).

- i. Históricamente, el Espíritu Santo dio testimonio del Cristo encarnado (1 Ti 3:16). El Espíritu Santo descendió sobre Jesús como una paloma en su bautismo para dar testimonio de que Él era el Hijo de Dios (Jn 1:32–34). Fue también por medio de este Espíritu eterno que Cristo se ofreció a sí mismo a Dios (Heb 9:14). Debido a que este Espíritu es eterno, Él puede dar testimonio del efecto purificador atemporal de la sangre de Cristo.
- ii. Hoy en día, el Espíritu sigue dando testimonio del poder que Cristo tiene para lavar los pecados en la iglesia. El Espíritu Santo es la autoridad por la que la iglesia ejerce el perdón de los pecados en el bautismo (Jn 20:21–23). Él está presente en la iglesia y en el sacramento del bautismo que administra la iglesia. Por lo tanto, todos los que son bautizados se bautizan en un solo Espíritu (1 Co 12:13). El Espíritu da testimonio de que Jesucristo lava a los creyentes con su sangre cuando son bautizados.

110 Véase el comentario sobre Juan 19:31–37

iii. Además, el Espíritu Santo mora en el corazón de cada creyente y da testimonio en su interior. La unción del Espíritu Santo les da certeza a los creyentes de que están en el Hijo (1 Jn 2:26–27).

En resumidas cuentas, contamos con el testimonio colectivo del Espíritu, el agua y la sangre. Ellos están de acuerdo en su testimonio de que Jesucristo es el Hijo de Dios y que en Él tenemos vida eterna.

c. El testimonio de Dios

El autor del Evangelio de Juan fue testigo ocular de que del costado de Jesús salió sangre y agua, y dio testimonio de lo que vio. Basándonos en su testimonio nosotros creemos que Jesucristo derramó su sangre por nuestros pecados y que su sangre limpia nuestros pecados a través del lavamiento del agua. “Aceptamos el testimonio humano, pero el testimonio de Dios vale mucho más” (v. 9). Si el testimonio humano, especialmente el testimonio del autor del Evangelio de Juan, es creíble, ¡cuánto más creíble es el testimonio de Dios!

Dios nos ha dado testimonio a través del Espíritu, del agua y de la sangre de que Jesús es el Hijo de Dios. Estos tres testigos siguen presentes hoy en el bautismo. Este hecho pone de relieve la verdad de que el bautismo no es una institución humana. A través del testimonio de Dios, la obra redentora de Cristo en la historia es llevada a cabo hoy en cada creyente cuando somos bautizados en Cristo. Creer que Jesucristo es el Hijo de Dios implica recibir el testimonio histórico y sacramental de Dios. El resultado de aceptar este testimonio divino es la vida eterna en el Hijo.

Testimonios

Testimonios sobre el bautismo en La Verdadera Iglesia de Jesús

Esta sección presenta testimonios de creyentes que han experimentado el poder milagroso de Dios a través del bautismo en Cristo. Estos individuos testifican sobre la verdad del bautismo, así como la presencia del Espíritu Santo en el bautismo de La Verdadera Iglesia de Jesús.

A continuación se presentan las síntesis de los testimonios. El contenido completo de cada testimonio está publicado en el sitio web de La Verdadera Iglesia de Jesús. Para ver el listado más reciente de los testimonios relacionados con el bautismo (por el momento, en inglés), por favor visita tjc.org/001

LA SANGRE DEL SEÑOR JESÚS

El Señor me concedió la paz verdadera

El anhelo por la paz verdadera hizo que Ya-Ling Chen comenzara su búsqueda de la verdad en noviembre de 1988. Ya-Ling recibió el bautismo al año siguiente, ocasión durante la cual el Señor le abrió los ojos y le hizo ver la sangre de Jesucristo.

Una persona sordomuda relata la gracia de Dios

Jean-Shiang Fan sufría de una discapacidad auditiva desde su nacimiento. Desafortunadamente, los diversos tratamientos a los que se expuso para tratar de curar su condición le causaron un trastorno en el habla. Su vida era miserable por las constantes burlas que sufría de sus compañeros debido a su discapacidad. Sin embargo, un punto de inflexión ocurrió en 1983 cuando le contaron sobre La Verdadera Iglesia de Jesús. Jean-Shiang relata cómo recibió el Espíritu Santo y cómo fue sanada de su discapacidad luego de recibir el bautismo.

Dios cuidará de ti

Chin-Shuan Wong era una budista devota que estudiaba en los Estados Unidos cuando escuchó hablar de las enseñanzas de la iglesia verdadera por primera vez. En una de las excursiones que organizó su compañía, conoció al hermano Lin y a su familia que eran de La Verdadera Iglesia de Jesús en Chicago. Luego de ese encuentro, Chin-Shuan comenzó a estudiar la verdad en la iglesia verdadera.

En enero de 1993, a pesar de las bajas temperaturas del agua, ella fue bautizada. En su bautismo, Dios le hizo ver la sangre preciosa de Cristo para fortalecer su fe. Más tarde, por medio de oraciones de intercesión, le predicó el evangelio a su hermano menor y trajo a toda su familia a creer y a recibir el bautismo.

La gracia de la salvación vino a mi familia

Gravemente enfermo, el padre de En-Guang Qiu estaba a punto de morir cuando recibió el bautismo. Debido a que En-Guang era el único creyente de su familia, el proceso del bautismo de su padre fue muy difícil. Los médicos se habían negado a darle el alta a su padre del hospital a causa de su condición. Sin embargo, En-Guang estaba decidido de que su padre fuera bautizado en agua viva, independientemente de su estado de salud. A través de sus oraciones y las de los miembros de la iglesia, el poder y la gracia de Dios fueron evidentes, y los médicos y familiares milagrosamente permitieron que su padre fuera bautizado aun estando enfermo. Durante el bautismo, En-Guang y sus dos hermanos no creyentes vieron la sangre preciosa de Jesús. Dos horas después de su bautismo, el padre de En-Guang fue recibido por el Señor en el cielo.

Contar las bendiciones de Dios

La Sra. Zhou se crió en una familia que practicaba la religión tradicional china. Después de casarse con su marido, que era creyente de La Verdadera Iglesia de Jesús, ella comenzó a asistir a los servicios de la iglesia con su tía. La noche anterior a su bautismo, su hijo se resbaló en el baño y se lastimó. Esto le hizo preguntarse si debía recibir el bautismo. Sin embargo, el Señor fortaleció su fe, y tanto ella como su hijo recibieron el bautismo al día siguiente. En el bautismo, ella vio la sangre preciosa del Señor Jesús. Después de ser bautizada, ella y su familia fueron grandemente bendecidas y protegidas por Dios. Ella incluso vio al Señor en un sueño y en una visión. A causa de esto, su fe es cada vez más fuerte a medida que pasan los días.

Abandonar la falsedad, regresar a la verdad

Naixuan Li aceptó la invitación de su compañera de cuarto de ir a La Verdadera Iglesia de Jesús y experimentó la maravillosa gracia del Señor. El Señor Jesús le abrió los ojos y le permitió ver la preciosa sangre de Jesucristo durante su bautismo. A partir de esta experiencia, ella supo que el Señor Jesús había derramado su sangre por sus pecados. Esta visión la confortó y le permitió experimentar al Dios vivo y verdadero.

Vi la sangre del Señor

Wen-Yu Chang comenzó a estudiar la verdad de la salvación en La Verdadera Iglesia de Jesús después de haber pasado por muchos sufrimientos y de haber cuestionado sus creencias anteriores.

Wen-Yu había escuchado a algunos cristianos de otras denominaciones decir que los bautistas de La Verdadera Iglesia de Jesús ponían tinta roja en el agua bautismal para hacer que la gente creyera que habían visto la sangre de Cristo. Wen-Yu se dispuso a averiguar si esto era cierto y descubrió algo milagroso.

El amor y el poder de Dios

En un incidente inesperado, a Grace de 14 años le diagnosticaron anemia aplásica. Esta enfermedad fue tan grave que tuvo que necesitar un trasplante de médula ósea. Esta prueba que el Señor puso sobre esta familia renovó su espiritualidad y su amor por Dios, algo que habían perdido por mucho tiempo. En el día del bautismo, los padres de Grace vieron la sangre de Jesucristo. Después del bautismo, la cara de Grace ya no estaba pálida ni sus manos frías. Lo más milagroso ocurrió cuando fueron al hospital para recibir su transfusión de sangre semanal. La familia quedó estupefacta al escuchar lo que los médicos habían encontrado.

ECHAR FUERA DEMONIOS

La paz que viene de la fe

Lin Mann Chang estaba mentalmente inestable porque había perdido a su bebé. Vino a creer en el Señor luego del testimonio que le dio otra persona. A pesar de las perturbaciones del espíritu maligno, Lin Mann fue bautizada. Luego de su bautismo, Lin Mann se convirtió en hija de Dios y fue completamente sanada por el Señor Jesús.

Las cargas pesadas fueron levantadas

El marido de Li Zhu Chang estuvo poseído por el demonio por muchos años. El diablo había quitado la paz en su familia y había afligido a Li Zhu grandemente por medio de su marido. Li Zhu y su marido vinieron a creer a través de un pariente. Justo antes del bautismo, el diablo trató de evitar que el marido de Li Zhu fuera bautizado y le hizo nadar hasta el medio del océano. Luego de que los pastores expulsaran los demonios, su marido nadó de vuelta a la orilla. Después del bautismo, el marido de Li Zhu fue sanado. Las cargas pesadas de Li Zhu fueron levantadas por creer en Cristo y por recibir el bautismo.

Victoria sobre los espíritus malignos

Durante más de un año, un espíritu maligno afligía la vida de Crystal Lane. Su familia visitó templos budistas en busca de ayuda pero esto sólo empeoró su condición. Luego de escuchar y aprender acerca de Cristo en La Verdadera Iglesia de Jesús, Crystal decidió recibir el bautismo. Milagrosamente, después del bautismo, el espíritu maligno la dejó y ella fue liberada de la esclavitud del diablo. Por primera vez en más de un año, Crystal pudo dormir en paz.

LA GLORIA DE DIOS

¿Por qué te abates, alma mía, y por qué te turbas dentro de mí?

El Sr. Chengshan Li se enfermó de cáncer a una edad temprana. Durante su tratamiento en el hospital, él y su esposa conocieron La Verdadera Iglesia de Jesús. Sin embargo, debido a que él estaba fuertemente arraigado en su fe tradicional, no pudo aceptar el evangelio. Los miembros de la iglesia siguieron visitándolo, por lo que su amor y paciencia lo conmovieron. Después de una recaída, vino a buscar la verdad y finalmente fue bautizado. Antes del bautismo, él estaba pálido y apenas podía caminar por su cuenta, pero después del bautismo, fue capaz de caminar sin apoyo e incluso su rostro se puso de color rosado. Luego de esta experiencia, Chengshan se convirtió en una persona tan diferente que las otras personas que fueron testigos de este milagro también vinieron a creer en el Señor Jesús.

Ser un hombre nuevo

Durante mucho tiempo, el Sr. Li se negó a creer en el Señor, incluso después de que su esposa e hijos fueran bautizados. La señora Li y su hija oraban diariamente por él para que pudiera venir a creer en Cristo. Ciertamente

tiempo después, el Sr. Li sufrió una recaída de su enfermedad hepática debido a su condición de hepatitis B y fue hospitalizado. Los ministros y hermanos de la iglesia lo visitaron, compartieron las palabras de Dios con él y oraron con él. En una de las oraciones, un predicador le impuso la mano y el Sr. Li experimentó una gran oleada de poder, trayéndole gran consuelo y alegría, y todas sus preocupaciones desaparecieron. Durante el bautismo del Sr. Li, muchos diáconos y hermanos vieron la luz gloriosa de Dios. Después del bautismo, el Sr. Li fue un hombre nuevo tanto física como espiritualmente.

Convocado a salir del mundo

Richard Solgot fue criado en una familia católica toda su vida. No fue hasta que se casó con su esposa que entró en contacto con La Verdadera Iglesia de Jesús. Muchas veces, la esposa de Richard lo animaba a orar con ella y sus hijos, pero él siempre se negaba y oraba de la forma que le habían enseñado en la escuela católica. Sin embargo, durante una oración, el Señor le abrió los ojos y le hizo ver dos visiones. Luego de estas dos visiones, Richard se convenció de que tenía que ser bautizado para lavar sus pecados. Aunque Satanás trató de evitar que fuera bautizado, el Señor demostró su gran poder.

Ministerio en África: Kenia

El poder del Señor se manifestó grandemente durante un bautismo en Kenia. Una mujer de 18 años que tenía un bebé recibió el bautismo en agua. Ella estaba profundamente angustiada y dolorida por la pérdida de su marido, pero encontró consuelo en Cristo y recibió el Espíritu Santo durante su bautismo.

SANACIONES

Un bebé gravemente enfermo fue sanado después del bautismo

Desde su nacimiento, Ko Khan Zhou sufría de atresia de colon que sólo podía ser tratada con cirugía. Debido a limitaciones financieras y el hecho de que la cirugía no garantizaba la cura de la enfermedad, los padres de Ko Khan decidieron confiarle la salud de su hijo al Señor Jesús. Mediante la fe de sus padres, Ko Khan fue bautizado. Bajo el cuidado de Dios, Ko Khan no sólo pudo soportar el clima frío y húmedo durante el bautismo, sino que también pudo defecar sin problemas poco después del bautismo. Dios sanó al bebé Ko Khan después de su bautismo.

El doctor más competente

Durante diez años, Bao-Yu Chen había sufrido de muy mala salud. Había visto a muchos médicos y tomado muchos medicamentos sólo para descubrir que su enfermedad había empeorado. Cuando ya no sabía qué más hacer, su hija vino a visitarla y le habló de un médico muy competente que era capaz de curarla y consolarla: Jesucristo.

Después de escuchar el evangelio en La Verdadera Iglesia de Jesús, Bao-Yu se dio cuenta de que tenía que ser bautizada para lavar sus pecados. A pesar de que Bao-Yu aún estaba de muy mala salud, insistió en ser bautizada. Sorprendentemente, después de salir del agua bautismal helada, Bao-Yu sintió calor y estaba muy relajada y cómoda. Su salud no siguió empeorando. Al contrario, después del bautismo, Bao-Yu se recuperó totalmente por el poder de Dios.

Un viaje lleno de bendiciones

Poco después de haber nacido, los padres de Enci descubrieron que su hija sufría mucho dolor antes de y durante las deposiciones. La llevaron a ver a muchos médicos y le oraron a Dios, pero no hubo mejoras. Sin embargo, en el día de su bautismo, Enci fue completamente sanada.

Él es la vid verdadera

J.Y. Wang sufría de artritis y estaba muy agobiada y desesperanzada. Era adicta a los analgésicos y tenía que depender de ellos para llevar su día a día. Al borde de la muerte, ella fue salvada por la misericordia de Dios, y así comenzó su camino de fe. Por el poder y la gracia de Dios, después del bautismo ella pudo dejar de tomar calmantes a pesar de que había dependido de ellos por veinte años.

Aferrándose sólo a Jesús

El Sr. Hsiao había sido agricultor desde joven. Contrajo varias enfermedades debido a su exceso de trabajo. Después de que fue internado, su situación empeoró. Los hermanos de la iglesia fueron al hospital y le testificaron sobre el poder y la salvación del Señor Jesucristo. El Señor le abrió el corazón, y el Sr. Hsiao comenzó a reflexionar sobre el significado de la vida y decidió bautizarse a pesar de su estado de salud. Al poco tiempo después de su bautismo, el Sr. Hsiao se recuperó y fue completamente sanado.

Victoria sobre las conspiraciones de Satanás

Durante muchos años, los dos hijos de Zhu-Xia Lin sufrieron convulsiones y echaban espumas por la boca. Esta enfermedad fue una experiencia muy dolorosa para la familia. Ellos adoraban ídolos con mucho fervor, pero la madre de Zhu-Xia era miembro de La Verdadera Iglesia de Jesús. Al observar cómo su madre se manejaba en la vida, Zhu-Xia y su marido fueron conmovidos por ella y decidieron buscar a Dios.

Antes del bautismo de sus hijos, uno de ellos sufrió una convulsión muy grave y fue hospitalizado. Zhu-Xia estaba muy preocupada de que este incidente pospondría el bautismo de su hijo y de su familia. Sin embargo, gracias a la misericordia de Dios, toda su familia fue bautizada en el Señor como lo habían planeado. Milagrosamente, después del bautismo, los dos niños fueron sanados completamente por el poder de Dios.

Cruzando por el valle de la muerte

Ah-Zhu Chen estuvo confinada a la cama por dos años. Fue a buscar a muchos dioses y a ver a muchos médicos para tratar de encontrar una cura a su enfermedad, pero se consternó al ver que su enfermedad no sólo empeoraba, sino que ella siempre estaba de mal humor. Debido a que era muy difícil cuidarla y lidiar con ella, algunos familiares se dieron por vencidos. Incluso, Ah-Zhu intentó cometer suicidio pero fracasó.

Unos días antes de su bautismo, Ah-Zhu se enfrentó con muchos obstáculos. Descubrió un bulto duro en su abdomen que le causaba tanto dolor que no podía bajar de la cama. A través de la oración y el cuidado de los hermanos y las hermanas de la iglesia, su dolor se calmó un poco. Después de que Ah-Zhu fue bautizada y subió del agua, su dolor y el bulto duro habían desaparecido.

Ver la gracia de Dios entre la gente ordinaria

La catarata de la abuela de Yue-Feng fue sanada cuando vio la luz gloriosa de Dios durante el bautismo.

OTROS

Papá, no tengas miedo

Después de ser diagnosticado con cáncer de pulmón, Jingzhu Chai tenía mucho miedo de morir. Su hija y su yerno le predicaron sobre Cristo y él creyó. Hacía mucho frío en el día del bautismo. Sin embargo, después del bautismo, Jingzhu testificó que cuando él entró en el agua, el agua

estaba tibia. Inmediatamente después del bautismo, él se sintió tranquilo y alegre. Una semana y media después del bautismo, el Señor se lo llevó a la casa celestial.

Un paraíso eterno

Antes de ser bautizada en el Señor, Li-Man era una budista muy devota decidida a convertirse en una monja budista. Sin embargo, antes de que pudiera convertirse en una monja, el Señor la llamó a venir a Él mediante varios acontecimientos inusuales. Después de muchas oraciones y del cariño que le mostraron los hermanos y las hermanas de la iglesia, el Espíritu del Señor conmovió a Li-Man a ser bautizada. En el día del bautismo, el diablo le gritó tan fuerte al oído, que a Li-Man le empezó a doler la cabeza, vomitó e incluso se desmayó. Pero esto no le impidió ser bautizada. Después del bautismo, por la gracia del Señor, la voz en su cabeza desapareció completamente.

El llamamiento de Dios

Una mujer recibió el Espíritu Santo en su tercera visita a La Verdadera Iglesia de Jesús. Sin embargo, debido a las creencias budistas de sus padres, ella no pudo ser bautizada. No sabía si obedecer a sus padres o recibir el bautismo. Le clamó a Dios para que le revelara lo que debía hacer. Inmediatamente, ella vio una cruz gloriosa. Entonces comprendió que tenía que recibir el bautismo para el perdón de sus pecados.

En su viaje a recibir el bautismo, Satanás le puso un obstáculo pero esto no la hizo vacilar. El bautismo que recibió poco después marcó el punto de inflexión en su vida.



 La Verdadera Iglesia de Jesús

ISBN 978-1-930264-31-1



9 781930 264311 >